



CRÓNICAS DE ROCKVILLE

# RODODENDRO

RUBÉN AÍDO  
CHERBUY

Click  
EDICIONES

# Índice

*Nota del autor*

*Dedicatoria*

*Prólogo*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50  
Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54  
Capítulo 55  
Capítulo 56  
Capítulo 57  
Capítulo 58  
Capítulo 59  
Capítulo 60  
Capítulo 61  
Capítulo 62

Dos semanas después

*Epílogo*

*Agradecimientos*

*Biografía*

*Créditos*

*Click*

*¡Encuentra aquí tu próxima lectura!*

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Nota del autor

Si me lo permites, me dirijo a ti, lector o lectora, antes de dar paso a la historia, porque no quiero engañar a nadie y este libro tampoco lo pretende. Así que allá vamos.

El célebre Graham Greene decía que las historias no tienen ni principio ni final, sino que uno escoge arbitrariamente un momento de la experiencia, desde el que mira hacia delante o hacia atrás. Digamos que, en nuestro caso particular, ese momento arbitrario que yo escogí para presentar *Rhododendro* está ligado a *Recuerda* (lo que puede simplificarse en: *Rhododendro* continúa unos hechos presentados en *Recuerda*). ¿Por qué te cuento esto? Si estás aquí, significa que has comprado este libro, que ya es tuyo, y no solo eso, que te disponías a leerlo, justo cuando te has topado conmigo, y aún estás decidiendo si merece la pena esta parada. Como su autor, me siento en la obligación de mostrar mis cartas. Te aseguro (muy osado yo) que merecerá la pena seguir, y si no, no te preocupes, seré breve (más osado aún).

Enfrentándose a este escrito hay dos grupos de lectores. Puede que hayas llegado aquí porque formas parte del primer grupo, el que ya ha estado en mi Rockville anteriormente. Si es así, puedes parar aquí, salta directamente al inicio de la historia si te puede la curiosidad, y espero que disfrutes de tu reencuentro con Sandy, Jane y compañía (y que no se me olvide: gracias por volver). Si no es tu caso, y por tanto no te suenan esos nombres, sigamos adelante, pues perteneces al segundo grupo.

No me gustaría que empezaras a leer este libro y te sintieras confundido, sin comprender el motivo de que se te escapen detalles, como si te privaran de información. No te preocupes por eso. ¿Qué puedo asegurarte? Pues que lo que se cuenta en *Rhododendro* es disfrutable por sí solo: sus tramas, sus personajes y sus misterios. Pero no todo puede ser color de rosa. No puedo asegurarte que vayas a pillar cada referencia que se haga a un pasado y a unos sucesos que se empezaron a cocer en otras páginas distintas a estas. Hay un riesgo implícito.

\* \* \*

Una vez expuesto lo anterior, no puedo hacer más que dejar a tu elección el siguiente movimiento. Como ya he dicho, *Rhododendro* tiene lo necesario para disfrutarse por sí solo, no tienes que leer antes *Recuerda* (y con esto me arriesgo a entrar en debate con mi editora, que conste); de hecho, podrías incluso leerlo después si te pica la curiosidad. Depende de ti lanzarte directamente o dedicarle unos eurillos más al *e-reader* y volver aquí, una vez que formes parte del primer grupo de personas, conociendo hasta el último detalle que se pueda conocer. Tú decides.

Seas de un grupo u otro, por encima de todo, estas aquí para darme una oportunidad, y mi agradecimiento es algo que ya llevas contigo.

GRACIAS  
Rubén Aído Cherbuy

*Para esas ovejas que saben plantar cara en tiempos de lobos*

## Prólogo

En aproximadamente cinco minutos, Jane Clemens estaría muerta. No lo sospechaba; ni tan siquiera era una corazonada. Tenía la absoluta certeza de que así sería y deseaba que pasara cuanto antes. Corría y, a su espalda, gritos enfurecidos la perseguían, gritos depredadores, letales, armados y sin escrúpulos como quien los arrojaba al viento. La lluvia le enturbiaba la vista casi tanto como los mechones de pelo mojados al golpearle como latigazos en la cara. Nada que estuviera a su alcance podría evitar su inminente final. Nada, porque, al igual que sabía que pronto moriría, conocía aquello que la detendría de un momento a otro, dando comienzo a ese desenlace.

El callejón que parecía no tener fin se iluminó. Y una furgoneta que avanzaba frente a ella se fue deteniendo con el rugir del motor ahogando el sonido de la lluvia. A estas alturas, las piernas ya no le respondían y Jane notaba el corazón en la garganta. Una vez más, advertía que nada era nuevo, que cada instante seguía un patrón que conocía al detalle. Del vehículo bajó una enorme sombra amenazante que avanzó hacia ella sin vacilar. Preparada para darlo todo por terminado en aquel callejón, cerró los ojos con fuerza, sabiendo que pronto dejaría de estar allí y que notaría el cese de la lluvia, sustituida por la humedad y el silencio nocturno del bosque que la contemplaría morir. Pero sin espacio para vérselo venir, notó un fuerte tirón que la apartó de la trayectoria de un golpe seguro. ¿Qué era aquello? Por primera vez desconocía lo que estaba ocurriendo y la embargó una extraña emoción. Intrigada, abrió los ojos de par en par, de golpe. No estaba en el callejón ni tampoco en el bosque, sino en el asiento trasero de un vehículo que avanzaba a toda velocidad en la noche más oscura y emborronada de todas. No podía diferenciar nada al mirar a través de las ventanillas ni tampoco reconocer al conductor en la penumbra, como si no importara su presencia en esa escena. No había ni rastro de quien la hubiese metido allí. Estaba sola allí detrás.

«Eh», llamaron su atención. Jane se volvió sobresaltada y descubrió que en realidad había alguien a su lado. ¡Era él! Estaba allí, la había salvado. Aquello no era lógico ni posible..., nunca podría serlo. A esas alturas, ella

debería estar en el bosque y no junto a Jeremy, su querido hermano. ¿Qué significaba?

«Cálmate, sabes que estás a salvo. Ya no puede hacerte daño.» La abrazó suavemente mientras le acariciaba el pelo, que ya no estaba mojado; su ropa tampoco. De hecho, ya no llevaba aquella vieja sudadera que tanto le gustaba en su adolescencia. Su ropa había cambiado y ella también. Era la Jane actual, la mujer en la que se había convertido con el paso de los años. «¿Sabes por qué estoy aquí? —seguía preguntándole Jeremy—. Recuérdame, Jane, recuérdame hasta el fin. Aún estoy contigo y, de una forma u otra, siempre lo estaré.» Él pareció notar su desconcierto, pero no se molestó: era como si intuyera de forma natural sus reacciones y obraba en consecuencia, con delicadeza y comprensión.

Una inquietante carcajada procedente de la parte delantera del coche interrumpió aquel hermoso momento. Había comenzado como una leve risa molesta, pero pronto las risotadas llenaron todo el coche, como abejorros zumbando un día de primavera. Jane se horrorizó al reconocer a aquel que conducía a toda velocidad penetrando en la oscuridad: Tom, su verdugo, a quien amó sin conocer. Aceleró aún más, dirigiéndoles sin vacilar hacia un precipicio salido de la nada que acabaría por esparcirlos en el mar, esa vasta y oscura masa de agua que brillaba bajo la luna llena, extendiéndose sin fin. Tom siguió riendo mientras la gravedad se distorsionaba en el interior de aquel coche. Jane se despegó del asiento, estirando los brazos hacia su hermano, que se alejaba de allí, desapareciendo en la oscuridad que se cernía, hasta que la violenta colisión se fusionó con la negrura del exterior.

Jane volvió a abrir los ojos cautelosa. El silencio y el rocío de la noche le confirmaron que ahora sí se encontraba donde debía. No muy lejos de allí, Tom, una vez más, la buscaba entre las sombras que el reflejo de la luna creaba tras cada tronco. Pronunciaba su nombre alargando las sílabas, provocando escalofríos en todo su ser. La muerte se acercaba junto con él. El río volvía a su cauce y ella sería libre tras la muerte.

Sin que tuviera tiempo para reaccionar, o sin fuerzas para ello, Tom apareció entre las sombras y se abalanzó sobre ella, iniciando una lucha encarnizada por el control. La fuerza bruta se imponía: las manos de Tom apretaban el delicado cuello de su víctima. Al fin terminaría, sucumbiría ante él, como cada noche, y su pesadilla se iría junto con su último aliento y esos malos recuerdos. «Duerme, Jane», le susurró él con su expresión lasciva y descontrolada, mientras ella cerraba los ojos lentamente, aliviada en el fondo

por alejarse de aquel monstruo que ya solo vivía en el onírico e irreal mundo de sus pesadillas.

# 1

Volvía a ser libre. Notaba el sudor en la frente y la espalda húmeda, pero el cuerpo aún no le respondía. Permanecía en un estado de duermevela, mientras revivía esa última pesadilla en una sucesión de imágenes, ráfagas a toda velocidad, deteniéndose únicamente en su encuentro con Jeremy. «Recuérdame...»

Jane despertó alerta, con esa voz resonando aún en lo más profundo de su ser, exhausta, como otras tantas noches. Los ojos, abiertos como platos, se resignaron a distinguir algo ante la enorme oscuridad que lo envolvía todo. Se fue adaptando con lentitud. Giró la cabeza para localizar su despertador, uno de esos tan modernos que proyectaban la hora en la pared y al que todavía no se había acostumbrado. «Muy original el regalo, Laurie», pensó mientras se sentaba al borde de la cama abrumada momentáneamente por ese afán de su amiga por sorprenderla cada cumpleaños, agarrándose a cualquier otro pensamiento. Para bien o para mal, eran apenas las tres de la madrugada. Se sentía molesta, demasiado molesta. De nuevo, una noche interrumpida por esas imágenes, mezcla de invención retorcida y dolorosos recuerdos de aquella noche.

Su instinto tomó las riendas. Lo primero fue echar un vistazo a la ventana que tenía justo delante: estaba cerrada y de fuera apenas llegaba nada, aparte de la evidente calma. Los barrotes que se distinguían en la parte exterior ayudaron a disminuir su acelerado ritmo cardíaco. No había nada que temer.

Luego buscó a tientas en su mesilla de noche y, tras manotear por la superficie de madera maciza, encontró la linterna de led. Proyectó el haz de luz directamente a la puerta, a su izquierda. La recorrió de arriba abajo, alumbrando en su recorrido los dos pestillos reforzados, correctamente cerrados. Formaba parte de su ritual de relajación. Estaba completamente segura, sola. Al dejar la linterna, dudó unos instantes. Luchó con la ansiedad de aferrarla hasta dormirse; aquello no era necesario, pero pudo más que su sentido común. Abrió el tercer cajón de la mesilla y palpó la superficie fría de la «nueve milímetros» que al fondo de él descansaba, cargada y sin seguro. No le resultaba un riesgo, ya que no la había tocado desde que la guardó allí y, si

llegaba el momento de usarla, tanto mejor si no tenía más que apuntar y disparar.

Se llevó una mano a la cabeza, derrotada una noche más por los tormentos y por su innegable necesidad de comprobar, una y mil veces, que su aislamiento la mantenía a salvo. Lo peor era asumir que su comportamiento era exagerado, excesivo, que no era sano dejarse llevar por el miedo y recurrir a su linterna infinidad de veces a lo largo de la noche. A veces soñaba que alguien merodeaba por la casa y luego entraba en su habitación sin muchas complicaciones, hasta llegar a ella y acariciarle la mejilla. Al despertar, aun sabiendo que era imposible que hubiesen entrado, su miedo la obligaba a comprobar los pestillos, y solo así lograba volverse a dormir.

Desde hacía unas semanas, algo estaba empeorando. Necesitaba cambiar; su castillo de muros impenetrables la mantenía a salvo a la par que la desquiciaba alimentando su paranoia. Respiró profundamente y se levantó despacio. El suelo, frío bajo los pies descalzos, la obligó a acelerar el paso hacia el cuarto de baño de la habitación. No encendió la luz: no eran horas para mirarse al espejo. Eso sí que la asustaría después de tantos días sin un descanso en condiciones. Puso el tapón en el desagüe del lavabo y dejó correr el agua hasta llenarlo lo suficiente para poder sumergir la cara, con cuidado de no mojarse el pelo, que sostuvo con una mano tras la nuca. Soltó todo el aire que retenía en los pulmones y cuando el frío penetró en la piel, en cada músculo, se incorporó. Cogió una toalla limpia y se secó apretándola contra la cara. El invierno estaba cerca y en aquella época siempre se resfriaba. Sin duda, andar descalza en plena madrugada y lavarse la cara con agua fría no eran buenos aliados para repeler los males, pero ahora se sentía despejada y con posibilidades de dormir hasta el amanecer.

Una vez en la cama, tapada hasta la nariz, no pudo seguir ignorando su pesadilla. Jeremy había acudido en su ayuda por primera vez en mucho tiempo y jamás lo había visto en aquella situación. Pero era demasiado tarde, o quizás fuera más acertado decir demasiado temprano, para meditarlo. No ganaría nada salvo unas buenas ojeras. Se sorprendió sujetando la linterna en la mano derecha, la que tenía destapada. Jane suspiró. Ni todas las medidas de seguridad podrían hacerla dormir a pierna suelta, jamás. Puertas blindadas, alarmas de seguridad de última generación, ventanas reforzadas... y por si fuera poco contaba con un arma infalible más. No era la pistola del cajón, que también era regalo de Laurie, como medida exagerada. Jane no dudaba de que Sandy estaba detrás de aquella «medida». Su cabeza se llenó inevitablemente,

y de golpe, de recuerdos y momentos con él. Sandy Strunk, el héroe que la salvó, que arriesgó su vida y acabó con la de Tom. «Basta», se dijo. No era momento de entrar en aquellas arenas movedizas. Sandy era complicado, pero probablemente ella lo era más. Retomó su anterior hilo de pensamientos. No, su mayor seguro de vida no era nada de aquello, era mucho más simple y mundano, y, sin embargo, más fiable. Dormía fuera, junto a la verja del lado derecho de la pequeña parcela, en una estupenda caseta de madera revestida con material aislante, bien resguardada de las inclemencias del tiempo. Se llamaba Coco y era un precioso ejemplar de pastor alemán de apenas dos años. Sus patas delanteras eran robustas y el ladrido, capaz de alejar a cualquiera con intenciones poco claras. Su nuevo hogar, en las afueras de Rockville, estaba a salvo gracias a los desinteresados servicios de su protector. Un solo ladrido de su fiel amiga era suficiente para saber que algo andaba mal y, gracias al cielo, era extremadamente eficiente. Jamás se dejaba llevar por la presencia de un gato o por los sonidos lejanos de los coches, nada la distraía. Solo la avisaba si alguien se acercaba a la casa y hasta el momento eso no se había dado nunca en mitad de la noche.

Un leve crujido la sacó de sus pensamientos. Encendió la linterna y la enfocó directamente a la puerta. Todo correcto y en calma, tal y como era lógico esperar. Solo el techo crujiendo por el cambio de temperatura. Sabía que aquella no era la solución, que no lo superaría si se rendía tan fácilmente y volvía a recurrir a la luz, pero estaba cansada y necesitaba dormir un poco, su lucha contra aquel pánico obsesivo quedaba pospuesta.

Volvió a apagar la linterna y se recostó sin dejar de sujetarla. «Supéralo de una vez; ya han pasado más de dos años...»

La alarma del reloj sonó haciéndose de rogar demasiado, justo cuando comenzaba a desesperarse, harta de dar vueltas inútilmente. Por la ventana comenzaba a entrar la claridad del amanecer, la luz ya desdibujaba sombras y todo en su habitación volvía a quedar a la vista, apartando los peores temores. Tras visitar el baño y comprobar los estragos del mal sueño en el rostro, se puso un chándal bien grueso y se dispuso a salir. Tras descorrer los pestillos de la puerta, la visión del resto de la casa, en aquella predominante oscuridad, estuvo a punto de hacerla retroceder. La vivienda era amplia, bastante más que su anterior piso, y debido a sus escasas ganas de ponerse a decorar, aún estaba bastante desangelada. Le gustaba pensar que la decoración era práctica y minimalista, aunque más bien parecía una residencia de verano.

Jane cogió aire y comenzó a recorrer las habitaciones levantando persianas y apartando cortinas para animar un poco el ambiente. Encendió el ordenador, en su escritorio caoba, situado en una esquina del salón, para ir ahorrando tiempo. Odiaba estar sentada mientras esa chatarra arrancaba y se cargaba durante exasperantes minutos. Todo aquello formaba parte de una rigurosa rutina a la que se había acostumbrado, y funcionaba. Luego tocaba ir a la cocina. Sacó un comedero plateado para perros del mueble bajo el fregadero. Lo llenó hasta el borde mismo con cuidado de no tirar ninguna bolita al suelo y se dirigió al portón principal, haciendo malabarismos.

Coco era bastante sibarita en cuanto a comida y horarios. No por ello resultaba incómodo; al contrario: que su preferencia fuera la de recibir el comedero lleno a primera hora de la mañana era perfecto para Jane. Además, lo curioso residía en su forma de racionarla. Jane había observado que su amiga canina hacía entre tres y cuatro turnos de comida a lo largo del día y nunca exigía más ni dejaba sobras cuando ella volvía a guardar el recipiente a última hora de la tarde. Tener aquella rutina la ayudaba; la mascota necesitaba pocos cuidados y a cambio a ella le brindaba todo el afecto que necesitaba cuando se sentía demasiado sola en aquella casa de campo. Algunos días lluviosos incluso dormía en el suelo de su habitación sobre una manta y no se movía de allí a no ser que su dueña la animase a hacerlo.

Con la mano libre, desactivó la alarma de seguridad. Una oleada de aire fresco le golpeó en plena cara al abrir el portón. Se detuvo un instante para aspirar la mañana. Una pequeña bola de pienso rodó por el borde del comedero hasta que finalmente cayó al suelo con un mínimo golpe. Jane oyó como Coco salía a toda prisa de su caseta y corría por el césped aún húmedo por el perfume de la noche.

—Hola, preciosa. Una mañana muy fresquita, ¿eh? Este aire... es vida.

A modo de saludo, Coco lamió la mano que Jane mantenía libre y luego olfateó el suelo en busca de la desmandada bolita de pienso. No tardó en encontrarla y absorberla como la aspiradora más eficaz del mercado. Luego siguió a su dueña rumbo a la caseta saltando enérgica y repetidamente a su alrededor. Jane dejó aquel manjar canino junto a la entrada del habitáculo y se acercó al cacharro del agua. Volcó lo poco que quedaba en él y fue a por la manguera para rellenarlo. Cada mañana se la cambiaba para evitar problemas; no quería convertirse en una de esas personas que rebosaban un gran balde con el fin de no tener que preocuparse en días o incluso semanas: eso no era sano para el animal. Cuando todo estuvo correcto, se acercó a Coco, que ya comía

con calma su primera ración del día. Acarició suavemente su cuello y subió la mano hasta las orejas, siempre perfectas de punta, en constante alerta ante cualquier sonido inusual.

De vuelta al interior de su hogar, Jane encendió la cafetera y se fue directa a la ducha. Pocos minutos después estaba vestida y preparada para comenzar una nueva jornada. La difícil noche finalmente había pasado factura y tuvo que utilizar una capa extra de maquillaje base para disimular los estragos. Un buen desayuno cargado de calorías, quizás demasiadas, acompañado de la enésima reposición de *Friends* en un canal local, sería suficiente para proporcionarle el ánimo necesario.

Con la taza de café entre las manos se sentó, ahora sí, ante el ordenador que ya había hecho todos los procesos de carga. «Tarde o temprano tendré que pensar en renovar el equipo; el ruido podría pasar perfectamente por el de una lavadora...»

Su única tarea obligada era comprobar la bandeja de entrada del correo, aunque sabía a la perfección lo que encontraría un día como aquel. Tenía un mensaje de la noche anterior. Era de Elise Stefanovic, la chica de la revista de Portland que quería entrevistarla para hablar del éxito de su negocio. Jane había accedido, tras muchos ruegos y haberle asegurado que las preguntas se centrarían única y exclusivamente en su presente y no en su pasado. A pesar de todo, se reservaría su opinión sobre la tal Elise hasta que todo hubiese acabado. Hizo clic en el mensaje y leyó por encima: solo era un recordatorio.

Estimada señorita Clemens:

Solo quería recordarle la hora exacta de nuestra cita para mañana..., a las 9:00... Déjeme decirle una vez más lo encantados que estamos de poder hablar con usted... Y de paso felicitarla por el premio a su incipiente carrera..., su página web, ¡todo un descubrimiento!...

Esperamos que esta experiencia sea grata para ambas partes y nuestros lectores puedan disfrutar de una de sus heroínas americanas favoritas.

Aquel mensaje era un claro ejemplo de cómo un texto podía echarse a perder y delatar las intenciones de su emisor en tan solo un par de líneas, concretamente las dos últimas. Esa referencia a las «heroínas americanas» remitía demasiado a su pasado como para soñar y esperar que no escondiera segundas intenciones sobre lo ocurrido con Tom. Dejando a un lado esos tintes sensacionalistas, debía admitir que el trabajo informativo había despertado mucho interés. La revista, tanto en papel como digital, la redactaban entre

Laurie, esa gran amiga, y ella misma, pero casi todo el peso de la redacción de artículos recaía en Laurie, que de alguna manera veía compensados allí sus sueños truncados en el periodismo. El negocio tenía éxito por una simple razón: explotaba las cualidades turísticas de Rockville aportando un toque ético y actual a la hora de acercar la actualidad. Llevaban también un servicio turístico que organizaba excursiones y visitas, así como una tienda *on line* de recuerdos que estaban preparando alzando los productos típicos de la zona. Rockville estaba encantado con su servicio y Jane era la primera satisfecha con el cambio radical que había dado su vida profesional.

Miró la hora en el monitor y reconoció que había perdido más tiempo del necesario y que se le había ido el santo al cielo pensando. Recogió la cocina con un simple barrido, acompañado de las risas enlatadas de *Friends*, a alguna de las cuales se sumó puntualmente. Luego hizo la cama de modo exprés. Cuando terminó de adecantar la casa, comenzó a correr de nuevo las cortinas, cerró puertas y ventanas y por último, mientras se colgaba el bolso y comprobaba que todo estaba en su lugar, se acercó a la entrada y conectó de nuevo la alarma.

Al salir, Coco, como una escolta, fue a despedirla. Cuando la vio llegar a la verja, se dio la vuelta y se echó en su cesta del porche, desde donde le gustaba vigilar la entrada y esperar el regreso de su dueña.

—Dejo el fuerte a tu cargo, chica. ¡Sé buena! —le gritó desde la cancela.

Vacaciones. Más de tres semanas de descanso que se habían esfumado sin haber cumplido ni uno solo de sus cometidos. En realidad porque a Sandy Strunk no le había dado tiempo ni a averiguar cuáles eran. ¿Se podía considerar aquello vacaciones entonces, si solo habían servido para aumentar su ansiedad? Miró por el retrovisor y el inmenso vacío que iba dejando atrás le distrajo por un momento. Le había parecido ver un punto negro en aquella carretera muerta, pero todo estaba en orden por allí.

—Finalmente me he vuelto loco... —masculló como si lo dejara en el aire.

—Si lo dices por lo de hablar solo..., te daría la razón de no ser porque estoy al teléfono, cosa que, según parece, has olvidado, ¡tarado! —le recordó una voz omnipresente desde los altavoces laterales. Sonaba como un Dios, uno malhablado. Era el gran Joel Ackerman, siempre metiéndose donde no le llamaban, aunque a decir verdad, esta vez sí que lo habían llamado. Sandy dejó escapar un suspiro resignado, porque realmente se había olvidado y lo de antes era más una reflexión que una revelación dirigida a Joel.

—¿Vas a contarme qué te pasa? Hace un momento te has quedado mudo y ahora vas y sueltas eso.

Joel solía exigir ese tipo de cosas que al resto de la gente corriente le apuraría preguntar, según en qué situación. Para alguien como Joel, fuera o no un amigo, la sutileza era algo innecesario. Sutileza era sinónimo de entorpecimiento. Si quieres saber algo, lo preguntas y te dejas de gilipolleces: ese era uno de sus drásticos lemas.

—Nada importante; me ha parecido ver algo por el retrovisor. Debe de ser por el cansancio. Esta noche no he podido pegar ojo. Salir de vuelta tan temprano no ha sido buena idea. «No, no lo ha sido, pero hay otros motivos, menudo pájaro estoy hecho.»

Sandy oyó que Joel soltaba un suspiro, que traía más exasperación de la que se dejaba intuir.

—¿Vas a contestar a mi pregunta o seguirás ignorándome?

Tuvo que pensárselo muy bien antes de confirmar que se acordaba de esa pregunta, porque la verdad era que no le había estado prestando mucha atención en los últimos minutos. Se había tomado un par de tranquilizantes durante la noche para intentar dormir, pero no habían surtido efecto, al menos entonces. Aquello no era nada inusual, mucha gente lo hacía y unas horas después conducía sin problemas, si bien la cosa no se había quedado ahí. Alrededor de una hora antes, había parado unos minutos para dar un trago del Jack Daniel's que llevaba en una petaca, muy al estilo viejo Oeste. Calmado estaba, nadie podría negárselo, pero su visión comenzaba a jugarle malas pasadas, aunque no, no estaba ebrio.

—Déjame recordar...: me preguntabas el motivo por el cual, a pesar de ser evidentemente mejor que tú, prefiero no volver al servicio y permitir que ocupes mi antiguo puesto en la comisaría. ¿Era eso? —le preguntó a Joel echando mano de un más que digno ejemplo de sarcasmo.

—¿Es esa la versión de los hechos que te cuentas al irte a dormir, camarada? Ya sabes por dónde van los tiros. Respecto a eso, sé que tiraste la toalla y no habrías seguido allí ni aunque hubieses podido.

Sandy lo ignoró a propósito. Decidió salir con cualquier otro asunto.

—A propósito, fiero. ¿Cómo llevas el gimnasio? ¿Ya aparentas tu edad?

—No me seas capullo, Sandy. Aparento menos de cuarenta y tengo más; llámame cuando puedas mejorarlo. Dejándonos de chorradas, tendrías que ver mis bíceps: eso terminaría con esta conversación.

Sandy se rio para sí, ya que ni su mandíbula ni su garganta estaban por la labor de escenificarlo. Redujo la velocidad al pasar junto a otro cartel más, que le indicaba la distancia que lo separaba de Rockville: 30 km. Ya no quedaba mucho y podía incluso permitirse reducir a la mitad. Justo al frente, una blanca y espesa niebla comenzó a formarse desdibujando el camino. A los lados de la carretera ya no se veía absolutamente nada, ni rastro de los bosques en los que uno podía perderse durante horas. Aminó sin dudar.

—Joder, menudo banco de niebla —se dijo—. Joel, voy a dejarte; comienzo a perder facultades y encima no veo una mierda con esta niebla. Este pueblo maldito me da la bienvenida.

Joel volvió a suspirar sonoramente, consciente de que su conversación habría sido igual de fructífera con un chimpancé. Sandy no había parado de lanzar evasivas a sus insistentes preguntas.

—No importa, campeón, ya pasaré a verte esta tarde. Y ten cuidado, que no me gustaría que me avisaran del hallazgo de un loco ensartado en un pino

de tres metros: tengo cosas más agradables que hacer.

Más que a advertencia, sonaba a preocupación, pero Sandy no tenía ganas de chingarle y mucho menos de seguirle el juego, aunque agradecía su esfuerzo. Cortó la comunicación sin despedirse y entrecerró los ojos para intentar diferenciar lo que había a tan solo dos metros por delante, pues no veía nada. Eso comenzó a impacientarle; aquella niebla era muy molesta y con seguridad hubiera ido más rápido en un esprint a pie que a aquella velocidad. Dudó si debía parar a un lado y esperar a que pasara el incómodo meteoro, pero corría el riesgo de quedarse dormido demasiado tiempo, y en medio de la nada. Tenía mucho que hacer al llegar a casa y ya había avisado a Henry de que lo haría temprano para volver a poner en marcha la oficina. «Investigador privado...; más bien niñera a domicilio o chivato morbosos a su servicio.»

Su compañero, antes conocido como el agente Henry Harper de la comisaría de Rockville, tenía mucha energía y buena voluntad, pero los únicos trabajos que habían tenido desde que abrieron el negocio estaban más bien relacionados con mascotas desaparecidas y mujeres con sospechas de sus infieles maridos. Nada más relevante o, en definitiva, estimulante.

Pensar en sus labores profesionales comenzaba a embotarle la cabeza, hasta el punto de que incluso le pareció sentir que la carretera, siempre al frente, se curvaba sinuosa, enrollándose como un dibujo animado. Pestañeó un par de veces con energía y consiguió que aquel efecto desapareciera. Pero de pronto, una extraña sensación le invadió al mirar hacia el bosque, a su izquierda. Sin saber cómo, se distrajo recordando aquel caso, que acabó a pocos kilómetros de allí. Cuando volvió la vista hacia delante, entre la niebla se fue dibujando una silueta justo en medio de la carretera: ¿había una persona allí? Sandy aminoró mientras el corazón amenazaba con estallarle en el pecho. La niebla se apartaba poco a poco de aquella figura como si fuera repelida. Cada vez era más nítida y real. Reconoció aquella mirada, el temblor de las manos mientras mantenía dirigida su arma hacia él. No podía ser. Se horrorizó.

Frenó en seco. Iba despacio pero aun así el retroceso le lanzó hacia delante la cabeza, que a punto estuvo de chocar con el volante. Se llevó las manos al dolorido cuello y cuando volvió a fijar la atención en la carretera, se encontró con la más absoluta soledad. Solo la niebla seguía allí fuera, disipándose por momentos. «Se acabó; uno no puede conducir cuando ve muertos, la psicosis no es amiga de los conductores.» Se apartó despacio de la carretera hasta detenerse en un terreno despejado. Apagó el motor y se llevó las manos a la cara. Lo había visto, como salido de aquel maldito bosque.

Joseph, sin ninguna duda era Joseph. Aquel pobre infeliz estaba más que muerto y enterrado. Sandy acabó con su vida, sin tener elección; Joseph, su joven aprendiz, le obligó a apretar el gatillo. Se recostó en el asiento aún con el cinturón abrochado. «Maldita sea...; puto Jack Daniel's.»

Justo cuando el pulso comenzaba a normalizarse, reconoció el sonido de unos pasos que se acercaban por el duro asfalto. Había sido muy fugaz, pero estaba seguro de haberlo oído. Había vuelto a incorporarse demasiado tarde y ya no oía nada. Giró la cabeza hacia la derecha, para mirar al otro lado del bosque. Nada. Al volver la vista al frente, dio un respingo y sintió que se le helaba la sangre: había alguien junto a la puerta. Instintivamente se llevó la mano al corazón. Pero aquella persona era real, no desaparecería al pestañear, no era un sueño y no era Joseph, sino una chica, rubia y delgada. Dio tres toquillos con los nudillos para que Sandy bajara la ventanilla. Él se tomó un momento para coger aire.

—Perdone si le he asustado —la oyó decir con la voz ahogada, amortiguada por el aislamiento del coche.

El hecho de que una chica apareciera de la nada entre la niebla, en medio de una carretera que conducía a una ciudad de tercera división, era cuando menos intrigante, pero no parecía haber alarma en su comportamiento. No la veía del todo pero parecía muy joven y temblaba ligeramente a causa del frío. Sandy bajó del todo la ventanilla. La chica tardó unos segundos en retroceder un poco e inclinarse sobre la puerta para asomar la cabeza al interior. ¡Y vaya sorpresa! No le costó mucho centrarse en el rostro y reconocerla. Por su mirada resultó evidente que ella también lo reconoció al instante, y le dedicó una sonrisa familiar.

«Menuda casualidad, parece que hoy es el maldito día oficial de la vuelta a casa.»

Ciertamente, había niebla en las afueras. No tan espesa como la que había descrito Sandy, pero bastante como para incomodar y dificultar la conducción. Joel Ackerman sacó de la guantera de su nuevo coche oficial un paquete de chicles sabor fresa y lo depositó en el bolsillo de la chaqueta de pana marrón, no sin antes llevarse uno a la boca. Odiaba la menta, que consideraba demasiado intensa para un simple chicle; podían decir lo que quisieran del color rosa de su nueva adicción: su masculinidad estaba muy por encima de ese detalle como para molestarse por las bromas. Aquello había conseguido que pasara de fumar dos paquetes diarios a solo un cigarrillo o dos por semana, y eso si era totalmente inevitable, algo que pocas veces ocurría ya. Unos buenos quince meses le había costado llegar a eso. Todo era posible con la adecuada motivación.

Quitó la llave del contacto y se dispuso a salir a la intemperie, pensándoselo dos veces antes de poner los pies en tierra firme. «Los cojones, qué frío. Con lo bien acompañado que estaba yo en la cama hace media hora...» Abandonaba así, muy a su pesar, el aclimatado interior del vehículo de estreno. Este hecho se lo debían al Ayuntamiento, que había decidido reunir fondos para renovar de una vez por todas los vehículos oficiales del cuerpo de policía, y Joel estaba encantado con aquel Chevrolet hiperequipado.

Junto a una hilera de clónicos almacenes de puertas de chapa oxidada, numeradas a mano con espray blanco, le esperaba el agente que había dado el aviso de un «más que posible robo... bueno, de hecho, segurísimo», según sus propias palabras. Joel, con su nuevo y saludable aspecto físico, caminó bien erguido y respirando profundamente. Nunca se cansaría de disfrutar de la pureza del aire matutino, del olor a bosque, mezcla de hierba húmeda y leña. «Joder, dejas de fumar y te conviertes en un moñas, disfrutando del puto aroma de la naturaleza...», se decía al sorprenderse con cara de lelo al hacer algo tan simple como respirar. A decir verdad no podía quejarse, pues ahora apenas sufría accesos de tos y sus pulmones parecían haber salido de una clínica de desintoxicación, flamantes y con una mentalidad zen. Podía apreciar de verdad el aire de las zonas rurales de Rockville y nada ni nadie le privaba de un buen

momento de relajación, salvo el frío, que estaba entrándole por las mangas de la chaqueta, subiendo hasta helarle los antebrazos. Cuando esto le pasaba, comenzaban a temblarle los hombros y él odiaba temblar, por el motivo que fuera. Se frotó los brazos enérgicamente y se dirigió hacia donde le aguardaban.

Se trataba de Sam Bingum, el veterano del equipo. Su jubilación no podía estar muy lejos o al menos eso le parecía a Joel si se paraba a analizar su aspecto sexagenario, con ese rostro rosado decorado con un mostacho canoso. Sam había dedicado toda su vida al servicio y protección de su querida ciudad natal, desde la época en la que aún no pasaba de pueblo en expansión. Se conformaba con lo que hacía, pasando con el papeleo en su mesa más tiempo dentro de la comisaría que fuera. Jamás había buscado la grandeza de la profesión, no era algo necesario o propio de un lugar como Rockville, y él pronto recogería lo sembrado. Como ya le había oído decir en alguna ocasión: «Me basta con encerrar a algunos ladronzuelos y parar peleas de bar para sentirme útil; no necesito encontrar al asesino del año».

Cuando Sam estuvo lo suficientemente cerca para ser oído sin alzar la voz, se acarició el tupido bigote que ocultaba un fino labio superior y le dijo a Joel con un humor agridulce:

—Te daría los buenos días, pero si normalmente odio la niebla, mucho más cuando la aprovechan para llevar a cabo estas canalladas. Hoy no es un buen día, jefe —se quejó sin parecer en realidad molesto.

—¿Cómo estás tan seguro de que la han aprovechado, Sam? Esto puede llevar así desde ayer. De noche todos los gatos son pardos, haya niebla o no. He dicho mil veces ya que deberíamos haber trasladado este almacén, que está en el quinto carajo y no sirve para gran cosa.

El agente, menudo y ciertamente redondeado por la zona abdominal, le dio sonriente la razón y luego añadió victorioso:

—Tengo algo que puede ayudarnos a confirmar que ha sido de buena mañana, ¿sabes? Anoche trajeron un par de cajas con documentos oficiales y no había nada extraño por aquí. Hace media hora, vine a comprobar el registro, algo que siempre hago. No me fío de Brian —le confesó—: Es un descuidado de narices. Cuando llegué, noté movimiento en el interior, pero cuando me acerqué un poco más, alguien salió como alma que lleva el diablo.

Joel habría preguntado por qué no le había seguido, pero Sam, a su edad y en baja forma desde que él había pisado por primera vez la comisaría, no habría conseguido más que una asfixiante carrera perdida antes de empezar.

—¿Pudiste verle? ¿Alguna descripción?

Sam negó categóricamente.

—Solo oí un golpe en la chapa y luego que alguien se alejaba a toda pastilla. Yo apostaría por un niño de piernas hábiles.

«Un chico joven... apostando fuerte, ¿no, Sam?; sigue así y te ganas una colleja por ser el colmo de la obvedad.»

Sam no parecía preocupado por haberlo dejado escapar sin tener siquiera una descripción del causante, como si pensara que no hubo más remedio. Joel se volvió hacia atrás para echar un vistazo amplio a la zona. Aquellos almacenes, a unos kilómetros del centro de Rockville, estaban en una zona boscosa casi desierta. Eran una propiedad de la policía y allí no había gran cosa, nada que pudiera interesar a un simple ladrón buscando sacarse unos dólares.

—¿Y qué tal por dentro, mucho destrozo?

—A eso quería llegar, jefe. No creo que hayan robado nada; parece más bien que han encontrado una nueva forma de tocarle las pelotas a la policía. Sí, sin duda es eso. Está todo hecho un Cristo.

Joel esbozó una sonrisa por el nuevo destello de agudeza de Sam, que mantenía los brazos en jarras, como si diera la investigación por concluida.

—Tendré en cuenta esa hipótesis, pero de todos modos no estaría de más que alguien comprobara si falta algo. Podríamos avisar al agente O'Connell...

Una sonrisa ácida fue la respuesta de Sam a tal insinuación. Era de dominio público en comisaría que entre Brian O'Connell y Sam saltaban chispas a la mínima; lo que ya se le escapaba a la mayoría de los compañeros era el motivo de tal situación. Aunque circulaban rumores.

—¿Tiene algo que ver, ese recelo tuyo hacia O'Connell —aventuró Ackerman—, con el hecho de que sea irlandés? Porque no se me ocurre nada más...

Sin añadir más ni esperar una improbable respuesta, Joel se acercó al almacén número cinco.

—Mi padre era inglés. Un inglés muy exquisito, y no me hablaba muy bien de los irlandeses. Quizás sea algo irracional para ti, pero su cara de estirado me mata.

El asunto quedaba zanjado por el momento. Se lo estaba tomando muy a pecho, por lo que Joel prefirió no seguir con el asunto. Se acercó al almacén, donde Sam ya le señalaba algo en el suelo. La cadena que debía mantenerlo cerrado estaba hecha trizas, y eso que era de grosor considerable.

—Yo diría que han usado frío para romperla —apuntó el agente—. Uno de esos sopletes, o como se llamen, de nitrógeno líquido. Rocían un rato, un buen golpe y adiós muy buenas, señora cadena.

Joel se agachó a su lado y observó escéptico los trozos de la pulverizada cadena.

—No sé cuál es tu opinión sobre los chavales de la zona, pero yo dudo mucho que conozcan este tipo de trucos. Resulta demasiado sofisticado para uno de nuestros «niñatos callejeros» y desde luego muchas molestias para simplemente «putear» a la poli, ¿no crees? —Sam se incorporó rascándose la cabeza y Ackerman le preguntó—: ¿Sabes si la cámara de seguridad funciona? Esa de ahí atrás. —Y señaló el poste telefónico situado a la izquierda de la hilera de almacenes.

—Pueees... debería, sí. La memoria se formatea cada cuarenta y ocho horas. No creo que haya ningún problema.

—Muy bien, pues avisa a la central para que manden a alguien que traiga una buena escalera y que tenga ganas de hacer inventario... ¿Sabes? —añadió tras pensárselo mejor—: que venga Garretti, que luego no diga que la discriminamos por ser mujer a la hora de sacarla del despacho. Le gustará subirse ahí a hacer trabajo de campo —comentó casi riendo, simplemente imaginando el enfado de Garretti al descubrir la encerrona. Ese juego que se traían estaba empezando a divertirse.

Sofía Garretti era la única integrante femenina del cuerpo de policía en aquellos momentos, una gran agente que según palabras del jefe «iba con un cohete metido en el culo las veinticuatro horas del día». No podía parar de trabajar, de hacer lo que le mandasen y lo que no, también. Por ello, en los pocos años que llevaba con ellos se había ganado a pulso ser la segunda al mando, algo que su orgullo feminista sabía apreciar y disfrutar entre tantos del sexo opuesto. Tanto ella como Joel habían adoptado una mecánica de incordiarse mutuamente dentro y fuera de la comisaría, siempre respetando los límites, porque cuando las cosas se ponían serias, confiaban sin rechistar el uno en el otro.

—Que venga quien sea con tal de que no se apellide O'Connell y tenga el pelo color zanahoria —farfulló Sam como el viejo cascarrabias que empezaba a parecer.

Luego, se alejó para avisar por radio mientras Joel levantaba la puerta basculante para hacer balance de la situación. No le hizo falta encender las lámparas halógenas para ver el caos reinante. El suelo estaba repleto de

documentos y carpetas; cajas volcadas, rotas y pisoteadas y material de oficina en general completamente destrozado. «Bueno, pues ahí tenemos una huella parcial del imbécil que ha hecho esto.» Joel se agachó cerca de un archivador y observó, en efecto, una huella dactilar casi intacta en uno de los tiradores. La única conclusión que se podía sacar a simple vista era que no había nada donde debía estar.

Realizar inventario para comprobar si había desaparecido información valiosa iba a costar más de una migraña y paciencia, mucha paciencia. «Más vale que Garretti no se olvide de traer la suya, pues va a necesitar la de un jodido santo», se dijo imaginando ya cómo iría a devolverle el golpe su compañera en cuanto surgiera la posibilidad. Encendió a pesar de todo las luces para tener una visión más profunda. La blanca y potente eficacia le cegó por unos instantes y, apenas recuperado, algo al fondo de la sala captó por completo su atención, destacando sobremanera entre tanto desorden blanco. Encima de una cajonera que mantenía deliberadamente su posición original había una flor que parecía gritar buscando atención en aquel silencio. Joel no tenía ni idea de qué cojones hacía allí, y eso era porque no debería estar en ese lugar. Caminó sorteando como pudo los documentos intentando no pisar nada importante. Sacó unas pinzas de uno de sus múltiples bolsillos (característica que había convertido su americana de pana en amiga inseparable en épocas de frío) y cogió por el tallo aquella flor de múltiples pétalos rosados que se iban decolorando desde la punta hasta alcanzar un blanco puro en el centro. Joel acarició con suavidad uno de aquellos pétalos. Estaba fresca aún. ¿Era una firma quizás? ¿Un mensaje en forma de metáfora que de momento se le escapaba? Volvió a dejar la flor en la cajonera y analizó de nuevo todo lo que le rodeaba en busca de algún otro elemento fuera de lo común.

—¡Sam! —le reclamó a gritos—, ¿has llegado a entrar aquí?

El preguntado esperó a tener contacto visual para contestar.

—Por supuesto que no, no quería tocar nada —respondió asomando su rosada cara por un lateral de la entrada.

«Bien pensado, Sam, al menos has dado una.»

Joel volvió a fijarse en la flor intentado reconocerla. Le resultaba familiar, la había visto, no es que fuera el sumun de lo común, pero estaba seguro de que la conocía. ¿Azalea? No, esa no era, pero estaba cerca. El nombre que buscaba le vino a la mente como un embrujo esperando ser pronunciado. Era eso, era por Sandy por quien conocía esa flor, que resultaba

ser su favorita. Le había hablado varias veces de aquel arbusto, de que esa flor era muy simbólica o algún disparate semejante. Y mucho más para él.

—Eso es: ¡es un jodido rododendro!

Jane se dejó caer en la silla de oficina como último recurso para despejar la mente. Echó la cabeza hacia atrás y la melena quedó colgando tras el respaldo. En ese momento fue consciente de que antes jamás salía de casa con el pelo suelto y ahora no se imaginaba con una coleta estirada, que solo le traía dolores de cabeza. Se había acostumbrado a la sencillez de una melena natural, sobrepasando no mucho la altura de los hombros. Con las manos empezó a acariciarse el pelo desde la raíz a las puntas, repitiendo unas cuantas veces el proceso.

Laurie debió de fijarse en su comportamiento, ya que verla ensimismada con la melena no era lo habitual en Jane.

—Sí, yo también pienso que tienes las puntas abiertas. Un asunto delicado —bromeó señalándola con el bolígrafo que sostenía, en un intento de hacerla volver de las nubes.

Jane se volvió para mirarla disculpándose con una sonrisa que aparentaba un dulce despiste, como si tras ella no hubiese una preocupación real.

—Perdona. Parece que aún les tengo... cierto respeto a las entrevistas. —Laurie levantó las cejas mientras mordisqueaba el capuchón del bolígrafo, una de esas manías que la acompañaban desde su paso por el instituto. Aquella expresión tan familiar suavizó la tensión en Jane recordándole que allí estaba a salvo—. Ya sé que es una tontería. ¿A cuántas entrevistas nos hemos enfrentado ya? Esta no puede ser la peor de todas. ¿Recuerdas al chico de Minnesota? —Laurie le correspondió con un gesto agrio, tensando el cuello ante el recuerdo—. Cuanto antes salga de aquí, antes volveremos a la normalidad.

Laurie pareció satisfecha con aquella reflexión y volvió a centrarse en el ordenador. Una nueva victoria sin apenas abrir la boca.

—Si te lo vas a decir todo tú solita, no sé para qué me necesitas aquí —dijo Laurie.

Jane se sorprendió ante el comentario. Volvía a las andadas. Laurie no sonaba malhumorada, pero sí con demasiada sinceridad como para estar

bromeando. Jane se arrastró con su silla, haciendo funcionar las pequeñas ruedas algo atascadas. Se colocó al lado de Laurie y apoyó un codo en la mesa, casi apartando a su compañera de su posición frente a la pantalla.

—Eso mismo he pensado yo, y varias veces a lo largo de estos meses. ¿Qué hace esta chiflada del cine de Hitchcock ocupando mi ordenador más rápido? Pero resulta que no consigo imaginarme aquí, trabajando tantas horas, sin ti.

Jane vio un atisbo de sonrisa en el reflejo del monitor que ella sí tenía delante.

—Eso es porque te encanta mandar y eres una auténtica negrera, en serio, de las que hacen época —intentó mantenerse seria, pero ni ella era capaz de soltar aquello sin reírse.

Laurie llevaba unas semanas con los ánimos un tanto inestables. El trabajo allí era muy distinto al periodismo convencional al que ella soñaba con dedicarse. No dudó un instante cuando Jane le propuso empezar ese nuevo proyecto, pero sabía que, en el fondo, aceptar era una forma de asentarse y renunciar a mucho más, a muchas cosas que ya no pensaba poder alcanzar. A Jane le dolía verla así, pero confiaba en que el éxito del negocio fuera suficiente por el momento. A veces le costaba reconocer a la Laurie de siempre.

—¿Sabes? He pensado en abrir una nueva sección en la revista. Dedicarle, para empezar, un pequeño hueco, que podría ampliarse si hay una buena respuesta de los lectores. Algo profundo, de calidad..., algo que pueda darle voz al pueblo. Quiero sentir que hacemos algo digno para mejorar nuestro hogar... —dejó caer alejándose lentamente a empellones, pues la silla no estaba por la labor—. Había pensado dejarte a ti la elección.

Laurie la miró de reojo chasqueando la lengua.

—¿Reportajes reivindicativos? —la corrigió con una mezcla de interrogación y sugerencia—. «El rincón del ciudadano.» Que sepan que estamos aquí no solo para informar, sino para cambiar aquello que no funciona. Vayamos en contra de lo corrupto y pidamos..., no, exijamos soluciones.

Su discurso fue aumentando en intensidad y emoción. Se había levantado de la silla exagerando los gestos con los brazos, con los ojos entrecerrados, dándole más épica.

Cuando notó que estaba a punto de soltar una carcajada, se arregló la camisa, estirándola hacia abajo como excusa para haberse levantado.

—Sí, puedes dejarlo en mis manos, moldearé la idea y te la expondré para ver qué te parece.

—¿Con su PowerPoint y sus diapositivas?

Laurie sonrió asintiendo.

—Y su puntero láser.

Había conseguido darle algo bueno en lo que pensar. Aquello sería totalmente de Laurie, su pequeño rincón, donde sacaría todo su potencial y, quizás, se sentiría realizada.

Por desgracia ya no podía retrasar más la entrevista. Se dirigió hacia la entrada para recoger su chaqueta y el bolso, y, mientras se disponía a darle instrucciones, Laurie la llamó agitando la mano efusivamente, dando pequeños saltitos en su silla, sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador.

—¿Qué pasa...? No hagas eso —la recriminó Jane—; pareces John Kimmel, de quinto curso, cuando le acometían los ataques epilépticos.

—Espera, tienes que oír esto —exigió Laurie elevando el tono de voz.

Jane terminó de colocarse el bolso y se acercó un poco. Lo justo para oírla y dejar claro que debía irse.

—Según cuenta Crawford en su blog, el alcalde emitirá un comunicado de prensa esta tarde para difundir públicamente su decisión de dimitir del cargo.

—Ya, bueno, es lo que pasa cuando te pillan defraudando y robando dinero del pueblo.

—La cosa no acaba ahí. Vamos a tener un «alcalde en funciones» hasta que se formalicen elecciones —terminó su amiga casi asfixiada.

—Estupendo: se habrá procurado un sucesor tan cretino y fascista como él... Y hablando de cretinos: ¿todavía te fías de la información de ese Crawford?

Laurie se volvió dedicándole una mirada mortecina.

—Tal y como puntualizas, Crawford puede ser un completo cretino, pero ya sabes cómo trabaja, y no se equivoca, no juega con especulaciones. Su blog tiene tantas visitas que hasta ha llamado la atención de *The New York Times*, y ha rechazado ofertas de todo el país, incluso de televisión. Cómo envidia al muy cretino... —maldijo enfurruñada.

Jane se dio la vuelta una vez más para salir.

—Todo lo famoso que quieras, pero sigue viviendo en el culo del mundo. Cuando pienso en él, y perdona por parecer un poco resentida, solo veo al imbécil que filtró mi número de teléfono en las redes sociales hace un par de

años cuando estaba en el ojo del huracán mediático. —Laurie la señaló con un dedo acusador entornando los ojos, lo que en su jerga equivalía a «punto para ti»—. Venga, no le des más vueltas; saldremos de dudas esta tarde, ¿no?

Laurie resopló como si Jane no fuera capaz de entender lo que de verdad implicaba aquella noticia.

—Crawford no se muerde la lengua y dice estar seguro de que el alcalde ha aceptado dinero para quitarse de en medio sin luchar por «limpiar su nombre»; aquí hay algo que no huele nada bien.

Jane no comentó nada más; aquello carecía de importancia por el momento, y si Crawford no era dado a especular, ella menos.

—Estamos hablando de nuestro alcalde y de Crawford: claro que no huele bien. Bueno, tengo que irme ya. No te olvides de hacer las pruebas con la otra paleta de colores para el índice de la web.

Le echó una mirada severa al ver que Laurie no le estaba prestando mucha atención.

—¡Laurie! Hazte el favor (y a mí, de paso) de no quedarte toda la mañana pegada al blog de ese pirado, le estás brindando visitas de más. ¡Y acuérdate de repasar el artículo de reapertura del Daniella's! —le gritó lo último ya desde fuera.

Laurie asintió repetidas veces sin esforzarse mucho en hacerse oír. Seguía centrada en la pantalla. Cuando oyó la puerta cerrarse continuó leyendo la noticia y los comentarios. «Tres mil visitas en menos de cinco minutos. ¿En serio? Será asqueroso...»

Sandy sonrió incómodo por enésima vez a su inesperado copiloto. Comenzó a dar golpecitos arrítmicos en el volante y a aclararse más de lo necesario la garganta. Todo ese conjunto de recursos intentaba suplir el tenso silencio que reinaba en el coche, y todo por culpa de la radio, que no conseguía sintonizar ninguna emisora. Quizás fuera por lo extraño de aquel encuentro, no exento de sobresaltos, entre la niebla. Ninguno de los dos daba en el clavo con algo que abordar. Llevaba a su lado nada menos que a Kristen Thomas. La sufrida adolescente que años atrás había escapado de milagro de una más que segura muerte a manos de Joseph, su agente corrupto, y Tom Bosley. Pero aquello había quedado atrás y la que ahora compartía vehículo con él era casi una mujer, esbelta, de melena rubia cuidada y piernas largas. Quizás lo de la sonrisa se debiera a la timidez de la chica, pero el hecho es que no la perdía y, para su sorpresa, no parecía estar tan incómoda o impaciente por llegar a su destino como claramente lo estaba Sandy. Encontrar a un expoli, conocido además, en plena carretera tampoco podía ser muy agradable al regresar a casa. Lo primero que hizo Kristen al subir al coche fue (después de insistir en lo agradecida que estaba) intentar explicar qué la había llevado a esperar de buena mañana a que pasara un coche por aquella solitaria carretera. Sandy ya no se dedicaba a interrogar a jovencitas y no quería parecer un curioso, así que simplemente asintió y continuó haciéndolo mientras ella le contaba como el taxi que la llevaba hasta Rockville había pinchado nada más emprender el camino de vuelta, así que un camionero que hacía su ruta se ofreció a acercarla y ella accedió, sin ver más allá del buen gesto del hombre, que ocultaba unas manos largas y una mirada no poco lasciva dirigida a sus piernas. Evidentemente exigió salir de aquel camión cuanto antes, sin pensar en lo que pudiera ocurrir después. Según ella, no había estado más de veinte minutos a la intemperie y por suerte ya estaba a salvo del frío y de la niebla. Tras aclararle él que ya no formaba parte del cuerpo policial, llegaron al punto muerto de la conversación. Era evidente que ambos habían seguido hilvanando recuerdos en la cabeza, momentos vividos en común dos años atrás, avanzando y retrocediendo en la dolorosa historia en

la que se vieron envueltos, cada uno en su medida. Ella recordaba esa horrible experiencia del secuestro y Sandy algo incluso peor, pues había estado dándole vueltas al momento en que le «invitaron» a entregar su placa amistosamente («por los cojones», decía él). Desde ese punto ya no hubo forma humana de remontar la conversación, así que el resto del viaje había sido todo sonrisas y tamborileos desquiciantes, aunque en verdad ella aparentaba disfrutar del paseo.

Al alcanzar los primeros metros de Rockville, ambos se sorprendieron suspirando, como si comenzaran de nuevo sus vidas (o simplemente estuvieran más cerca de abandonar aquel coche). Para ella había sido mucho más tiempo alejada de su tierra natal y miraba por la ventanilla intentando hacer memoria de cómo había dejado al irse cada calle, cada establecimiento. Maravillándose por aquello que no reconocía e interesándose brevemente por desde cuándo era así tal sitio o cuándo había abierto esa tienda de ropa.

—¿Dónde quieres que te deje? No me importa acercarte adonde sea, no tengo prisa.

Kristen le sonrió y se volvió para seguir mirando por la ventanilla.

—Llamé por teléfono al albergue Blueside para reservar una habitación con pensión completa. Es el sitio de confianza más asequible que recuerdo y me servirá hasta que encuentre algo para alquilar y un trabajo.

Sandy habría preguntado por qué no iba a su casa, con su madre. Pero no sabía si seguía estando allí y, de nuevo, procuraba evitar parecerle entrometido. No eran colegas ni nada por el estilo, así que la dejaría en el albergue, que, para su seguridad, sí seguía siendo de confianza y barato, pero ahí acabarían sus responsabilidades. Como si ella hubiese adivinado sus pensamientos, no tardó en explicarle el motivo de sus planes más inmediatos:

—Vendimos la casa. Fue algo improvisado; teníamos que cambiar de aires. Mi madre y yo hemos pasado por muchos cambios estos últimos meses. A mí me apetecía regresar, ¿sabes? Siento como si le debiera una segunda oportunidad a este lugar: quiero vivir aquí y poder considerarlo mi casa de nuevo. Sentirme segura.

Eso sí que no podría dejarlo pasar: no había mención alguna al paradero de su madre; ¿es que esa mujer pretendía dejarla a su suerte?

—Perdona que me entrometa, pero ¿dónde está tu madre? —preguntó con el mismo tacto de una serpiente al comerse un ratón.

Kristen se echó a reír, como si le divirtiera verlo preocupado por las apariencias.

—No hay ningún problema. Estaré bien sin ella. Mi madre también está experimentando cambios ahora y necesitábamos separarnos un tiempo. Como te he dicho, han pasado muchas cosas desde que nos fuimos. He vuelto para valerme por mí misma. —Kristen repitió su grácil sonrisa y le puso una mano en la pierna que tenía más cerca. Sandy la miró sintiéndose incómodo y violento a partes iguales; ella le sostuvo la mirada con otra dulce—. Gracias por tu consideración. De verdad —susurró.

Aquel contacto en el muslo duró un instante, aunque no fue así como lo vivió él. Ella enseguida volvió a inclinarse sobre la puerta, mirando por la ventanilla, sin perder aquella sonrisa inocente. La chica no le había dado importancia alguna; no había maldad ni segundas intenciones en aquel contacto. Lo que estaba claro era que ella empezaba a parecer más cómoda con él que a la inversa.

—¡Para, frena! ¡Es aquí, Sandy! —le gritó señalando el edificio azulón lleno de balcones de diferentes tonos de gris.

Sandy volvió en sí tras pisar de forma brusca el freno y detenerse atropelladamente en doble fila. «Menuda forma de perder la cabeza, y todo por esa mano inocente», recapacitó mientras recuperaba la serenidad. Ella se despidió agradeciéndole mil veces más lo que había hecho y le invitó a pasar a verla cuando quisiera, para ponerse al día.

Sandy suspiró al saberse solo y en el coche, mientras Kristen se perdía en la recepción del albergue.

«Al fin solo... ¿Y esa actitud tan cercana? Por no hablar de su mano en mi pierna... Desde luego, poco queda de la asustadiza Kristen. Esa mezcla de atractiva inocencia y miradas profundas no pinta bien, espero que tenga cuidado con quienes trate: hay mucho pájaro suelto por aquí», pensó mientras volvía a ponerse en marcha. Ahora le esperaba su retorno a la realidad. A su piso «de mierda», se dijo, encima del local en el que había establecido con Henry su negocio. Aunque fuera más joven, no le molestaba considerarlo su mejor amigo, más que un socio, un igual. «Con el permiso del gran Joel Ackerman, amigo de toda la vida reconvertido ahora en jefe de policía, con una vida sana y deportista y una flor en el culo.»

De no ser por aquellas dos personas tan dispares, su vida no tendría diálogos. Porque él mismo había echado a perder lo que en su día empezaba a quitarle el sueño por las noches y a hacerle creer que podía esperar más de la vida. Jane, siempre era ella, y justo cuando había estado a punto de suceder algo magnífico, irreal, todo se echó a perder. Jeremy, el hermano de Jane,

volvió al presente con aquel secreto que Sandy guardó para sí, el secreto que le costó el trabajo y luego le explotó en la cara. Realmente se marchó de Rockville por cobarde.

Fue y seguía siendo un cobarde, incapaz de enfrentarse a Jane. ¿Le seguiría odiando? ¿Ahora incluso más por desaparecer? Unos golpes en la ventanilla del copiloto le devolvieron al mundo terrenal. No era capaz de recordar cómo había encontrado aparcamiento justo en frente de casa. Se asomó y reconoció sin mucho esfuerzo la figura que estaba de pie junto al coche. Se quitó el cinturón y salió, entumecido por tantas horas de viaje.

—No tienes aspecto de haber disfrutado de tu retiro. Tu cara me hace dudar y no tengo claro si darte la bienvenida o el pésame —le saludó con un tono funesto pero lleno de sarcasmo.

Henry iba vestido como si hubiese estado montando un mueble él solito, en vaqueros y con una camisa holgada. Parecía faltarle el aire.

—Será porque es la segunda vez que alguien me aborda por la ventanilla de esa forma. Está siendo un día... digamos que peculiar pero, para serte sincero, me alegro de estar de vuelta; ¿estás sudando?

Henry se pasó una mano por la frente, apartando algunas gotas de sudor, y enseguida se centró en lo que su amigo acababa de decir.

—Espera un momento...; ¿tienes fiebre o algo? Esto no lo podemos dejar pasar: ¡hay algo en la vida que te alegra!

Henry lo abordó agarrándole por los hombros y zarandeándolo, como expulsándole un mal espíritu del cuerpo. Sonrió al ver que no llegaba ningún reproche ni mal humor. Tras reírse a su costa, le plantó un abrazo firme, superando el tiempo estimado por Sandy para ese tipo de muestras de afecto.

—Bueno, menos entusiasmo, que no llevo dos años fuera. Cualquiera diría que hasta me has echado de menos. ¿No tienes vida propia o qué? ¿Tu socio se va de vacaciones y lo que te alegra es su vuelta? Henry, amigo mío, háztelo mirar.

Sandy se apartó con cuidado y fue a sacar su equipaje del maletero.

—Al menos te noto más comunicativo que cuando te largaste. Yo sé que cuesta asimilarlo, pero por aquí somos varios los que te apreciamos. A pesar de ser como un perro viejo, gruñón, desconfiado, pero fácil de tratar cuando se te conoce.

—Muy gracioso; ¿así que es eso lo que soy? ¿Intentas que te dé la patita y traiga el periódico? Venga, subamos para ponernos al día.

Henry le ayudó con una de las maletas mientras Sandy llevaba la de mayor peso y la mochila. Le permitió ir delante, con evidente expectación. Algo le decía a Sandy que dentro iba a encontrar cambios. Por el momento, preguntó:

—¿Algún encargo? ¿La señora Danes ha vuelto a dudar de la integridad de su marido?

Henry no contestó, prestando más atención a los movimientos de su socio que a sus palabras. Sandy abrió la puerta del local y le recibió aquel olor que ya estaba asociado a su hogar. Era como el olor de una papelería de las de antaño. Aquel pequeño local componía su mobiliario con elementos casi tan viejos como su propio dueño, todo heredado del anterior negocio que allí había. Contaba con sillones de piel color verde aquí y allá, y varias librerías y estantes repletos de archivadores. No había sitio para mucho más, pero era suficiente para ellos. Inspiró profundamente, inundándose de esa sensación de estar al fin a salvo. Pasó de largo directo a la escalera del fondo, oculta tras un biombo, que lo llevaría hasta su pisito, en el que su colega había estado viviendo en su ausencia.

—¿Por qué me miras así? ¿Me estoy perdiendo algo?

—Tú sigue caminando —le instó empujándole en el trasero con la maleta que llevaba.

—Espero que no hayas convertido mi casa en un catálogo de Ikea o algo de eso.

Henry no era desordenado ni escandaloso, el cuidador de pisos perfecto, pero aun así Sandy necesitaba ver que todo estaba tal y como lo había dejado al marcharse. Manías de perro viejo.

Le recibió la estancia principal, más luminosa de lo que recordaba. Todo a simple vista parecía igual, en el mismo sitio, salvo...

—El escritorio parece...

—¿Que no se caerá a pedazos de un momento a otro?

Se trataba de eso, de un escritorio nuevo de madera oscura, caoba o similar. Era muy robusto, espacioso y con muchos cajones, cajones que seguramente Henry habría ordenado, hurgando en ellos, con la mejor de las intenciones, pero hurgando a fin de cuentas.

—Es muy bonito, desde luego, y le va mejor al piso.

—A todo el mundo le gusta recibir un regalo de bienvenida, ¿no?

Sandy soltó las maletas y fue a echarle un vistazo de cerca. Al pasar frente al amplio ventanal de la sala se percató de que también había cambiado

las cortinas, de ahí que ahora entrara más claridad. Su cómodo sillón seguía siendo el de siempre y la acogida de bienvenida que le brindó fue mano de santo para su entumecida espalda.

—Oh..., a ti sí que te he echado de menos —le susurró relajándose.

—Me alegra comprobar que ya te estás aclimatando. A propósito de la señora Danes: te envía recuerdos; llamó un par de veces, aunque para nada serio. He atendido varias llamadas que preguntaban por ti. Antiguos compañeros. Unos parecían preocupados, otros simplemente curiosos. Está todo apuntado por si por algún casual quieres devolver el cumplido.

—*Ok*, gracias, Henry, por todo esto —dijo Sandy abarcando con la mano desde su flamante escritorio hasta las cortinas—. ¿Hay correo? ¿Henry?

Henry estaba de espaldas a él, trajinando en un montón de notas garabateadas, sobre la mesita junto al teléfono.

—Sí..., ahora voy con eso. Un momento. Joel ha llamado hace un rato (tu teléfono está apagado) y quiere que vayamos a verlo enseguida. De verdad, quiso asegurarse de que el «enseguida» que empleó significaría lo mismo para nosotros. Parece que Rockville retorna a la vida con tu regreso y hasta me atrevería a afirmar que ha pasado algo interesante.

Sandy se sacó el móvil del bolsillo. Efectivamente, estaba apagado. Menuda mierda de tecnología. Mucha aplicación inútil y una batería de risa...: progreso lo llamaban.

—Me da la impresión de que Rockville está atrayendo de nuevo a sus habitantes: yo no he sido el único que ha emprendido el camino a casa hoy.

Henry le miró con curiosidad, recordando lo que había dicho acerca de ciertos sobresaltos en la ventanilla del coche.

—¿A eso te referías antes? ¿Con quién te has encontrado esta mañana?

—Ya te contaré, y seguro que también te sorprende... Bueno, ¿qué hay del correo?

Henry alzó un sobre blanco, pequeño. Eso era lo que había estado buscando. No tenía remitente ni dirección postal. Solo un sello. Sandy alzó la vista y torció el gesto, confuso, intrigado.

—Un sobre en blanco; no es que sea la primera vez que solicitan nuestros servicios con tanta discreción. ¿No lo has abierto?

—Solo lleva tu nombre, nada de «oficina» o «detective»: «Sandy» a secas. Supuse que era un asunto privado.

Henry se lo dejó delante, en la mesa. Sandy le dio la vuelta y, cogiéndolo, lo alzó en el aire. Levantó la solapa y al volcarlo cayó una foto del tamaño de

una tarjeta de crédito. Henry observó con disimulada atención su gesto preocupado.

—¿Algo importante?

—Solo veo lo mismo que tú, Henry. Una foto.

—Sois Jane y tú... ¿Es el día del funeral de su hermano?

Sandy asintió, apretando los labios, meditando.

—Sí, pero allí no hubo fotografías ni nadie que hubiese podido hacerla sin que lo advirtiéramos. No recuerdo a nadie.

Henry se colocó a su lado para analizarla mejor.

—Mira, fijate bien —le dijo señalando una esquina de la imagen—. ¿Lo notas? Esos píxeles, el efecto borroso..., esa foto se hizo con el zoom puesto y podría haberse tomado desde muy lejos. De ahí que no estéis muy bien encuadrados y que le falte nitidez.

—No creo que quisiera tenernos en el centro —comentó misterioso Sandy.

Henry clavó su mirada ceñuda en la fotografía, escrutándola una vez más en busca de algo que hubiese pasado por alto.

—¿A qué te refieres?

—Nosotros estamos ahí, pero parece claro que no somos los protagonistas. Lo es la flor que deposité sobre la lápida...

«El rododendro...», resonó en su cabeza.

A Jane le habría encantado llevar a cabo aquel «desayuno por compromiso» en la cafetería Daniella's y así poder, al menos, deleitarse con alguna de sus maravillas en forma de *cupcake*. Era una lástima que su local favorito no estuviera listo aún para la reapertura, motivo por el cual había optado por una de las tranquilas terracitas a pie de calle. Nada que lamentar, por otro lado, pues la mañana se presentaba agradable para tomar un café al aire libre. Jane se había decidido por acercarse a pie hasta el centro, para ir simulando en su cabeza posibles situaciones a las que hacer frente. Solo restaba conocer el tipo de persona con la que tendría que lidiar.

Ya desde unos veinticinco metros de distancia reconoció a Elise Stefanovic por la foto que usaba en su perfil del correo electrónico. La imaginaba con una sonrisa exagerada y permanente. Por sus intercambios de mensajes, parecía ser el tipo de persona complaciente y efusiva que dice lo que uno quiere oír, sea o no verdad, con tal de acercarse a su verdadero y oculto objetivo. Cuando apenas las separaban unos metros, Jane frunció el ceño, pues la chica, que ya la había localizado y la esperaba atenta, parecía más un cartel a tamaño real de un anuncio publicitario que un ser de carne y hueso. Mantenía una pose muy estilizada, recta. Vestía discreta pero con clase y el pelo lo llevaba recogido en una coleta estirada. Destacaba la barbilla, bien alta, y una sonrisa mecánica, poco natural y lejos de ser la que ella esperaba. Frente a frente, prefirió esperar a que Elise tomara la iniciativa: al fin y al cabo, ella era la entrevistadora.

—Buenos días, señorita Clemens; veo por su gesto que me ha reconocido. Elise Stefanovic.

Como si fuera un acto mecánico más de su repertorio, la señorita Stefanovic le tendió la mano. Jane la estrechó. El contacto duró apenas unos segundos y el apretón fue firme por parte de Elise.

—¿Nos sentamos? —La periodista le señaló una mesa bajo techo, arrinconada y medianamente aislada del bullicio, con sillones de mimbre y mesa de cristal, todo rodeado de setos bajos. Un sitio privado para poder hablar de negocios que al menos alegraba la vista.

Jane avanzó tras ella hasta aquel rincón y tomó asiento. Tenía el estómago cerrado y ya ni siquiera un café era bienvenido; sentía mucha curiosidad por aquella mujer de movimientos medidos.

—No parece usted la típica periodista, si me lo permite. Creo que tenía una idea equivocada de su persona.

Stefanovic amplió la sonrisa en un gesto también calculado, buscando algo de complicidad.

—Si para algo están las segundas impresiones, señorita Clemens, es para rectificar una idea equivocada.

Jane asintió mientras dejaba a su lado el bolso e intentaba acomodarse en su asiento de mimbre, al que un cojín no le habría ido mal.

—Empecemos entonces, señorita Clemens. Permítame que sea directa en mis preguntas, tómese como una evaluación por escrito. Conteste como si no estuviera hablando conmigo y así terminaremos antes.

Aquello no sonaba muy profesional: no había oído hablar de ninguna entrevista similar, pero ¿qué sabía ella? La experta era Elise.

Elise bajó la mirada tras unos incómodos instantes y comenzó a sacar documentos de su maletín negro. Los fue colocando en montoncitos frente a ambas, milimétricamente alineados, y, estilográfica en mano, pasó a ojearlos antes de arrancar.

—Tiene usted aquí un negocio, un pequeño local, de temática... turística, ¿no es así? ¿Fue por iniciativa propia?

—Llevamos en realidad una revista, en edición impresa y digital, y un servicio de guía turística que implementamos después. Organizamos excursiones y demás actividades de ocio. Fomentamos las virtudes de Rockville. Trabajamos conjuntamente con la Oficina de Turismo y el Ayuntamiento; todas las partes se benefician de ello. Respecto a la segunda pregunta, ¿a qué se refiere exactamente?

—¿Fue el negocio idea suya? ¿Tuvo un trato especial por parte del Ayuntamiento? ¿Lo ha financiado personalmente o tiene inversores privados?

Elise leía las preguntas sin molestarse en mirarla, manteniendo siempre un tono de voz neutro, sereno. No había nada de interacción entre ellas. Jane llegó a pensar que para eso podría haber respondido a un cuestionario tipo test por correo y se hubiera ahorrado el paseíto.

—No sé muy bien qué tipo de interés puede suscitar este tipo de información, pero sí, la idea fue mía, y de mi socia, Laurie River. Compartimos los gastos de la puesta en marcha, pero yo soy socia

mayoritaria... Oiga, discúlpeme, pero pensé que las preguntas irían por otros derroteros y que habría... no sé, digamos, un mínimo de interacción entre entrevistador y entrevistado; espero estar explicándome con claridad.

Aquello consiguió al menos que la periodista alzara la vista para mirarla, y lo hizo de una forma extraña: ¿era condescendencia lo que Jane notaba en sus ojos?

—Lamento que le pillen por sorpresa estas preguntas. Yo simplemente hago mi trabajo me guste o no y, como ve, me ocupo de leerle estas preguntas; es libre de abstenerse de contestar si lo considera adecuado.

—Señorita, si antes no me encajaba usted en el estereotipo de periodista, ahora puedo asegurarle que no me inspira ninguna confianza como profesional. ¿Sabe lo que siempre suelo decir? Que las primeras impresiones son las que cuentan en los negocios.

Stefanovic soltó la estilográfica con pulcritud, al tiempo que alzaba mínimamente una ceja.

—Lamento oír eso, señorita Clemens. Esto es solo el comienzo y me temo que el resto de las preguntas que quedan por formular pondrían en entredicho aún más, si cabe, mi «profesionalidad periodística» —pronunció con retintín.

Jane no daba crédito y su rostro era la viva imagen de la consternación.

—¿Qué significa eso? Dejé bien claro que solo contestaría a estas preguntas si se centraban en el negocio, en nuestra labor y nuestros proyectos.

—Insisto en que lo lamento. Déjeme decirle que de poco sirve ya seguir con el guion a estas alturas. Ambas sabemos que esto no es una entrevista para ninguna revista sobre negocios emergentes. Al menos, usted lo intuía; ahora se lo confirmo. —Elise hizo una pausa para alejarse un poco de la mesa, luchando por acomodarse en aquel sillón sin cojines—. Soy asistente personal, una asesora si quiere un término más fiel a la realidad. Me han enviado para realizar un informe sobre usted. Le cuento todo esto con el permiso de quien me ha contratado, que no me negó la opción de sincerarme si se daba el caso de no llegar a buen puerto con esta... representación bienintencionada.

Jane no tenía palabras: intentaba hablar pero la indignación que se estaba gestando en sus entrañas le trababa la lengua y no conseguía dar con las réplicas acertadas; solo encontraban el camino impropio que prefería callar.

—Representación bienintencionada...; ¿cuál era la siguiente pregunta?

—¿Cómo dice?

—Digo que cuál es la siguiente pregunta en ese formulario suyo.

Elise volvió a inclinarse sobre la mesa y recuperó la hoja en la que había estado tomando notas.

—Pensaba ir al grano y, en este caso, con nombre propio: Sandy Strunk. ¿Mantiene el contacto con él? ¿Qué sabe de su actual ocupación? ¿Conoce el motivo por el cual...?

—Ya entiendo de qué va esto. Ahorre saliva, Elise —la cortó con brusquedad—. ¿Se llama así de verdad o también forma parte de su «representación bienintencionada»?

La interpelada asintió con la cabeza, con la sonrisa de nuevo en el rostro, solo que esta había ido transformándose en el transcurso de la conversación, pasando de «tipo radiante-azafata» a «por compromiso».

—Mi nombre es real, pero le confieso que no mantuve el contacto por correo con usted; de eso se encargó una secretaria de nuestro equipo.

Dotó a aquellas palabras de un significado mayor del que podía parecer. «Nuestro equipo» le sugería a Jane amenaza, un grupo de personas pérfidas como Elise con dudosas intenciones, dispuestas a inmiscuirse en su vida. Comandadas por algún anónimo majadero.

—No vamos a seguir con esto: se ha terminado. Tampoco le voy a preguntar para quién trabaja porque, hablando en plata, me importa una mierda, con mayúsculas, si quiere tomar notas y pasárselas a quien quiera. Simplemente dígame que su revista del corazón, su periódico sensacionalista o su web de cotilleos, lo que sea a lo que se dedican, no se va a lucrar con mi vida privada ni con la de mis allegados.

Jane agarró el bolso con rabia contenida, clavando las uñas en las asas de tela acolchada. Al fin y al cabo, Elise no era más que una mandada y de poco servía ponerla a ella de vuelta y media, aunque fuera lo único que le pidiera el cuerpo en ese momento.

—Se equivoca usted completamente —le dijo la entrevistadora alzando la voz para retenerla—. El interés de mi jefe es puramente personal, y se vuelve a equivocar si piensa que este asunto se ha terminado por el simple hecho de coger su bolso y marcharse. Se lo digo de buenas maneras; como ve, no le he faltado al respeto en ningún momento ni lo pienso hacer: no es mi estilo. Pero llegados a este punto, tengo que informarle de la identidad de mi jefe.

Jane asintió enérgicamente, escéptica.

—Bien, pues dígame lo que quiera cuanto antes y así podremos volver cada una a lo nuestro.

Elise Stefanovic se estiró en su asiento y volvió a guardar todos los documentos y la estilográfica floreada en el maletín. Haciéndola esperar... Cuando terminó de recoger, centró su mirada en Jane.

—Trabajo en calidad de asistente personal, como ya le dije antes, para el señor Bosley, empresario reconocido en el sector de la abogacía y otros asuntos. Ya volverá a saber de nosotros.

Bosley, Bosley..., ¡Bosley! Aquel apellido rebotó de un lado a otro en su cabeza y le retuvo el aliento.

Nada más terminar, la señorita Stefanovic se volvió y abandonó la mesa, segura del efecto que sus palabras habían causado en Jane.

«El padre de Tom..., es el padre de Tom.»

Jane no llegaba a imaginar qué interés podía tener ese señor en ella, en su vida, ahora que habían pasado años de la muerte de Tom, el final de aquella pesadilla. El señor Bosley no apareció por allí, ni siquiera para asistir al entierro de su hijo. Pagó todo y le procuró un nicho privado en el cementerio. La prensa lo persiguió durante meses y el escándalo salpicó y perjudicó su vida profesional más que la personal, si fuera posible. Se supo que llevaba casi un año sin hablar con su hijo, al que le había dado un puesto de trabajo prescindible para mantenerlo alejado de él, algo que no implicase riesgo alguno para su imperio, garantizándole suficiente dinero como para vivir cómodamente. Los engranajes oxidados de la mente de Jane comenzaron a moverse y a funcionar de nuevo.

—¡Espere un momento! ¿Qué interés tiene el señor Bosley en Sandy Strunk? ¿Qué pretende?

Elise se detuvo y se volvió para mirarla una vez más, con aquella actitud predispuesta y escalofriantemente cordial.

—Me repito al lamentarme una vez más, pero ha sido usted quien ha dado por terminada esta... reunión. Sus respuestas tendrán que esperar, pero le aseguro que llegarán. Que tenga un buen día, señorita Clemens.

Las cosas allí no habían cambiado en absoluto desde que Sandy dejó atrás sus días de comisaría. El sonido, el olor..., todo era igual. El personal sí que se había renovado ligeramente con algunas caras nuevas. Sandy respiraba intranquilo entre aquellas paredes y su estómago se quejaba como cuando comes algo en mal estado. Ya no era su sitio y todo parecía recordárselo: cada rincón, cada agente al que miraba le provocaba un molesto hormigueo en las manos; la espalda se le tensaba. Henry le observaba con curiosidad. Sobre todas las cosas, le fascinaba su compañero y mentor, quien, por todos esos cambios que había experimentado en su personalidad, era alguien totalmente distinto, pero de igual valía. En el tiempo que llevaban trabajando juntos, el ahora detective había transitado por varias etapas. Con frecuencia, Henry se había sentado frente a un desconocido, sin saber cómo tratarle. Ni uno ni otro eran dados a entablar amistades pero, tras lo vivido en el caso Clemens, no les suponía problema alguno mantener una relación de trabajo estrecha, como si los peligros superados fueran una prueba ineludible de la confianza que debían depositar el uno en el otro.

Henry dejó libre su asiento de plástico, demasiado incómodo como para seguir ocupándolo por más tiempo. Ambos estaban esperando a que Joel apareciera para explicarles por qué los había hecho ir con tanta urgencia. Sandy no se estaba quieto; había preferido permanecer de pie, cerca de la puerta principal, por la que cada pocos minutos alguien entraba o salía, aportando un liberador soplo de aire fresco del exterior. Saltaba a la vista que nada quedaba ya del antiguo Sandy, orgulloso, metódico y con un estupendo don de gentes, el que se sentía como pez en el agua entre aquellas paredes. Henry, por su parte, seguía haciendo alarde de una gran paciencia y cabeza fría en todo momento.

Del fondo de la sala, de la puerta reforzada con barrotes que llevaba a los calabozos, salió Matthew Matheson, antiguo «novato» de la comisaría, compañero de Henry y del resto. Matt le localizó como con un radar. Sus ojos mostraban con franqueza cierta alegría. Matt fue, del grupo, el que menos había dado que hablar, pero no por ello era un mal agente. Sin ir más lejos,

debía de ser bueno en su trabajo, ya que tan solo él y Garretti habían conseguido formar parte del cuerpo, la última, más laureada por su insuperable determinación. Henry se adelantó para encontrarse con él a medio camino, entre algunas mesas de trabajo desocupadas. Una de ellas había sido la suya, lo que le dio, por un breve momento, la excusa perfecta para sentirse melancólico, algo que, según él, nunca venía mal. Matt fue el primero en hablar tras propinarle un par de puñetazos afectuosos en el hombro.

—Henry, colega. Te veo bien. ¿Qué tal esa aventura de hacer de Sherlock? Ah, perdona, que tú eres Watson... —Se detuvo mientras echaba un vistazo alrededor, alzándose de puntillas para mirar tras Henry, hasta localizar a Sandy, aún junto a la puerta—. Sí, ahí tenemos a Sherlock.

—Me alegra ver que sigues tan capullo como siempre, Matt. ¿Has visto a Ackerman por aquí?

Apartó con las manos varios bolígrafos y notas de la mesa a su espalda y se sentó en el borde antes de contestar.

—Pues... salió temprano y no sé si ha vuelto. El viejo Sam avisó de un robo en los almacenes de Aiden Road. ¿Os puedo ayudar yo en algo?

Matt resultaba siempre muy evidente en sus intenciones. Podía bromear cuanto quisiera, pero todos sabían que él también admiraba al «Sherlock» que tenían a pocos metros. La curiosidad le estaba matando. Aunque, por desgracia, ni Henry ni Sandy conocían el motivo exacto por el que les habían hecho ir hasta allí.

—Llevamos aquí unos diez minutos y eres la primera persona que nos dice algo concreto sobre Joel. Puede que nuestra presencia aquí tenga algo que ver con ese robo que dices.

Matt alzó los hombros; no podía ayudarles más de lo que ya lo había hecho, que era más bien poco.

—¿Has visto a Garretti? ¿Está por aquí?

Al mencionarle a la chica, Matt soltó una especie de resoplido, acompañado de un gesto de burla incomprensible, no por su vaguedad, sino porque para Henry no era concebible una burla hacia Garretti.

—¿Doña Perfecta? Ackerman solicitó su ayuda en los almacenes. Me extrañó mucho que no se la llevara desde un principio, si casi no separa su cara del culo del jefe. Es como un perrito faldero, tan oportunista como siempre —le soltó. Matt no encontró en el mohín de Henry el gesto de confidencialidad que buscaba. Sonrió de forma inocente y, antes de marcharse por donde había venido, añadió—: Vamos, hombre, no pongas esa cara, que

solo bromeaba. Ya conoces a Garretti: siempre está al cien por cien y sabe sacarle partido a cada situación. Tengo cosas que hacer...; si veo al jefe le diré que le estáis esperando.

«Claro, hasta otra, pero solo una cosa más: ¿es machismo resentido lo que noto o simple envidia, amigo Matty?» Henry no tenía dudas de que Garretti le daba mil vueltas a la mayoría de los «machos» allí presentes, que la miraban por encima del hombro, como si no comprendieran su derecho a ejercer la profesión. Rockville estaba «chapado a la antigua» y por desgracia no era muy común ver a una mujer vestida de azul y con placa, y mucho menos verla ascender a inspectora.

Sandy se acercó nuevamente hasta los asientos de plástico azul, adonde había vuelto Henry tras hablar con Matt.

—¿Qué te ha dicho... el «exnovato» al que jamás he logrado llamar por su nombre? —preguntó Sandy cruzando los brazos y acomodándose como buenamente pudo.

—Nada que merezca la pena recordar. Aparte de que nuestro esquivo Joel ha estado esta mañana en los almacenes que hay al final de Aiden Road. Al parecer por un robo. ¿Crees que por eso estamos aquí? —Sandy entornó los ojos—. ¿Qué piensas?

—¿Yo? Nada que se te haya podido escapar a ti. Si Joel cree que nos conviene enterarnos de algo sobre ese robo, no puede ser nada bueno.

En ese momento, la puerta se abrió atrayendo todas las miradas, ya que apareció en ella la enorme figura del jefe de policía, Joel Ackerman, hablando a gritos por teléfono. Sandy compadecía al pobre infeliz que hubiese provocado la ira de aquel gigante. Aún con el móvil en la mano, se volvió de lado a lado, los localizó y el rostro se le distendió ligeramente. Solo ligeramente, pues luego algo que debió de decir su interlocutor volvió a encenderle las mejillas y a provocar una retahíla de ternos que habrían sonrojado al tipo más duro. Les hizo señas para que le siguieran y puso rumbo a la sala de reuniones. Pasaron de largo su despacho, el que en otro tiempo había sido el santuario personal de Sandy. Desde que Joel estaba al mando había necesitado la colaboración de Sandy en varias ocasiones, pero nunca se reunían en el despacho; Joel insistía en que jamás permitiría que Sandy ocupara el sillón de las visitas allí, por lo que siempre iban a la enorme sala de conferencias, como iguales.

Joel entró seguido por Sandy y poco después apareció Henry, que fue quien cerró la puerta. Joel soltó casi con violencia un maletín con documentos

mal colocados que asomaban por los laterales. De manera casi cómica, procedió a quitarse la chaqueta sin apartarse el teléfono de la oreja y, tras varios intentos infructuosos de liberar los brazos de las mangas, pagó su furia con la prenda, lanzándola bien lejos tras quitársela con violencia.

—Sí, claro que voy a esperar, pero dile al gallina de tu jefe que va a terminar poniéndose al teléfono... ¡si no quiere que le patee el culo allí mismo esta tarde!

En ese momento, aprovechó para darse la vuelta y mirar a los presentes.

—Aprovecharé, ahora que este cobarde se está quitando los cojones de corbata y preparándose para hablar. Os interesa saber a qué viene toda esta mierda y así podréis dejar de mirarme como idiotas, y que conste que me contengo al calificar vuestros caretos. —Se remangó hasta los codos la camisa y procedió—: Iré rapidito, así que, Sandy..., Sandy 2.0, estad atentos. Robo en los almacenes donde tenemos varios archivos que hasta hoy se me antojaban poco relevantes o sin interés para posibles amigos de lo ajeno, pero resulta que me equivocaba. Llego allí y me encuentro con una escena que me resulta familiar; atento, Sandy... —Le señaló con el teléfono aún en la mano—. Por cierto, bienvenido a casa, ya me contarás qué tal la huida de los malos espíritus.

En esa pequeña pausa, Sandy puso los ojos en blanco. Ya se encargaría de aclarar por activa y por pasiva que no había estado en ninguna secta ni retiro espiritual, solo de descanso, infructuoso pero descanso.

—Siga con el discurso, ilustrísima, por favor —hizo una reverencia.

—Pues bien, entramos, y todo patas arriba, todo, salvo un archivador, en el que habían depositado un objeto, algo así como una firma. ¿Te suena, verdad?

—¿Hablamos del pasado de Rockville? Por supuesto que me suena. Pájaros muertos. ¿Me estás diciendo que se trata de ese chico al que atrapamos?

—No tan rápido, Colombo. No eran pajarracos podridos esta vez, sino una flor, un rododendro de esos que te gustan. Raro, ¿verdad? No esperé y llamé a Garretti para que me buscara a ese ladronzuelo. —Joel siguió hablando sin notar que en el rostro de Sandy el color desaparecía por momentos—. Resulta que llamo al reformatorio donde estaba cumpliendo condena el muy capullo y, mira por dónde, un chupatintas gilipollas me dice que por lo visto desapareció hace un par de días..., ¡un par de días! Y no se les ocurre ponerse en contacto con las autoridades de la ciudad en la que ese

niñato se pasó unos buenos años robando y haciendo de las suyas... Sandy, ¿qué hostias haces?

Sandy se había dado la vuelta, como ignorándole.

—Oye..., Hutch, tú que pasas más tiempo con él, ¿qué coño le pasa a Starsky? ¿El puto *jet lag*?

Henry bufó exasperado. Joel sabía perfectamente cuál era su nombre, pero desde su baja en el cuerpo para convertirse en inseparable de Sandy se había ganado varios apodosos de esa índole para el resto de sus días. Sandy les sobresaltó volviendo en sí.

—Joder, Joel, deja las palabrotas un rato. Juzga tú mismo si tengo motivos para ponerme así. —Sandy sacó de uno de sus bolsillos la foto del cementerio que había recibido.

Joel entornó los ojos para analizar lo que veía. Enseguida alzó la vista hacia Sandy. Los ojos eran una fiel manifestación del desconcierto que había provocado su respuesta.

—¿Qué cojones significa esto? —masculló atropelladamente.

Desde el altavoz del teléfono llegó una vocecita gangosa, que empezaba a resultar molesta.

—¿Me ha oído, inspector? —insistió aquella personita, ya a grititos.

Joel miró al cielo pidiendo paciencia. Agarró el teléfono con furia.

—¡Joder! Váyase a la mierda, ¿me ha oído usted? Ya le llamaré —Joel colgó al instante. Lo que tenían entre manos requería toda su atención, la de todos ellos.

Existían mil formas diferentes de acabar mal esa entrevista y Jane las había estudiado todas, esperado y hasta asumido con antelación, pero el resultado la mantenía aún en vilo por lo insólito. La mera mención del apellido Bosley ya le había hecho hervir la sangre: volvía a su mente, a removerle las entrañas. El padre de Tom había conseguido que sus problemas con Sandy quedasen en nada porque, realmente, no eran nada comparado con lo que ahora se les venía encima. Caminó con celeridad, sin pensar en que tendría que darle alguna explicación a Laurie y no sabía muy bien qué decirle. Cruzó la calle que la acercaba un poco más al local, con los nudillos blancos aferrando el bolso bajo el brazo. Ya desde fuera, a través del escaparate parcialmente tapado por reclamos y pegatinas de publicidad, vio a Laurie discutiendo acaloradamente con su recadero particular, que probablemente habría vuelto a aplastar algún paquete. Jane dudó antes de entrar. No era el mejor momento para darle a Laurie otro motivo para alterarse. Empujó la puerta casi dejándose caer sobre ella, haciendo notar su presencia con la esperanza de que cesara aquel alboroto sin necesidad de mediar palabra. Las cabezas se volvieron hacia la entrada y se hizo el silencio. Demasiado repentino, demasiado forzado. A Jane le dio por pensar que aquella discusión quizás la tuviera a ella como protagonista.

—¿Qué...? No os cortéis; ¿me invitáis a vuestra fiesta de gritos?

Liam, el chico para todo, bajó la mirada, cansado ya de encontrarse siempre con el basilisco, como solía llamar a Laurie, en vez de con Jane, que le resultaba más agradable y, de paso, no tenía en cuenta sus pequeños fallos con los recados.

Laurie cruzó los brazos, como encogiéndose.

—No discutíamos por gusto, como comprenderás. Ha pasado algo.

Jane asintió varias veces pensativa. Dejó que la puerta se cerrara, colgó el bolso en el perchero y finalmente comentó:

—Ha pasado algo..., bueno, déjame que te corrija. Ha pasado ALGO más. Porque hoy el día está dando para mucho, ¿sabéis? Estoy..., siento que... —se

le resistía la palabra adecuada, así que optó por gesticular con las manos, abriendo y cerrando los puños con rabia.

—Estás que trinas... ¿Qué ha pasado con la rusa? Un momento ¿Era lo que nos temíamos? —inquirió Laurie, que parecía querer desviar la atención del motivo por el que antes discutía con Liam. El chico se sentó en el sillón esperando su turno de quejas.

Liam trabajaba para ellas, aunque no de forma exclusiva; le gustaba considerarse uno más del grupo, el toque masculino, pero su trabajo principal estaba en la oficina de correos y solía haber conflicto de intereses. Era un buen tipo, despistado, algo caradura y torpe por naturaleza, pero sin maldad alguna. Llegaba tarde, se extraviaba, confundía números de teléfono...: su historial era muy completo. A Laurie le sacaba de quicio y a Jane le divertía tenerle por allí, y venía bien para hacer algunos recados. Lástima que el pluriempleo no le permitiera dejarse caer más a menudo por allí para protagonizar alguna de sus escenas con Laurie. Jane se acercó a ellos y se derrumbó en el cómodo «sillón del pensador». Había sido idea de Laurie nombrarlo oficialmente así y era el sitio en el que los clientes se sentaban para estar cómodos y tomar decisiones trascendentales, como qué rutas turísticas escoger o en qué hotel hospedarse. A todo el mundo le encantaba el sillón y en poco tiempo se convirtió en la seña de identidad del negocio, con su logotipo incluido. Jane, que sentía como los parpados le ardían, comenzó a masajearse los con movimientos circulares.

—Bueno, ya es tarde para callarlo —comenzó Laurie dirigiéndose a Liam—. Por cierto, intenta luchar contra tu naturaleza preguntona. Sé que sabes de sobra todo lo que pasó hace un par de años. Si esto está relacionado, más vale que no sueltes prenda fuera de aquí o morirás, así de claro: yo te mataré —casi sonó amenazadora.

El interpelado enarcó una ceja, para luego terminar asintiendo. Era ante todo realista y consecuente; se conocía, y que ellas también lo hicieran le sentó bien. Laurie se acercó un poco más y puso una mano en el hombro de Jane.

—Bueno, ¿y qué ha pasado?

—La rusa, que de rusa, por cierto, tiene el apellido y poco más, no iba con la intención de hacerme una entrevista por nuestro negocio, aunque sí quería hacerme preguntas.

—Lo sabía —maldijo Laurie chasqueando la lengua.

—Oh, no, no, no tienes ni idea, Laurie. La rusa ni siquiera es periodista, sino asistente personal o yo qué sé, y trabaja para, atención al nombre, el señor Bosley.

Liam abrió bien los ojos, lo cual no se le escapó a Laurie, que lo miró acusadoramente.

—¿Y qué quería de ti?

—Esto es lo mejor: el señor Bosley, al parecer, tiene interés en conocer más detalles de lo que ocurrió con su hijo y hay un nombre en su lista: Sandy Strunk. Hay que hablar con Sandy. Tengo que llamarle.

Laurie se agachó junto al sillón.

Jane se levantó decidida a coger el teléfono, sin pensar en nada que no fuera la urgencia de hacerle saber las últimas noticias a Sandy. Pero Laurie la detuvo nada más alzarse del sillón. Tragó saliva y comenzó a hablar sin mirarla a los ojos.

—Espera un momento, Jane. Lo que dices no hace más que complicarlo todo y a la vez arroja algo de luz. Se ha filtrado en las noticias locales y las webs que Frank Bosley va a tomar las riendas del Ayuntamiento hasta que se celebren elecciones. Os tiene en el punto de mira y, en cuestión de horas, será el hombre con más poder de todo Rockville.

Liam dio una palmada improvisada que cortó el hilo de pensamientos general. Se levantó y, sin haber abierto la boca, comenzó a ponerse su chaqueta; luego sacó sus guantes de cuero de los bolsillos.

—Creo que lo mejor es que me vaya. Siempre estoy con el teléfono cerca. Cualquier cosa que necesitéis...

Jane asimilaba silenciosa aquella información justo cuando los tres presentes tuvieron que dirigir las miradas a la entrada. Porque alguien estaba golpeando con los nudillos en el cristal del escaparate y, al captar su atención, saludó sonriente, dando por sentado que la habían reconocido.

—¿Es esa Kristen? ¿La Kristen Thomas a la que secuestró tu novio sicópata? —Liam fue el único que pudo articular palabra, aunque fueran unas más que desafortunadas palabras.

Laurie se volvió con rabia en la mirada.

—¡Liam! —le gritó.

Rockville estaba regalándoles un día lleno de sorpresas o, como habría matizado Laurie, de imprevisibles putadas.

Cuando Stella María Fray (Stella por imposición de su padre y María por el rebote posterior de su madre) bajó del autobús en la parada más cercana a su casa, se sintió mal consigo misma. Su madre y ella no pasaban por un buen momento económico. Vivía a escasos veinte minutos del instituto y, aun así, había decidido volver a casa cómodamente sentada antes que darse un paseo con el estómago vacío. Había sido un gesto egoísta por su parte, justo ahora que su madre intentaba recortar gastos como una desquiciada de aquí y de allí. El culpable era el profesor de mates y, más concretamente, su 3 en el examen de Probabilidad Estadística. Era la nota más baja que había sacado en su vida e iba a suponer que su media global en la asignatura se viera muy perjudicada. Stella estaba tan fastidiada por aquella mala noticia que no le habían quedado fuerzas ni ganas para caminar tanto. Guardó el iPod y los auriculares en la mochila antes de abandonar la parada. Estaban teniendo problemas para pagar las deudas que se les acumulaban, como la hipoteca o la letra del coche que habían comprado en una racha de prosperidad. Luego llegaron los recortes en la empresa de su madre y los pagos comenzaron a retrasarse. Hacían malabarismos con la cuenta corriente, pero algo que su madre tenía muy claro era que el fondo económico para su universidad no corría peligro ni lo correría, aunque eso significara apretarse el cinturón hasta el límite. Sus abuelos paternos se habían encargado de ese asunto, como último regalo en vida, y no entraba en los planes de Stella echarlo todo a perder por una estúpida nota media. Los cinco minutos que le restaban para llegar los dedicaría a prepararse para la lluvia de miradas desdeñosas que le caería nada más soltar la noticia en casa. Su madre volvía del trabajo unas horas después que ella. Tenía tiempo de limpiar un poco la casa; quizás ordenaría, al fin, su zapatero o el armario de las toallas, y así su madre se llevaría una sorpresa y tendría que aceptar que era una chica aplicada y responsable, que lo de mates solo había sido un desliz que no se repetiría.

Sacó las llaves del bolsillo exterior de la mochila. Extrañada, se percató de la presencia del coche de su madre, aparcado justo en el mismo sitio donde estaba cuando ella salió de casa por la mañana. ¿Habría vuelto pronto o

simplemente no había ido a trabajar? Como ya tenía el llavero a mano, prefirió abrir y no llamar al timbre, para no obligar a su madre a desatender lo que estuviera haciendo. Las sorpresas siguieron presentándose al girar la llave y empujar la puerta. Todo estaba en completo silencio. Cuando su madre estaba en casa, era difícil no notarlo: Nancy Fray era de esa clase de personas que no soportan el silencio y por tanto la televisión, la radio o el ordenador siempre le hacían compañía a buen volumen. Generalmente había música. Pero en esta ocasión ni siquiera se oía un murmullo o el consabido trajín de platos y cacerolas en la cocina... Nada, no parecía haber nadie en casa después de todo. Cabía la posibilidad (Stella se decantaba por ello) de que el coche se hubiera averiado y su madre se hubiese tenido que ir en autobús. No sería la primera vez que el sedán daba signos de necesitar una inaplazable visita al taller; su madre no cesaba de repetirse que les había salido malo. Dejó la mochila y las llaves en la cómoda de la entrada, como siempre, esperando que dichos ruidos delataran su presencia y su madre apareciera por alguna parte, con sus cachetes sonrosados y el pelo recogido en un moño destartalado.

—¿Mamá? ¿Estás en casa? —gritó bien alto. Si había alguien, en cualquier rincón, al menos sería consciente de su llegada.

Echó una ojeada a la sala de estar, luego a la cocina y hasta al comedor. No había nadie, al menos allí abajo. Las tazas, vasos, platos y cubiertos del desayuno seguían en el fregadero. No tenía ni idea de por qué se sentía tan inquieta, buscando cualquier indicio de la presencia de su madre allí o, en su defecto, un detalle que la ayudara a comprender por qué el coche estaba en casa y su madre, no. Stella comenzó a subir con cautela las escaleras, pues de pronto no le parecía correcto hacer tanto ruido o ir pregonando su presencia. Había algo raro en el ambiente, un olor, algo afrutado que no reconocía y que lo impregnaba todo a medida que avanzaba hacia el piso superior. El aroma silvestre la guiaba y acompañaba. Stella sabía que no era un olor habitual en la casa y no estaba allí cuando ella se había ido al instituto. La puerta del baño estaba entreabierta y de allí parecía salir el aroma; era casi visible en el aire. Stella dudó un segundo.

—¿Mamá? ¿Estás ahí dentro? —preguntó casi en un susurro, sintiéndose una extraña en su propia casa, con su propia voz.

Dejó caer la mano sobre el pomo de la puerta y lo empujó suavemente sin dejar de observar como comenzaba su recorrido e iba dejando al descubierto el interior de la habitación. Stella retrocedió con un grito ahogado en la garganta cuando todo quedó a la vista. A punto estuvo de perder el equilibrio

al chocar de espaldas con la barandilla, a la que se aferró para luego dejarse caer de rodillas en el suelo. En ese momento, el aire volvió a circular y un estridente grito quebró la tranquilidad de la casa y se oyó en todo el barrio. Nancy Fray estaba muerta en el suelo del baño de su casa, semidesnuda y mojada, con los ojos abiertos y la mirada fija, como si hubiese podido observar a su verdugo hasta el final.

Sandy intentaba calmar a Joel de la única forma que era capaz: escuchándole. Demasiados rododendros en la ecuación que Rockville les estaba planteando; tocaba despejar la incógnita sin suficiente información. La foto inquietaba a Joel, pero a Sandy le provocaba algo mucho más complejo de describir, por lo que callaba y mantenía sus pensamientos bajo una capa de simple preocupación. Allí estaban de nuevo ante los acontecimientos que vaticinaban una tormenta, con miras a evolucionar en ciclogénesis, como si nada hubiese cambiado en dos años. Joel reivindicaba la implicación de Sandy como algo evidente, aun a pesar de que el expolicía fuera alguien muy distinto ya, pues no le rendía cuentas a nadie. Actuaba según unas normas que variaban dependiendo del día y el estado de ánimo.

—Este asunto del rododendro apesta a kilómetros y eso es demasiado alcance para tratarse de una puta flor —resolvió Joel sin moverse de su asiento en la sala de reuniones, donde llevaban cerca de una hora.

Sandy, apoyado en el alféizar de la única ventana abierta, cruzaba los brazos para dificultar el impulso de morderse las uñas.

—Por cierto, Sandy: has mandado a tu lacayo a ver a Jane. Creo que está bien saber si ha notado algo raro o si ha recibido también fotos. Pero ¿por qué no vas tú mismo? Y, lo sé, me estoy metiendo donde no me llaman...

Aquello hizo saltar las alarmas. Sandy centró una mirada escrutadora en su amigo.

—¿Insinúas que hay un motivo concreto para que no quiera hacerlo?

—A mí no me mires así. Eres tú el que acaba de llegar tras un viaje a «su puta madre de lejos». ¿Estuvisteis de revolcón y la cosa se complicó? ¿Es eso...? Es eso, siempre es eso.

—Joel, podríamos contar con los dedos de una mano las veces que hemos hablado de este tipo de cuestiones. Qué digo, hasta se pueden contar sin dedos. Gracias por el interés, colega, pero lo que pasara entre ella y yo se queda entre nosotros —la sonrisa que acompañó tal aclaración fue digna de aparecer en el repertorio del capo más truculento del cine.

—De acuerdo, tigre, alzo la bandera blanca, guarda esas zarpas. Que sepas que hablé con ella hace un par de semanas. Sé que estabais en un buen punto cuando todo saltó por los aires con lo de su hermano. —Se estaba mordiendo la lengua: luchó para guardarse un comentario más, pero ¿a quién quería engañar? Joel nunca se la había mordido, y menos con Sandy—. Y, si me permites apuntar un dato más..., rectifico, me paso por el arco del triunfo tu permiso: para eso está la amistad, y eso de que la confianza da asco. —Se fue acercando a la ventana y luego se apoyó en la pared a su lado—. Eso de huir de los problemas no es típico de ti, no la evites. No hagas de un grano de arena una montaña de récord; no conviertas una simple ola en un tsunami o no empieces a...

—Joder, Joel, escupe la enciclopedia de frases hechas, que le va a dar una indigestión a tu cerebro —él mismo notó su exagerada brusquedad y no le gustó—. He captado el mensaje, gracias. No podría estar más de acuerdo contigo. Y, por cierto, insisto: he estado de VACACIONES, simple y llanamente. No imagines cosas raras.

—Solo me preocupo por ti, colega; quiero saber si ya estás recuperado —le soltó con un marcado deje de melancolía.

Y, efectivamente, Sandy había oído bien. El nuevo Joel era capaz de preocuparse por los demás y no se quedaba ahí: también era totalmente capaz de demostrarlo y hasta de decirlo, todo sin que su expresión incitara a pensar lo contrario.

Empezó a estirar los brazos, listo para salir de allí de una vez. Era como el diablo en una iglesia, empezaba a brotarle un sarpullido al cabo del tiempo.

—Te estás volviendo un blandengue sensiblero. Sabrá Dios quién es la culpable de ese cambio —le endilgó Sandy.

Joel le guiñó un ojo, pero esa expresión melancólica en su rostro siguió presente.

—¿Has vuelto a verlo? —preguntó con una sombra de seriedad inusual.

Sandy dejó, pausado, su ritual de estiramientos. Finalmente, volvió a sentarse en la ventana, muy a su pesar.

—Casi a diario —confesó sorprendentemente abrumado y sincero, sin segundas, sin saltar a la defensiva—. Esta mañana, cuando volvía, ocurrió otra vez, justo antes de encontrarme con Kristen Thomas. Fue tan solo un instante y... tan real.

Hubo un silencio más que expectante en la habitación, ya que Joel intentaba decir algo pero, o no daba con las palabras adecuadas, o

simplemente no tenía ni idea de por dónde tirar en un momento como aquel. Hasta que se dio una palmada contra el muslo, como activando un mecanismo de arranque.

—Fíjate en esta mesa. Aquí el auténtico desastre soy yo y ambos lo sabemos —admitió con un tono de voz más animado, haciendo aspavientos por toda la mesa—. Tengo tantos documentos por aquí que no sé ni cuáles hay que archivar. ¿Ves esta caja?: es del caso Clemens. —Apartó con el pie una caja de pruebas para ponerla a la vista de Sandy—. Ya ni me acuerdo de lo que hay dentro.

Sandy enarcó las cejas, confundido por el aire teatral que Joel estaba adoptando. Con la mirada parecía insistir en que le descubriera sus intenciones.

—¿Te importa que salga a por un café? Tú puedes quedarte por aquí: estás en tu casa. Siempre será así.

Pasó a su lado y, tras posarle una mano cálida y fuerte en el hombro durante un segundo, dejó la sala y cerró la puerta una vez fuera.

Sandy se levantó y con pasos vacilantes se descubrió ante la caja que Joel había mencionado. Un impulso fantasma le incitó a agacharse y levantar la tapa. Su atención encontró aquello en lo que debía centrarse y todo lo demás dejó de estar presente. Llegó a sentirse estúpido por no haberlo visto venir. Era el diario de Joseph, aquel en el que había plasmado todo lo que él y Tom habían estado tramando. Joseph lo había escrito únicamente para él mismo. Sandy no había tenido oportunidad de hojearlo, puesto que la investigación que le cayó encima por la muerte de Tom y sus decisiones aquella noche le cerraron muchas puertas en aquellos días posteriores. Pero ¿le serviría de algo? Las manos respondieron por él, apresurándose a cogerlo y llevárselo hasta el bolsillo de la chaqueta. Cerró la caja y salió resoplando de allí. Definitivamente ya no era el viejo Sandy, aquel que se sentía como en casa entre aquellas paredes. Tenía que marcharse.

Para Jane fue extraño pensar inmediatamente en la Kristen del pasado al ver a la chica sentada junto a ella. Recordó de nuevo aquel día en la comisaría, cuando Joseph tomó a Laurie como rehén y emprendió una huida desesperada, con un final trágico para él y que a punto estuvo de costarle la vida a su amiga. Entró en la tienda y todo pasó como a cámara rápida. El encuentro había sido tan breve como desconcertante. Kristen se había mostrado muy cercana, sin perder esa bonita sonrisa que escondía mucho más de lo que se dejaba ver. Tan solo explicó que había vuelto para retomar su vida y cerrar asuntos pendientes, y por ello quería volver a ver a Jane. Había madurez en los rasgos, en las formas. El desconcierto que dejó Kristen aminoró el ritmo de las chicas, que tuvieron problemas para volver a centrarse. Hasta que Jane, sin intercambiar impresiones sobre lo ocurrido, se había montado en el coche para atender su cita familiar, nada menos que en el cementerio, donde ya la estarían esperando. Todo lo demás quedaba en segundo plano.

No era Jeremy el único que aguardaba allí: sus padres tenían pensado aprovechar el viaje para despedirse de sus dos hijos antes de salir del país para unas merecidas y esperadas vacaciones, algo así como una segunda luna de miel que se había hecho esperar años y años.

Alison y David eran de nuevo los Clemens, un matrimonio, una unidad. Una unión que trajo mucha vida y seguridad a la casa que tantos años había estado en silencio, habitada por la madre de Jane, que encontró una nueva rutina, la de no estar sola, y se acostumbró a ella con asombrosa complacencia. Ambos ganaron en salud, una salud que iba mucho más allá de lo físico y aparente.

Jane aparcó tras el Chevrolet de su padre, un modelo más práctico que bonito, del que el hombre no pensaba separarse hasta que se cayera a pedazos, cosa que podía haber empezado a ocurrir ya a juzgar por el aspecto que presentaba la defensa trasera. Los Clemens visitaban a su hijo Jeremy todos los domingos, sin excepción. Hiciera viento o lloviera a cántaros, allí estaban ellos para mantener limpio de rastros y suciedad el lugar de descanso de su

Jeremy. Jane, sin embargo, solo había acudido unas cinco veces en esos años. La última vez que estuvo allí, frente a su hermano, había llorado hasta agotar sus lágrimas. De eso ya hacía bastante. Al día siguiente, Coco llegó a su vida y las cosas comenzaron a cambiar..., ella decidió cambiarlas. No había vuelto a derramar una lágrima.

Nada más apearse divisó a sus padres a unos cincuenta metros, justo donde debían estar. Siempre soplaba una brisa fresca en aquel lugar, en cualquier época del año y a cualquier hora. A Jane eso le gustaba, la reconfortaba caminar por allí, notando el césped bajo el calzado, con ese escalofrío que la hacía sentir viva, acompañada. Mientras se acercaba, los observó conversar entre ellos. Ambos sonreían abrazados estrechamente. Cuando acudían allí, acababan recordando anécdotas de una vida pasada, algo que les servía para reunir nuevas fuerzas. Por todo esto no la vieron venir y, al plantarse junto a ellos, Alison dio un pequeño respingo llevándose la mano al pecho.

—¡Jane! No seas tan silenciosa. En sitios como este debería estar prohibido acercarse a alguien sin hacer ruido —su madre les regaló aquella reflexión disimulando el disgusto.

El señor Clemens se limitó a plantarle un beso en la frente que terminó con un toquécillo en el hombro, a modo de saludo y al tiempo de reprimenda.

—Has tardado en venir. Quedamos hace un cuarto de hora. El vuelo sale en dos horas y ya sabes cómo son estas cosas: hay que llegar con mucha antelación —le reprochó ligeramente su padre, pues, allí donde le veía, él no era ni siquiera un reflejo de la figura estricta que solía ser en otra época.

Jane ignoró la queja por su tardanza y le dio un abrazo. David olvidó que el mundo existía fuera de aquel contacto. Su sonrisa le delató.

—Os voy a echar de menos. Dos meses son muchos días sin poder abrazaros. Espero que estéis preparados para mis llamadas a diario.

—Tú y tu inseparable teléfono —le recriminó su madre desviando la mirada.

—Es lo que tiene vivir alejada de la ciudad, que estoy enganchada al teléfono; de lo contrario ya me habría convertido en un ermitaño, con barba y todo.

Su madre sonrió curiosamente, pero enseguida reprimió el gesto. La vieron morderse los labios, como reteniendo algún pensamiento antes de que se convirtiera en palabras precipitadas.

—¿Qué pasa, mamá? Venga, dílo ¿Qué estoy haciendo ahora que no sea correcto?

Alison no desaprovechó la oportunidad: pocas veces su hija la incitaba a opinar sobre aspectos personales de su vida. Se acercó y la cogió de las manos para allanar el terreno.

—Tu padre y yo hemos estado hablando... —dijo procurándose el apoyo de su marido—. Te notamos muy sola, hija. Ha pasado ya mucho tiempo y deberías empezar a salir, no limitarte a la oficina y a Laurie, deberías tener más amistades, alguna cita...; mi amiga Loise dice que su hijo...

—Muy sutil, mamá: ¿programando citas a ciegas?

Alison, puesta en evidencia, volvió a fruncir los labios y le lanzó la bola a su marido con una súplica en la mirada.

—¿Qué pasó con ese poli? ¿Era Sam? Tu madre pensaba que las cosas iban bien con él. Nos parece un tipo respetable. Te salvó la vida y...

Jane puso los ojos en blanco, algo que jamás había sabido hacer voluntariamente. Era un gesto perfecto que definía exactamente lo que aquello le parecía: una encerrona, la cual, además, ya se empezaba a repetir.

—Vale, escuchad. En primer lugar: mamá, deja de usar a papá para que diga lo que tú quieres decir; no es un monigote. Y en segundo: ya os conté lo que ocurrió con Sandy, no Sam, Sandy. Sabéis lo que nos ocultó, que estaba al tanto de todo lo que estaba en juego y aun así tomó esa decisión. Lo último que quiero ahora es compartir mis días con alguien que teme hacerme añicos por cualquier dificultad que se nos presente.

Jane paró para coger aire. No estaba alterada, solo algo molesta porque sus padres, su madre concretamente, tuviera que salir con esas, justo cuando solo quería despedirse de ellos con un buen abrazo y una sonrisa.

—Y en tercer lugar, no es asunto nuestro, hija. Perdona si te hemos presionado —se disculpó su padre, aparentemente por iniciativa propia—; eres joven, guapa y lista: no tengas prisa por compartir tu vida.

—Vaya, tengo todo el paquete, qué partidazo —bromeó ella ya más tranquila con aquel punto de vista—. Deberías dejar que papá hablara más veces por los dos.

Lo dijo para chingar a su madre y lo consiguió; el río volvió a su cauce.

—No te pases de lista, que todavía no he sacado el asunto de los nietos... —dejó caer de nuevo risueña—. Bueno, se nos hace tarde, David.

Su padre la rodeó por los hombros, atrayéndola.

—Tiene razón, tenemos que irnos ya, cariño.

—Lo siento. Sé que tenéis razones para plantearos esas cosas. Pero estoy bien, lo juro. Mejor de lo que jamás pensé que podría volver a estar. Y ahora, a despedirse como Dios manda, pero nada de lágrimas —advirtió.

Los tres se fundieron en un abrazo familiar del tipo oso. Alison jamás lo decía, pero cuando estaban los tres allí juntos, su corazón sentía que en el abrazo se fundían cuatro almas, la familia al completo.

A la hora de la verdad, sí que hubo lluvia de besos, acompañados de mucha expectación y nervios, y no faltó alguna lagrimilla por parte de su madre. En cambio, su padre no paró de hacer chistes sobre maletas perdidas y tormentas marítimas. Jane los contempló mientras se alejaban, cogidos de la mano, caminando con prisa, deseando comenzar esa aventura como dos chiquillos enamorados.

Antes de marcharse, Jane se agachó para tocar las letras que componían el nombre de su hermano en la fría piedra, como hacía siempre. Sus padres le habían traído a la mente, al mencionar a Sandy, esos dos años vacíos en la vida de su hermano, que Sandy le había ocultado junto al informe de la autopsia. Habían vuelto las pesadillas y la muerte de su hermano seguía sin estar del todo resuelta. Era confuso y, tras el estudio del diario de Joseph, el títere de Tom, la confusión fue aún mayor, pues este aseguraba desconocer las circunstancias de la muerte de Jeremy, de la misma forma que tenía claro que Tom no había cometido el crimen, aun a sabiendas de que este sí que conocía los detalles. La policía se hallaba en un punto muerto y el caso había pasado a un tercer plano. Ya no era relevante.

Se alzó de nuevo y buscó con la mirada la pequeña parcela que el padre de Tom había comprado para los restos de su hijo. Al principio hubo quejas: el pueblo no quería allí a un asesino, pero el dinero puede con la inmensa mayoría de los impedimentos y el cuerpo de su querido hermano descansaba a pocos metros del hombre que les había destrozado la vida. La rabia se marcó en las mejillas de Jane. Echó a caminar, sin ser consciente de hacia dónde la dirigían sus pasos, con la mente nublada por esa rabia repentina. Y se plantó frente al pequeño panteón de los Bosley.

A la derecha, junto a la puerta de reja, había un pequeño ramo de flores. Una breve nota contrastaba con el desparpajo de colorido. Jane cerró los puños hasta el punto de clavarse las uñas en la carne: solo así logró sentir algo de control. ¿Cómo era posible que alguien hubiese dejado flores a un asesino? ¿Quién en Rockville sería capaz de sentir simpatía o compasión? Quizás la llegada de Frank Bosley se hubiese adelantado. Una visita a su hijo le sonaba

a parada obligada. Solo esa posibilidad estaba dispuesta a aceptar. Quería largarse de allí, realmente sabía que eso sería lo correcto, pero la nota estaba ahí, a pocos metros. ¿Conocería así quién las había dejado? No se lo pensó dos veces y se acercó. Cogió la nota y la desdobló con dedos temblorosos. El corazón dictaba su propio ritmo anormal, dejando claro que aquello no le sentaba bien. Leyó aferrando el papel con fuerza, arrugando las esquinas por la presión: «En un beso, sabrás todo lo que he callado». Una brisa recorrió el lugar, refrescando cada centímetro descubierto de su piel. Recordaba perfectamente esas palabras. Perteneían a un poema de un escritor hispano: Tom solía hablar de él. Decía que esas eran palabras que uno solo podía dedicarle a alguien amado.

El ambiente empezaba a resultarle extraño también a Henry, como si él se hubiese quedado atrás en plena era de revolución. Tenía la sensación de estar en un sitio diferente, otra versión de Rockville, impredecible y peligrosa, de que nadie estaba a salvo. Dejó el coche en una zona de carga y descarga. Solo necesitaba unos minutos, pero aun así la idea de arriesgarse a que le pillaran le resultaba atractiva, y llena de ironía, si tenía en cuenta su pasado policial. De todos modos, muy mala suerte debería tener para coincidir con el camión de reparto que abasteciera aquel almacén de alimentación. Descendió apresurado del coche, buscando a Jane. Una vez más, parecía la protagonista de lo que empezaba a dibujarse en un nuevo lienzo de la historia de Rockville.

El pequeño local estaba bien situado: Colorado Street, nombrada así en honor a una de las obras de Stephen King, el libro más vendido de todos los tiempos en Rockville. La calle siempre estaba llena de paseantes y rodeada de buenos negocios con bastante afluencia. O Jane había tenido muy buen ojo o simplemente buena suerte, algo que ya le tocaba a la pobre chica. Desde el amplio ventanal podía ver a Laurie, la eterna escudera, una de las chicas más estimulantes que había conocido. Cada encuentro con ella era una experiencia única, un reto al intelecto. Aquella chica era todo ingenio, posiblemente la única persona con la que no se podía uno enfadar durante más de cinco minutos.

Estaba trasteando en su ordenador cuando Henry entró. Este se guardó las manos en los bolsillos, inquieto bajo aquella mirada escrutadora. Laurie frunció el ceño mientras se apartaba de la mesa, arrastrando la silla, como si la presencia del antiguo agente de policía fuera, sin lugar a dudas, un mal presagio.

—Hola, Laurie —saludó ladeando la cabeza—. ¿Tengo algo en la cara?

Ella no correspondió al saludo. Dejó atrás la silla y avanzó hacia él aún con la mirada preocupada. Al llegar puso los brazos en jarras, añadiendo más dramatismo a su actitud.

—¿Sandy está bien?

Henry alzó los hombros. Esa pregunta tenía varias interpretaciones.

—No te aceleres, aún no ha pasado nada —mintió sin que ello le supusiera un problema, pero supo enseguida por el gesto de la chica que el adverbio podría habérselo ahorrado.

—¿Aún?

Henry le quitó hierro al asunto, intentando sonreír.

—¿Y Jane?

El brillo en los ojos de ella era señal inequívoca: no había conseguido desvanecer su preocupación. Laurie asintió varias veces en silencio, como para sí misma, antes de volver a centrarse en quien tenía delante.

—Jane ha salido; está con sus padres. Se van de vacaciones —aclaró—. Henry, ¿estás aquí por lo de Frank Bosley?

Henry mostró todo el desconcierto que sintió al oír ese nombre. Ahora era ella la que lamentaba haberse precipitado.

—Laurie, creo que no te sigo.

Ella miró a izquierda y derecha, como asegurándose de que estaban solos. Fue en ese momento cuando Henry reparó en la chaqueta clásica de estilo aviador que descansaba en el perchero. «Claro, ese tipo, el de los recados, debe de estar por aquí, en la trastienda quizás», pensó acertadamente.

—Vale, ven aquí —le espetó ella cogiéndole del brazo con firmeza aunque sin llegar a incomodar.

Lo arrastró como pudo hasta la zona de espera o más bien de descanso, según le parecía a Henry. Ambos se sentaron, él dejándose llevar por ella, que se le pegó bastante al cuerpo, como preparándose para hablar en la mayor de las intimidades.

—Muy bien, escúchame. Liam está ahí detrás y suele pegar la oreja a la pared cuando Sandy o tú os acercáis por aquí. Lo mejor es que no sepa mucho más de lo que ya está al tanto de este asunto. Por su bien, ante todo. —Henry simplemente asintió enmudecido, expectante. Ella continuó—: Tienes algo que contarme, eso está claro, y yo desde luego también debería contarte algo. Me juego el cuello a que ambas cosas giran en torno a Sandy.

Henry dejó escapar una especie de resoplido. Por poco adecuado que fuera, llegaba a resultar gracioso.

—Así que yo vengo a prevenir a Jane y tú quieres prevenir a Sandy, pero aquí solo estamos nosotros. Ambos somos Watson... —susurró abstraído.

—¿Qué dices...? Bueno, sí, básicamente esa es la idea —afirmó ella secamente, sin pillarle la gracia al asunto.

—Muy bien, las damas primero, pues —le dio pie.

Laurie, como de costumbre, sacó su vena periodística, mordaz y directa. En apenas unos minutos y casi sin detenerse a coger aire, le habló del encuentro de Jane con la asistente personal de Frank Bosley, a modo de emboscada, y lo que había dado de sí aquel intercambio de palabras. Aprovechó también para explicarle lo que podía significar el hecho de haber llegado a Rockville con un pie en el Ayuntamiento. Al acabar, los ojos de Laurie exigían una reacción acorde a la magnitud que para ella tenían dichos acontecimientos. Lástima que Henry no fuera dado al dramatismo ni se dejara llevar por las emociones. Podía apreciar perfectamente a qué se enfrentaban, pero no quería dejarle ver a Laurie lo preocupante que sonaba todo, y menos teniendo en cuenta lo que ahora le tocaba explicar a él, que era la guinda del pastel de mierda que al parecer le estaban preparando a Sandy desde las sombras, un pastel compartido a medias con Jane.

—Bien, hablaré con Sandy en cuanto salga de aquí, porque no pinta nada bien el asunto «padre busca venganza». Respecto a mi parte, te pediría que lo hablaras con Jane con... delicadeza, pues aún no sabemos si hay motivos para alarmarse, pero conviene mantener los ojos bien abiertos..., al menos tanto como los tienes tú ahora. ¿Te encuentras bien? —se sorprendió ante su expresión de asombro—. Te conozco lo suficiente como para saber que hay algo más que no me has contado.

Laurie se recostó, como si al fin pudiera volver a respirar en condiciones.

—Kristen Thomas ha estado aquí hace un rato. ¿La recuerdas, no? Ha sido como un torbellino de simpatía y misterio. Nos contó que había vuelto para hacer algo importante. Perdona, pero estoy segura de que Kristen no tiene nada que ver. Simples coincidencias. Creo que demasiadas para un solo día.

Henry, una vez más, no reaccionó como su interlocutora esperaba. De hecho, no le pillaba por sorpresa la vuelta de la muchacha. Sandy se había asegurado el privilegio de sorprenderle con aquella información poco antes.

—Lo sé: Sandy la trajo hasta aquí; volvió esta mañana, una larga historia que...

La puerta al fondo del local le sorprendió a mitad de frase; por ella apareció Liam volviendo de la trastienda. Llevaba un pañuelo anudado en la frente y resoplaba sofocado, cargando algunas cajas llenas de equipamiento informático obsoleto. En el rostro le apareció enseguida una sonrisa al reconocer a Henry. Henry el detective siempre era sinónimo de algo interesante.

—Vaya vaya, pero si es mi sabueso favorito. Ya te vale: podrías haberme avisado de que teníamos visita —dijo esto último dirigiéndose a Laurie.

Fue directo a ellos, soltando las cajas en la mesa más cercana. Henry se puso en pie para recibir el inminente manotazo en la espalda, algo que ya se veía venir. El recadero se tomaba muchas confianzas con él, sin importar el lugar o la compañía ante la que estuvieran. Era un tipo curioso, pero muy entrañable.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Ya ha vuelto el jefe? ¿De vuelta a la caza?

Siempre hablaba como si en su cabeza ellos fueran un par de superhéroes y no simples investigadores privados en una ciudad con pocos misterios, al menos la mayor parte del tiempo.

Henry le echó una mirada a Laurie, que se mantenía tan serena como podía.

—Sí, bueno, Sandy ha vuelto esta mañana y, nada más plantar los pies en casa, el jefe de policía le ha puesto a trabajar en un caso que requiere nuestra ayuda. Se ve que notan su falta por allí.

—¿Algo interesante...?, porque a eso suena. ¿Es algo gordo?

—Liam —le interrumpió Laurie alzando la voz con autoridad—: hoy vamos a cerrar pronto. ¿Qué te parece si llevas el correo a la oficina y luego te marchas a casa? O donde quiera que sea que vayas tras salir de aquí. A tu cueva o...

Liam retrocedió unos pasos e intercambiaron miradas.

—Espera..., aquí pasa algo..., pero no seré yo quien lo averigüe. Si me dan la mañana libre, la aprovecho.

—Perfecto —sonrió airada Laurie, apremiándole con la mirada a dejarles a solas.

—Iré a hacer unas compras para decorar mi nueva cueva —dijo dirigiéndose a Laurie, a la que le enseñó los dientes en un gesto que pretendía ser agresivo. Se volvió y se encaminó hacia el perchero, cogió su mochila y su chaqueta y abrió la puerta.

Henry se sentó de nuevo junto a Laurie. Le tocaba a él poner las cartas sobre la mesa.

Esperaron a que la puerta se cerrara tras Liam, pero este se quedó inmóvil bajo el dintel. Laurie se extrañó, pero enseguida le vino la respuesta a semejante actitud. Primero fue una sirena, alertándoles de su cercanía, y luego, segundos después, pudieron ver como dos coches patrulla y una ambulancia cruzaban la calle a toda velocidad. Liam salió para seguir su trayecto con la

vista. Henry, de pie junto a Laurie, la miró preocupado. Nunca podía significar nada bueno, y mucho menos un día como aquel, lleno de peculiaridades insólitas.

—Así que... un lamentable accidente doméstico —repitió Garretti—. Ese es tu veredicto. Y te han bastado menos de cinco minutos para llegar a esa conclusión..., muy profesional, Sam —convino ella, mientras por su mente pasaba lo contrario, y eso fue lo que dejó ver en su cara.

El veterano Sam, acuclillado junto al cadáver de Nancy Fray, no debió de notar el sarcasmo implícito en las palabras de su superior, puesto que siguió echando una ojeada al cuerpo de la víctima, muy seguro de sí mismo: en busca de signos de violencia o huellas parciales, según él. Y solo según él, porque a ojos de Garretti, o de cualquiera con dos dedos de frente, el muy viejo verde no conseguía bajar la mirada del busto de la mujer, con aquella lencería fina, ajustada a sus firmes y bonitos pechos.

—Era muy guapa —añadió ella, como si Sam hubiese expresado en palabras los pensamientos que ella le adivinaba.

Él no tardó en levantar la vista.

—*Es* guapa —dijo remarcando el tiempo verbal—. No entiendo eso de hablar en pasado sobre su físico, solo porque haya muerto. Su cuerpo sigue siendo bonito, todavía es guapa, solo que es un cadáver —se explicó hablando totalmente en serio, mientras volvía a levantarse, con cierto esfuerzo, hincando una rodilla primero.

—Por Dios, Sam..., qué poco tacto. Ha sonado enfermizo. Deja de mirarle las tetas y ve a llamar al equipo forense.

Sam, apoyado en el lavabo, le echó una mirada que hablaba por sí sola. Pero aun así se atrevió a añadir un «Sí, jefa» completamente envenenado. Salió del baño echando una última ojeada al cuerpo de Nancy, que parecía haber caído del cielo o de un catálogo de Woman's Secret. Garretti estaba acostumbrada a la actitud del viejo Sam hacia ella, hacia cualquier mujer que dedicara su vida a profesiones «de hombres». Era todo de boquilla, incapaz de pasarse de la raya. Era un machista fuera de casa, porque dentro no podía. Todos en comisaría conocían el temperamento de su esposa: Frida era quien llevaba los pantalones en el matrimonio. En el fondo, se tenían mutuo aprecio

y lo sabían, así que no pasaba nada por dejarlo ejercer su hombría de macho alfa de vez en cuando.

Garretti se fijó entonces en las manos de la fallecida: bonitas, pero no delicadas. Se notaba su clase de mujer: una madre trabajadora, dentro y fuera de casa. Sabía ya por la información que manejaban que se trataba de una madre soltera. Entonces ¿qué hacía ella con una alianza en la mano izquierda? Era una joya preciosa. Quizás fuera un simple adorno, tipo espantahombres. Una mujer con anillo de casada es una mujer casada. Los pajarracos no buscan donde saben que no pueden encontrar nada, ¿no?

—¿Pero qué... cómo ha... quién coño es esa? ¿Qué hace ahí con la hija de nuestra muerta? —oyó quejarse desde el pasillo a Sam con voz chillona.

Garretti salió con cuidado sorteando el cuerpo de la fallecida. Llegó hasta su compañero, que estaba asomado a la ventana del fondo del pasillo, desde donde se podía ver perfectamente la parte trasera de la ambulancia. Garretti posó las manos en los hombros de Sam para poder asomarse cogiendo impulso. Alcanzó a ver perfectamente a una chica, abrazada a la hija de Nancy Fray.

—Parece que se conocen, pero no deberían haberla dejado acercarse si no es familia, y algo me dice que estas chicas estaban muy solas.

—Incompetentes. Están permitiendo que se llene de mirones —se quejó Sam, como quien desprecia cualquier tarea que no haya realizado uno mismo.

—Un momento, Sam. ¡Joder..., menuda casualidad! —exclamó Garretti—. La conozco y tú deberías recordarla también. Es Kristen Thomas. Ya sabes, la del secuestro de hace dos años. Ha cambiado mucho... ¿Cuándo habrá vuelto? —dijo, más reflexionando que hablando con él.

Garretti estaba de acuerdo en cuanto a lo de los mirones, pero no le parecía mal que la pobre chica tuviera un hombre conocido en el que llorar.

Y allí estaba Kristen, que abrazaba a Stella aún sin comprender lo que había pasado. Su cuerpo entró en *shock* al doblar la esquina y encontrarse con los agentes de policía de aquí para allá. Vigilando, en teoría, que nadie se acercara demasiado a la casa, pero inexplicablemente desatendiendo a esa pobre chica que lloraba sentada al borde de una ambulancia. Sintió rabia y una tremenda sensación familiar. Ella mejor que nadie comprendía lo importante que podía ser tener a alguien en quien apoyarse en momentos así. No fue hasta que se acercó un poco cuando comprendió que aquella casa no le era desconocida del todo. El rostro de Stella, antigua amiga de instituto, le llegó como una bofetada de realidad. Supo que tenía que consolarla. No habían

cruzado palabra alguna: Stella se le había lanzado a los brazos, aliviada al encontrar una cara conocida entre tanto uniforme. Kristen simplemente dejó que pasara y se sentó a su lado, silenciosa, a pesar de las mil y una preguntas que pugnaban por salir en tropel. Se limitó a acariciarle el pelo, una y otra vez, intentando que respirara con calma. Para Kristen, era evidente que algo horrible debía de haberle pasado a la madre de Stella. Una madre que lo era todo para su hija, que siempre había sido así por la ausencia del padre.

—Es horrible..., mamá está..., Dios mío, está muerta —balbuceó con la cara hundida en la sudadera de Kristen, ya oscurecida y húmeda allí donde las lágrimas caían sin control. Su voz sonaba lejana, perdida.

Kristen la hizo callar y la arrulló balanceándose con un ritmo pausado, tal y como había visto hacer a las madres en el parque cuando sus pequeños se desollaban las rodillas en el tobogán de turno. Aquello siempre le había parecido la dulce solución a cualquier mal existente. La respiración de Stella se normalizaba por momentos. Los sollozos empezaban a dejar que aquello que decía, en susurros ausentes, le llegara con mayor claridad a los oídos. Esta vez no intervino, temiendo perderse algo importante.

—Ella no debía estar en casa. Olía raro; nunca había olido algo así en casa, ese perfume... y esa... esa... no es suya, Kristen —Stella alzó la vista sujetando a Kristen por los hombros con una fuerza inesperada. Los lagrimones corrían siguiendo el camino marcado por sus antecesores, abandonando aquellos ojos ambarinos, desquiciados, de pupilas inquietas—. ¡Esa ropa interior no es suya! Dios, qué está pasando... —exclamó rompiendo a llorar con más fuerza.

Durante unos segundos, nada cambió en su mirada, nada parecía estar pasándole ahora por la cabeza. La propia Kristen se bloqueó; no sabía qué hacer o decir para intentar consolarla. Stella se derrumbó de nuevo en su regazo, donde permaneció inmóvil y con un llanto ahora completamente silencioso, ausente. Del interior de la casa salió una chica con chaqueta de cuero, la única persona que había por allí con pinta de controlar la situación. Kristen la recordó al ver la placa colgando del cinturón. En su mente seguía estando muy fresco el recuerdo del día en que Joseph se llevó a Laurie a rastras de la comisaría delante de ella. Esa chica, por aquel entonces agente, recibió un disparo en la pierna al intentar detenerle. Era inconfundible y, para facilitar la tarea, era la única mujer del cuerpo de policía que recordaba. Kristen supo enseguida que también ella había sido reconocida. Intuyó el interrogatorio que se le venía encima. Continuó acariciando el pelo de Stella

al tiempo que controlaba el recorrido de Garrettti desde el porche de la casa hasta la ambulancia. Con pasos decididos se plantó a poco más de un metro de distancia y le indicó con señas que se acercara. Kristen vaciló un instante, haciéndose la sorprendida, pero tuvo que armarse de valor. Levantó con suavidad a la chica y la tapó con una manta que estaba a sus espaldas.

Tras asegurarle que volvería enseguida, fue a reunirse con Garrettti.

Kristen vio por el rabillo del ojo al personal sanitario de la ambulancia: dos chicos jóvenes. Uno de ellos hablaba por teléfono y el otro orbitaba a su alrededor nervioso. ¿Era su primera situación urgente o qué? Prefería pensar que lo que estuvieran diciéndoles por teléfono fuera de gran importancia, tanto como para dejar desatendida a una chica que acababa de ver a su madre sin vida.

—¿Eres Kristen Thomas, no? Estoy convencida de que sabes tan bien como yo que no deberías estar aquí —y en aquel convencimiento no había atisbo de duda.

—Íbamos al mismo instituto, con dos cursos de diferencia, pero éramos amigas. Pasaba por aquí y... Dios, hasta yo me doy cuenta de que suena a cliché, pero tiene que creerme, ha sido así. He pasado, la he visto llorando, sola, y no lo he pensado dos veces: sentí que necesitaba estar con alguien conocido.

Garrettti la puso a prueba con una mirada escrutadora. Kristen abrió mucho los ojos, comprendiendo que estaba siendo juzgada en ese preciso momento.

—Oh, puede estar tranquila, no le he preguntado nada y no sé nada más allá de lo que evidentemente una puede imaginarse dadas las circunstancias. O sea, que algo le ha sucedido a su madre, nada más.

De forma silenciosa, se les había unido un agente más. Rechoncho, de tez colorada por naturaleza y con una expresión que dejaba notar la desconfianza que despertaban en él las chicas jóvenes que aparecían en la escena de un crimen. Kristen le afrontó con desdén, sin miedo alguno. No le merecían respeto las personas que miraban por encima del hombro a los jóvenes por el simple hecho de serlo. Garrettti ignoró la presencia de su compañero y siguió con ella.

—Es evidente que tu amiga está muy alterada, pero no puedo dejar que estés aquí. Los sanitarios ya se están poniendo en contacto con el familiar más cercano. Y además tenemos que...

—¿Te ha dicho algo, verdad? Estarás deseando salir de aquí para chatear y hacerte la heroína en las redes sociales. Se os ve el plumero.

Kristen no daba crédito, se le abrió la boca por el espanto, pero la inspectora se le adelantó, en un intento por aclarar las intenciones de su insensible compañero.

—Las personas en su estado suelen decir cosas sin sentido aparente, pero podría ser información valiosa que luego tienden a olvidar. Si te ha contado algo, cualquier cosa, por muy extraña que pueda parecer...

—Ya puedes ir largándolo, y no te metas en más líos, niña —remató por ella el agente regordete, escupiendo bilis con cada palabra. Interrumpió de una forma tan descarada a su compañera que esta le miró contrariada tras un suspiro de desesperación.

—Sam, por favor...

—Lo que es innecesario, señor, es que me hable de esa forma. No soy ninguna delincuente juvenil y mucho menos una «niña» —dicho eso, se dirigió de nuevo a Garretti, ignorando completamente al otro—: Escuche, la pobre chica ha estado farfullando entre lágrimas. Ha dicho algo sobre que no debería haber estado en casa, refiriéndose a su madre, supongo. Y luego me ha mirado muy asustada..., apretándome los hombros. Ha insistido en que la ropa interior que lleva su madre no es de ella. Me he quedado a cuadros: no tiene ningún sentido. Pero eso ha dicho, que la ropa interior no es de su madre. Espero que eso ayude.

El agente se interpuso entre Kristen y Garretti dándole la espalda a la primera.

—¿Acaso se conoce al dedillo todo el repertorio íntimo de su madre? Vamos, Garretti, no busquemos enigmas donde no los hay. Esa pobre mujer ha resbalado al salir de la bañera. Quizás tuviera un amiguito especial, ya me entiendes..., lencería sexi, a solas en casa... —lo dejó en el aire alzando las cejas convencido, hablando muy cerca de su compañera, pero usando un tono de voz poco íntimo, quizás de manera involuntaria.

A la inspectora casi se le desencaja la mandíbula. Le echó una mirada contrariada a Kristen, algo que la joven se tomó como una disculpa en nombre del troglodita que tenía por compañero.

—Kristen, de momento vuelve con ella y procura que esté calmada. Puedes quedarte hasta que llegue algún familiar.

Kristen asintió satisfecha con lo conseguido. Ignoró por completo la desaprobación que aparecía en el rostro del agente y volvió con Stella.

Libre de testigos, Garretti centró toda su energía en Sam bajando la voz, tal y como hacían las personas cuando querían hablar sin atraer miradas.

—¿Podrías hacer el favor de no decir esas estupideces cuando nos estén escuchando? Esa chica podría preguntarle a su amiguita si cree que su madre se veía con su amante a escondidas, y no es precisamente lo que le conviene pensar ahora de su madre. Hazme el favor de controlarte un poquito, Sam, que tienes la cabeza a las tres de la tarde. Ni que este fuera tu primer homicidio. Y, por el amor de Dios, ¿se puede saber qué problema tienes con esa muchacha? ¿Es ella o cualquier menor de veinte en general?

Y le salió así, sin filtro. Estaba claro que, para Garretti, sí que había cierto elemento «enigmático» en el asunto. Por una vez, Sam no replicó. Las mejillas se le ruborizaron más si cabe y fijó la vista en el suelo.

—Perdona: será que llevo un mal día. Me habré levantado con el pie equivocado; ¿no es eso lo que se suele decir?

Los dos volvieron al interior de la casa discutiendo entre ellos sobre la tardanza del equipo forense. Mientras, Kristen intentaba que su amiga permaneciera tranquila, en silencio, y lo estaba haciendo bien, pues ahora estaba totalmente serena. No lloraba pero apenas reaccionaba. Estaba sentada a su lado, con la manta sobre los hombros y la mirada perdida en un punto de la carretera. Movía los labios, como si estuviera acordándose de algo, o rezando quizás.

—Ella no era así, no se veía con nadie..., me habría enterado —musitó a mitad de frase.

La pobre había escuchado perfectamente lo que aquel imbécil había sugerido. «Menudo bocazas», pensó frustrada Kristen.

—Intenta no pensar en nada, Stella...; no pienses.

Se pegó más a ella y le pasó un brazo alrededor de los hombros. Era más bajita y delgada y ahora parecía incluso años menor, como un pajarillo asustado bajo el ala de su madre.

—Odia el frío de las mañanas. Y el agua caliente tarda mucho en salir..., la caldera es vieja... Kris, ella no es como dice ese hombre. Odia... odiaba ducharse por las mañanas... Lo odiaba. No lo hacía nunca.

Kristen recibió y asimiló aquella información. Alzó la vista y entornó los ojos, como si pudiera analizar lo que había pasado en el interior de aquella casa durante la mañana. Hacer algo por comprenderlo y solucionarlo todo.

Jane tomó el desvío que la acercaba a la zona rural en la que vivía, «el valle de los cultivos», como lo llamaban por allí. Trazó la última curva antes de entrar en su camino, convencida ahora más que nunca de lo acertado que había sido comprar aquella apartada parcela, íntima y silenciosa. Y lo mejor de todo: nada fácil de encontrar. No llegaba el correo y el proceso de instalar la línea telefónica y de acceso a internet había sido todo un suplicio, pero esas pequeñas complicaciones constituían un absurdo precio a pagar por disfrutar de todas las demás ventajas. Con Coco, su querida guardiana, a la cabeza de esa positiva lista.

La visita al cementerio no terminó como le habría gustado, con la visión de sus padres, ilusionados ante su viaje. La última escena, con aquella nota en la tumba de Tom, había conseguido hervirle la sangre. Tanto era así que, sin pensarlo dos veces, había decidido guardársela en el bolsillo. Todavía no sabía con qué objeto.

Volvía a casa sin haber pasado por la oficina. Ya se disculparía luego con Laurie por haber desaparecido. Ahora solo pensaba en llegar y quitarse los estúpidos zapatos de tacón que había elegido pensando únicamente en su entrevista-emboscada y tumbarse un rato. Le estaban destrozando los meñiques. Giró a la derecha abandonando el último sendero asfaltado, a pocos metros ya de su cancela, y, al doblar la esquina, una enorme figura negra entró en su campo de visión invadiéndolo todo. Un contundente obstáculo.

—Pero ¿qué coño..., qué hace ese coche en mi puerta? —se quejó a gritos, aislada en el suyo. Su enfado no llegó a salir de allí, por el momento, pues estaba dispuesta a dejarlo a su aire si no veía libre su camino. Tocó la bocina con insistencia, por si se trataba de alguna pareja haciendo manitas (que no sería la primera vez). Si era eso, más les valía quitarse el calentón en otra parte o acabaría llamando a la policía. Insistió hasta que vio abrirse la puerta del conductor. Un tipo siniestro se apeó con parsimonia. Llevaba gafas de sol. Por la piel se diría que era de origen indoamericano. La coleta de pelo negro ayudaba a afianzar esa impresión. Se limitó a abrir la puerta de la parte trasera, por la que apareció otro hombre. Con semejante escena se habían

ganado su atención. ¿Qué diablos era eso? No quiso esperar para salir de dudas. Se quitó el cinturón un poco acelerada y salió dando un portazo. Era un camino de uso privado y ella no había dado permiso a nadie. La figura que se aproximaba pertenecía a una persona mayor que pasaba de los sesenta casi con total seguridad. Y no muy bien llevados, desde luego. Tenía algo de sobrepeso. El pelo era de un tono entre rubio y cano, difícil de discernir. Cuando ya estaba a unos pasos de distancia se fijó en sus ojos, de un azul muy peculiar y con una mirada poderosa, confiada. Jane temió estar acercándose al hombre que empezaba a despertarle viejos temores. De hecho, sus entrañas ya gritaban su nombre.

—Buenas tardes, señorita Clemens —saludó sonriente. Nada de apretones de manos, y guardando una prudencial distancia. El chófer le cubría las espaldas a dos pasos.

—¿Qué desea? Me impide el acceso a mi propiedad y no tengo tiempo para charlas —espetó ella secamente.

La sonrisa de aquel tipo repeinado mutó a misteriosa. Mantenía las manos unidas a la altura del ombligo.

—No sé si me reconoce. Soy Frank, Frank Bosley. Es posible que a partir de este momento nos veamos en alguna otra ocasión.

«Claro que te reconozco. Eres el padre de un asesino sin escrúpulos», añadió ella en sus pensamientos.

—Sí, ya estaba al tanto de su llegada. Lo que no entiendo es qué hace aquí, en mi casa —dijo ocultando con mucha dignidad su sorpresa.

—Vamos, señorita Clemens, deje a un lado ese espíritu rebelde. No es mi intención molestarla —hablaba tranquilo, tomándose el tiempo necesario para elegir las palabras, mientras se balanceaba ligeramente como una mecedora. Como si le costara respirar.

—No será su intención, pero es precisamente lo que está haciendo. Insisto: ¿a qué ha venido? Tengo asuntos que atender.

—Pensé que lo correcto, nada más llegar, era verla a usted, teniendo en cuenta el daño que mi hijo causó a su familia. Estoy aquí para arreglar las cosas, como debí hacer tiempo atrás. No todos los culpables pagaron sus malos actos.

A Jane no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Tenía que ponerle punto y final antes de arrepentirse de decir o hacer algo impropio.

—No vaya por ese camino, señor Bosley. Aquí todos intentan olvidar lo ocurrido, así que no le auguro buenos resultados si planea reavivar esa llama.

¿Qué me dice de Sandy Strunk? ¿Pretende convertirlo en su saco de boxeo particular? Abra los ojos. Intenta buscar un culpable en el que volcar su dolor, si es eso lo que padece, pero ese tipo de contiendas solo implican más dolor, dolor innecesario.

Jane consiguió borrar aquel rastro de falsa cordialidad en la sonrisa del señor Bosley. No dudaba de que todo era pura interpretación, no había aflicción real. El tono de voz usado por Jane alarmó al chófer. Dio un paso al frente con el rostro inmutable. Aquel tipo debía de medir sus buenos dos metros. Bosley hizo un gesto con la mano para calmar a su fiera, que volvió a retroceder, no sin antes enviar una mirada envenenada a la causante de aquel contratiempo.

—Lamento haberla importunado. Es evidente que no es un buen momento para hablar de estas cosas. La dejaré tranquila. He de ir a instalarme. Tiene usted una muy bonita parcela, por cierto, y una estupenda guardiana.

Jane siguió cruzada de brazos ante su coche, observando como el hombre que había criado a un asesino se daba la vuelta y se encaminaba al Land Rover negro.

—¿Ha pasado ya por el cementerio? Su hijo descansa en ese precioso mausoleo que pagó. No le vendría mal que alguien de la familia pasara por allí.

Bosley se detuvo sujetando la puerta abierta del coche.

—No he tenido tiempo de visitarlo. De todos modos, para algo así hay que prepararse. Quizás si algún día es usted madre pueda comprender que a un hijo cuesta demasiado... despedirlo. Asimilar y aceptar son dos términos muy distantes entre sí cuando se trata de una pérdida.

No podía tirar de hipocresía y darle el pésame: ese paripé no iba con ella. Estaba de acuerdo: un padre no debería sobrevivir a sus hijos, pero ese era un hecho totalmente desvinculado de la situación que les había tocado vivir. Frank Bosley, con su buena planta, su traje de diez mil dólares y aquella sonrisa bonachona, no era, ni de lejos, un pobre padre destrozado por la pérdida. No lo volvió a detener esta vez, ni tan siquiera añadió una despedida de rigor. Se apartó a un lado cuando el coche, con los cristales tintados, dio la vuelta y pasó junto a ella. Detrás de aquel garante de la intimidad, Jane podía intuir una mirada clavada en ella, una mirada inteligente, calculadora y satisfecha, de principio a fin, con aquel encuentro que a ella, de paso, le había dado más información de la que habría esperado.

Era muy de agradecer que en el prospecto de aquellos ansiolíticos se especificaran a la perfección sus numerosos y variados efectos secundarios. Pero Sandy llegó incluso a saltarse los últimos párrafos, puesto que empezaba a pensar que leerlo completo contrarrestaba el efecto que con suerte causaban aquellas píldoras de dos colores. Lo de acompañarlos con alcohol (en contadas ocasiones, solo las de mayor dramatismo) ya era una estupidez a otra escala, pero qué diablos, juntos sí que tenían posibilidades de obrar milagros. «Con un vaso de whisky todo se sobrelleva mejor», ese podría ser su lema a partir de ahora. Pero no, no le apetecía intoxicar hasta ese punto su cerebro. Un par de píldoras serían suficientes para conciliar un sueño reparador, incluso con todo lo aguantado a la fuerza desde la última vez que había podido cerrar los ojos durante un buen rato.

Soltó en su escritorio el bote de pastillas, recetado por un antiguo colega. Sandy seguía sacando partido de los pocos contactos que le quedaban y los médicos, por alguna extraña razón, aún le tenían un aprecio considerable. Quizás el hecho de abrirle la cabeza con una piedra al mayor asesino en serie de la historia de Rockville ayudase a mantener esa estima residual. Pero no todos eran proclives a ese pensamiento, ya que de lo contrario no habría perdido sus credenciales y su «honor», tal y como apuntillaron algunos medios sensacionalistas. Se recostó en el sofá de piel, acompañado por la luz mortecina de su pequeña lámpara clásica, del estilo «biblioteca de película de los ochenta», de esas con tulipa verde, tan sofisticadas y con las que por desgracia corres el riesgo de no iluminar una mierda. Era, eso sí, el toque de *glamour vintage* en aquel cuchitril, mezcla de mercadillo de segunda mano y pinceladas del muestrario más sobrio de Ikea. Sandy se relajaba tirando de la cadenita, como si aquello le retrotrajera a su infancia y disfrutara de ser libre de la estricta atención de su padre. Ahora podía permitirse correr el riesgo de fundir la dichosa bombilla. «Un riesgo voluntario en mi vida, para variar», pensó encendiéndola por enésima vez, volviendo a acostumar sus pupilas al proceso.

Fue a detener la mirada en la pequeña libreta que reposaba en el escritorio. No era técnicamente una libreta, porque no tenía anillas ni cuadrículas, sino una bonita encuadernación de piel oscura como el carbón y las siglas «J. M.» escritas en la esquina inferior derecha. Respondían al nombre de Joseph Mackay y era ni más ni menos que el diario de un muchacho confundido, atormentado y paranoico, que acabó tomando decisiones nefastas. Era también un diario que el investigador poseía de forma ilegal pero, irónicamente, con permiso, pues no se le escapaba que su colega Joel debió de pensar que leerlo podría ayudarlo a enterrar el recuerdo de su antiguo aprendiz, de la misma forma que ya hicieran con su cadáver. Todo esto le hacía darse cuenta de lo mucho que en realidad dependía del bote de pastillas que parecía vigilarlo en todo momento desde la mesa. Estaba de mierda hasta el techo de aquella oficina de segunda.

Aún recostado, se hizo con el diario estirando el brazo; lo analizó como quien determina la autenticidad de una gema, girándolo delicadamente en las manos. No buscaba nada particular y en realidad pensaba en los momentos en los que su propietario habría acudido a él para plasmar su frustración, sus dudas morales sobre lo que hacía cada día, la mentira en la que vivía..., la dualidad a la que se sometía. Sandy sentía la mente aletargada, acomodándose en la inactividad. Cerró los ojos un instante y algo cambió a su alrededor, como si una ventana se hubiese abierto de improviso, trayendo el frío del exterior. Al volverse nuevamente hacia el escritorio, le percibió. Notó su presencia como quien advierte el momento de empezar a llover justo antes de recibir la primera gota en la mejilla. Estaba allí sentado, en su propio sillón. Parecía comprobar su comodidad con un resultado aprobatorio. Sandy se irguió en el sofá estupefacto. No le gustaban las visitas, de ningún tipo. Y menos la de él.

—Eso que tienes ahí es privado. No deberías hurgar sin invitación.

Joseph le devolvió la mirada desde el sillón. Lo hizo girar y, durante una fracción de segundo, la luz le iluminó el rostro. Un hilo de sangre reseca le recorría el cuello, algo que parecía no importarle en absoluto.

—Leerlo me aclararía muchos aspectos de tu vida. Y tú ya no estás en condiciones de prohibir nada —se excusó Sandy.

Joseph se dio la vuelta de nuevo, presentándole por completo la espalda.

—¿Por qué crees que lo hizo, Sandy?... —Él no contestó—. Traicionarme —aclaró—. Dejó que las pruebas me condujeran a un final inevitable. Lo vio venir y no me advirtió. No quiso desviarse de su plan

establecido. Todo era válido —su voz sonaba tal y como la recordaba, pero había un detalle excepcional, algo que le hacía parecer una persona distinta.

Sandy dejó escapar una risa ahogada antes de contestarle.

—Bueno..., ya no soy policía y tú ya no estás, así que a nadie le va a importar que hable de lo que me dé la gana, ¿no? ¿De verdad no sabes por qué? Lo hizo porque era un hijo de perra, un tarado, un egoísta y un pobre asustado. Sobre todo eso. Para Tom eras un perrito faldero, el que tiras a los lobos para poder escapar mientras lo devoran, sin mirar atrás. Sin remordimientos. Algunos lo llaman instinto de supervivencia, pero yo lo llamo por lo que es: cobardía.

Joseph se levantó y comenzó a deambular por la habitación, siempre a una prudencial distancia del débil foco de luz que proyectaba la lamparita. La parte posterior del cráneo se intuía como un amasijo de cabello ensangrentado y materia gris. Sandy revivió el accidente que lo dejó en aquel estado. Sintió un escalofrío allá donde el visitante presentaba la herida fatal. Se hizo el silencio.

—¿Y qué piensas hacer con lo que averigües? —Con un bolígrafo que cogió del escritorio señaló el diario, que aún permanecía sobre las rodillas de Sandy—. Si ya no eres poli, ¿qué importa? ¿Qué te importa quién matara a Jeremy? ¿O qué más da por qué decidiera yo ayudar a Tom?

—A mí me importa —casi le cortó displicente—; ese diario puede redimirte, aunque ya no estés aquí. Ayudará a resolver todo lo que aún no tiene respuesta. Y Joel cree que me ayudará a seguir adelante, a compren...

—¿A comprenderme...? ¿Tú quieres comprenderme? ¿Tanto lo necesitas? ¿Por eso te drogas con esas pastillas, bebes whisky a las siete de la mañana y has dejado que tu vida se esfume? No, Sandy, esto no es por mí, yo no importo ahora.

—¿Y eso por qué?

Joseph se mofó de él sin tapujos, exhalando una extraña nube de vaho al respirar, como si fuera el único que notara en sus carnes un frío helador allí presente. Comenzó a acercarse a él, dejando por fin que la luz de la lámpara le iluminara. Sus zapatos embarrados, sus pantalones rasgados por los escombros tras la caída. La agonía en el rostro.

—Pues porque yo no soy el que te ha enviado esa foto... ¿No crees que hay alguien más importante que yo ahí fuera? —le sondeó taciturno.

Finalmente, avanzó hacia él. El visitante le miró de hito, con unos ojos completamente negros, vacíos de todo y profundos como el océano en el que

Sandy se sentía perdido.

Entonces el diario cayó al suelo y el ruido le hizo dar un bote en aquel sofá en el que, acostado incómodamente, se volvió desconcertado para constatar que todo seguía igual: el bote de pastillas sobre el escritorio; la lámpara verde encendida con su tenue aportación... y el diario, que recogió del suelo alargando el brazo. Se lo acercó y volvió a pasar el dedo por las iniciales. «Joseph Mackay», murmuró para sí.

Aquel maldito cacharro, de nuevo, haciendo de las suyas. Para una de las nuevas tecnologías a la que Joel había conseguido cogerle el truco, y no hacía más que dar problemas. En la pantalla, el proyector no cesaba de joderle y lo único que conseguía era ver todo en negro. Había llegado al límite. Tan solo había que conectar el cable azul al monitor del ordenador principal y luego pulsar un par de botones en el mando a distancia y estaba listo. Así debía ser normalmente, porque en la última semana no había conseguido que aquello le obedeciera en nada. Era ya muy tarde y ver el sol abandonándoles a su suerte entre aquellas paredes deprimía hasta al más optimista. Ante toda su cuadrilla, Joel le propinó una patada a la mesa del ordenador más cercano. Incluso Garretti, ya acostumbrada a su temperamento, dio un bote sorprendida.

—Bien. En vista de que todo lo electrónico de esta oficina es una puta mierda que conspira en mi contra cuando me da por usarlo, Garretti procederá a explicar con pelos y señales lo del vídeo de vigilancia. Y ponles en antecedentes, que aquí hay más de un despistado que ni se ha enterado de lo que ha dado de sí el día.

Ninguno de los presentes se quiso dar por aludido. Seguros de que aquello iba dirigido a otro, guardaron un prudente silencio. Cuando el jefe estaba de mal humor, no convenía hacerse el listillo. Garretti, que por la distancia que había entre ellos dos y el resto de los agentes parecía ser la única que no temía el temperamento del jefe, se le acercó aún más, colocándose frente a todos y comenzando a exponer su parte.

—Aquí el jefe os tiene por unos incompetentes que no os percatáis de lo que ocurre en el pueblo... ciudad —se corrigió a tiempo de no tener que soportar las quejas de sus compañeros más veteranos nacidos allí y que se mostraban orgullosos del crecimiento de su tierra. Allí los lugareños siempre hacían hincapié en su nueva denominación—, pero yo sé que no es así, que todos sabéis de qué va la cosa, por eso os ahorraré el aburrido preludeo.

Le daba igual si no sabían con exactitud en qué había consistido el robo. El que no estuviera al tanto no pintaba nada en aquella reunión y ese no era su problema. Se sentó en la mesa hojeando el informe que ella misma había

redactado minutos antes para tomar impulso y entró de lleno en el asunto que les había convocado:

—Me he encargado de revisar la grabación de la cámara de seguridad enfocada apropiadamente a la fila de almacenes de Aiden Road. No podemos verla por los problemas técnicos que, con el tacto que le caracteriza, ha definido Ackerman, así que os lo explico. En las imágenes se puede ver con claridad al ladrón. Un chico (en apariencia) de complexión atlética, de mediana estatura. A partir de aquí nos referiremos a él como «el chico de la sudadera verde», puesto que, aunque coincida con el perfil del fugado y antiguo residente de los bajos fondos de Rockville John Flannagan, la poca calidad de la cámara impide sacar conclusiones firmes.

Se oyeron algunos murmullos sorprendidos ante la mención de aquel nombre: John Flannagan, una vez más, había conseguido despertar el interés de los presentes. Garretti fue testigo de una apuesta que tenía como posible ganador a Matt Matheson y que, de confirmarse el nombre del antiguo conocido ladronzuelo como el causante del robo, le arrancaría de las manos cincuenta pavos a Perkins.

—Ah, se me olvidaba... —Garretti se volvió para coger una pequeña pila de folios impresos a color—. Lo que sí tengo para vosotros es un fotograma sacado del vídeo. La calidad sigue siendo... mejorable, pero no nos vamos a poner quisquillosos, ya que estamos hablando de nuestros recursos.

La inspectora fue pasando la hoja de unos a otros, terminando la ronda en las manos del jefe. Joel asintió mirando fijamente la foto.

—Aquí se aprecia a nuestro chico agachado junto a la puerta del almacén en cuestión. Se ve que saca algo del bolsillo de esa sudadera tipo canguro, ya me entendéis. Podemos intuir que se trata de un soplete de nitrógeno líquido, dados los restos de la cadena encontrados allí.

—Sí, eso es lo que dedujimos el jefe y yo. Encontramos en la escena la cadena hecha añicos —les anunció Sam irguiéndose ligeramente en su asiento.

—La culpa de estas cosas la tienen esas series de televisión, como *CSI*. Enseñan a los delincuentes a burlar la seguridad, a no dejar huellas..., deberían prohibirlas —aportó O'Connell desde su rincón, muy resentido con el contenido de dicha programación.

—Sea culpa de quien sea, nuestro chico de la sudadera verde consiguió lo que buscaba —concluyó ella manteniendo la tensión.

—¿Hubo suerte con el inventario? —le preguntó Joel intuyendo el éxito de la chica.

Garretti sonrió resuelta. La jugarreta le había salido mal al jefe: ella realmente había disfrutado peinando aquella habitación hasta dar con la aguja en ese pajar.

—¿Amanece antes en Oriente?

—Muy graciosa. No te des tantos aires y suéltalo ya.

Garretti, disfrutando de su momento, se hizo de rogar lo justo.

—Según la comparación con los archivos de la base de datos, han sustraído dos historiales de un par de criminales que casualmente han sido puestos en libertad no hace mucho. Parece que no es algo al azar; no digo que buscara esos dos nombres, pero sí quizás a dos personas con una ficha delictiva concreta y además disponibles.

—¿Algún nombre destacado? —preguntó Matt muy interesado en el asunto.

—A esto podría contestarte Hicks, pues es él quien ha hecho la mayor parte de la labor de investigación.

El agente Hicks miró al frente agachando la cabeza, como queriendo escurrir el bulto. No solía participar de viva voz y todos sabían lo poco que le gustaba tener que hacerlo. Era un tío muy calmado, pero siempre cumplía. Esta vez no iba a ser menos.

De modo que Hicks se levantó ante la insistente mirada de Garretti y tomó el relevo sin ocultar su disgusto en aquella ronda informativa. No le hizo falta revisar los informes: tras toda la tarde estudiando aquellos nombres, los tenía grabados a fuego.

—Bueno. Los dos son varones de entre treinta y cinco y cuarenta años. Estadounidenses. En los últimos cinco han sido arrestados en varias ocasiones y finalmente condenados a pasar un par de años entre rejas.

—¿Cumplieron condena por los mismos delitos? —se interesó Joel.

Hicks negó en rotundo.

—Uno de ellos destaca por contrabando de narcóticos. El otro estaba relacionado con una mafia de poca monta que ya fue desmantelada; prostitución y robo de coches son sus cartas de presentación.

Matt alzó la mano para pedir el turno de palabra. Debió de olvidar que ya antes había participado por pura iniciativa propia.

—Suponiendo que sea nuestro chico ese Flannagan, ¿qué interés puede tener en hacerse con esos historiales? ¿Planea dar un golpe y quiere rodearse de gente que dé la talla?

Una posibilidad que dejó dudando a más de uno.

—Pues... —intervino Garretti— podrías averiguar qué ha estado ocupando la mente de ese chico durante estos dos años. Habla con los responsables de ese correccional —le sugirió camuflando así lo que era una orden en toda regla.

Hicks parecía haberle cogido el gusto a intervenir y pensaba aprovecharlo antes de que se esfumara esa actitud. Se adelantó y volvió a dirigirse a la sala.

—Ya en el pasado hizo encargos para otros. Aunque no de manera activa, ocultó pruebas favoreciendo a Tom Bosley a cambio de suculentas cantidades de dinero. ¿Quién sabe si esto no es más de lo mismo, otro nuevo encargo?

Garretti, a su lado, empezaba a ver en él un estupendo compañero, quizás el más compatible con sus métodos. Nada de miradas recelosas, nada de conversaciones banales para matar el silencio... ¿Cómo es que no habían colaborado codo con codo hasta entonces?

—Sí..., no tendría mucha lógica que lo hiciera por su cuenta —empezó a plantear ella—, pero hay algo que no entiendo: consigue escapar y ¿no se le ocurre otra cosa que volver al sitio donde lo pillaron y correr el riesgo de que lo vuelvan a hacer? Estoy con Hicks: hay algo más grande detrás de esto — terminó buscando un gesto de complicidad en el mencionado colega.

Joel se levantó resuelto de su silla.

—Bueno, es pronto para saberlo, pero eso no cambia el hecho de que encontrar a ese chico de la sudadera verde sea lo más importante. —Todos estuvieron de acuerdo con el capitán, quien comprobó en las miradas de sus chicos que había quedado claro el orden de prioridades y los hechos, y así estar en condiciones de poder pasar a dar órdenes. Esa era una de las ventajas de ser el jefe, a la que Joel sabía sacarle partido. Disfrutaba con ello—: En ese caso, repartamos las tareas. Matt, ve con Hicks a hacer una ronda por la zona en la que solía moverse John Flannagan. Preguntad, inspeccionad, curiosead; Garretti, tú encárgate de hacer una visita de cortesía a nuestros dos exconvictos. Elige a tu príncipe azul de entre esta panda de sapos para que te acompañe. El resto que mantenga los ojos abiertos y se ocupe de las otras tareas que se nos han encomendado, como mantener el orden en esta ciudad.

Garretti miró ofuscada en dirección a su plantel de posibilidades. Hicks era el único que le habría gustado llevarse consigo. Joel siguió sin apreciar ese detalle y reclamó dando unas palmadas a modo de cierre:

—Mañana querré resultados, ahora, lo que quiero es movimiento.

La mitad de los asistentes tardó en levantar el culo del asiento, discutiendo entre sí los detalles del caso y los cometidos asignados. Poco a poco fueron dejando la sala de juntas, cruzando el inservible rayo de luz proyectado por aquel cacharro defectuoso.

Joel se quedó apoyado en la mesa, observando como Garretti se dedicaba a recoger las hojas con la imagen del chico y su sudadera verde. Pasó por cada silla poniendo orden, como si de una profesora se tratase. Incluso la oyó mascullar, maldiciendo el comportamiento de sus compañeros: «Como malditos críos», se quejó.

Al terminar la colocación se volvió y sorprendió a Joel observándola con atención, de brazos cruzados.

—¿Qué? —inquirió categórica.

—Absolutamente nada —se defendió él con mirada de cachorrillo—. Es solo que... da gusto ver como nuestra única y preparadísima inspectora se preocupa por mantener limpia la oficina y se encarga de ello.

—No seas machista; daría más gusto si todos colaborasen un poco. Sus mesas me dan náuseas. ¿Tú sabías que Matt guarda en los cajones manzanas a medio comer? Y ni siquiera es consciente; te lo juro, es un desastre. Me da escalofríos. Siendo fina.

Joel se echó a reír.

—Oh, vaya. No sabía que esto se había convertido en una terapia de desahogo. Ya puestos, yo también tengo quejas.

Garretti se detuvo ante él en actitud desafiante, con el pequeño fajo de folios entre las manos.

—¿Quieres desahogarte? Bueno, casi estamos fuera de horario y a solas... Pero aun así, el trato que recibirás por mi parte seguirá siendo estrictamente profesional.

Joel alargó el brazo y tiró de la chica, acercándola a él, pegando sus cuerpos. Las hojas volaron precipitándose al suelo y esparciéndose por todo su alrededor. Ella le retó con la mirada. Esa mirada suya, tan decidida, tan consciente de lo que provocaba en las defensas de su jefe.

—No te recuerdo estricta y distante cuando estábamos bajo las sábanas de mi cama esta mañana. Quizás tengamos que repetirlo pronto, para salir de dudas.

Acto seguido, las manos de Garretti comenzaron a subir por el pecho de Joel, hasta rodearle el cuello.

Se oyeron pasos en el pasillo, que pusieron en alerta los reflejos de ambos. Antes de que Matt apareciera por el umbral de la puerta, Garretti ya estaba en la otra punta de la mesa, ordenando papeles inútiles totalmente azorada.

No consiguió el efecto deseado, pues Joel permanecía en la misma postura, en silencio y con una expresión desconcertante. Matt tardó unos peligrosos segundos en arrancar con su pregunta, observando el suelo frente a Joel, regado con las hojas que antes sostenían los agentes.

—Eh..., señor: Sam me ha pedido que le diga que vaya usted a verlo a su mesa. Quiere hablarle sobre el presunto accidente doméstico de esta tarde.

Garretti dio un golpe en la mesa con un fajo de folios en blanco.

—¿Presunto accidente doméstico? —saltó Garretti como una fiera volviéndose por completo—. Ya te lo he explicado, Joel: hay indicios y, aunque ciertamente confusos, no dan a entender para nada que pueda tratarse de un simple accidente. Estamos esperando resultados de la autopsia preliminar y me gustaría volver a la escena, creo que no se han tomado muestras debido a...

Joel la hizo callar, pues estaba hablando de forma precipitada y más de la cuenta. Minutos antes de comenzar la reunión, Joel ya le había expresado su conformidad respecto a esa teoría. El jefe intuyó que aquel rebote podía deberse al mero hecho de haberse expuesto a que los descubrieran. Había estado muy cerca esta vez.

—No pasa nada; vamos con Sam y seguimos hablando de ello. Y, por cierto, Matt, ¿tiene que enviarte a ti? Estamos a menos de diez metros, menudo vago está hecho. Dios se apiade de su pobre mujer, que va a tener que aguantar semejante trasto cuando se jubile.

Joel salió de allí, con el agente y la inspectora precediéndole. Garretti sonrió con la mirada baja. Él era el único allí que la conocía tal y como era. Ardiente y pasional y dulce. Y Joel se sentía afortunado de ser quien disfrutaba de ese privilegio en la intimidad. Solo debían procurar no estropearlo todo por un simple descuido.

Jane quería hablar con él, escuchar su voz. Con solo eso, dijera lo que dijese, sabría qué tal estaba, si le afectaba demasiado lo ocurrido o lo que estaba por ocurrir. Todo su ser tenía aún muy viva su presencia. Tan solo unos meses atrás había conseguido encontrar un camino hacia él, a la verdad en ese misterioso y atormentado hombre. Le fascinó y enamoró conocerle hasta ese punto, al que muy pocas personas habían llegado. Sandy cargaba con una gran parte de oscuridad, pero la poca luz que se encontraba todavía en él bastaba para confiarle todo. Pero esa sensación no duró mucho. Se fue todo al carajo y acabó por desaparecer. Jane aún se sentía traicionada.

Al coger el teléfono y ver su nombre en la pantalla, le asaltaron recuerdos incómodos, recuerdos de esa última vez que habían estado el uno ante el otro, con tanto que decir y tan poca valentía por ambas partes. Jane volvió a dejar el móvil sobre la encimera y siguió con lo suyo, distraída. Lo suyo, en esta ocasión, era fingir que se entretenía preparando una sopa a base de cebolla. Pensaba almacenarla en tarros herméticos, para tenerlos listos en caso de emergencia. Pero, por muy entretenido que fuera, al fin y al cabo solo fingía, porque la realidad era bien distinta. No conseguía quitarse de la cabeza lo que Laurie le había contado hacía unos minutos por teléfono, motivo por el cual se encontraba en aquella tesitura. Sentía la obligación moral de hablar con Sandy. Y había algo más en su interior que le rogaba escuchar su voz, algo que no era obligación.

Un cúmulo de dolorosa y familiar incertidumbre se le había asentado en la boca del estómago desde el momento en que su amiga le habló de la foto que había recibido Sandy. Le hacía recordar el momento en que fue tomada, robada más bien. Aquel momento tan personal, tan familiar, en el que Jane había separado definitivamente, o eso creía, su camino del de su hermano dejando atrás el pasado. Recordaba aquel día, muy nítido en su memoria, le recordaba a él, atento y melancólicamente amable, tal como era siempre con ella. Recordaba también el rododendro que llevaba este para su hermano.

Le desconcertaba sentir más rabia que desasosiego. Tenía, eso sí, en quien depositar esa rabia: Frank Bosley. Era su nueva vida, la que había

construido con cuidado, con esmero y determinación. Nadie más que ella decidiría cuándo asustarse y cuándo plantar cara, y tenía muy claro qué momento era ese.

Como si se tratara de una broma de mal gusto, obra del destino, Coco salió disparada desde el porche hacia la oscuridad de la cancela, ladrando agresivamente, canalizando su desconfianza en un punto concreto de aquellas sombras que se fundían con la maleza. Jane soltó el tarro a medio llenar de aquel caldo suyo y apagó el televisor para eliminar interferencias sonoras. Ahora solo se oía el insistente ladrar de su guardiana, atenuado por las frescas ráfagas de viento que mecían los altos pinos que circundaban el terreno. Con cautela, Jane avanzó hasta la entrada y abrió el portón. Las luces no alcanzaban a iluminar a la perra, ni tampoco el objetivo de su agresividad.

Jane suspiró, preparándose para no dejarse llevar por el pánico. Agarró el pomo y abrió de par en par, plantándose bajo el marco.

—¡Voy armada! —gritó controlando los nervios—. Tengo alarmas de alta seguridad conectadas por todo el terreno, así que piénsatelo dos veces antes de hacer alguna tontería.

«Como la que estoy haciendo yo ahora mismo, gritándole, posiblemente, a algún gato perdido», pensó, sintiéndose incómoda con su propia voz, llena, muy a su pesar, de cambios de tono, sobre todo altos.

El silencio, a cada segundo que pasaba, disminuía su ansiedad. Coco seguía inmóvil en aquella franja que separaba la luz del porche de la absoluta oscuridad, pero se había notado un cambio en su actitud: ahora permanecía a la espera, silenciosa. Jane no pensaba entrar en casa hasta que Coco volviera a su lado, libre de preocupaciones. Esperó intranquila hasta que al fin hubo respuesta.

—Armada y segura...; ahora es cuando me alegro de haber venido hasta aquí, a pesar de la horrible caminata a oscuras —le respondió también a gritos aquella voz que consiguió desvanecer de un plumazo toda su desconfianza.

—¿Kristen, eres tú? Pero ¿qué coño haces ahí? Y no me malinterpretes: no te imaginas cuánto me alegro de oírte.

La chica volvió a tardar un poco en contestar. Era como si Jane hablara con una persona invisible: no sabía dónde fijar con exactitud su mirada.

—¿Qué te parece si te lo cuento dentro?

¿Dónde había dejado su sentido común?

—Oh, Dios, claro que sí. ¡Te abro en un segundo!

Se volvió para coger las llaves y la linterna que siempre tenía a punto para esas visitas nocturnas, por improbables que fueran. Definitivamente, tenía que instalar faroles a cada lado de la entrada, para evitar futuras situaciones similares. Ahora comprendía que nada bueno debía de pasarle a Kristen para aparecer a tales horas frente a una casa en la que nunca había estado. Era, sin duda, una suerte que no se hubiese perdido: Rockville no siempre se había portado bien con ella.

No hubo mucho intercambio de palabras hasta que se sentaron a la mesa para cenar. Jane cenó (por segunda vez y por cortesía) junto a su invitada, mientras le iba sacando, a cuentagotas y con suma delicadeza, el motivo por el que la joven se encontraba allí tan tarde. Las cosas salen mejor cuando uno está calentito y a salvo en el interior de un hogar, con el estómago lleno. Kristen empezó a contarle lo ocurrido por la mañana, la muerte de la madre de su antigua amiga, lo extraño que había sido todo y lo mal que se sintió al saber que su amiga ahora estaba sola, que era huérfana, obligada a madurar y valerse por sí misma en adelante.

Jane comprendía la situación. Kristen había vuelto con lo puesto a casa..., de hecho ni casa tenía ya, y debió de encontrarse sola y sin nadie a quien recurrir después de haber pasado por ese mal trago. No quiso atosigarla y dejó que ella llevara el ritmo de la conversación; se limitaba a escuchar, asentir y servir té.

—¿Sabes?, quise volver aquí por ti —le confesó—. Dejé a mi madre cuando empezó a mostrar más interés por los chicos que la reconocían de las noticias que por mí. No creo que le importara perderme de vista un tiempo. Ahora soy otra persona, sé cuidar de mí misma, mejor de lo que me cuidaba ella si se me permite ser un poco orgullosa. Ella lo sabe y creo que, en el fondo, eso la consuela.

Jane abrió mucho los ojos. Era lógico que aquello no hubiera hecho más que empezar.

Kristen tomó un sorbo de té y siguió con su relato.

—Le dije a mi madre que lo mejor era que empezara a vivir mi vida, con lo que ello conlleva. Me fui de su casa y compartí piso mientras trabajaba aquí y allá, siempre por los alrededores. Hasta que un día encontré un artículo que hablaba de tu negocio, de lo que habías logrado hacer con tu vida. Me alegré tanto... Me inspiraste, y verte sonreír en aquella foto me dio ánimos para toda una semana. Ahorré lo suficiente para decidir mi siguiente destino y allí estaba

el artículo, con tu foto como si me mirara. Como si tú misma me incitaras a volver a casa, a retomar mi vida. A no seguir huyendo...

—Eres muy valiente por haber vuelto tú sola. Estar aquí de nuevo y recordar cómo te viste obligada a marcharte debe de ser muy duro. Pero estoy segura de que saldrás adelante.

Jane alargó una mano para acariciar sobre la mesa la de su inesperada visita, con una sonrisa cálida, casi maternal.

—Estoy aquí para lo que necesites. Podría ofrecerte incluso trabajo, pues no nos vendría mal una becaria, ¿sabes?

Kristen alzó la vista para sonreírle. Una sonrisa que hizo que toda una máscara de seguridad y optimismo se viniera abajo, mostrando toda la vulnerabilidad que ella recordaba en la chica: no era más que una cría y estaba sola.

—No querría abusar. Tengo que salir adelante por mí misma. Pero podría tomarte la palabra, como un salvavidas; lo tendré presente —le aseguró para dejarla más tranquila.

Jane se levantó para recoger un poco la mesa. Al pasar junto a la chica, le dio un beso en la coronilla, dejándose llevar por un impulso. Un gesto que tomó prestado de su madre, que solía hacerlo cada vez que pasaba a su lado en la cocina. Dejó los vasos en el fregadero y sonrió. Kristen era una buena chica y, a pesar de lo que pudiera parecer, era fuerte y nada de lo que había pasado haría que se abatiera: solo necesitaba alguien con quien hablar de vez en cuando, estaba segura.

—Quiero que comencemos un nuevo capítulo. Ese del que todos nosotros formamos parte. Tú pasaste la página y ahora yo pasaré la mía. Todos los que estuvimos implicados hace dos años... debemos apoyarnos, no hay que dejar que alguien se quede atrás, vivir del pasado anula nuestro presente y, por tanto, el futuro —dijo con la mirada al frente.

Una reflexión que a Jane le hizo pensar en Sandy, en ellos, durante todo el tiempo que estuvo fregando y limpiando la cocina.

Le ofreció a Kristen la habitación de invitados, pues no iba a permitir que volviera haciendo autoestop a su habitación en el centro y le resultaba más práctico que coger el coche a esas horas para llevarla. Se despidieron, pero aquellas palabras de Kristen se le quedaron bailando durante toda la noche a Jane. Había hablado de Rockville como si la propia ciudad la hubiese alentado a volver. «Siento que le debo algo a esta ciudad y ella espera de mí que tome partido en este nuevo capítulo.» Jane cerró la puerta de su habitación

y se metió en la cama directamente, saltándose pasos tan importantes como comprobar las ventanas o las pilas de su linterna. Era evidente que las circunstancias cambiaban las prioridades de uno y tener a alguien en la habitación de al lado consiguió que, por un momento, no temiera dejar la puerta cerrada sin echar la llave.

Veinticuatro horas. Eso, exactamente, había tardado el capitán Ackerman en obligar a Sandy Strunk a trabajar conjuntamente, en calidad de asesor policial, para el caso que se traían entre manos. No era ni mucho menos un capricho o una idea descabellada. El ladronzuelo de la sudadera verde era a todas luces aquel niño que Sandy pilló años atrás con las manos en la masa. Por tanto, era vital para la investigación tenerlo bien cerca, pero había un detalle más importante aún que ninguno de los dos había mencionado todavía. Los chicos de Joel Ackerman, y la chica (no convenía olvidar a Garretti), agradecerían volver a contar con Sandy una temporada, pues casi todos admiraban y respetaban sus logros y sacrificios. Los mandamases que tuvieron mucho que ver en el presente de Sandy, lejos de las placas y las armas reglamentarias, tampoco habían visto con buenos ojos aquel apaño ideado por Joel para volver a meterlo en el ajo, pero de momento todo estaba en regla y Sandy era oficialmente un investigador privado, con licencia, por tanto, la policía podía contar con sus servicios.

A las siete de la mañana se habían puesto en contacto con la oficina de Sandy. Henry no había podido contestar al teléfono, puesto que su hora de llegada aún quedaba algo lejos (el chico tenía su vida y otras responsabilidades y Sandy lo respetaba). Así que el propio dueño de la casa tuvo que correr una auténtica yincana para llegar a descolgar antes de que desistieran. Tenía muy presentes los detalles de aquel nuevo caso, pero Joel insistió en dárselos cara a cara y cuanto antes. Y eso hizo. No tardó ni media hora en personarse allí, encantado de alejarse de su hogar y sus fantasmas por unas horas. Todo transcurrió muy deprisa. Joel convino en que sería de mucha ayuda contar con él para la tarea de dar con los dos convictos que estaban en el punto de mira del chico de la sudadera verde o de quien le hubiese contratado para robar sus expedientes. Así que, con sus instrucciones bien leídas, Sandy salió de allí a esperar a su nueva y provisional compañera.

Por su parte, Garretti dejaba el vestuario lista, como cada mañana, para darlo todo. Desde la noche anterior contaba con una tarea encomendada. Tendría que vérselas con dos tipos duros. La agitación que algo así le

producía era la mejor de las vitaminas y estaba deseando entrar en acción. Sabía que no estaría sola: una inspectora necesita apoyo. El suyo ya debería estar aguardándola en el coche patrulla. Muy a su pesar, la cara que confiaba encontrar no le suponía un gran aliciente. Quiso contar con Hicks, pero él ya tenía asuntos que atender, por lo que simplemente se guio por aquel dicho que aboga por escoger lo malo conocido antes que correr riesgos. Le dijo a Sam que, a pesar de que él tuviera otras tareas, esas podría hacerlas luego, y nada más llegar saldrían de allí. Pero no conocía las buenas nuevas. Y al salir al aparcamiento trasero no encontró la situación que esperaba; era lo primero que se apartaba de lo previsto aquella mañana. Sonrió al descubrir quién la esperaba apoyado en la puerta del conductor de su coche. Pensando que Joel, sabiéndolo o no, acababa de hacerle un estupendo regalo.

—Muy buenos días, inspectora Garretti, ¿preparada para arriesgar la vida en las calles más peligrosas del estado? Espero que tengas paciencia conmigo, que estoy algo desentrenado en esto de los interrogatorios.

Garretti amplió la sonrisa encantada con el cambio. Además era la primera vez que oía referirse a su reciente cargo en labios de alguien tan admirable como Sandy. Se alegraba enormemente de que el jefe hubiese dado aquel paso sin que tuviera que recomendárselo.

—Me alegra tenerte de vuelta —le confesó sin esfuerzo alguno—. Pero hoy conduzco yo. Y tendrás que seguir mi ritmo.

—Entonces, que sea David Frost —Garretti le concedió el honor de elegir—. Advierto: su alias es «Gorila». Quien avisa...

Ella le guiñó un ojo a su antiguo jefe volviendo enseguida la vista al volante. No debía de ser casualidad la elección del Gorila. Ella también había estudiado los dos perfiles. Un mote que podría hacer alusión a la fisonomía resultaba muy llamativo y sospechoso. No quería dejarse llevar por simples motivos de apariencia pero, en la profesión, ese tipo de intuiciones no solía fallar.

—Yo también habría empezado por él. Además..., hace mucho que no voy a un zoo.

Sandy dejó de revisar el informe que habían elaborado al detalle sobre los exconvictos. No era hombre de sarcasmos, pero chiste tan malo era difícil de ignorar.

—¿Garretti, la célebre inspectora de hierro, doña Voy a Todo Trapo, ahora también sabe hacer chistes? Y mira, hasta es capaz de sonreír. —La

señaló con un bolígrafo acusador—. Las cosas han cambiado mucho por aquí. Tú has cambiado. Y creo que me gustas.

Garretti le devolvió una mirada incrédula.

—Oh, vamos, Sandy Strunk, no te pongas sentimental. Solo han pasado un par de años. Señálame a un ladrón de bolsos a la fuga y saldré corriendo tras él sin que te dé tiempo a tragar saliva, como en los viejos tiempos.

Sandy la acompañó con risas, entre las que se mezclaban recuerdos de otros tiempos, en los que ambos comenzaban una nueva etapa. Garretti notó como los ánimos del copiloto caían en picado.

—Venga, compañero, ya estamos llegando: ¿cuál va a ser la táctica...? ¿Poli diplomático/distante, poli chungo/inestable?

—Cuánta sofisticación... ¿Qué ha pasado con el clásico bueno/malo?

Garretti giró bruscamente y estacionó sin vacilar en una plaza algo justa para el coche patrulla, pero milagrosamente libre y conveniente en un barrio donde era difícil aparcar.

—Que todos se lo conocen y no sirve para nada —murmuró apagando el motor.

Se volvió hacia él expectante, como indicándole que estaba lista para abordar la tarea.

El Gorila vivía en la peor zona de Rockville: la calle más chungueta del antiguo aserradero, hogar de la prostitución encubierta y cita ineludible para capos y bandas callejeras que movían sus negocios en las cercanías.

—Hacía tiempo que no pasaba por aquí. Sigue siendo tan... pintoresco como siempre —apuntó Sandy echando una ojeada a las viejas fachadas de las casas bajas del lugar. Los tejados estaban repletos de antenas y cordeles en los que ondeaban prendas de vestir de escaso material y colores vivos.

Había un par de señoritas observándoles dos calles más arriba. Parecían reivindicar el estampado de leopardo y las lentejuelas como forma de vida. Mascaban chicle y cuchicheaban entre ellas. A pocos metros de distancia, un trío de niños de no más de ocho años correteaban tras una pelota de cuero viejo. Pululaban por allí cuando deberían estar en el colegio. Así era el Aserradero.

Garretti le sorprendió con la desolación impregnada en la mirada.

—Joel tiene los ojos puestos en esta zona. ¿Te suena la banda de los Redknife? La semana pasada sacamos de estas calles a uno de sus cabecillas y nos incautamos de unos cuantos kilos de cocaína y otras sustancias. Un capullo suelto menos, una portada más de periódico para aumentar su palmarés y,

como dice él, eso espanta a los malos de esta ciudad —le explicó ensalzando las virtudes de Joel como defensor del pueblo.

Típico de su viejo camarada, pensó Sandy. Antihéroe de pensamiento y formas, que siempre había tenido más de lo segundo que de lo primero, y eso sin saberlo.

—Es tan bueno en lo suyo como lo es soltando tacos y berridos.

—Eso no pienso discutirte —convino ella sacudiendo la cabeza.

Apenas habían echado a andar cuando un petardazo paralizó cualquier movimiento que hubiese. Garretti miró a su compañero. Un disparo. No había dudas de su procedencia. Era la casa de aquel tipo. El instinto les hizo retroceder unos pasos. Sandy la miró ceñudo esperando su reacción. Ella se llevó las manos a la cintura, al encuentro de su arma. La necesitaría. Una señora salió corriendo del bloque, a gritos. Se abalanzó sobre Garretti, que actuó sin vacilar. Pistola en mano controló a la histérica mujer y la hizo entrar en el coche patrulla sin perder un minuto.

—Cálmese y no se mueva de ahí.

Cerró la puerta y se volvió de nuevo encarando el portal. No sabía si esa mujer tenía algo que ver o no, pero era mejor no correr riesgos. Una histérica menos en la calle.

Aún había gente alejándose del perímetro, sorprendentemente sin perder los nervios, acostumbrados a toparse con aquel tipo de altercados. Había más ojos curiosos que preocupados por recibir un balazo. Por suerte, ya no había ni rastro del grupo de niños ni de las señoritas de la esquina.

Sandy permanecía agazapado, a pocos metros de la entrada al bloque. Comprobó la posición de Garretti, que ya volvía del coche con pasos sigilosos. Por señas le preguntó si tenía arma. Sandy negó, lamentando no llevarla encima; perder aquella costumbre podría hacerle perder algo más importante: su propia vida. Luego, Garretti le indicó que esperara allí y comenzó a avanzar. La situación le recordó a Sandy la redada, no muy lejos de allí, en la que encontraron a Iris, la joven y peculiar prostituta virgen, un triste daño colateral en los planes de Tom Bosley. La patada que la inspectora propinó a la puerta le devolvió al presente. Ella apuntó al frente nada más entrar y desapareció de su vista. Los segundos volaban. No podía permanecer allí quieto. No estaba sirviéndole de apoyo.

—¡Sandy! —gritó ella desde el interior, lo suficientemente fuerte para que se oyera con claridad, pero sin alarma; no había peligro aparente.

Sandy dejó su escondite de detrás del coche que le servía de escudo provisional y entró en el bloque. Los ojos se le acostumbraron rápidamente a la parcial oscuridad del interior. Dobló a la izquierda, donde vio la puerta del piso abierta. Justo ante ella había un cuerpo aparentemente sin vida. No hacía falta ser un genio para aventurarse a llegar a esa conclusión: nadie podía sobrevivir a semejante tiro certero en la cabeza.

—¡Joder...! Garretti, ¿es este nuestro simio?

—Por desgracia, sí, es el Gorila —la voz de ella le llegó de algún punto no muy lejano.

Sandy pudo contrastar tal hecho con un simple vistazo: en efecto, coincidía con la foto del historial. El tío debía de medir cerca de dos metros y era muy moreno de piel y con suficiente melena y barba como para confundirlo con un animal en una mala noche de borrachera. Se agachó junto al cadáver para inspeccionar la herida de bala. En ese momento ella volvió a la estancia.

—Espera aquí que voy a echar un vistazo por la zona. Quien lo haya hecho ha debido escapar por la puerta que da al jardín trasero. Avisaré para que manden apoyo.

Sandy asintió sin alzar la vista, concentrado ya en el cadáver. Estaba boca abajo, con la cabeza apuntando hacia el interior de la casa.

Garretti se daba la vuelta para salir tal y como había dicho cuando Sandy, alzando un brazo, le señaló que no se moviera; luego la instó a acercarse.

—¿Traes guantes?

—¿Por qué?, ¿quieres tocar algo?

—Lo han movido. ¿Ves esas manchas de sangre? La sangre le chorreó de la cabeza cuando le dieron la vuelta. Puede que...

—Vamos, que quieres darle la vuelta —se dijo incrédula—. Por favor, Sandy, el equipo llegará enseguida. No toques nada hasta que...

Sandy se tumbó junto al cuerpo sin vida y, para asombro de Garretti, acercó la cara al suelo, en la zona del abdomen del muerto. Abandonó cualquier intento de entender lo que estaba haciendo su compañero cuando le vio olisquear el cuerpo. Y, sin que pudiera evitarlo a tiempo, fue testigo de como su antiguo jefe agarraba el cuerpo y lo movía hasta dejarlo mirando al techo.

—¡Sandy!, ¿te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre tocar el cadáver?

Él ignoró sus aspavientos; había algo más importante en lo que centrarse y no sugería nada bueno.

—¡Mierda...!, ojalá me hubiese equivocado.

Garretti superó la sorpresa inicial y se acercó intrigada, y así pudo advertir lo que acaparaba la atención de Sandy, que seguía arrodillado en el suelo, pensativo. El cuerpo del Gorila había aplastado una delicada flor rosada, rosada pero no una flor cualquiera: un rododendro.

Jane no recordaba la última vez que había compartido un desayuno en su cocina. Allí, frente a ella, untando mermelada de fresa en la tostada, tenía a Kristen, sonriente y sin haber perdido un ápice de optimismo. Jane no quería aventurarse a adivinar si se trataba de una máscara muy bien elaborada o, por el contrario, ese extraño estado de «puedo con todo» era real en su joven amiga. Kristen seguía sin darle muchos detalles de cómo había decidido empezar esa nueva etapa. Su madre le había dejado algo de dinero en una cuenta, a modo de último recurso, para que siguiera su camino, pero podía regresar cuando quisiera. Tuvo que insistir un poco, pero finalmente la convenció para formalizar un contrato como becaria en prácticas en el local, lo que le daría dinero suficiente para empezar de cero. En ningún momento la vio abatirse ni desmotivada. Una sonrisa de aquella chiquilla conseguía que Jane afrontara todo aquello que temía con más valentía y dignidad. Por ella, debía seguir mostrando ser fuerte.

—Puedes quedarte conmigo una temporada y me encantaría tener algo de compañía. Mientras respetemos el espacio de cada una y no toques mi champú de arcilla blanca y aceite de karité, no habrá problemas de convivencia. De lo contrario, no respondo de mí misma.

Kristen contuvo como pudo el ataque de risa mientras hincaba en la tostada sus graciosos colmillos de diablesa.

—De verdad que lo agradezco —contestó aún con la boca llena—, pero quiero hacer esto como es debido. Tengo que buscarme un sitio, o una habitación de alquiler. Pero gracias por el ofrecimiento, por el trabajo..., por todo. No sé qué habría hecho si no me hubieses dejado dormir aquí...

—Oh, por el amor de Dios, ¡come y calla! No querrás echar por tierra mi marca de cero lágrimas en catorce meses, ¿verdad? Nada de sentimentalismos. Es lo que hacen las amigas.

Jane vio como las orejas de Coco se tensaban como antenas buscando la mejor posición para sintonizar una señal. Acto seguido, como confirmando los barruntos de la perra, una bocina sonó tres veces seguidas. Jane echó un

vistazo al calendario que tenía sujeto a la nevera con varios imanes estratégicamente colocados.

—Debe de ser Liam.

El gesto de Kristen no exigía una explicación más concreta, pero sí que lo agradecería.

—Lo conociste ayer en la tienda. Trabaja con nosotras y también en la oficina de correos. Aquí no llegan normalmente mis cartas, así que él me suele traer toda la correspondencia una vez a la semana. Vuelvo enseguida; tú sigue desayunando —le dijo al ver que Kristen se acercaba a la boca otra tostada—. Esa mermelada es una delicia, ¿a que sí?

—Culpable —reconoció la otra alzando la mano—. Está de muerte.

Jane le contestó al tiempo que cogía las llaves de la entrada:

—Se la compro a un agricultor que vive más abajo. Tiene una granja enorme y unos productos ecológicos estupendos.

Kristen oyó como salía y como corría alocada Coco adelantándola. Para matar el tiempo, echó una ojeada a la etiqueta del tarro de mermelada. Ahora que se detenía a mirarla, se notaba claramente que no era un producto de fábrica, sino casero. No le importaba no encontrar en la etiqueta la típica tabla del valor energético. Eso sobraba cuando uno se perdía sin más en el estupendo sabor de las cosas. Oyó la puerta cerrarse y al instante entró Jane con un paquete cuadrado que podría contener sin dificultad unos zapatos de tacón. Encima traía varias cartas y un sobre abultado.

—¿Una caja misteriosa?

—Para mí, no. Es una tetera de porcelana. La compré para mi madre hará cosa de un mes. Es muy antigua. eBay es una mina de oro...

Kristen sonrió enternecida por aquel entrañable gesto que ella desearía poder tener con su madre si las cosas fuesen distintas. La señora Thomas no era muy dada a recibir regalos de ese tipo; lo normal era que rechazase que Kristen le regalara cosas: ya se compraba ella lo que le hacía falta y le apetecía.

Jane soltó la caja y fue ojeando las cartas. No era momento de abrirlas una a una, puesto que la mayoría venían del banco o del Ayuntamiento: cosas de, a fin de cuentas, su negocio.

—Pero esto... —dijo alzando el sobre acolchado—, esto sí que es un misterio.

—¿Quién te lo envía?

—A eso es a lo que me refiero. La dirección es la de la oficina de correos. Incluso el sobre tiene su logotipo. ¿Qué me mandan?

Kristen, intrigada por el envío, dejó a medias el desayuno para acercarse a Jane.

—Bueno, primero habrá que saber de qué se trata, ¿no? Siempre puedes ir allí a preguntar. Está claro que uno de sus trabajadores lo habrá facturado.

Kristen era la primera interesada, pero ya de entrada se sentía una intrusa en su casa, así que al menos no iba a pecar de entrometida. Por ello le dejó algo de espacio a la destinataria para que abriera el sobre. Se terminó a la carrera el zumo de naranja y consultó su reloj con gesto exagerado asegurándose de llamar su atención.

—¡Dios, no sabía que era tan tarde! Te agradezco en el alma estos días que me das de plazo antes de empezar a trabajar contigo. Voy a montar mi nueva vida desde ahora mismo.

—Oh, ¿quieres que te lleve a algún sitio? —le preguntó Jane medio distraída.

—No, no, tranquila. Iré en el autobús. Voy a comenzar a buscar algo barato por el centro. En el fondo, con que tenga baño y cama me conformo.

Fue como un torbellino girando alrededor de Jane. Ordenó un poco la mesa, cogió su mochila y la chaqueta y salió de allí sin que a Jane le diera tiempo más que a volverse para seguir sus movimientos. Aquel sobre permanecía entre sus manos y ahora se había quedado completamente sola y sin nada mejor que hacer que despejar las dudas. Se sentó y dejó el sobre frente a ella. Lo palpó para constatar que se trataba de algún tipo de libro, tal y como aparentaba. No servía de nada retrasarlo: aquello no iba a estallar por el simple hecho de caer en la impaciencia ni sacaría nada en claro por esperar. Despegó la solapa y palpó con los dedos en pinza el tacto rugoso del objeto. Era un libro, efectivamente, y bastante viejo y muy manoseado. Para ser exactos, más que un libro parecía una libreta bien encuadernada, como una de esas agendas de las que usaba en el instituto. Sintió una punzada en el corazón tan solo de pensar que aquello significaba una nueva amenaza, algo peligroso, tal y como les había prevenido Henry. Lo abrió ahora ya precipitadamente, para encontrarse con una caligrafía emborronada por el tiempo. Una letra inclinada pero muy clara y pulcra que le anegó los ojos como no le había pasado en mucho tiempo. Una caligrafía que no había vuelto a ver desde... Era la primera lágrima que Jane derramaba en más de un año y cayó

emborronando un poco más aquellas viejas palabras con las que daba comienzo la primera página.

Déjame que te cuente lo que soy; permíteme que intente olvidar lo que fui, y quizás en estas páginas descubra si podré llegar a ser algo más. Porque con estas líneas muere una parte de Jeremy Clemens, para que pueda seguir existiendo. 15 de junio de 2002.

Aún tenía acceso a la base de datos de la policía. Henry les debía mucho a los buenos amigos que le quedaban en comisaría. Siempre y cuando no llamara la atención ni abusara de la «hospitalidad», era libre de mantenerse informado, de seguir formando parte de aquella familia. La muerte de Nancy Fray copaba todas las portadas de la prensa del día, tanto en Rockville como en prácticamente todo el estado. El incidente estaba rodeado de extrañas brumas, esas brumas que Henry siempre veía en cada escenario cuando algo se salía de su sitio, cuando no encajaba y ocultaba mucho más bajo la alfombra. Durante los pocos segundos en que la pantalla mostró el mensaje «accediendo» seguido de varios puntitos en progresión, sintió el pánico de verse despojado de tal beneficio, así de buenas a primeras. Pero el alivio llegó a modo de pantallazo: estaba dentro. Introdujo el nombre «Nancy Fray» y se dejó llevar. Hizo clic en varios archivos y fichas y sus ojos se pasearon a una velocidad pasmosa de un lado a otro de la pantalla. Nada parecía lo suficientemente importante como para interrumpirle, todo ruido ajeno le era solo eso, ajeno, distante. Tuvo que pestañear un par de veces para darse cuenta de que el teléfono de la oficina estaba sonando por toda la casa. No podía ignorarlo ahora que era consciente de ello, no le dejaría concentrarse y, al fin y al cabo, estaba en horario de trabajo. Henry fue hasta la mesa principal de la sala. Junto al aparato había una placa que citaba STRUNK & ASOCIADOS: INVESTIGADOR PRIVADO, tal y como rezaba también el nombre impreso en la cristalera de la puerta principal. Él era el único integrante de ese «asociados» y, a pesar del anonimato al que pertenecía por pura razón de insistencia, le llenaba de orgullo formar parte de aquello. El teléfono siguió tronando: parecía sonar cada vez más alto, como recordándole que ya se demoraba demasiado. Henry descolgó con una repentina urgencia.

—¿Diga? Strunk y asociados.

Silencio, irritante y demasiado prolongado. Henry estuvo a punto de colgar, pero le pareció sentir una leve respiración al otro lado. Esperó.

—Sí, hola. Perdona, ¿podría hablar con Sandy Strunk?

Era una chica que hablaba despacio pero con cierta impaciencia. A Henry le resultaba familiar, pero no terminaba de situarla.

—Lo siento, no se encuentra aquí en este momento. ¿Puedo ayudarla yo? Soy Henry Harper, el socio de Sandy.

De nuevo silencio. Dudas. Henry podía imaginarse a la chica retorciendo el cable del teléfono, valorando sus opciones.

—Henry, soy Kristen Thomas. Supongo que me recordarás...

«Menudo zoquete —pensó Henry—, ¿cómo no había caído? Acababa de volver a la ciudad, y de pronto una chica llama por teléfono preguntando por Sandy y él no la reconoce. No podría haber sido otra.»

—Claro, Kristen, te recuerdo perfectamente. Sandy me comentó que habías vuelto a casa. Bienvenida.

—Gracias —se apresuró a decir. Henry esperó de nuevo; ahora que sabía de quién se trataba, comprendía que aquello que tuviera que decirle requeriría su tiempo, porque Kristen no llamaría para ninguna tontería—. Verás...: sonará algo surrealista, y hasta puede que te parezca una tontería, y quizás lo sea. Pero quería hablar con vosotros de una chica, una antigua amiga. Su madre es la mujer que ha muerto, la que encontraron ayer en su casa.

—Nancy Fray... —el nombre le salió solo, sorprendido por la extraña coincidencia.

—Sí, ella. Veo que no se te escapa una.

No tenía de qué avergonzarse: era su trabajo al fin y al cabo.

—Están en plena investigación. ¿Qué sabes tú al respecto, Kristen? —preguntó él, sin ánimo de parecer muy agresivo.

La chica suspiró, preparándose para contarle sus preocupaciones.

Para ponerle en antecedentes, le habló de lo que recordaba de su amiga y su madre. Que siempre habían tenido una relación madre e hija muy cercana y sin secretos. No había hombres en su vida, Stella lo habría sabido, al igual que sabía que aquella ropa interior tan provocativa y sofisticada no era de su madre. Stella no había dejado de insistir en ello. Luego estaba la confirmación rotunda de que su madre no se duchaba jamás por las mañanas; por lo tanto, no era un accidente y alguien la había obligado a participar en aquella escena, o lo habían hecho una vez muerta. Kristen expresó su temor a que las aparentes evidencias llevaran a la policía a archivar el caso como un accidente doméstico.

—Verás, Kristen, tienes que comprender que, sin los resultados de la autopsia y las pruebas del laboratorio, no sirve de nada hacer ese tipo de

conjeturas. Si había alguien más con ella allí, es muy probable que dejara alguna evidencia. Hay buenos policías en el caso, por no hablar del equipo forense, que trabaja a nivel estatal. Si hay algo que encontrar, darán con ello. Si te sirve de algo, desde que oí los detalles estoy con la mosca tras la oreja.

Kristen le dio su conformidad. Había sostenido a su amiga, destrozada en su regazo mientras lloraba. Se sentía en la obligación de ayudar en todo lo posible, para que se supiera toda la verdad.

—Tranquilo, no quiero entrometerme ni jugar a «Harriet la espía»; no puedo hacer mucho más de lo que ya he hecho. Ella me dijo esas cosas y estoy segura de que tiene razón: alguien le ha hecho eso a la señora Fray. Y si está por ahí como si nada, podría repetirse esta tragedia.

Henry la calmó y agradeció sus buenas intenciones. Tras colgar, se quedó dubitativo ante el teléfono. Conocía a sus antiguos camaradas; muy pocos de ellos estarían dispuestos a darle prioridad al caso, agilizando los trámites y metiendo prisa al laboratorio con la autopsia. Y si realmente era un asesinato, tenían sobre sus cabezas una cuenta atrás para atrapar al culpable antes de que, como pensaba Kristen, volviera a ocurrir una desgracia. Después de todo, quizás sí que mereciera la pena acercarse por allí para compartir lo que Kristen le había dicho. Cogió un pósit y apuntó lo esencial de la conversación. Ordenándolo con guiones escribió:

- Ropa interior. No le pertenecía
- Horario de ducha incompatible
- De ninguna manera tenía un amante

Arrancó la pequeña hoja amarilla y la dobló para meterla en el bolsillo de su pantalón. Pero dudó unos instantes. Había algo más que Kristen había mencionado como de pasada, otra de las tantas cosas que su amiga Stella había farfullado entre lágrimas. ¿Qué era? Podía parecer una tontería, pero cualquier detalle podía ser crucial para la investigación. Los ojos se le iluminaron y una sonrisa sacó a relucir su mejor expresión de triunfo. Desdobló la hoja y escribió un último guion que subrayó, como si ese fuera más importante que el resto o, simplemente, no quisiera olvidarlo.

- Olor afrutado, inusual, por toda la casa. ¿Una firma?

Ni signos de forcejeo ni huellas de ningún tipo. Solo tenían un cadáver con un agujero en la cabeza. La peor negación y la más peligrosa era «Ni rastro de su asesino». Todo quedaba entonces en manos del forense. Garretti observaba como el personal del laboratorio introducía con meticuloso cuidado en una bolsita hermética el rododendro aplastado. La inspectora se sentía estafada. Por un lado, Sandy había desaparecido, enfrascado en la búsqueda de algún elemento sospechoso por la casa. Ackerman había aprovechado para llevarse de allí a la dueña del apartamento. La histriónica mujer que le alquilaba la casa al matón asesinado, esa que ella había metido sin muchos miramientos en el coche patrulla. La única manera de controlarla era escuchar lo que tuviera que decir, y mucho mejor si se hacía lejos de la escena del crimen y de esa «poli rubia de bote que me trató como a un delincuente», según sus palabras. Por ello, Garretti seguía allí, asistiendo al ritual de recogida del cadáver. Era importante que alguien se quedara con el personal del laboratorio, pero una chica de acción como ella llevaba muy mal mantener aquella apariencia. Ya había comenzado a patearse toda la estancia, intentando entablar conversación con aquellos chicos, en prácticas a todas luces, que casi ni prestaban atención a su alrededor.

«Desde luego, nadie va a negar que se deben a los muertos, en cuerpo y alma», se dijo, deseando saber qué mantenía tan ocupado a Sandy en la habitación en la que estaba tan silencioso desde hacía ya varios minutos. Se habría cambiado por él sin dudarlo. Incluso si hubiese sabido que Sandy se encontraba en el apestoso baño. Aquella habitación no era muy agradable, teniendo en cuenta el tipo de persona que ocupaba la casa. El Gorila no solo compartía nombre y cierta fisonomía con el animal, sino también en su comportamiento en cuanto a labores domésticas e higiene personal.

De haber sido tan aprensivo como la mayoría de las personas, Sandy habría sentido náuseas nada más girar el pomo de la puerta. Pero su cabeza ya estaba centrada en otra cosa y el fuerte olor que provenía del retrete apenas le dificultaba respirar: todo un profesional. No sabía a ciencia cierta lo que le había llevado a buscar en esa parte concreta de la casa; seguía su instinto y

realmente tenía estar en lo cierto, porque aquello podría significar mucho más de lo que todos imaginaban. La bañera debió de ser blanca en sus mejores años, pero ahora no pasaba de un tono amarillento, llena de chorretones sospechosos. Nadie en su sano juicio se metería allí desnudo con la esperanza de salir más limpio que antes de entrar. Con el retrete era más de lo mismo, aumentando la dosis de mierda, tanto dentro como fuera. No llegaba a darle arcadas pero sí le producía un malestar tremendo. No le alegraba su muerte, eso nunca, pero era un cerdo que en cuestión de meses habría cometido algún delito que ahora se ahorrarian. Solo lamentaba haber llegado tarde en referencia al caso, ya que el tipo les habría podido dar alguna pista que seguir, algo que los acercara a esa persona que controlaba los hilos manejando ese teatro de títeres. Con uno de esos hilos movía al chico de la sudadera verde, de eso no tenía ninguna duda, y el Gorila probablemente seguiría vivo de haberse sometido. Sandy aún no había dejado que esa vocecilla ganara fuerza. Esa que tenía información relevante y varias respuestas a preguntas que sus compañeros empezaban a plantearse, entre las cuales se encontraba el hecho de intuir que allí dentro encontraría algo de interés. El problema era que esas respuestas generarían enigmas y verdades que aún no estaba dispuesto a creer, a las que no quería enfrentarse. No podría hacerlo sin perder otra porción más de cordura, del Sandy que cada vez reconocía menos ante el espejo. Aquel espejo que tenía ante él le devolvía un reflejo áspero, más muerto que vivo. En parte, debía admitir, era por la capa de mugre que lo cubría, pero lo que no negaría es que ese espejo, como cualquier otro, trasladaba la verdad. Se perdió en su propia mirada, encontrando en lo más profundo otros ojos que lo escrutaban, quizás los de aquella voz, ese eco que reclamaba su atención y que, de seguir la línea de acontecimientos que se estaban dando en Rockville, terminaría en gritos, cediendo finalmente, dejándola salir a proclamar su verdad. A no ser que algo allí lo desmintiera. Rezó sin saber a quién, por que todo lo que estaba viviendo no fuera más que un cúmulo de malas y dolorosas casualidades. Ya se sabe lo maliciosas y juguetonas que son a veces las casualidades.

El espejo ocultaba detrás un armarito empotrado en la pared. Por terminar con la tortura de ver reflejada su imagen merecía la pena el intento de encontrar algo allí detrás. Abrió la puerta, aliviado de perderse de vista, y encontró tres baldas atestadas de botes de medicamentos sin ningún orden. En el nivel inferior había varias agujas hipodérmicas, un par de jeringuillas usadas y, para completar el kit del drogata, una gomilla para encontrar

fácilmente la vena en el brazo. No quiso comprobar a ciencia cierta cada bote, pero uno de ellos, al azar, contenía líquido anabólico. A la vista estaba que el banco de ejercicios que había en la salita no le era suficiente para mantener ese cuerpo de exagerada musculatura. Teniendo en cuenta toda aquella medicación, la «masculinidad» del Gorila no tenía muchas posibilidades de estar a la altura de su físico. Todos conocían los efectos secundarios de aquellas mierdas en ciertas partes de la anatomía de un hombre.

Estuvo a punto de volver a cerrar el pequeño armario, y lo habría hecho sin más de no ser por aquel aroma que consiguió superar al hedor de la orina y el moho de las paredes. Aquel suave olor que llegaba de algún rincón, entre aquellos medicamentos. Un olor que le provocó un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Se le contrajo el estómago más que con cualquier olor nauseabundo. Un olor que preferiría no haber vuelto a saborear jamás. Las manos dudaron pero, con un movimiento frenético, comenzaron a quitar de en medio aquel amasijo de botes y agujas, dejando, en el estante central, un único bote en pie. Blanco, sin etiquetas ni adornos. Parecía una de esas muestras que regalan para probar perfumes y otras cosas para la higiene personal.

Aquel tarro estaba allí para él y Sandy no necesitaba etiquetas ni nombres para saber de qué se trataba. Cerró la puerta del mueble con un fuerte golpe que hizo estallar el espejo en cientos de pedazos sobre el lavabo. Lanzó al mismo tiempo un grito, un sonido gutural, reprimido, que le resintió la garganta. Sirvió como válvula de escape, soltando toda la rabia contenida, la frustración, y dejando a las puertas de nuevo ese miedo, ese que hacía que la dichosa vocecilla ganara fuerzas y revoloteara por su mente, hurgando en una vieja herida mal cicatrizada, que sangraba tanto como ahora lo hacía su mano izquierda. «La verdad, ya sabes la verdad...»

Garretti llamó a la puerta con pudor, como si fuera posible que Sandy estuviera haciendo uso del baño y no revisando cada rincón. Sandy apreció el tacto de su compañera pero, a pesar de todo, su respuesta fue brusca.

—No entres. Estoy bien... Enseguida salgo —dijo perdiendo intensidad a cada palabra que pronunciaba.

Garretti se alejó pero no perdió de vista la puerta, lista para acercarse de nuevo en cuanto Sandy saliera, dispuesta a echar una mano. Todos los presentes habían oído aquel estropicio, que no dejaba lugar a dudas, pero solo ella sentía que algo no andaba bien, pues era la única que conocía a Sandy y lo peligrosos que podían ser sus demonios internos.

Un par de minutos después, Sandy abrió la puerta. No se detuvo a mirarla a los ojos. Llevaba una mano metida en el bolsillo de la chaqueta y en la otra sostenía un tarro de fármacos genéricos que le tendió a ella.

—Esto es importante. Haz que lo procesen y lo manden a analizar.

Pasó como una ráfaga de viento y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba fuera del edificio. Garretti habría jurado que estaba pálido y sudando. Uno de los chicos, que ya estaba terminando con sus labores allí, la miró interrogante, observando lo que ella tenía en las manos. Garretti se lo tendió cuidadosamente, pero él ya estaba negando para sí mismo, como si no comprendiera que aquel otro policía hubiera tocado con sus manos desnudas una posible prueba. Por suerte ella llevaba sus guantes de látex y muy resuelta lo depositó en manos expertas. Echó una ojeada al baño para confirmar sus sospechas. El espejo estaba esparcido por el suelo y el lavabo. Algunas gotas de sangre dotaban de aquel característico color a una estancia apagada y deshumanizada por completo.

Percibió pasos a su espalda y sin tiempo a volverse reconoció, por descarte, aquella mano que subía por su cintura cariñosamente. Notó el aliento cerca del oído y sonrió aliviada; empezaba a sentirse a salvo exclusivamente al notarle cerca.

—¿Sandy se ha ido? —le susurró casi confirmándose en actitud juguetona.

—Controla esas manos. El equipo forense está a dos metros de distancia y... —se estremeció con el roce de aquellos labios por el cuello— y algo no anda bien. Para, por favor. Echa un vistazo.

Joel se irguió refunfuñando, ya que no formaba parte de su comportamiento habitual ser cariñoso. No le gustaba que le pararan los pies cuando intentaba salirse de su zona de confort. Con ella no le costaba y por eso se empeñaba en hacérselo saber, con el fin, quizás, de que se sintiera especial.

—De acuerdo, lo siento. Qué tengo que ver... —comenzó preguntándose mientras alzaba la mirada al frente. Al encontrarse con semejante panorama, las dudas le asaltaron—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Estaba así cuando llegasteis?

Garretti se dio la vuelta y negó con la cabeza.

—Sandy. Ha encontrado un bote sospechoso ahí dentro y, al parecer, también algo menos tangible, que ha provocado esto que ves.

Joel Ackerman seguía mirando fijamente los fragmentos de espejo salpicados por gotas de sangre que, ahora lo sabía, pertenecían a su único

amigo.

—Intentaré no perderle de vista —reflexionó como si hubiese dado con la única opción viable que existía.

—¿Qué tal con la casera? ¿Nada útil? —le preguntó Garretti encauzando la conversación.

—¿Eh? No, nada de provecho. Era un mal tipo con malas compañías y malos hábitos. Con esas pintas, no sé quién podría esperar otra cosa.

Ni el propio Joel prestó mucha atención a sus palabras, porque su mente ya trabajaba en otra cosa y a otro ritmo. El tipo de ritmo que requerían las cosas que tenían que ver con Sandy. Con él, nada podía hacerse a la ligera, pues el menor detalle pasado por alto podía significar un fracaso. Conocía a su camarada desde hacía ya más de diez años y, aunque de forma intermitente, habían pasado por mucho juntos, tanto en asuntos policiales como en los personales. De los primeros, las experiencias más atroces y sanguinarias, el tipo de cosas que unen a la gente a modo de cordón umbilical invisible e irrompible. Si Sandy había perdido la paciencia hasta el punto de estallar, algo muy feo se les había venido encima, y lo peor era que ni el propio Sandy lo había visto venir.

Mientras Joel y Garretti terminaban allí dentro, Sandy había estado esperando en el coche, apretando con fuerza el puño cerrado dentro del bolsillo de la chaqueta, esperando así cortar la hemorragia que sufría en silencio. Su móvil no había dejado de sonar y el nombre de Jane no había dejado de aparecer en la pantalla. Cada una de las veces que había llamado, él lo había dejado sonar. Lo que menos necesitaba en ese momento era hablar con ella; lo mejor que podía hacer por ella era ignorarla.

El aire acondicionado es ese elemento que jamás falta en un buen cine en pleno agosto ni tampoco, por ejemplo, en una oficina de correos. Y en este segundo lugar, sin importar la época del año. No solo por el ambiente «tipo refrigerador de supermercado» se caracterizaba la oficina de correos de Rockville. También estaba el «complejo de bibliotecaria» que allí se respiraba, lo cual quería decir que el silencio era algo que difícilmente podría romper alguien sin ganarse una lluvia de ceños fruncidos que casi dolía más que el aire congelado que entraba en los pulmones de los usuarios. Jane se bajaba y rebajaba las mangas de la rebeca, hasta el punto de dejar de tener un par de manos a simple vista para, en su lugar, mostrar dos dedos a modo de pinza, entre los que sujetaba el sobre que poco antes había recibido en casa. El diario de su hermano, como era lógico, no lo llevaba encima, pero sí que lo había llevado consigo en el coche. Desde que aquella reliquia había caído en sus manos, le había sido humanamente imposible alejarlo de ella. Era como si el dolor por la pérdida de Jeremy se redujera por el hecho de mantener aquellas páginas escritas por él cuanto más cerca mejor.

Solo había un par de personas en la oficina. Por desgracia, también eran dos los encargados de atenderlas, por lo que a Jane le tocaba esperar, con la mala suerte de acabar sentada justo bajo la rejilla del aire acondicionado. Apenas aguantó más de dos minutos antes de decidir esperar su turno en la línea azul dibujada (o desdibujada, para los realistas) en el suelo, que marcaba el límite del espacio entre quien estaba siendo atendido y quien deseaba estarlo pronto. Jane miró con ojo crítico a los dos empleados. Uno de ellos podría ser la persona que había sellado el sobre que tenía en su poder. Uno de ellos, quizás, tuviera respuestas. ¿Hasta qué punto estaría implicado? La necesidad de saber en qué manos había estado ese diario hasta el momento de caer en las suyas era superior a ella, a cualquier deseo que hubiese sentido en el último año. La certeza de que la vida de Jeremy no acabó tras los horribles acontecimientos de aquella noche, hacía casi una década, le provocó una incertidumbre voraz y peligrosa que poco a poco la iba separando del resto del mundo, convirtiéndola en alguien solitario. Alejando a quienes se

enfrentaban a debates internos y decisiones de dudosa moralidad, simple y llanamente, por protegerla. Pensar de esa forma en Sandy la hizo sentir cobarde, débil y de una sensiblería absurda. Quería dárseles de chica fuerte, resuelta y dura, pero la apariencia no era más que la coraza de la cobardía que le recorría las venas, que encontraba su vía de escape en la linterna que la acompañaba durante las largas noches en vela. Esa cobardía que requería un elaborado y costoso sistema de seguridad y mil y una precauciones para poder pegar ojo. Pero, siendo consecuente, no había sido su cobardía la que la había arrastrado hasta allí en busca de respuestas, no fue esa malnacida la que había plantado cara al señor Bosley o había mantenido el tipo ante una farsante como resultó ser la señorita Stefanovic. Había aún dignidad en su persona y conseguiría darle la vuelta a la tortilla a base de contundencia, seguiría caminando con paso decidido en cuanto aquel anciano dejara de intentar que le dieran a él un paquete que estaba a nombre de su vecino.

Diez minutos más tarde y varios «usted ha dicho» y «esto es indignante» más, el señor mayor desistió y salió de allí, no sin antes advertirle de que aquella «panda de inútiles» no le solucionaría una mierda. Jane adoptó una postura comprensiva hacia ambos bandos y, tras la despedida del anciano, se adelantó dejando atrás la dichosa línea y sonrió a quien tenía al frente, allanando así el terreno para lo que venía a continuación.

—Menuda paciencia os gastáis por aquí. Yo habría perdido los papeles a la primera de cambio —admiró el buen comportamiento que aquel chico de veintipocos había mostrado durante toda la batalla con el difícil señor.

—Créeme, hemos tenido mayores retos que este. Ese señor era un «oso amoroso» en comparación con otros que recuerdo sin mucho esfuerzo.

El contacto visual había funcionado y él le mantenía la mirada de buen grado; el cumplido inicial sentó las bases para una más que posible colaboración. Todo de manual.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarte? —se interesó el empleado.

Era el momento de empezar a medir cada palabra porque, si resultaba mínimamente sospechosa, se cerraría en banda a facilitarle cualquier información.

—Verás, esta mañana recibí esto. No sé qué día se franqueó porque a casa me llega el correo cada dos semanas más o menos. —Jane le tendió el sobre, empujándolo por el mostrador hasta dejarlo ante él—. Me desconcertó que no se indicara el remitente ni ningún tipo de información al respecto. Pensé que como el sobre y el sello son de la propia oficina, algún trabajador

habría cambiado el sobre original, porque estuviera deteriorado o algo por el estilo.

El contacto visual se rompió, ya que el chico bajó la mirada interesado en el sobre. Al menos parecía contar con toda su atención y disposición. Jane tragó saliva y continuó exponiendo su problema:

—Es importante para mí, por su contenido, saber quién me lo envía. Así que, si hubiese alguna posibilidad de que alguien de aquí recordara algo... —dejó sin terminar la frase temiendo estar divagando.

—Verás, no sería la primera vez que alguien viene porque no tiene mucho tiempo, ¿sabes? Aquí empaquetamos y sellamos los envíos directamente. Podría mirar en el ordenador la fecha en la que llegó aquí. Y quizás así saber quién de nosotros estaba ese día trabajando... —lo dejaba caer como si realizar esa tarea le resultara un gran trabajo o esperara algún tipo de compensación.

Jane esperó que con un «gracias, eres mi salvador», acompañado de una caidita de ojos, fuera suficiente pago.

El chico le sonrió satisfecho al sentirse el héroe del día y comenzó a teclear, al tiempo que le decía:

—Veamos si hay suerte. Dime tu nombre y apellido.

—Jane Clemens —dijo de carrerilla, como si a mayor velocidad sonara menos célebre.

Steve, según la información que proporcionaba la tarjetita de la camisa verde, en lugar de seguir tecleando, se detuvo por completo y alzó la vista de la pantalla. Jane dudaba que fuera por no haber entendido bien... Ojalá hubiese sido esa la razón.

—¡Dios, pues claro que sí! Clemens... Te vi en televisión, ¿sabes? Vaya..., te encuentro bastante bien para..., en fin, ya me entiendes.

«¿Para “ya me entiendes”? Pero ¿qué esperaba, encontrarse a una esquizofrénica traumatizada? ¿O tal vez a una diva con guardaespaldas?», se dijo molesta, y, mientras lo pensaba, su estudiada sonrisa se agrió hasta el punto de tener que disimular un pequeño acceso de tos para no evidenciar su desagrado.

—¡Qué flipe...! —añadió por lo bajo el funcionario—. Bueno, verás, no será necesario buscar nada. Tengo tu nombre muy reciente porque mi compañera me habló de ese sobre que tienes ahí, ¿sabes?

Jane empezaba a hartarse de sus «¿sabes?» y sus «verás» y quizás gran parte de la culpa la tuviera el comentario poco acertado que a Steve se le

había escapado. Por supuesto que no «sabía», por eso preguntaba.

—¿Y está esa compañera aquí?

—Vas a tener suerte. Está dentro. Verás, es un poco fría, así que no te preocupes si se muestra algo cortante: es así con todo el mundo —le advirtió como haciéndole un gran favor—. Puedes sentarte ahí detrás; iré a buscarla.

Jane recordó el frío helador bajando del techo en aquel sitio y rehusó el ofrecimiento rotundamente.

—No hace falta, esperaré aquí mismo.

Los ojos del chico la miraron con un desconcertado «como quieras», como si pasar muchas horas allí dentro les hiciera inmunes al frío extremo de las salidas del aire acondicionado. Luego desapareció por la trastienda, esquivando cajas de cartón apiladas de tal forma que haría poner el grito en el cielo a cualquier inspector de riesgos laborales.

No quedaba nadie en la oficina. El otro cliente había salido de allí en algún momento indeterminado de su conversación con Steve Sabes Verás. Y hasta la otra trabajadora había dejado su puesto. No quedaba un alma en aquella nevera para hacerle compañía.

Tras unos minutos, más de los deseados, Steve volvió acompañado de una mujer que apuraba los últimos sorbos de un vaso de plástico. En la otra mano llevaba una nota arrugada.

La mujer le dijo algo a su compañero y se separaron. Él volvió a su puesto y ella siguió avanzando hacia Jane.

—Soy Carla. ¿Hablamos fuera? Me quedan diez minutos de descanso y necesito un cigarrillo —acompañó su presentación con el ofrecimiento de la mano. Jane agradeció el gesto y que fuera directa al grano.

Salieron y caminaron unos metros alejándose del edificio. Anduvieron por la acera sin apenas romper el silencio. Se detuvieron junto al parque Roosevelt. La ironía de fumarse un cigarrillo junto a un área natural no se les escapó.

—Entre calada y calada, mejor respirar aire puro —se explicó sarcástica la empleada—. Bueno, vamos al lío.

Carla sacó de un bolsillo la hojita que momentos antes manoseaba intranquila, lo cual no encajaba del todo con su semblante despreocupado.

—Confío en que puedas arrojar algo de luz en todo este asunto.

Carla asintió alejándose el cigarro de los labios y expulsando después el humo.

—No me creerás, pero sabía que vendrías..., tanto como aquel día supe, nada más verla, que aquella mujer necesitaba de verdad que la ayudaran. Y también supe que más me valía no olvidar cada detalle de esa jodida mañana.

Jane aguantó el impulso de alentarla a seguir: aquel inicio prometía respuestas. Al menos ya sabía que buscaba a una chica.

Al no aportar nada más que una mirada suplicante, Carla se tomó su tiempo antes de continuar, buscando las palabras correctas:

—Llevaba ese libro pegado al pecho como si temiera que alguien se lo arrebatara. No entró en ningún momento, pero daba vueltas de un lado para otro, mirando siempre al interior de la oficina. No hay que ser un lince para reconocer a una sin techo y ella lo era, pero aun así quise saber a qué había venido. Lo único que necesitó decirme para contar con toda mi atención fue tu nombre.

Jane le devolvió un gesto inescrutable. Pensó que Carla era de todo menos fría y distante. Steve era un imbécil. Su confidente continuó:

—Yo no entendía todo lo que me decía, lo que atribuí a las drogas o a alguna de esas mierdas. Una de dos: o la chica iba puesta o todo lo contrario y era el mono lo que la hacía estar así. Llegué a entender que quería hacerte llegar ese libro, que era importante, que ya no podía seguir estando con ella. Casi me lo lanzó cuando notó que apenas pestañeaba. Salió corriendo y allí me quedé con el libro a los pies y alucinando. Pensé en llamar a la policía, pero ¿qué iba a decir? Puedes llamarme cobarde, pero en ese momento no quise meterme en problemas ni movidas. Si te hacía llegar el libro, estaría cumpliendo... y, una vez en tus manos, ya no sería problema mío.

—Pero aun así sabías que acabaría viniendo. Entiendes por qué lo he hecho, ¿verdad?

Carla asintió ofreciéndole la hoja que había vuelto a manosear durante su relato. Jane alargó la mano para cogerla y la desdobló mientras la empleada de correos le proporcionaba más detalles:

—Una vez en mi casa, en frío, fui consciente de que no sería suficiente con lo que había hecho. Así que anoté en esa hoja todo lo que recordaba de mi encuentro con esa mujer. Descripción física, forma de hablar, ropa... Todo está ahí. Mi intención era enviártelo de forma anónima, pero algo me ha hecho retrasarlo día tras día. Quizás fuera la necesidad de dártelo en persona y así poder disculparme por haber sido tan estúpida. No me han salido las cosas como quería.

—No te disculpes: ya está hecho. No hay nada que lamentar. No tenías ninguna obligación —la tranquilizó.

Jane se dio la vuelta para marcharse; ya no quedaba nada más que decir. Le agradeció lo que había hecho y se dispuso a regresar al coche.

—Espero que encuentres lo que buscas —le trasladó la otra antes de que la distancia la obligara a alzar la voz más de lo conveniente.

Jane se detuvo un segundo. Luego siguió caminando de espaldas a Carla. «Lo que buscas...»: ella también deseaba tener suerte, pero ¿qué era realmente? ¿Qué pretendía encontrar? Siempre era Jeremy el objetivo de sus pesquisas. No comprendía como podía ser tan importante conocer el nudo de aquella historia, teniendo tan fresco en la memoria su desenlace. Pero estaba cerca de averiguarlo. Tenía todo un diario con sus palabras para encontrar respuestas.

Algo se cocía, algo que empezaba a oler mal. Tanto, que Laurie intuía que se estaba quedando fuera, sin enterarse de nada. ¿Cómo había podido dejar que aquello le pasara ante las narices, sin meterlas en el asunto? Allí estaba, trabajando como ninguna, olvidando a Super(wo)man, porque ahora era simplemente Clark Kent: adiós a los héroes de acción, hola a las chicas buenas, de oficina y ordenador. Y lo de trabajar como ninguna era en el sentido más literal que existe, puesto que «ninguna» era la persona que estaba allí con ella. Ni Jane ni Liam se habían dignado avisar por lo menos. Lo peor era que Jane ya la tenía preocupada por el tema de Bosley. No podía creer que en aquel instante el padre de aquel cabrón estuviera metiendo las manos en el mecanismo interno de Rockville.

Por suerte para ella (o, mejor dicho, para sus dos compañeros) estaban en temporada baja y apenas tenían trabajo diario que requiriera atención inmediata. Siendo sincera consigo misma, el mal humor se debía a que no tenía nada importante a lo que dedicarse y nadie contestaba al teléfono. Triste pero cierto.

Estaba ese asunto importante, privado y secretísimo, en el que llevaba trabajando meses y meses, en los ratos libres, y a veces en horario laboral, cuando nadie le prestaba atención. Pero su labor respecto a esa cuestión ya estaba terminada y la pelota volaba hacia el otro campo, y a ella le tocaba esperar la recepción, Dios sabía cuándo, si es que le llegaba. Lo más sano para ella era olvidar ese proyecto personal.

Si Jane estuviera allí, le estaría recriminando que perdiera el tiempo visitando el blog de pacotilla de Crawford, remedio contra el aburrimiento al que había recurrido a los quince minutos de verse tan sola. No pasaba nada si durante un par de horitas se ponía al día con los mayores escándalos de Rockville. La vieja gloria del periodismo que aún vivía en ella recordaba cómo se hacían las cosas, cómo se conseguían respuestas a preguntas que nadie había formulado aún. Sabía adelantarse a los acontecimientos y, por encima de todo, aquella vieja gloria sabía cómo estar siempre en el lugar adecuado. Pero ¿dónde estaba esa vieja gloria ahora? Porque parecía ser la

única en todo Rockville que no se hallaba en el lugar adecuado. Allí, sentada ante el ordenador, se planteó cambiar el rumbo del día, el de la semana y hasta el del mes que estaba llevando.

¿Y si salía a buscar su yo interior? Nadie le impedía dar por finalizadas las tareas del día y no sería la primera vez que cerraban temprano. Y lo de la temporada baja, que se recordó una vez más.

Abrió de nuevo el navegador y entró en el blog de Crawford, en el que revisó los últimos avisos que el bloguero había interceptado de la policía y que situaban el centro de los cotilleos en el viejo barrio del Aserradero, donde se habían oído disparos a primera hora de la mañana. La policía llevaba ya un par de horas en un bloque de edificios bajos y las más recientes actualizaciones contabilizaban un muerto. Podría no ser nada del otro mundo: el Aserradero era la cuna de los yonquis y sus disputas darían para llenar por completo un telediario y hasta se quedarían sin tiempo para abordarlo todo. Lo extraño estaba en los testimonios recogidos. Crawford había sido el primero en llegar al lugar (para variar) y, completamente de incógnito, había hablado con varios testigos. Él ya estaba seguro de que aquello no era una simple guerra de bandas. Eso era suficiente para despertar el interés de Laurie. Se alejó del ordenador tapándose la cara con las manos, dudando si debía o no hacer lo que se disponía a intentar. Volvería a pisar aquella línea, con la intención de sobrepasarla. Una pizca de adrenalina se hizo notar en su corriente sanguínea y Laurie la sintió y disfrutó: antes siquiera de planteárselo, su mente ya había tomado una decisión. Dio una palmada para espabilarse y recuperó su posición ante el ordenador. Inició sesión con su perfil en el foro de aquella página y esperó. Apenas un par de minutos después, le saltó una ventana emergente invitándola a iniciar un chat privado con el usuario @CFGod. Inspiró hondo y pinchó en la ventana.

**@CFGod:** Pero ¿qué ven mis ojos? La valiente Laurie River vuelve a las andadas y ha elegido mi humilde rincón informativo para desempolvar su libretita y su boli con purpurina.

Acompañó el mensaje con un emoticono de una sonrisa sin igual. El usuario (CF como siglas de Crawford y God por creerse todo un dios de la comunicación) le envió de paso un zumbido, por si ella no había prestado atención a la conversación.

**@LaRiver:** Por favor, controla tu erección. Si quisiera volver a las andadas, saldría a la calle, no me sentaría ante el ordenador para entrar aquí.

**@CFGod:** Jajajá, me encantas, y lo peor es que lo sabes y lo utilizas en mi contra. Bueno, tú sigue a tu aire, pero ¿necesitas algo?

Laurie suspiró. La primera necesidad era mentalizarse: era el momento de dar el paso.

**@LaRiver:** ... Podría ser. ¿Qué me puedes contar del tiroteo de esta mañana? Algo que la policía no sepa..., pero que tu preciosa cabecita de pelo enmarañado haya descubierto...

Crawford tardó en contestar y, cuando lo hizo, empezó con un nuevo icono, un monigote que alzaba las cejas insinuante.

**@CFGod:** Venga, guapa, puedes negarlo, pero no engañarme. No me importa si quieres echar una canita al aire, por los viejos tiempos, yo encantado de prestarte mi sabiduría (información) y hasta mi geografía (cuerpo), pero quiero una cita contigo y un «por favor, oh maravilloso Crawford».

**@LaRiver:** A lo primero: ni lo sueñes. Y a lo segundo..., ¡ni lo sueñes! No te hagas de rogar y dime lo que necesito y quizás algún día te lo compense... No voy a decir más.

**@CFGod:** Tú sí que sabes cómo hacer negocios. Bien, te diré lo que quieres, pero solo porque yo no tengo ahora mismo tiempo para ocuparme. Atenta, que no pienso dártelo todo mascadito solo porque estés oxidada: «El chico de la sudadera verde». A ese debes buscar. Todos lo están buscando, pero solo unos pocos saben que esta mañana, al oírse los disparos, él estaba al otro lado de la calle observando, y luego salió corriendo como un condenado.

**@LaRiver:** Genial, un niñato con una sudadera verde, y no puede haber muchos (nótese la ironía que por aquí cuesta tanto evidenciar); tienes que ser un poco más concreto: te costará, pero confío en que seas capaz.

**@CFGod:** Pero qué encanto de mujer: para la ironía se inventaron los emoticonos... Bien, una y no más...: ese chico es un viejo conocido que malvivió por aquí hace una temporada y ha vuelto; trabaja para alguien, eso no lo dudo. Es un experto de guante blanco, ¿lo captas, princesa? Seguro que sabes dónde moverte para dar con él. Y ahora, si me disculpas, tengo a otras damiselas en apuros a las que atender, a no ser que...

**@LaRiver:** Oh, asqueroso, no quiero saber lo que se te está pasando por la cabeza... *Au revoir!*

**@CFGod:** ¡¡Espera!!, solo una cosa. Presta atención: ¿habías oído alguna vez algo sobre el «Hombre Ilusorio»? Las malas lenguas no dejan de repetir su nombre y,

en Rockville, eso solo significa que pronto habrá problemas. Cuidado si te cruzas con esas palabras: solo quítate de en medio, ¿entendido?

Laurie sintió un escalofrío al leer aquel sobrenombre. Cerró el navegador del todo y se dejó caer en el respaldo, resbalando ligeramente en el asiento de la silla. Se sorprendió sonriendo y con un leve temblor en las manos. ¿Qué era eso? ¿Emoción? No quería entrar en debates morales. Ahora solo podía pensar en lo que Crawford le había dicho del chico de la sudadera verde o, dicho de otra forma, de John Flannagan. Le recordaba perfectamente y, si Crawford daba por sentado que eran la misma persona, ella no lo dudaba. Desconocía cuándo lo habían soltado de la institución en la que estaba, pero pobre de él si nada más llegar había vuelto a mezclarse en asuntos turbios. Por suerte para ella, recordaba muy bien la zona por la que se movía y, gracias a los años pasados desmontando cada metro de aquel pobre distrito, se lo conocía al dedillo. Si esa sudadera verde se dejaba ver por algún rincón, la encontraría, y así esa reciente y viva necesidad de saber, de descubrir lo que se estaba tejiendo entre las sombras, quedaría saciada.

El plan era cobrarse algunos favores, echarle morro y esperar que con eso fuera suficiente para meterse en el ajo. Por suerte para él, Henry no era una persona que despertara desconfianza, al contrario: cualquiera que lo conociera daría fe de su credibilidad profesional. Esa era su mayor baza y, contando con ella, solo restaba sacarle todo lo que pudiera sobre Nancy Fray al primer colega que pillara por allí. Le molestó no haber encontrado a Sandy por ninguna parte y, como era costumbre en aquel desastre de persona, su móvil estaba en la casa, donde no estaba él. ¿En qué andaría metido?

Entró en comisaría con paso decidido, sin precipitarse: nadie le esperaba, pero no era conveniente que creyeran que no tenía un objetivo concreto. No era la primera vez que Henry se paseaba por allí como uno más. Más allá de haber sido su «casa profesional» en un pasado no tan lejano, había colaborado con ellos en casos importantes y nunca se había sentido un intruso.

Henry echó una ojeada al panorama. No había mucho movimiento por allí. Algo gordo debía de estar pasando, porque una gran parte del cuerpo estaba en la calle. Los presentes eran en su mayoría aquellos que no conocía, ya fuera lo suficiente, o nada por ser nuevas incorporaciones. Estaban enfrascados en conversaciones telefónicas de diferente índole, desde acaloradas discusiones con la penitenciaría hasta simples charlas informales con amigos o parientes. Visto lo visto, echó en falta incluso al pequeño misógino de Matt. Se habría conformado con él. «Ya se sabe: más vale cretino conocido...», pensó echando una ojeada a los archivos y luego a la puerta siempre abierta de los vestuarios, en su busca, pero no localizaba por lado alguno a su excompañero. Por suerte, tampoco se veían por allí a los gerifaltes del lugar, ni el jefe, ni la inspectora ni los agentes más aventajados, que le habrían preguntado directamente a quién buscaba sabiendo que no debería estar allí. Henry siguió paseando como ensimismado en sus pensamientos, de una esquina a otra, consultando de tanto en tanto su reloj. Un par de agentes ya le habían saludado y sonreído al cruzar las miradas. Nervioso, notándose ya observado, disimuló mirando por enésima vez el reloj, como si esperara a alguien.

No fue necesario aquel teatro durante mucho más tiempo, pues constató aliviado que, a fin de cuentas, allí estaban cada uno a lo suyo. Con más libertad de movimiento, se detuvo ante la mesa de recepción, desde donde pudo distinguir al agente Hicks, que salía del almacén trasero. Hicks era una persona que se había ganado a pulso su fama de huraño. Resultaba muy complicado entablar conversación con él, eso en un buen día; en uno malo era imposible intercambiar algo más allá del saludo de rigor. Sonsacarle información de un caso de homicidio vigente era como pedirle a Sandy que le cantara el cumpleaños feliz.

—¿Qué pasa con él? ¿No es una buena opción?

Henry se sobresaltó al sentir el peso de un cuerpo apoyándosele en el hombro. Aquella pregunta susurrada le crispó los nervios: no le gustaba que interrumpieran sus pensamientos.

—Joder, Matt, no te había visto —le dijo volviéndose al tiempo que le apartaba el brazo del hombro.

La sonrisa de Matt se ensanchó aún más al notarlo acelerado.

—¿Qué te trae por aquí? Venga, suéltalo; ese deambular tuyo cantaba demasiado.

Henry giró discretamente la cabeza para comprobar que nadie más los estaba escuchando. Esperaba no haber resultado tan evidente como le parecía a Matt, quien insistió:

—Vamos, hombre, ¿qué es lo que pasa? ¿Es que prefieres el asesoramiento de Hicks?

—Bueno, al no encontrarte pensé que él podría ayudarme, pero por suerte ya estás aquí.

Matt miró por encima del hombro de Henry hacia el fondo de la sala.

—Oh, oh, demasiado tarde. Has invocado a Hicks el no muerto, friki de *Star Wars* y fan de los puzles de dos mil piezas. Ya no hay posibilidad de recular. Vigila tu cerebro —le susurró colocándole una mano en el hombro. Luego se alejó entre carcajadas.

El mencionado llegó hasta él y llamó su atención carraspeando ligeramente.

—¡Hicks! —saludó alegre Henry volviéndose—, me alegra verte.

Hicks se subió las gafas con un movimiento ágil de muñeca.

—Supongo que esa alegría se debe a que necesitas algo de mí, y no tanto al mero hecho de verme...; por cierto, sí que se te ha notado ese intento de no llamar la atención pero buscándola.

—Oh, perdona, Hicks, es que no quería molestar. Pero hay un par de asuntos que me gustaría tratar contigo.

—¿Y cuáles son? —pareció insistir más para quitarse algo de encima que por interés.

Henry cerró los ojos, con un parpadeo que duró más de la cuenta y que le servía para hacerse a la idea de lo que tenía que hacer, para saltar al ruedo y averiguar todo lo que pudiera sobre aquella pobre mujer a cualquier precio.

—He empezado a trabajar en el caso de Nancy Fray, para sus familiares —improvisó—. Creen que hay algo feo en el asunto. Seguro que estás al tanto. Supongo que a estas alturas ya nadie seguirá pensando que ha sido un accidente, ¿me equivoco?

Henry le palmeó el hombro a Hicks en un alarde de confianza mientras caminaban hasta la mesa de este.

—No, claro que no. De hecho solo trabajamos con el homicidio como causa de la muerte, porque se trata de eso.

—Genial, entonces estamos en sintonía. Podemos ayudarnos, como ya hemos hecho tantas veces; estoy seguro de que pronto atraparemos a ese hi... malnacido —contuvo justo a tiempo su lengua, recordando que a Hicks no le agradaban las personas que abusaban de los insultos gratuitos. Para él, Ackerman era un ser competente y preparado para su puesto y con mano firme, pero de comportamiento vulgar y malhablado, mucho.

Hicks asintió para sí.

—Bueno... ¿Y habéis hablado ya con el equipo forense?

—¿Qué? Eh..., sí. El forense nos ha pasado esta mañana un informe preliminar. ¿Por qué? ¿Esperas encontrar algo concreto?

Henry se lo pensó dos veces antes de mover ficha.

—¿Ha destacado algo que llamara la atención, cualquier cosa que nos ponga en el buen camino?

Hicks desvió la mirada intentando recordar los detalles, pero se dio por vencido ofuscado y se levantó de la silla. No dijo nada, simplemente le dejó allí y desapareció por el pasillo del fondo que llevaba a los despachos.

Henry aprovechó para echarle una ojeada al resto de los compañeros. Se aplicaban a lo suyo como si nada, sin que pareciera que tuvieran algún interés en él, salvo Matt, que seguía paseándose por allí, como disfrutando de la jugarreta que le había hecho ofreciéndole en bandeja a Hicks como confidente.

Se hizo el silencio tras el golpe de las puertas al cerrarse. Henry se volvió para comprobar quién provocaba semejante efecto y descubrió no poco

sorprendido que acababa de llegar nada menos que la caballería andante. La puerta automática dio paso a Joel Ackerman, que venía custodiado por su segundo al cargo, Garretti, y, a pocos pasos, Sandy, el cual lo había localizado ya y expresaba su desconcierto con la misma contundencia que los ojos de Henry.

—¡Joder..., lo que faltaba! —farfulló lo suficientemente alto como para que, a su lado, uno de los pocos agentes que no conocía se diera la vuelta extrañado.

Sandy aprovechó que un par de agentes abordaban al jefe de policía para reunirse con su compañero de fatigas.

—Así que ya te han dicho que vamos a colaborar en este caso. Perdona por no haberte avisado antes, pero tengo la cabeza en otra parte. Es... complicado —le confesó en tono preocupado, casi se diría que más lúgubre de lo habitual en él.

—¿Colaboramos oficialmente? —se sorprendió sin poder ocultarlo lo más mínimo—. No he podido localizarte. Es pura casualidad que haya decidido venir. ¿Estamos hablando de Nancy Fray?

Henry comprendía ahora la actitud tan pasiva e incluso la buena voluntad de Hicks por compartir la información sin rechistar o desconfiar ni un ápice. Ellos ya estarían al tanto de que contaban de nuevo con sus dos investigadores privados habituales, por no decir los únicos decentes, que no resultaba tan digno.

—¿Qué Nancy? Oye, ¿te han contado ya de lo del tiroteo de esta mañana? —le interrogó. Saltaba a la vista que notaba a su compañero completamente descolocado. Henry no reaccionó como debía. El ceño fruncido le dio la respuesta que buscaba—. Lo tomaré como un «no». ¿De qué Nancy me hablas? —le preguntó a continuación con un tono que dejaba clara su opinión sobre la importancia de cualquier cosa que no fuese el tiroteo.

—Nancy Fray. La encontraron ayer. Al principio se pensó que era un accidente, pero nuestra pequeña aprendiz de detective, Kristen, habló con la hija de la víctima, su amiga, y de esa conversación sacó en claro que se trata de un asesinato, apoyándose en varios... enigmas presentes en la escena. Habló conmigo y por eso estoy aquí. Pero parece que algo en la autopsia confirma la teoría de la hija de la muerta.

—Dime, ¿había algún rododendro en la escena? No..., Joel o Garretti me lo habrían dicho —se respondió sobre la marcha, aumentando el ritmo al hablar.

—¿En qué piensas? —preguntó Henry.

—Intento comprobar, o más bien espero hacerlo, que ese asesinato no guarda relación con nada de lo que está pasando.

La pequeña reunión se vio alterada con la vuelta del agente Hicks, que, al hallar tanto ajeteo en torno a su mesa, miró en derredor, como si tuviera la opción de volver por donde había venido. Lo dio por imposible y se unió a la tertulia.

—Strunk, siempre es un placer contar con sus servicios. Supongo que se nos unirá en la lectura del análisis preliminar de la autopsia.

—Adelante —le instó Sandy visiblemente alterado.

—Se confirma la causa de muerte: traumatismo craneal severo. No se han hallado signos aparentes de violencia. Se golpeó la parte posterior de la cabeza con el borde de la bañera. También..., un segundo, por favor —Hicks pasó un par de hojas, buscando algo más que destacar entre tantos tecnicismos y nombres científicos—. Sí..., aquí: se han hallado restos de una toxina en la cavidad nasal proveniente de algún tipo de polen, aún sin identificar.

Todos los presentes escucharon el lamento quejumbroso que emitió Sandy al apretar con demasiada fuerza su puño herido y que llamó la atención en el acto. Todavía sangraba.

—Oh, Dios, Sandy, te sangra ese vendaje. ¿Qué te ha pasado? —fue Henry quien dio la voz de alarma.

—No podría encontrarme peor —murmuró él por lo bajo—. ¿Algo más, agente?

Hicks miró a Henry, como si esperase alguna reacción por su parte que explicara el comportamiento de Sandy.

—El doctor ha resaltado que la víctima llevaba una alianza. Es un hecho que no estaba casada y, según él, no hay decoloración ni marcas evidentes. Su hija no la había visto nunca. Así que es muy posible que la dejara su asesino.

Henry intervino, intentando desviar la atención que se empezaba a centrar en la figura encorvada de Sandy.

—Doy por sentado que ese detalle, junto con la lencería fina, constituyen un *modus operandi*. El ritual del asesino —aseveró Sandy apretando los dientes al hablar.

Hicks le miró, sorprendido por el grado de información que manejaba. Parecía coincidir con él en su hipótesis.

Sandy empezaba a tambalearse y a tragar saliva en exceso. Estaba sudando y todo le empezaba a dar calor.

—Lencería y un anillo..., claro que sí..., puto gilipollas. ¡Joder! —se desahogó entre imprecaciones, mostrándose cada vez más inquieto—. ¿Tienes..., tienes una fotografía del anillo? ¿Está aquí? Tengo que verlo — insistió de repente Sandy.

Hicks receló, pero enseguida supo que no tenía sentido resistirse. Su reticencia se debía al modo en que le miraba Sandy. El agente se había apartado ligeramente, intimidado por los sudores que le recorrían la frente y ese puño que cada vez sangraba más.

—Hay una foto... Pero ¿seguro que se encuentra bien? —acertó a decir retrocediendo.

Henry en cambio se acercó a su camarada y le agarró del brazo.

—Eh, Sandy, ¿qué pasa? Calma esos nervios, que estás asustando a todo el mundo con esa mirada de loco.

—No pasa nada, Henry. —Le apartó sin contemplaciones—. ¡Déjame ver ese puto anillo, Hicks! —exclamó alzando la voz demasiado.

La vista se le había empezado a nublar y estaba mareado y le ardía la cabeza. Todo a su alrededor se estaba desdibujando peligrosamente, pero aún tenía que ver la foto. Llegó hasta su campo de visión el informe que le tendía Hicks. Lo aferró y se lo acercó a la cara. Tanto que notó como las gotas de sudor de su frente caían en aquella fotografía impresa, sonando como auténticas bombas estallando. En la mano de la mujer muerta localizó el anillo. A su lado, en otra, se veía ampliado, ya libre de impedimentos. El informe empezó a temblar entre sus manos. Sandy notó que lo sujetaban, pero no distinguía quiénes. Era como una pesadilla que le comía el terreno a la realidad. Se había estado engañando, negando lo evidente. Finalmente le tocaba encarar el pasado, porque ese anillo, los rododendros, el bote del baño con aquel aroma almibarado..., todos esos elementos formaban un nombre en su mente, una imagen clara y dolorosa de aquella mujer a la que amó y que le fue arrebatada ante sus ojos. Gritó sin importarle quiénes le oyeran o lo que pensasen de él. Alzó la vista hacia la salida, en busca de algo de luz y aire fresco, y allí lo vio una vez más. Se maldijo. Joseph estaba apoyado sobre la mesa de recepción, sonriéndole. Nadie le prestaba atención salvo Sandy. Estaba a demasiada distancia de él y, aun así, al hablar, su rastrera y fría voz resonó en la cabeza del expolicía con total nitidez, aumentando la sensación de quemazón en las sienes.

—¿Lo ves? Te dije que había cosas más importantes por las que preocuparse. Ha llegado tu momento, Sandy, atrápale como hiciste con Tom.

Pero intenta que esta vez no haya daños colaterales.

—¡Cállate! —gritó sujetándose la cabeza para sorpresa de los que estaban junto a él.

Lanzó con todas sus fuerzas el informe en dirección adonde se imaginaba la figura de Joseph..., pero allí ya no había nadie. Sandy notó como se derrumbaba. Henry paró como pudo la caída. Cuando abrió de nuevo los ojos, era Joel quien estaba ante él. En los ojos del jefe de policía encontró esa comprensión que solo él podía brindarle. El corazón se le encogió un poco más, porque lo que estaba pasando era real. Joel le agarraba la cabeza repitiendo una y otra vez «tranquilo, campeón, tranquilo, campeón...».

Si dijera que esperaba seguir con vida tras esa noche, solo estaría mintiendo. Y no quiero eso en estas páginas. Aquí solo hay sitio para mi verdad, por muy dura que pueda ser. Tras poner a salvo a Jane, a mi hermanita, todo cuanto me sentía obligado a hacer mientras viviera acabó. Por eso me presenté allí con el único propósito de morir o, al menos, someterme al juicio de un loco, por muy irónico que suene. Cuando tomas decisiones equivocadas que no tienen retorno no queda más remedio que sufrir las consecuencias. Están los valientes que se aferran a la idea de que las buenas acciones podrán enmendar esos errores; yo, sin embargo, formo parte del grupo de los derrotados, esos que no se atreven a plantar cara, sino que simplemente dejan que las cosas ocurran. Por eso me dirigí al bosque, allí donde sabía que Tom me encontraría, hallando en aquella idea cierto consuelo, pues solo tenía que cerrar los ojos y, haciendo honor al grupo al que pertenezco, dejar que las cosas ocurrieran. Y Tom llegó dispuesto a todo: en sus ojos vi la determinación necesaria para concluirlo. Una muerte rápida y vacía, un disparo al corazón. Apuntó, gritó, rio a carcajadas, jugó conmigo y yo solo podía pensar en que tras esos horribles minutos llegaría el final. Fue entonces cuando despertó en mí otro tipo de cobardía. No era capaz de acabar allí. Prefería ser un fantasma de mi pasado, sin hogar y sin futuro, a sufrir el castigo que hasta ese momento creía merecer. Llovía y los relámpagos demonizaban cada rincón. Cada tronco caído, cada arbusto...; parecía envolvernos una capa siniestra de maldad en medio de la cual estábamos perdidos. Me arrastré a la oscuridad absoluta aprovechando un descuido. Corrí y corrí, abandonando allí mi última posesión, con la que había llevado a casa a mi hermana. Y con ello cortaba con mi pasado: ya no me quedaba nada. Seguí corriendo hasta dejar bien atrás el claro, a Tom y cualquier zona reconocible del bosque. Alcancé la carretera y continué corriendo hasta que sentí que detenían mi avance y salía disparado por los aires, que mi cabeza estaba donde debían estar los pies. Todo lo que sube, baja, y yo lo hice sobre el duro asfalto y de cabeza. No oí el motor de aquel coche ni vi sus luces. Solo supe que se iba tal y como había llegado, abandonándome como a un animal muerto.

Podría decir que Jeremy Clemens murió esa noche en la carretera, porque, al despertar, unos ojos me observaban atentamente, interrogándome desde detrás de una capa de suciedad, mugre y triste abandono. «¿Quién eres?», me preguntó ella. Esa pregunta me regaló el camino hacia mi nueva e inesperada verdad, porque descubrí que realmente sí que podía ser un fantasma sin hogar, sin pasado ni futuro. A ese fantasma le llamé Jerry. Ella me sonrió, me besó en la mejilla y luego me abrazó, diciéndome que todo estaba bien, que ella cuidaría de mí y yo de ella.

Jane reprimió lágrimas amargas, porque estaba leyendo el pesar de su hermano, la forma en que se despojó de todo lo que era. Cuánto habría dado por haber podido hablar con él una última vez, decirle que nadie le odiaba tanto como se odiaba a sí mismo, que todo podría haberse arreglado si hubiese vuelto a casa. Las ansias de seguir leyendo la poseían, pero la esperanza de encontrar en aquellas páginas los dos años de esa vida de la que nadie supo era al mismo tiempo su mayor temor: significaba el final de Jeremy.

Jane se sorbió la nariz, alejando malos pensamientos con un par de palmadas en los muslos. Dejó a un lado del sofá el diario y se levantó para echarse agua en la cara. Laurie le había dicho que por un día se podían permitir no abrir el local; estuvo de acuerdo, sobre todo porque su amiga pareció ansiosa y expectante por contar, con su aprobación, con un día libre. Cuando algo la mantenía así, Jane simplemente podía colaborar, puesto que en ocasiones, más de las deseadas, sentía que el trabajo en la revista le cortaba las alas. No le había contado nada del diario, aún, e insistía en ese concreto adverbio, porque estaba dispuesta a compartir con ella algo tan importante, tarde o temprano. A su tiempo.

El sonarse la nariz a modo de trompa no impidió, por suerte, que Jane advirtiera la melodía de su móvil. Se liberó de la momentánea congestión nasal y se dirigió a la cocina con una idea clara de quién podía ser o, más bien, de quién quería ella que fuera. Lamentablemente, el nombre que aparecía en la pantalla no era el deseado. No sabía en qué momento había empezado a preocuparle esa negativa de Sandy a devolverle las llamadas; admitía que deseaba escuchar su voz, aunque fuera para oírle soltar alguna de sus perlas deprimentes y carentes de humor. Se reprendió por estar haciendo esperar a Henry, que, en cierta medida, era lo más cerca que podía estar de Sandy en aquellas circunstancias.

—Hola, Henry, ¿ocurre algo? —intentó parecer lo más tranquila posible, pero tratándose de la sombra de Sandy, temía el motivo de esa llamada.

—Es muy largo de contar, Jane, y muy complicado por teléfono. Te pido simplemente que prestes atención y no hagas preguntas. Ya habrá ocasión para las explicaciones.

Jane, preocupada, se llevó la mano al cuello. Cuando alguien pedía no recibir preguntas, es que lo que iba a contar iba a suscitar miles de ellas.

—Claro, dime.

—Se trata de Sandy: yo... creo que podría venirle bien hablar contigo, que estés a su lado. Es algo grave, Jane; lo que está pasando le afecta. La

investigación actual ha resultado tener mucho que ver con su pasado. Se ha desplomado tras perder el control. Yo..., yo no sabía qué hacer.

La había cagado bien, hasta el fondo. Era hombre muerto. Ya podía correr todo lo que quisiera y esconderse en el agujero más hondo de Rockville, que los tipos como ese no dejaban cabos sueltos y en eso precisamente se había convertido John Flannagan, en un cabo suelto molesto e innecesario. Uno que debía desaparecer de la escena para evitar el riesgo de estropear la función. John respiraba entrecortadamente tras la carrera que se había pegado, huyendo de una esquina a otra. En ningún sitio se sentía mínimamente a salvo. Hubo un momento en el que pensó que con tal revuelo se habrían olvidado de él, pero no tardó ni un minuto en comprobar su error. Ese maldito matón le seguía la pista, ¡como para no verlo! Ese cabrón debía de medir cerca de dos metros y esa cabeza rapada se veía a kilómetros. Estaba seguro de que le había mandado rastrearle y acabar con él. Por eso no había parado hasta que los pulmones empezaron a arderle por el esfuerzo.

Con todo, se permitió descansar tras haber llegado a lo más alto de aquel edificio ruinoso, donde sabía que al menos tendría unos minutos de tranquilidad, hasta que decidiera qué hacer, adónde ir. Ya había visto lo que era capaz de hacer aquel lunático, si quienes debían ponerse a sus órdenes declinaban la oferta. Él ya se lo había visto venir, pero no fue hasta que la pistola le voló la tapa de los sesos a ese gorila cuando comprendió el peligro que corría; era el momento de independizarse de aquel tarado.

Hasta ese momento, había mantenido a John muy cerca, por su velocidad, sus dotes para birlar cosas y abrir cerraduras como si fuesen una lata de refresco. Al muy hijo de puta le fascinaban sus truquitos, «magia, realmente es como ver un espectáculo», susurraba cada vez que John le contaba cómo había entrado en tal sitio a robar documentos policiales para él, o veía como se deshacía de una cerradura complicada. John no solía interesarse por cómo era quien pagaba; solo hacía los encargos y luego desaparecía con la pasta, sin más aclaraciones, pera también sin excepciones. Matar no entraba en sus planes. Tuvo la certeza de que tarde o temprano le habría tocado a él matar o morir y, ante esa tesitura, hizo lo que mejor se le daba: salir pitando.

Comenzó a moverse una vez remitió el electrizante hormigueo que le atenazaba las piernas desde hacía una eternidad. Le llegó el olor de su propio sudor, que salía a vaharadas por el cuello de la sudadera. Le preocupaba que acabaran pillándole por culpa de esa prenda verde, que incluso había sido captada por cámaras, recordó. Era un peligro y una verdadera pena. Le había acompañado desde su huida del centro penitenciario, cuando la encontró en la basura. Como nueva, de su talla, y encima la mar de calentita, pero estaba ahora ya demasiado sucia y era como una diana. Se la quitó, molesto por perderla por aquel motivo. La arrojó a una esquina y luego la pisoteó irritado. Quiso gritar, patear las desvencijadas y carcomidas puertas de los pisos; romper las ventanas y derribarlo todo. Pero no debía llamar la atención si quería salir con vida de Rockville. Se sentó en el suelo, convencido de que si cerraba los ojos se quedaría dormido, allí, en el lugar que había sido su hogar, su escondite, donde había conocido a la preciosa Iris, una buena chica víctima de las putadas de la calle y de aquel cabrón que había matado a tanta gente, Tom o como quisiera que se llamara. Le daba punzadas el estómago y sentía sudores fríos por toda la espalda. Decidió dejarse ir, cerrar los ojos, y su mente semidormida comenzó a soñar. Necesitaba el descanso más de lo que imaginaba.

Estaba allí, con Iris, y se divertían figurándose los dueños de aquel viejo edificio exclusivo para ellos, sin tener que responder ante nadie. Y entonces Iris empezaba a hablar, pero de una forma que no asociaba al recuerdo de su amiga. La voz no encajaba y cada vez se sentía más molesto con aquella situación. Iris se iba alejando, pero aquella voz seguía allí, cada vez más nítida, más consistente. John se dio cuenta de su error, pues aún no estaba dormido y, por lo tanto, la voz que escuchaba debía de ser real; solo tenía que espabilar y abrir bien los ojos. «¡Ábrelos!, abre los ojos y sal cagando leches de aquí», se dijo ansioso, como si su cuerpo y su mente fueran dos elementos separados e independientes y que no conseguían sincronizarse.

¡Clac!

Un fuerte golpe en el suelo consiguió devolverle a la cruda realidad. Seguía tumbado justo al final de la escalera. Permaneció en silencio, atento a cualquier sonido, y de nuevo pudo oír la voz de la falsa Iris. No se había equivocado, era real. Había alguien allí, una mujer. Solo la oía a ella, por lo que, dedujo, debía de estar hablando por teléfono ¿Tal vez con aquel «Hombre Ilusorio»? ¿Sería esa «otra ayudante» para alguno de sus trucos? Podía escapar de allí sin más, aún no lo habían descubierto, lo cual debía de

significar que había llegado allí antes que él. Pero entonces pudo entender lo que la chica estaba diciendo y supo que debía hacer algo más antes de escapar. Se concentró en escuchar la conversación, poniéndose alerta:

—Sí, tranquilo, no ha sido nada, se me ha caído el bolso... No, te lo he dicho, aquí no hay nadie. He visto el precinto policial y cualquiera que se haya acercado lo habrá visto también... ¿Qué?... Por supuesto que no. He visto esa sudadera verde en las noticias, todo el mundo lo ha hecho. Hasta un niño podría reconocer a ese chico si se lo topara en la calle... Bueno, quizás, pero...

No le dejó tiempo a reaccionar a sus pasos, porque John cargó contra ella con todas sus fuerzas sorprendiéndola por la espalda. La chica soltó el teléfono y el contenido de su bolso se esparció por el asqueroso suelo enmoquetado. Cayó revoleada y aturdida. John aprovechó para pisotear repetidas veces el teléfono hasta destriparlo de forma irreversible. La miró a los ojos, más asustado que otra cosa, y extrajo del bolsillo del pantalón su pequeña navaja.

—¡Joder!, tranquilo, que no soy policía ni nada de eso y no quiero hacerte daño —se defendió ella, presa del pánico al distinguir el arma.

—¿Quién coño eres? ¿Cómo me has encontrado? ¿Trabajas para el Hombre Ilusorio? Arg... —John se agarró el estómago retorciéndose reconcentrado. La molestia de minutos antes era ahora un lacerante dolor. La chica lo miraba sin comprender que algo raro ocurría.

—¿Qué... qué te pasa...? Oye, me llamo Laurie. Estaba aquí antes de que tú aparecieras. —Laurie comenzó a levantarse, con las manos en alto en señal de sumisión.

John alzó de nuevo la cabeza para controlar su posición, todavía sujetándose el vientre, como si temiera que, de no hacerlo, las tripas se desprendieran de él.

—No te haré daño, pero no me sigas, ¿me oyes? Me largo, puedes decírselo a la poli o en las noticias, no me importa. Ese hijo de puta, el Hombre Ilusorio, está mal de la cabeza, un puto tarado. Tiene un plan, esto se va a ir a la mierda y yo no quiero... —se atragantó como si un reflujo constante le subiera— que esa, esa mierda me pille en medio. ¡Aléjate! —le advirtió al notarla más cerca.

Efectivamente, Laurie aprovechaba la aparente debilidad de su contrincante, pues le veía aturdido, enfermo. Debía quitarle el arma y así

poder controlar la situación. Tenía delante al chico que toda la ciudad andaba buscando. No dejaría que se le escapara sin respuestas.

John seguía apuntándole con la navaja, cada vez más pálido y encorvado.

—Vamos, John, porque te llamas así, ¿verdad? Te recuerdo. Yo también estuve implicada en lo de hace unos años. Ese cabrón de Tom Bosley también me jodió bastante. Ambos odiamos a cabrones como ese, ¿no es cierto? Eso lo tenemos en común.

—Por favor, cállate. Me voy a ir y... ¡aaahhh! Joder, mi estómago. ¿Qué me ha hecho ese cabrón?

John dejó caer la navaja, arrodillándose en el suelo. Se abrazaba fuertemente y había comenzado a llorar de puro dolor. Laurie reaccionó rápido. Se acercó y de una patada mandó a la otra punta de la habitación la navaja. John comenzó a gritar descontroladamente y se dejó caer en el suelo, en posición fetal. A Laurie la venció el pánico, estaba bloqueada. Las lágrimas le acudieron a los ojos, sorprendiéndola. Aquel chico estaba sufriendo de verdad, solo era un crío y no podía limitarse a verlo sufrir, fuera quien fuera.

—¡A la mierda...! —murmuró tirando por la borda todo lo que estimaba prudente y haciendo lo que le dictaba su instinto.

—John, John, tranquilo: estoy contigo, ¿vale? —Laurie se sentó a su lado y le agarró la mano con fuerza—. Escúchame, John: tienes que decirme qué te ha hecho, así quizás pueda ayudarte; ¿has comido algo?

John comenzó a tener espasmos. Una saliva espumosa y rosada le chorreaba por las comisuras de los labios. Sus ojos llenos de terror se clavaron en los de Laurie, suplicantes, comprendiendo que algo horrible estaba pasándole.

—Oh, Dios mío... —Le agarró la cabeza para evitar que se golpeará contra el suelo con violencia y se lo acercó al cuerpo, colocándose en el regazo—. Vamos, John, resiste. Tienes que ayudarnos a atraparlo. Solo tú puedes. Tienes que decirme quién es ese Hombre Ilusorio.

—Vete...; vie-ne a po-por mí y te matará. Disfruta matando...

John respiraba con mayor dificultad por momentos; las venas del cuello estaban hinchadas y resaltaban oscuras y palpitantes. El pobre infeliz le agarraba el brazo con fuerza, sin dejar de mirarla a los ojos suplicando un milagro.

—Oh, Dios, no puedo ayudarte si no sé qué te está pasando..., no sé qué hacer, lo siento —maldijo ella perdiendo los nervios.

—El hombre de los rododendros... dile... —farfulló entre arcadas. Vomitó sangre espesa y oscura que se escurrió por su camiseta y los pantalones de Laurie—. Ayúdame; no... qui... no quiero morir aquí —gimió como un niño asustado derramando las últimas lágrimas.

Laurie, incapaz de contenerse, comenzó a gritar pidiendo inútilmente ayuda. Su móvil estaba destrozado y no conseguiría llegar a tiempo con la ayuda necesaria. Lo único que podía hacer era estar a su lado hasta el final. Las lágrimas de ella le caían en la cara al muchacho, mientras sentía en las manos como la vida se le iba a él.

—Estoy contigo, no pienses en nada. —John tenía los ojos muy abiertos, con las pupilas dilatadas fijas en ella—. Oh, por favor..., aguanta...; lo siento, lo siento mucho —se disculpó, sabiendo que sus palabras eran en vano, pues ya era la única persona viva en aquella casa en ruinas.

Laurie cerró los ojos y lloró sin control, superada por la situación de ver morir a un muchacho entre sus brazos. Necesitó unos segundos, pero se armó de valor y, con suma delicadeza, le bajó los párpados y lo depositó lentamente en el suelo. En cuanto se sintió libre del peso, se alejó a rastras hasta la esquina más cercana. Allí se hizo un ovillo y se dejó llevar, desahogándose, dejando salir la rabia y la frustración. Acababa de presenciar impotente como moría entre espasmos ese chico de la sudadera verde, al que una vida llena de miserias había convertido en lo que era, en lo que había sido hasta el fin de sus días. Estaba convencida de que lo habían envenenado. Ese misterioso Hombre Ilusorio, la misma denominación que había empleado Crawford como advertencia... No podía creerse lo que estaba pasando en tan poco margen de tiempo, recordando que apenas una hora antes estaba sola frente al ordenador, intentando hacer algo de provecho aquel día, tratando de escapar de la monotonía. Lo único que la hacía sentir mejor era haber podido estar ahí para acompañar a John; no soportaba la idea de imaginarle sufriendo semejante dolor hasta morir en la más absoluta soledad.

«Venga, tengo que ir al coche a por el móvil de reserva y llamar a la policía y...» Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un inconfundible portazo, proveniente de los pisos inferiores. Se puso en pie de un salto intentando frenéticamente razonar. ¿Y si se trataba de ese Hombre Ilusorio? Tenía que esconderse; de hecho, daba igual quién fuera: lo mejor era no correr riesgos. Tenía que salir de allí sin ser vista y avisar a la policía una vez a salvo.

—¡Sé que estás aquí, pequeño cabronazo! ¿Te duele la tripita?

Laurie se quedó de piedra. John tenía razón: estaba muerta si ese hombre la encontraba.

Eran casi dos metros de altura lo que medía el tipo que subía las escaleras, seguro de lo que iba a encontrarse en el interior de aquel edificio. Quería dar con el cuerpo sin vida del mequetrefe para poder largarse de allí. Y si aún estaba vivo, retorciéndose de dolor, mucho mejor, pues su premio sería deshacerse de él por el método que más le gustaba, la fuerza bruta. Y disfrutaría del miedo en sus ojos: de eso se alimentaban los tipos como él. Empezaría buscando de arriba abajo, ya que ese mequetrefe tenía su pequeño cuartel general en el último piso y, aunque quizás no hubiese podido llegar tan alto, subir tantas escaleras de una sola vez le servía de calentamiento. En eso estaba ocupado cuando, al llegar al tercer rellano, la puerta abierta de uno de los apartamentos destacó sobremanera: en una esquina se distinguía, sin ningún género de dudas, la asquerosa sudadera verde del niño. Sucia y pisoteada. No debía de andar lejos pues. Iba dispuesto a entrar, pero justo entonces algo más captó su atención. Al fondo de aquel pasillo había... ¿un bolso? Eso parecía, un bolso de cuero marrón perfectamente colgado en la manilla de la ventana. ¿Era del niño? ¿Había tenido tiempo de hacer sus rollos de carterista? No le gustaban las sorpresas y mucho menos los sustos. Él era un hombre contundente en todos los sentidos. Así que, sin meditarlo, avanzó con paso decidido hasta allí. El bolso estaba muy nuevo. No podía pertenecer a nadie que soliera moverse por lugares como aquel. Lo descolgó y miró su contenido. Un par de paquetes de clínex, chicles, monedero vacío...: podía ser que después de todo no fuera nada del otro mundo. Y podría haber sido así sin más, pero no..., y él se dio cuenta de que algo no andaba bien. Enfurecido, escuchó con atención. No cabía el error: alguien estaba bajando a toda prisa las escaleras, sin dejar de prestar atención al ligero ruido que hacía, pues no dudaba de que la muy lista, seguramente la dueña del bolso, se había quitado los zapatos. Tiró el bolso y se precipitó escaleras abajo. Tendría que ocuparse de ese asuntillo antes que del cadáver del imbécil. Estando ya en el segundo piso, oyó con claridad la puerta de salida: le llevaba un poco de ventaja, pero no escaparía. Bajó de dos en dos, de tres en tres, y el último tramo lo hizo saltando por la barandilla. Al salir, la luz jugó en su contra, provocando que todo a su alrededor reluciera. Los ojos se le fueron acostumbrando mientras avanzaba por la acera. Con la mano a modo de visera, oteó a su alrededor. Buscando algo concreto: alguien asustado, acelerado. Como último recurso, alguien corriendo descalzo. Y... ¡bingo! Se creería la chica más lista del

lugar, pero él era siempre mejor que sus rivales y en este caso, su rival era la chica del cabello corto oscuro y una preciosa piel bronceada, que en ese momento se estaba calzando los zapatos apoyada en su coche. No dejaba de mirar alerta de un lado a otro, lo que confirmaba sus sospechas. La chica se puso en marcha. A él empezaba a apetecerle jugar, así que le daría algo de ventaja, solo por ser una chica y haber conseguido engañarle con aquel truquito del bolso. Una buena jugada.

Sandy perdió la consciencia con las palabras de su colega Joel resonándole en la cabeza. Y con aquellas mismas estaba volviendo en sí. Lo que le hacía pensar a su mente entumecida que no había pasado ni un solo minuto entre la pérdida y la recuperación.

—Tranquilo, campeón, tranquilo. Ya estás bien. No tengas prisa por volver, no vayas a caerte.

Las advertencias de Joel se debían a su fútil intento de incorporarse casi antes de abrir por completo los ojos. Si los hubiese abierto antes, habría comprendido su error, pues habría confirmado que ya no se hallaba en la sala principal de la comisaría y, desde luego, comprobado con mayor precisión que no estaba tumbado en el suelo. Ese hecho lo constató al sentir la mullida almohada que le recibió al desistir. Después de todo, puede que no llevara solo unos cuantos minutos alejado de la realidad.

—Tranquilízate tú, Joel. Estoy bien..., estoy bien... Bien, pero ¿dónde?

—¿Y dónde va a ser? En la enfermería, idiota. Te conozco lo suficiente como para saber que por un mareo me habrías matado si llego a pedir una ambulancia.

Sandy rio la gracia: resultaba curioso, pero totalmente cierto.

—Oh, oh, ¿te estás riendo? Déjame que compruebe que no sigues teniendo fiebre, porque eso tan extraño que le está pasando ahora a tu boca me preocupa... —Se le acercó y le dio un pellizco de abuela en la mejilla izquierda—. Ah, no, espera..., solo es una sonrisa. Nada serio. En unos minutos volverás a ser el de siempre.

Sandy le apartó con un torpe manotazo.

—No te burles de un enfermo.

—Me burlo de lo gruñón y resentido que es este enfermo cuando no está enfermo. Así, sí que vale —resolvió, volviendo a situarse a una prudente distancia, libre de manotazos imprevistos.

Sandy decidió que ya era momento de abrir bien los ojos y volver del todo al mundo. Reconoció la enfermería, parca pero suficiente en cuanto a

material médico. Seguía igual que cuando trabajaba allí. Por suerte, aquel rincón en concreto era de los que no había visitado a menudo.

Tras el reconocimiento, le asaltó la última pieza del rompecabezas, esa que aparecía sin previo aviso, para encajar a la perfección. Los ojos vidriosos de Giselle al recibir esa alianza le devolvían una mirada en forma de recuerdo. Resopló llevándose la mano a la frente, lamentando su patético espectáculo. No podía ser que el recuerdo de su prometida muerta aún siguiera provocándole un dolor tan reciente, fresco y vívido, como cuando la vio yerta. Joel alivió su carga, como adivinando sus pensamientos más oscuros.

—No te avergüences de lo que ha pasado antes ahí fuera, colega. Es, en gran parte, culpa de la fiebre que te ha debido de provocar la infección de esa herida del puño. Tendrías que haber dejado que la examinaran. Al menos esa es la teoría del enfermero que te ha suturado la mano y, de camino, te ha sacado sangre para analizarla y estar en condiciones de salir de dudas. ¿Desde cuándo no te haces una analítica, so irresponsable?

Sandy, incrédulo, alzó la mano en cuestión para comprobar el vendaje. Al cerrar el puño, notó la tirantez de la sutura en el dorso. Increíble: mientras dormía se había convertido en un conejillo de Indias.

—Bueno, supongo que debo agradecértelo. Me has ahorrado una visita al hospital —confirmó él.

—Esperemos que los del laboratorio no nos digan nada malo — reflexionó casi para sí mismo Joel, tras lo cual se aproximó más a la camilla.

Así que era fiebre lo que había sentido y padecido. Las llamas que le habían bailado entre las sienes no tenían el mismo origen que las que le bailaban en el corazón. Era un alivio saber que, de no haber sido por la fiebre, posiblemente habría afrontado con la mayor dignidad semejante descubrimiento. Pero el consuelo que encontraba no era suficiente como para equipararse al tremendo marrón que se le venía encima.

—Escucha, Sandy —empezó Joel adoptando un tono poco habitual en él y que solo podía preceder a temas delicados—, en esta hora larga que has estado fuera de combate, Henry y yo hemos ido atando cabos, cogiendo un poco de aquí y un poco de allá de estos últimos días... Se trata de ese cabrón, ¿verdad? Lo de Giselle y...

Se hizo el silencio entre ambos. Sandy volvió la cara hacia otro lado, luchando contra su propia rabia contenida.

—Esta vez le encontraremos —le aseguró Joel apoyando la mano en el brazo de Sandy.

—No va a ser fácil. Ha tenido mucho tiempo para preparar este duelo. Ha sido él quien ha decidido cuándo retarme y son sus condiciones. Puede que estemos en mi territorio, pero no soy yo el que tiene la sartén por el mango..., maldita sea —remató recurriendo como en tantas ocasiones a aquella expresión que ya formaba parte de él.

—Comenzaremos a trabajar en cuanto te tomes unos minutos. Ninguno de los que están bajo este techo, a mis órdenes, descansará hasta que hayamos librado a Rockville de ese hijo de puta.

«Muy poético el discurso, jefe, pero no es a mí a quien tienes que inspirar, sino a esa gente que está bajo tu mando», pensó admirando su esfuerzo. Joel se incorporó y, leyendo entre líneas, decidió dejarle unos minutos a solas para que el cerebro se le pusiera en marcha tras el breve y obligado descanso.

Sandy siguió con la mirada su salida y, en cuanto la puerta se cerró reafirmando su soledad, se levantó con cautela, con movimientos precisos y sutiles. Abandonó con gran alivio la posición horizontal y el sentido del equilibrio le recordó su maligna existencia, pues aún no estaba del todo preparado para responder correctamente. Volvió a sentarse en la camilla desorientado. Recobraba la consciencia de la peor forma posible: convencido de haber pasado más tiempo del deseado sin ella, tiempo que no le sobraba. En su cabeza podía apreciar el característico e insidioso «te lo dije» que le habría dedicado Joel al verle tan resuelto tratando de volver a la realidad de la verticalidad. Recordó entonces otro «te lo dije» que había imaginado oír, en esta ocasión, momentos antes de perder la consciencia. «El cadáver en descomposición de Joseph se había pasado por la comisaría, quizás para recordar viejos tiempos», se dijo quitándole hierro al asunto. Hallaba una peligrosa conexión entre las visiones de Joseph, tan frecuentes últimamente, y ese inminente análisis de sangre. ¿Se estaba volviendo loco o había algo mucho peor y real en su cabeza? Dejó de lado ese tipo de temores innecesarios de momento al verse importunado por el sonido de unos nudillos golpeando la puerta cerrada. No le apetecía jugar al cuento del lobo y los cabritillos. Optó por dejar su silencio a la interpretación de aquel que esperaba al otro lado. Debió de tomarlo como una invitación, pues a los pocos segundos la puerta dejó de aislar a Sandy del resto de la ajetreada comisaría. Al verla aparecer a ella creyó estar siendo víctima de una nueva alucinación, no porque fuera terrenalmente imposible que estuviera allí, sino por no comprender que ella, precisamente ella, quisiera verle.

No hubo sonrisas, ni tan siquiera un escueto «hola» por parte de él. Jane tampoco comenzó de aquella forma coloquial. Cerró la puerta y permaneció pegada a ella, contemplándole, observando lo que quedaba de Sandy Strunk.

—Te llamé. Te volví a llamar. También una vez más esta mañana. Pero tranquilo, ya me he acostumbrado a que ignoraras mis llamadas..., así que he hecho lo único que podía: venir a buscarte. Estaba preocupada. —Jane alzó la barbilla, sin miedo de encontrarse con su mirada, mientras le daba explicaciones.

—Me alegro de verte —le confesó él contrarrestando la acidez del comentario de bienvenida de Jane. A ella no le hizo gracia, pero solo estaba siendo sincero. Jane se cruzó de brazos.

—Oye, Jane, lamento no estar a la altura, para variar. Ya ves que va siendo demasiado evidente que no merece la pena esperar mucho de mí.

—Cuando te pones en ese plan, eres insoportable. Tras verte así, sigo preocupada —insistió ella.

—Ya..., lo siento. Pensé que debías ser tú la que decidiera cuándo hablar y, ahora que me doy cuenta, cuando lo hiciste te negué ese derecho rechazando tus llamadas. —Intentó que aquello sonara más que sincero, incluso a disculpa. Estaba por ver si había funcionado.

Jane avanzó con pasos lentos, dejando atrás la salida. Buena señal, pensó él, que no se atrevía a abandonar la seguridad estable de la camilla por miedo a presentarse delante de ella tan vulnerable como se sentiría si flaqueara y perdiera el equilibrio.

—He hablado con Henry ahí fuera. Él... me ha contado de qué va todo esto, lo que él cree. Me telefoneó: estaba como bloqueado por el impacto de verte así. —Se detuvo al encontrar un buen punto de apoyo en la encimera junto a un fregadero, todavía lejos de él—. Mientras esperaba ahí fuera, he recordado nuestra conversación en el bosque; ¿recuerdas aquel día? Me invitaste a improvisar un pícnic...

Sandy sonrió al evocar dicha excursión. El día en que conoció realmente a Jane Clemens y la admiró hasta el día en que estaban.

—¿Te refieres a ese día en que dejaste en evidencia mi forma física?

Encontró una sonrisa cómplice en el rostro de Jane, que abatió cualquier barrera de dignidad que él tuviera activada. Por ella habría abandonado esa zona de confort que constituía la camilla, todo por satisfacer esa repentina necesidad de acariciarle el pelo, percibir la suavidad de su perfume en la nuca..., contar con su perdón.

—El día que verdaderamente te conocí y me hablaste de ella te expusiste tal como eras. Sentí que depositabas en mí la confianza que yo necesitaba para dejarlo todo en tus manos. Y no me defraudaste.

—No en ese momento... —le recordó él haciendo un inciso derrotista, una cualidad que empezaba a explotar el nuevo Sandy.

Se instaló en ambos el recuerdo de la noche en que Jane descubrió lo que él le había ocultado sobre la autopsia de su hermano. Lo apartó, pues aún no sentía la necesidad de aclarar sus sentimientos sobre aquello.

—Sandy, mírate. —Señaló el puño vendado como imagen de su derrotado aspecto—. Tienes que ser fuerte y mantener la mente despierta, despierta. Esta vez no soy yo la que está en el punto de mira, esto no gira en torno a mí. Se te da de maravilla proteger a los demás, lo das todo y piensas que nada más importa. Pero cuando se trata de ti...; ahora eres tú, Sandy: esto va de tu pasado. Y ya estamos al tanto de la vena melodramática de esta pequeña ciudad. —Esta vez hubo un intercambio de roles y fue ella quien hizo sonreír a Sandy—. Has de estar a la altura, no por nadie: solo por ti. Debes salir de esta.

La conexión existente entre ambos, esa que nació aquel día en la escapada de las reflexiones y confesiones del pasado, volvía a latir con fuerza. Sandy estaba convencido de que jamás se perdonaría que Jane se viera afectada por su culpa. Era él, como ella había apuntado, el que estaba en el centro de todo, pero cualquiera que se mantuviera cerca corría el peligro de convertirse en un objetivo. Y así se lo transmitió:

—Tienes que alejarte. No hay motivo de peso alguno que compense el riesgo que supone estar cerca de mí en este momento...

Jane se apresuró a frenar aquella injusta confirmación acortando un poco la distancia entre ambos.

—No seas tan injusto contigo mismo. Eres un gran hombre, has salvado a tantos... No puedes cargar con la culpa de algo que escapaba a tus posibilidades.

—¿Hablas de Joseph?

—Hablo de Joseph, de Rebecca, de Giselle...; te culpas por ello cada día, me consta. El tiempo que dedicamos a conocernos me sirvió para darme cuenta de lo mucho que te limitan esas pérdidas. Han pasado años, pero no los has dejado marchar. Los retienes en tu cabeza para que te recuerden cada día que fue culpa tuya. Has detenido tu vida, como si el hecho de no haberlos salvado te hiciera indigno de seguir vivo..., y sencillamente te equivocas.

Olvidándose de todo, Sandy abandonó su punto de apoyo para encontrarse cara a cara con Jane. Ella se sorprendió al notarlo tan cerca. Sus dedos se rozaron y se repelieron como polos opuestos. Pero Sandy no se detuvo ahí; volvió a buscarle las manos y las estrechó entre las suyas. El silencio se adueñó de ellos. Sandy veía en Jane una templanza que jamás había conocido. Sus ojos, libres de la neblina de las lágrimas, le devolvían una mirada llena de fuerza y seguridad.

—Estas vivo, Sandy. Y has hecho mucho bien desde aquel desgraciado día.

—Cada una de las mañanas de estos días me he despertado esperando que sucediera algo por lo que mereciese la pena haber sobrevivido...

Jane liberó sus manos y, antes de alejarse, se puso una de ellas en el pecho. Creía en él. No había nada que aclarar entre ambos. Se alejó y, una vez en la puerta, de espaldas, sintió la necesidad de hacerle saber algo más.

—Sandy..., no todo fue culpa tuya. En lo nuestro... Tú solo... ten cuidado.

Y así lo haría, él estaba dispuesto a poner el cuidado preciso si ella cumplía su promesa implícita de mantenerse alejada. Ella se lo debía, haberle salvado la vida requería ahora que se quedara al margen del peligro que suponía acercarse. Cualquiera a su alrededor llevaba dibujada en la espalda la misma diana que él.

Si Joel aún fuese de esas personas que piensan que en momentos concretos uno puede bajar la guardia y fumarse un cigarrillo o dos, ese habría sido sin duda su momento concreto. Estaba apoyado en la mesa de recepción, atento a lo que sus chicos iban comentando y reservando algo de atención a la puerta de la enfermería, que se veía desde aquella posición. Empezaba a pensar que tardaban demasiado en dar señales de vida. Como en lo referente a Sandy y Jane la línea que separa el amor del odio era siempre tan fina como podía serlo la tira de un tanga en un club de alterne, llegó a la conclusión de que allí dentro lo mismo podía estar ocurriendo un auténtico huracán de gritos y reproches como una tierna reconciliación. Esperaba, por el bien de su amigo, que la realidad se acercara más a lo segundo. Bien sabía él que a Sandy le iba haciendo falta echar una canita al aire y seguro que su avinagrado carácter se suavizaba con Jane pululando a su alrededor con más frecuencia. Dejando las bromas aparte, estaba preocupado por la pareja. Tanto Sandy como Jane habían sufrido demasiado y merecían algo mucho mejor para sus días venideros que verse inmersos en otra mierda de semejante tamaño pero, por desgracia, la que tenían encima era una de campeonato. A Jane se le permitió formar parte activa en la investigación sobre su hermano en el pasado. Joel nunca vio con buenos ojos que una persona tan fuertemente implicada merodeara por la comisaría como si nada, pero fue algo necesario para avanzar; al fin y al cabo todo terminó sin mucho que lamentar para Jane. Había sido cosa de Sandy, que fue permisivo con ella, quizás por las grandes similitudes que había entre ese caso y el de su prometida. Entre Jane y Giselle. ¿Estaría sustituyendo a la una por la otra? No le tocaba a él meterse en ese terreno. Suficiente había hecho con dejarle leer el diario de Joseph para que superara de una vez esa muerte. Después ya habría tiempo de pensar en la ayuda que podía prestarle con otros traumas.

«Aviso de choque frontal en el Aserradero... Dos vehículos implicados. Parece que se trata de algo...»

Aquello le llegó como de refilón. Joel se volvió para ampliar la información que estaba recibiendo aquel agente que atendía la radio. El chico

se quedó observándole, sorprendido de haber captado su atención. Joel se vio obligado a tomar partido.

—No es relevante, O’Connell. Tratándose del Aserradero no es de extrañar. Mandaremos una pareja para que pongan orden. Si hay heridos, reclama una ambulancia.

El agente O’Connell, el famoso irlandés de la comisaría, alzó la mano haciéndole parar, como si lo que estuviese oyendo ahora pudiera hacerle cambiar por completo de opinión.

—Joder, jefe, varios testigos afirman haber visto como uno de los implicados sacaba a rastras a la conductora del otro vehículo y se la llevaba con violencia. Se ha dado a la fuga.

—Pero ¿qué puta mierda es...? —soltó lo que todos los que estaban escuchando pensaban en ese momento, pero solo Joel era capaz de expresarlo con semejante precisión escatológica.

—¿Estás diciendo que hay varios testigos que afirman haber presenciado un secuestro y que nadie ha movido un puto dedo por ayudar?

Sandy apareció junto a Joel, bien despierto y en plena disposición para ponerse al corriente.

O’Connell, aún al teléfono, expuso la triste realidad con convicción.

—Señor, ya lo ha dicho usted, hablamos del Aserradero, la gente allí está insensibilizada frente a este tipo de altercados. Temen por sus vidas y nadie se mete en problemas innecesarios. Tenemos una descripción del asaltante. Un hombre corpulento, rapado.

Ackerman encaró al recién llegado, esperando su veredicto.

Sandy se daba golpecitos en los labios, planteándose una verdad muy fea.

—John Flannagan robó dos expedientes. Y nosotros solo hemos encontrado a uno de esos exconvictos. ¿Qué hay del otro? Creo que podríamos estar ante un nuevo movimiento de nuestro hombre.

Joel asintió dando a entender que a eso mismo quería él llegar.

—¡Matt! —gritó a todas partes. El agente en cuestión se hizo notar desde su mesa. Joel siguió con la misma agresividad una vez localizado—. Te mandé buscar al otro criminal. ¿Fuiste a la casa...? ¿Algo?

Matt se puso en pie y lo primero que hizo fue pasarse una mano por el pelo engominado, repeinando el flequillo que intuía rebelde. Su imagen siempre era impecable en comisaría.

—Fui a última hora de la mañana, jefe. Ni rastro. Y por el panorama, tampoco parece que soliera parar mucho por allí. Imposible localizarlo: nadie

lo ha visto.

Sandy le agarró el brazo.

—Joel, no nos vendría mal contar con una descripción más detallada del secuestrador. Que dos de tus chicos vayan a la escena a investigar, a interrogar a todo el que pasara por allí. Sería de utilidad que imprimiéramos una foto del criminal para facilitar su reconocimiento, en caso de que la descripción coincidiera.

Jane no llegó a marcharse, hipnotizada como estaba junto a la puerta, siendo testigo mudo de lo que podía ocurrir en un abrir y cerrar de ojos. Ella estaba segura de que en cualquier momento alguien le diría que lo mejor era que se marchara, pero la idea de que hubiesen secuestrado a una pobre chica tras haber provocado un accidente fortuito le helaba la sangre. Le hacía darse cuenta de lo real de este nuevo peligro, del que nadie parecía estar a salvo. Trataban con un auténtico asesino al que no le importaba la víctima, solo sembrar el pánico.

En el instante en que Jane iba a encaminarse hacia la salida, las puertas se abrieron con violencia, dando paso a un chico en chándal que entró corriendo sin saber hacia dónde dirigirse exactamente, esgrimiendo un móvil. Irrumpió pidiendo a gritos la ayuda de un policía. Jane no pudo hacer más que apartarse de nuevo, incapaz al parecer de salir de allí.

El chico también consiguió llamar la atención del jefe.

—¡Por favor, tienen que ayudarme! Yo... lo he oído todo. Oh..., Dios mío, se lo advertí..., pero juro que no lo sabía...; ¡tienen que ayudarme, por favor! —Se llevó las manos a la cabeza, como si no fuera capaz de hablar con mayor coherencia y eso le frustrara aún más.

La única que reaccionó de forma inteligente fue Garretti, que se acercó a él y, con tono conciliador, le pidió que se tranquilizara, que respirara hondo y explicara sin atropellarse qué estaba pasando. Con las manos palmeaba los hombros del chico.

—Primero: ¿cómo te llamas?

—¿Yo? ¡No soy el que importa! —Pareció molestarle y sorprenderle que le preguntaran su nombre. Pero al notar la dureza en la mirada de Garretti, cedió amilánándose—: Bill, Bill Fay. Sí —confirmó.

—De acuerdo, Bill. Ahora, con calma, dime qué ha pasado.

Bill tragó saliva dispuesto a contarle de nuevo y que esta vez todos entendieran la urgencia.

—Estaba hablando con... una amiga cuando de pronto oí un golpe, algo gordo, y cristales rotos. Empecé a llamarla a gritos, pero parecía no oírme. Luego la oí gritar y decir que alguien se la estaba llevando, pedía auxilio, pero nadie le hacía caso. Oh, Dios, no he podido hacer nada por ella. —Se derrumbó y comenzó a gimotear arrugando toda la cara, sin duda reviviendo la escena que relataba.

Sandy y Joel intercambiaron una mirada severa. El jefe se acercó a Garretti y al nervioso Bill, al que la primera intentaba volver a serenar con delicadeza.

—Bill. Escúchame, Bill. Soy Ackerman, el jefe de policía. Es muy importante que nos ayudes a encontrar a tu amiga. Cualquier dato que puedas facilitar será de vital importancia. Dime cómo se llama la chica.

—Eh, sí, oh, joder, ella estaba saliendo de esa zona, estaba huyendo... —maldijo perdiendo el hilo, sus ojos parecían que veían algo lejos de allí.

—Bill, la chica. ¿Cómo se llama la chica?

—Laurie, Laurie River. ¡Ustedes la conocen!, estoy seguro. Ayúdenla, por favor. Tienen que encontrarla —suplicó agarrando a Joel por las muñecas.

Jane cerró los puños, apretando hasta clavarse las uñas. Por un instante, temió que esta vez fuera ella la que perdiera el control y cayera desvanecida al suelo.

—No... —fue lo único que se le oyó decir. Se mantuvo firme, apretando los dientes, haciendo un esfuerzo sobrehumano por reprimir en su interior todo lo que estaba sintiendo y que luchaba por irrumpir a gritos.

Henry tenía bien fresca la imagen de Laurie en la memoria. Solo habían pasado horas desde la última vez que habló con ella. Entonces se mostró como la Laurie de siempre, preocupándose por los demás con una vitalidad única, dispuesta a darlo todo por una buena causa... Los últimos acontecimientos ponían en jaque la seguridad de Sandy e incluso la de Jane, y Laurie no dejó ver en su determinación ni rastro del miedo, que habría sido del todo racional, ante la posibilidad de que ella misma pudiera correr algún riesgo. Y, sin embargo, allí estaban todos ahora, en la sala de reuniones, dando órdenes, intentando sacarle toda la información posible al tal Bill..., desplegando todos los medios de los que disponían para encontrar a Laurie River. El peligro finalmente la había alcanzado. Casi todos los que deambulaban con prisas de una mesa a otra la conocían en persona, sabían de su arrojo..., de su arriesgado y un tanto irresponsable proceder en multitud de ocasiones del pasado.

—Henry —Joel apareció a su lado—, te necesito despierto. —Le apretó el brazo al pasar a su lado mostrándose comprensivo.

Henry asintió, volviendo a la premura del presente, a lo que de verdad importaba. Acompañó con la mirada al jefe de policía esperando que pusiera orden en aquel caos; necesitaba notar que se hacían las cosas como era debido, estudiando cada mínima posibilidad de encontrar a la retenida.

—Muy bien, escuchadme todos. —Las voces fueron decreciendo hasta no pasar de simples murmullos—. Somos pocos, pero lo indispensable en situaciones como esta es organizarse de forma correcta. Tenemos la confirmación de que se ha cometido un secuestro y en nuestras manos está actuar desde el primer minuto, porque tratamos con alguien muy peligroso. Estamos en desventaja, pero eso no impedirá que lo demos todo por localizar y traer de vuelta a Laurie, a quien la mayoría de vosotros conocéis, sana y salva. Quiero que todos los presentes memoricéis esto, porque es una orden, el inapelable objetivo.

Joel era un experto en motivar a su equipo. Henry observó satisfecho la determinación en cada rostro y la confianza que mostraban en su líder le

reconfortó.

—Esas son las caras que quiero ver, chicos. Bien— recapituló echando mano de su pequeña libreta—. Matheson, Johnson, quiero que vayáis a la escena; Ramírez ya está de camino, así que uníos a él y averiguad todo lo que podáis de los vehículos. Buscad testigos, cámaras de vigilancia en la zona..., todo lo que pueda ayudar a saber algo más del accidente. Eh..., Hicks —Joel buscó entre los presentes hasta dar con el agente dado a pasar desapercibido—, tú encárgate de nuestro criminal: quiero toda la información que puedas sacar. Antecedentes, condenas, familia, propiedades, facturas..., quiero conocer qué le gusta, cuándo duerme y si prefiere comida italiana o china..., todo.

Matt salió como una bala de la sala de reuniones, Hicks hizo lo propio tras asentir evaluando mentalmente su cometido. Cuando aquellos que ya tenían asignada su tarea abandonaron la sala, Joel volvió la mirada a la pequeña libreta. A Henry le pareció que las manos tenían un ligero temblor, un detalle que no pasaba desapercibido y que le hizo preguntarse con quién estaban viéndoselas en realidad. En ese lapso de tiempo silencioso, Garretti irrumpió en la habitación. Volvía de la sala de interrogatorios, donde Sandy aún acompañaba a Bill Fay, que poco a poco iba superando el bloqueo inicial y hablaba con más soltura y coherencia. Al llegar junto al jefe, esperó su consentimiento para alzar la voz al grupo tras haber compartido con su superior la información que poseía. Joel le dio paso inclinando la cabeza.

—Bill Fay está prestando declaración en este momento. Dice haber hablado con la vícti..., con Laurie River —se corrigió al considerar raro en sus labios aquel término, tratándose de ella— en dos ocasiones. La primera mientras estaba en el antiguo edificio Greyfield, ese estupendo estercolero al que hemos tenido que acudir tantas veces. Según él, fue allí en busca de John Flannagan y por iniciativa propia. —Dejó que la duda envolviera esas últimas palabras.

Joel alzó la vista de sus notas al escuchar el nombre de su ladronzuelo de sudadera verde.

—¿Y cómo coño sabía ella que debía buscarle? Perdón —añadió al notar la cara de estupefacción de Garretti—. Quiero decir que no entiendo cómo ella pudo enterarse de la presencia de John Flannagan en Rockville y saber además dónde buscarle —reformuló.

Sam Bingum dio señales de vida, alzándose de su asiento con esfuerzo y atrayendo así la atención del resto. De hecho, el veterano del cuerpo era el

único que hacía uso de las sillas de la habitación en ese momento.

—Jefe, esta mañana fuimos a hacer la ronda por allí, subimos hasta la última planta y no encontramos una mierda, ni rastro de ese niño ni de cualquier otro. Puse el precinto como un auténtico laberinto en la puerta antes de irnos. Si había decidido esconderse bien, no tenía mucho sentido que entrara al verlo, ¿no?

Henry pensó que, precisamente, el hecho de toparse con un precinto da bastante seguridad a quien pretende entrar a esconderse en algún sitio. Uno no suele buscar dos veces en el mismo sitio.

Garretti llamó de nuevo la atención del jefe. Obviamente, ella disponía de algunas cosas que el resto ignoraban por el momento, y la información le quemaba en las manos.

—Jefe, los medios digitales se hicieron eco del robo en los almacenes. En pocas horas ya se había filtrado la noticia de que John Flannagan, antiguo conocido de esta ciudad, se había escapado de la institución en la que cumplía condena. Conociendo la naturaleza despierta y curiosa de Laurie, no le sería muy complicado atar cabos. Bill ha dicho que ella estaba convencida de la conexión entre este chico y el tiroteo de esta mañana y, por descarte, con el robo en los almacenes. En los medios digitales, el llamado «Hombre Ilusorio» acapara todas las portadas. Se comenta de él en foros y todos los criminales de poca monta hablan de haber sido contactados por él. Algunos han llamado y están dispuestos a colaborar con nosotros.

Joel pareció reaccionar ante la mención de aquel apodo enigmático. Que tuvieran un nombre al que ya hubiese quienes temieran no era un buen presagio. Henry tomó la palabra abriéndose camino hasta Garretti.

—Seguro que Laurie pretendía ayudar, a su manera, intentando arrojar algo de luz sobre la figura de ese hombre misterioso.

Garretti asintió antes de seguir con lo que estaba diciendo.

—Bill ha contado que la llamada que hizo desde allí se cortó de forma brusca. Cuando ella se puso en contacto de nuevo minutos después, ya estaba en el coche y... apenas le dio tiempo a explicar lo que le había pasado, pero parecía muy alterada.

A pesar de no dudar de las intenciones de Laurie, Henry no pensaba aceptar tan fácilmente que de buenas a primeras hubiese despertado en ella el recuerdo de su pasado oficio y se echara a la calle a jugar a la reportera intrépida. Tuvo que pasar algo para que ella decidiera actuar de esa forma por su cuenta. Quizás alguien le brindara esa información y alentara su «vuelta».

—Sam, llégate de nuevo al edificio Greyfield y averigua qué encontró Laurie allí.

—Voy con él —se acopló Garretti, intrigada por aquello que hubo de poner fin a la llamada telefónica entre Laurie y ese Bill.

—Vale. El resto permaneced atentos a los avisos y abrid bien los ojos y los oídos, pronto tendremos una descripción del coche en el que se dio a la fuga. Necesito lo mejor de vosotros. En marcha.

Puso fin a la ronda informativa dando unas palmadas para incitar a su equipo a volver a sus puestos. Todos salieron de allí menos Henry, que esperó a quedar a solas con Joel. El jefe aún revisaba sus notas apoyado en la mesa.

—Oye, Joel, ¿qué sabemos de Bill Fay? ¿Alguien ha comprobado su historia? No dudo que esté preocupado por Laurie, pues algo así es difícil de fingir, pero hay algo en él que no encaja. He podido preguntarle a Jane sobre ese tipo y dice que Laurie nunca mencionó a ningún Bill...

Joel pareció sonreír ante la desconfianza de Henry. Él era, con total seguridad, el único que de verdad lamentó la dimisión de Henry para seguir a su mentor hacia nuevos proyectos. Durante el poco tiempo que compartió con el entonces agente novato disfrutó de su metodología y su forma de pensar. Tenía la sensación de que Henry se conformaba con vivir a la sombra del gran Sandy Strunk, pero en él había abundante potencial desaprovechado. Y todo a pesar de lo mucho que disfrutaba chinchándole, fingiendo no recordar su nombre o dándole todo tipo de apodosos de lo más curiosos.

—Doy por hecho que hago bien dejando en tus manos esa tarea. Averigua si Bill Fay es trigo limpio.

Joel y Henry abandonaron juntos la sala, pasando ante la de interrogatorios, que estaba sirviendo en esos momentos para conocer más detalles del secuestro de Laurie. Si le hubiesen preguntado, Bill habría admitido sentirse intimidado por la tosca agresividad de Sandy, que desde tiempo atrás había aprendido a no andarse por las ramas, dejando para el resto de los mortales ese bien tanpreciado llamado delicadeza. Bill estaba arrinconado, física y figuradamente, en aquella habitación de proporciones tan limitadas que al menos permanecía con la puerta abierta. Menos mal que Sandy había insinuado que no debía asustarse, pues aquello era una toma de declaración, no un interrogatorio. Por difícil que le resultara creerlo, no se le estaba acusando de nada.

—Bill, tú ves mi cara, ¿verdad? ¿Notas como se hincha esta vena en el cuello? —Sandy se señaló la tensión que hacía palpar su garganta—. Verás,

esa es una de las señales de la ira y significa que me estás tocando las pelotas, y si me sigues jodiendo vas a hacer que pierda los pocos papeles que me quedan. Así que deja de soltar mentiras.

Bill se sorprendió por aquella amenaza sin miramientos. Si hubiese podido retroceder, lo habría hecho encantado.

—No estoy mintiendo... Y usted no puede hablarme así, es policía y yo no soy culpable de nada, ¡he venido a ayudar! Santo cielo...

Sandy sonrió de tal forma que consiguió que Bill se apretara contra la pared a su espalda, lo que ya parecía imposible, casi incrustando la silla en el muro.

—Bill... —comenzó con un deje impávido en la voz—, yo puedo hacer lo que me dé la gana, ¿sabes?; ya no soy policía, pero tengo un permiso especial y aquí con nosotros, como ves, no hay nadie.

Bill tragó saliva sonoramente como un dibujo animado. Casi podía verse una bola de temores bajando por su garganta.

—Ahora dime, ¿por qué llamarte a ti? ¿Por qué no a la policía o a algún otro amigo cercano? Explícame de una vez qué tipo de relación te une a Laurie River.

—Ya se lo he dicho: solo somos viejos amigos de profesión. Yo... necesito un momento. ¿Podría traerme un poco de agua?

Por un instante, Bill temió que fuera a comerse literalmente la mesa del porrazo que temía llevarse. Pero el semblante de Sandy pareció calmarse y con un humor de perros, eso sí, decidió salir a buscar un vaso de agua, quizás por miedo a agarrarle por el cuello y sacarle la verdad a gritos. «No, no debo..., no estaría bien visto. Ahora esta no es mi casa y fuera de casa los perros deben ir con correa», se dijo para terminar de convencerse de que necesitaba alejarse unos minutos de Bill.

Al salir, se topó con Jane, que seguía estando allí, destrozada por la certeza de que su gran amiga volvía a estar en manos de un peligroso criminal. Para ambos era una situación que pensaban no volver a vivir jamás. Se detuvo al verla, porque enseguida tuvo el pálpito de que algo estaba a punto de suceder.

—Sandy, yo quería... ¿Quién es ese tipo, Sandy?; dime quién es y una buena explicación de por qué Laurie no me ha hablado nunca de él. Dame una buena razón para que deje de pensar que ese tipo está jugando con todos vosotros y que sabe algo que no dice..., por favor, dime que me equivoco.

La esperanza instalada en sus ojos no encontró respuesta en los de Sandy, cansados por la sensación de no avanzar con el dichoso Bill. Guardó un silencio significativo. Saber que Sandy tampoco confiaba en la palabra de ese tipo la preocupaba todavía más.

—Voy a por un vaso de agua. Tú deberías irte a casa y esperar noticias: aquí no puedes hacer nada, Jane. Eres consciente.

Jane no respondió y le mantuvo la mirada hasta que Sandy siguió su camino a la sala de reuniones en busca de agua o acaso de alguna otra bebida más vigorizante y oscura para él.

Jane se quedó allí sola, a pocos metros del que aseguraba ser amigo de Laurie, la persona en la que supuestamente había confiado antes que en ninguna otra. ¿Cómo podía ser cierto? ¿Por qué le ocultaría la existencia de ese tal Bill? Era de locos pensar que Laurie era la presa del mayor peligro al que se había enfrentado Sandy en su vida. Fue en ese instante cuando volvió a su mente confusa la conversación que había sostenido con ella horas antes. Laurie había insistido en cerrar temprano. Fue en ese instante cuando Jane percibió la excitación que caracterizaba a su amiga, esa que desprendía cuando se traía algo entre manos, algo que deseaba hacer. Hacía mucho que no notaba tanta efusividad ¿Cómo no se dio cuenta antes? Ahora tenía a Bill a solo tres pasos. A Sandy podría mentirle a la cara, pero no sería tan sencillo mentirle a ella, que pasaba todos y cada uno de sus días en compañía de Laurie. Jane no aceptaría ni una sola mentira. Echó una ojeada a su alrededor antes de acceder a la sala y, sin darle tiempo a reaccionar, cerró la puerta y se instaló en el asiento momentos antes ocupado por Sandy.

Bill, atónito, comenzó a balbucear, quizás oliéndose sus intenciones. La reconoció sin ningún género de dudas.

—Oye, antes de que digas nada..., yo no sé dónde está Laurie, créeme, estoy tan preocupado por ella como tú.

Jane le respondió con un gesto de incredulidad.

—Ni te atrevas a compararte conmigo. Hemos sufrido mucho juntas. En cambio, de ti no sé nada, lo cual da que pensar, ¿sabes? Me pregunto ¿de dónde habrá salido este tío que dice ser tan amigo de Laurie? Bill..., ¿te llamas así de verdad? No entiendo cómo es posible que esa a la que calificas de amiga en común te llamara a ti. No a la policía, no a Sandy o a Henry, ni tan siquiera a mí. Estaba metida en un buen lío y recurrió a ti... según tu versión... ¿De dónde has salido, Bill?

Bill, con los ojos como platos, se sintió más hostigado por quien tenía ahora delante que por su anterior interrogador. Casi prefería que Sandy volviera pronto con su vaso de agua y su clásica mala leche.

—Nada de lo que yo pueda decir salvará a Laurie, ¿es que no lo entendéis? Yo no he tenido nada que ver en esto. No importa quién sea —se defendió con voz trémula—. Tengo que salir de aquí.

Jane se levantó colérica, dispuesta a insistir en su pregunta, aunque para conseguirlo tuviera que emplear una mayor contundencia.

El pomo de la puerta giró desinflando su valentía como un globo sin nudo que se escapa de las manos.

—Jane. —Era Henry, manteniendo su habitual y distante cordialidad.

Bill respiró aliviado; no le importaba quien fuera, solo que hubiese alguien más allí presente. Henry dejó la puerta abierta, como estaba en un principio. Esperó bajo el marco, abriendo el paso para que Jane saliera ante él. Cuando la tuvo a su lado, le susurró que se calmara y les dejara trabajar a ellos. Uno más que insistía en lo poco útil que era Jane en aquellas circunstancias.

—Te he visto entrar y he dejado que le plantearas algunas preguntas. Pero esto es cosa nuestra.

Henry observó como Jane se volvía, comprensiva pero descompuesta por dentro. Se acomodó de nuevo junto a la puerta, nerviosa. Para nada dispuesta a marcharse mientras no supiera a Laurie a salvo. Él miró al interior de la sala, encontrándose con un Bill que por momentos parecía más sereno y estable, a salvo de la locura de esa amiga desesperada. Nada que ver con el que había entrado a voz en grito hecho un flan minutos atrás. Mejor para él encontrarlo en esas condiciones: Henry disfrutaría de su turno. Se sentó ocupando la ya oficialmente silla del interrogador, concentrando su atención en quien tenía delante. Bill parecía el típico aspirante a surfista pero quince años después de fracasar, dado su atuendo, con esa camisa hawaiana y el pelo oxigenado que le sentaba bien a cualquier quinceañero deportista, pero no a él.

—He estado curioseando... y ¿sabes cuántos Bill Fay existen en los Estados Unidos? Hay unos pocos, no creas, pero la gracia está en que tú no eres ninguno de ellos, por desgracia para ti —resolvió con falsa condescendencia—. Así que...

Bill se levantó de la silla exaltado, alzando las manos.

—Un momento, no es lo que piensas...

Henry se puso en pie también en el acto y se desplazó hasta la puerta para cerrarla y continuar. Y habría seguido por ese camino que tan interesante estaba resultando, pero el barullo que se despertó en la sala central le hizo cambiar de opinión. Reconoció la urgencia en los gritos de uno de los agentes que llamaba con insistencia a Ackerman. Sandy volvía ya con un par de vasos de agua y sus miradas se cruzaron. Al notar el alboroto, miró fijamente a Henry y, tras dejar el agua sobre la mesa, frente a Bill, le siguió hacia el origen de aquellos gritos, cuidándose de cerrar la puerta antes.

También quiso acercarse Jane, quien siendo consecuente ya tendría que haberse marchado y, de hecho, estaba segura de que de haber sido cualquier otra persona la habrían invitado a salir de allí mucho antes. Sin embargo, dado que no era capaz de hacer nada por ayudar, dejaría que los profesionales lo hicieran: se limitaría a observar y prestar atención desde la esquina en la que había permanecido. El resto, incluido Ackerman, se aglutinaba frente la mesa del agente Perkins, que atendía al teléfono. Incluso ella sabía que algo estaba ocurriendo.

—Joel, ¿de qué se trata? —preguntó Sandy moderando su tono para ocultar el pánico que le ganaba la boca del estómago. Últimamente le costaba controlar sus temores. Joel encaró a Sandy.

—Hemos detectado una intrusión en nuestra red. Han sustituido el dominio y es imposible acceder a la web de la policía. Aparece un mensaje en pantalla... ¿Crees que todo guarda relación?

Sandy echó una ojeada a la pantalla, acercándose tanto que en su cara se reflejaba la luz blanquecina de la imagen en ella, que le daba un aire más cansado y enfermizo de lo que ya de por sí tenía. No pintaba nada bien. Quizás solo fuera una maniobra de distracción. Jane, lívida como un fantasma, apareció tras el grupo. Lo había oído. Temía aquello que ahora estaba leyendo Sandy, ese mensaje. Con sus propias teorías sobre lo que había dejado sin expresión alguna a Sandy.

Nada ni nadie parecía capaz de interponerse entre ella y aquella pantalla. Nadie, salvo Sandy, que logró sujetarla a tiempo y alejarla del campo de visión. Como era de esperar, Jane no tardó en responder con violencia.

—Suéltame, Sandy, ¿qué pone en esa pantalla? ¡Déjame!, tenemos que encontrarla..., por favor —forcejeó con él para librarse de sus brazos, inútilmente.

—Jane, para, hazme ese favor. La traeré de vuelta, te lo juro —la calmó en un susurro, fundidos en un extraño abrazo forzado que tenía algo de llave de

judo.

Notó como ella iba perdiendo la fuerza necesaria para oponer resistencia. Cuando Sandy se volvió de nuevo, nadie hizo comentario alguno al respecto aunque, a juzgar por más de una cara, no era descabellado pensar que pocos allí aprobaban la presencia de Jane en medio de un lío como aquel.

—¡Señor, tenemos algo! —Hicks, ahora al teléfono, era quien reclamaba a su vez la atención a gritos. Y ya era sabido que no la pediría por poca cosa.

Aprovechando este cambio, Henry quiso comprobar con sus propios ojos lo que cualquiera con acceso a internet podría contemplar en esos momentos al visitar la web de la policía de Rockville. No era un mensaje con texto al uso, como cabría esperar. Se trataba de un fotomontaje en el que había varios elementos demasiado significativos como para no considerarlo una amenaza. Se trataba de un rododendro ensangrentado, enmarcado junto a una breve cita: «La sangre correrá por el río y bañará los rododendros de su pecho desnudo, inerte».

Esa pequeña parte del cerebro, encargada de diferenciar lo real de lo onírico, se le antojo defectuosa en su cabeza. Se descubrió reprimiendo el impulso de gritar rompiéndose la garganta, hasta perder el aliento. Henry sufrió un dolor inimaginable en el pecho. El aire de la estancia se le antojaba insuficiente. Halló en lo más profundo de su ser la certeza de que no iban a ser capaces de hacer nada por salvarla a tiempo.

Laurie se apellidaba River, «río» en inglés. El rododendro había aparecido en los cadáveres que el asesino había ido dejando a su paso: era una sentencia de muerte.

—Tenemos que encontrarla... ¡y tiene que ser ya! Vamos, quiero a alguien que contrarreste ese pirateo de la web —Joel Ackerman hizo aquel llamamiento desgañitado y haciendo un barrido a su alrededor—. ¿Nadie? ¿Quién coño es nuestro experto en informática?

Hicks alzó la mano tímidamente en respuesta a la agresiva pregunta del jefe.

—Podría intentar rastrear la IP desde la que han accedido a nuestra red, en el caso de que no se hayan tomado muchas molestias por ocultarse. Si se trata de algún profesional, no podré hacer gran cosa. No por mi culpa, señor, sino que por desgracia no tenemos precisamente lo último en tecnología.

Joel se acercó a él y lo guio por los hombros hasta su mesa de trabajo.

—Bien, pues ponte ahora mismo a comprobar si nos enfrentamos a un gilipollas descerebrado o a un tipo con dos dedos de frente; yo los cruzo para que se trate de lo primero —le dijo sin apartarle las manos de los hombros una vez que se hubo sentado.

Hicks respondió a las mil maravillas a la presión que ejercía su jefe. Sus dedos comenzaron a teclear a una velocidad pasmosa, abriendo ventanas llenas de códigos. Casi podía sentir el aliento de Joel en el cogote, algo que no le deseaba a nadie y menos a aquel del que dependiera la vida de una chica inocente.

—Parece que no es tan complicado como se podía esperar. Es extraño, pero no parece una tarea imposible —se congratuló respirando aliviado.

Joel se permitió albergar una mínima esperanza.

—Sigue con ello. Avisa cuando tengas algo —le dijo dejándole, ahora sí, espacio para trabajar menos presionado.

Cuando tocaba tomar el control de aquella forma, Joel siempre intentaba parecer y actuar el doble de lo confiado que se sintiera. En esta ocasión, necesito triplicar ese efecto para no desalentar a sus chicos con una actitud derrotista. Pero estaba acojonado, de los pies a la cabeza, completamente bloqueado por cada uno de los acontecimientos de aquella fatídica cadena. Laurie era una buena chica, por el amor de Dios: ¿no era ya suficiente con ser

secuestrada una vez? Menudo humor se gastaba el de allá arriba, se dijo, agradeciendo a sus padres haberle hecho agnóstico: ¡la de desilusiones y marrones morales que se había ahorrado por ello!

Joel pasó a ocuparse de la llamada de teléfono que aseguraba tener imperiosa información. Se acercó a Sandy con la intención de ofrecerle las últimas noticias al respecto, pero tardó en abrir fuego. Mirarle era como ver de nuevo al fantasma en el que se convirtió cuando perdió a Giselle. Aquella vez lo perdió a él, perdió a ese amigo que había encontrado contra todo pronóstico. Era la persona a la que más admiraba en esta vida, el peculiar Sandy Strunk, que de nuevo se veía arrojado al abismo de la degradación personal. Podía leer cada pensamiento que cruzaba por aquella cabeza, todos culpándose de lo que estaba sucediendo, lo que fuera a ocurrirle a cualquier ciudadano que cayera en las garras de ese lunático Hombre Ilusorio. Se prometió, allí junto a él, que nada en su vida tendría sentido si no se dejaba los cuernos en aquel caso. Terminara como terminara, Sandy saldría de esta.

—Eh, colega. He mandado a uno de los chicos a hablar con la señora de la llamada de hace un momento. Ella afirma haber presenciado como del maletero de un vehículo parado ante un semáforo provenían golpes y gritos ahogados. Cuando el conductor se percató de que había alguien observando, arrancó a toda pastilla sin respetar la luz roja. La descripción coincide con la realizada por los testigos del secuestro.

Los buenos se apuntaban un tanto. Seguramente, quien les había dejado el mensaje tan explícito en la web no contaba con situar el coche. Al menos tenían un punto del que partir.

—¿Tenemos matrícula?

Joel respondió afirmando, se podría decir que casi sonrientemente.

—Tenemos eso y más: las suposiciones de una señora que ha resultado ser de mucha utilidad. El coche desapareció tras cruzar Great Falls Road.

—La zona agrícola. Allí hay kilómetros y kilómetros de plantaciones —aclaró Sandy.

—Pero no muchos sitios en los que esconderse —se le adelantó Joel. Ambos parecían esperanzados con aquel descubrimiento.

Henry, que no había abandonado el control de la situación de la web, aunque sin cambios en la pantalla, los sorprendió alzando la voz.

—Esto no puede significar nada bueno... —Alzó la vista al notar que nadie comentaba nada—. Me refiero al hecho de que no parezca tan difícil

descubrir desde dónde han hecho esto —terminó señalando la pantalla del ordenador.

Jane se irguió en su asiento, alertada por su comentario. Joel y Sandy se aproximaron a él. No era nada que Sandy no estuviera temiendo ya, pero había preferido guardarse sus malos augurios.

—¿Qué, qué pasa? Por favor, Sandy —suplicó Jane al notarle en el rostro que él sí que lo comprendía.

Sandy se lo pensó dos veces antes de sincerarse. No le gustaba que Jane continuara allí. Trabajar con esa presión extra no ayudaba.

—Extraña que no tome muchas medidas para ocultar su identidad, su huella en la red. Eso, en la mayoría de los casos, podría implicar que cuente con ello, que no le preocupe ser ubicado...

—Oh, Dios... Laurie podría estar... —murmuró Jane tan bajito que nadie podría haberla oído.

Pero se equivocaba, pues se había percatado de que había alguien más lo suficientemente cerca como para que le llegaran sus lamentos. Jane alzó la vista como si presintiese unos ojos clavados en su nuca y se encontró con Bill, atónito, agazapado en la esquina del pasillo. Todos los agentes se aplicaban en lo suyo, en torno a las mesas de trabajo. Sonaban los teléfonos, el tiempo avanzaba impasible y, mientras, Joel y Sandy discutían junto a la mesa de Hicks intentando mantener el control de la situación. Jane constató que nadie reparaba en ellos. Bill se había quitado la camisa floreada, quedándose con una camiseta blanca ceñida, y llevaba bien calada una gorra roja. No sabía cuánto tiempo habría estado allí observando, pero daba por hecho que Bill sabía a esas alturas lo mismo que todos los presentes acerca de la situación de Laurie.

Bill la miró suplicante situando un dedo en los labios y esperando de parte de Jane una complicidad que ella no alcanzaba a entender del todo. Bill estaba acercándose disimuladamente hacia la puerta, como quien simplemente va a tomar un poco de aire. Jane se puso en pie decidida. Sacó el móvil del bolso y programó una alarma para que sonara pasados diez minutos. Si ella no había vuelto en ese tiempo, esperaba que la alarma sirviera para ponerles en aviso de su desaparición. Cuando volvió la vista a la salida, Bill ya no estaba. Se apresuró a cruzar las puertas y recorrer con la vista su alrededor, buscándole. Empezaba a oscurecer y la temperatura descendía dejándose notar en cada milímetro descubierto de la piel. Oyó un portazo procedente del lado izquierdo. Acababa de subirse alguien a un vehículo. Solo había un par de

coches patrulla en aquel lado, una furgoneta blanca muy destartada con el logotipo de una marca de helados y el coche de Sandy. El destino le ponía las cosas fáciles por una vez en el día. Corrió hacia la furgoneta blanca y, sin pensarlo dos veces, abrió con decisión la puerta trasera.

Las múltiples luces del interior la cegaron, más por la extraña visión de su contenido que por su potencia. Bill estaba allí, en una silla de escritorio, ante un ordenador portátil. Hasta ahí podría haber pasado como algo relativamente normal, pero lo que había dentro se asemejaba más a la habitación del pánico de un prestigioso informático que al interior de una furgoneta cochambrosa. Había varias pantallas de ordenador que mostraban canales de noticias, páginas web o cámaras de seguridad; tenía un montón de aparatos electrónicos a los que Jane ni en sus mejores sueños habría podido dar nombre. Un azorado Bill la invitó a entrar. Tiró de ella y la subió. Jane se dejó arrastrar aún estupefacta. Él cerró la puerta cuando hubo entrado y se enfrascó en sus tareas informáticas. Solo hubo una palabra que Jane fue capaz de decir sin trabarse. Una palabra que, por encima de todo, la enfurecía.

—Crawford...

El falso Bill Fay le dedicó una mirada exenta de malicia, como si el conocimiento de su verdadera identidad justificara sus actos.

—Hijo de puta, ¿por qué has mentido? Mira lo que tienes aquí montado: seguro que tú puedes...

Estaba tan furiosa con aquel que se consideraba amigo de Laurie... Con sus mentiras solo estaba disminuyendo sus pocas posibilidades de ser rescatada...; no era capaz de dar con las palabras adecuadas para catalogarle. Le odiaba, más ahora como Crawford, el bloguero periodista omnipresente y sin escrúpulos, de lo que lo había odiado como el imbécil y aterrorizado Bill.

—No me culpes por intentar salvar a Laurie sin perder lo más valioso que tengo en la vida: mi anonimato. Es la clave de mi existencia.

Aquel comentario le desencajó la mandíbula a Jane. Superada la sorpresa, atacó.

—No esperes que guarde tu secreto. Haré lo que sea para salvar a Laurie. Lo demás no me importa.

—¡Yo también quiero salvarla! Por eso estoy aquí. En unos minutos tendré triangulada la señal. La dirección concreta estará lista mucho antes de que ese inútil cara de palo de ahí dentro empiece a trabajar en serio.

Crawford siguió tecleando, dirigiéndose mensajes de ánimo y cumplidos: un auténtico ególatra de gestos exagerados, que nada tenía que ver con el Bill

de antes. Puro teatro.

—Bien, hazlo lo más rápido posible, avisaré de que puedes conseguirlo antes que ellos.

Jane hizo ademán de avanzar hacia la puerta cuando Crawford la agarró del brazo con determinación, impulsado por el miedo a dejarla marchar con su secreto.

—Pero ¿qué dices? Escúchame, no puedo dejar que nadie me identifique como Crawford, ¿es que no entiendes que mi futuro depende de ello? Nadie debe saber quién soy.

Jane miró la mano que le apretaba el brazo y luego subió la mirada hasta el semblante de quien lo manejaba. Con un movimiento rápido e inesperado se abalanzó sobre Crawford y lo levantó de la silla asiéndolo por el cuello de la camiseta.

—Escúchame tú. Me importa una mierda tu puto anonimato. ¡Podría morir! Esto no es un juego, pedazo de imbécil. Así que sigue buscándola y no se te ocurra volver a ponerme una mano encima.

Crawford asintió boquiabierto varias veces. Jane le soltó con gusto y salió de la furgoneta para contarle todo a Sandy y compañía. No era ninguna estúpida y ya conocía a los tipos como él. Por lo que fue hasta el asiento del piloto y sacó la llave del contacto.

—¿Estás loca? No puedes hacerme esto.

Le ignoró por completo. Cerró la puerta con más fuerza de la necesaria y corrió de vuelta al interior del edificio sintiéndose útil por una vez en toda la tarde; no dependía de ella encontrarla, pero con este pequeño descubrimiento, la sensación de ser únicamente un lastre para ellos se reducía a la mínima expresión.

Cuando ya estaba junto a las puertas, el ruido de un motor la hizo frenar en seco y lamentar haber depositado sus esperanzas en un completo cretino escurridizo. Alguien como él era el tipo de persona que siempre tenía un plan B y un segundo juego de llaves en el coche por si las moscas. Se volvió y comprobó que, tal y como temía, la furgoneta estaba en marcha y un segundo después retrocedía esquivándola de puro milagro. Al siguiente, ya estaba incorporándose a toda velocidad a la carretera. Jane echó a correr en vano lanzando insultos al viento. No olvidaría el egoísmo de aquel cabronazo.

Dentro, las cosas seguían estancadas. Hicks estaba sudando la gota gorda al verse limitado por una red precaria y unas instalaciones electrónicas de una

época pasada. Sandy y Joel metían presión al pobre informático que a duras penas conseguía acertar con una tecla al saberse controlado al milímetro.

El teléfono de Sandy comenzó a sonar, haciéndole perder el hilo de sus pensamientos. Extrañado, echó un vistazo alrededor. Ciertamente todos los que podrían querer algo de él estaban allí presentes..., ¿o no? Recayó en la ausencia de Jane, confuso, pues su bolso seguía en el asiento que antes ocupaba.

—Joel. Jane no está.

Ackerman se dio la vuelta comprobándolo con sus propios ojos. Sandy dejó en sus manos encontrar respuestas a este nuevo enigma, pues la llamada de teléfono seguía insistiendo.

—Detective privado Strunk, dígame.

Hubo silencio al otro lado, pero la comunicación no se había cortado. Joel apareció de nuevo por el pasillo. Por su gesto, Sandy comprendió que no había ni rastro de Jane por allí dentro.

—¿Hay alguien? —pregunto ganándole la impaciencia; otros asuntos más importantes requerían su atención .

—Sí, estoy aquí, viejo amigo..., perdóname por ese breve silencio. Llevaba mucho tiempo esperando este momento y la emoción me ha jugado una mala pasada. He sentido un escalofrío; ¿tú no has notado nada? No imaginas lo que para mí significa este... reencuentro.

Sandy enmudeció. Era esa, su voz, la última que Giselle había oído antes de morir, antes de matarla. Era una voz melosa, lenta y con cuerpo, y casi podía ver el rostro, susurrando al teléfono, con una sonrisa felina, disfrutando del horror que sabía estar causando en él. El Hombre Ilusorio al teléfono. Sandy alzó la mano llamando la atención de Joel y del resto. Todos abandonaron sus tareas, todos menos Hicks, que aún tenía mucho por hacer.

El jefe de policía no necesitó más datos. El gesto de Sandy fue suficiente para comprender quién estaba al otro lado de la línea. Lamentó la suerte de su amigo, pues tras tanto tiempo intentando olvidar a quien se pensaba desaparecido de por vida, ahora debía hacerle frente sin más alternativa que la de aceptar el reto.

—¿Sandy, me oye bien? —la voz era gélida y llena de matices, muy teatral y consciente de ello.

Sandy tragó saliva preparándose para abordar esa conversación que llevaba esperando años.

—¿A qué viene tanta cortesía? Somos viejos conocidos, ¿no? —Sandy no dejó que se notara su desconcierto y mucho menos la rabia que ardía en su interior al estar conversando con él.

—La confianza da asco, ¿no crees? Mejor no perder las formas... ¿Recibiste mis mensajes? Esa foto la elegí porque vi la flor que dejaste en aquella tumba: me dio buenas ideas para empezar a preparar todo esto. Tú siempre tan fiel a su recuerdo. Honré la memoria de nuestra Giselle con cada uno de esos elementos. Su olor, su imagen... ¿Qué sentiste al darte cuenta? ¿La notas cerca de nuevo? Yo sí...

—No la... Me encargaré de que acabes donde deberías estar pudriéndote desde hace años. —Sandy se contuvo al echar un vistazo a su alrededor. Era el centro de todas las miradas.

—No te me pongas gallito, Sandy. ¿Puedo llamarte Sandy, verdad? Eso no es perder las formas. Dime, ¿aún piensas en ella? Disfrutas con mis homenajes, pues sé que vuelves a tenerla en mente gracias a mí.

—¡Deja de hablar de ella, maldito cabrón!

Joel se acercó a él para bajarle los humos. Intentaban rastrear la llamada. No le convenía precipitar el final de la conversación.

Hubo un silencio por su parte que hizo temer a Sandy haber provocado eso mismo. Pero su respiración siguió al otro lado del teléfono. Calmó a Joel asintiendo.

—Me ofendes con tus ataques de ira, Sandy. Podemos ser tan opuestos como el día y la noche, puedes no comprender mi filosofía, mis actos..., pero eso no te da derecho a denigrarme. No olvides que tengo mucho con lo que hacerte daño, no lo precipites todo.

—¿De verdad mataste a esa mujer solo para enviar un mensaje? —preguntó con desprecio en la voz, cambiado de tema para ganar tiempo.

—Eso ya no tiene importancia. Quiero cortesía, eso es todo. Yo me presento, te reto, os reto a todos vosotros a descubrir mis trucos, todo ilusionista tiene los suyos. Y ya me conoces, por aquí empiezan a temerme, soy un Hombre Ilusorio, puedo estar en todas partes. ¿Estáis preparados...? Porque esto acaba de empezar. —Y colgó al instante.

El gesto de estupefacción de Sandy le indicó al resto que todo había concluido por el momento. Joel le soltó una patada a la mesa que tenía delante, haciendo que todo lo que había sobre ella se revolviera.

—¡Maldita sea...!, hay que pincharle el teléfono a Sandy.

Se acercó a Hicks y le dejó el aparato en la mesa, como esperando que él pudiera hacer en cuestión de minutos lo que pedía. Sandy respiró agobiado, cubriéndose la cara con las manos; su enemigo avanzaba demasiado rápido y él no era capaz de anticiparse a los acontecimientos, no podía pensar con claridad. De nuevo centró su atención en la ausencia de Jane: su bolso seguía estando en aquel asiento de plástico junto a la puerta, de modo que no andaría muy lejos, o al menos no habría sido esa su intención. No se veía capaz de hablar con Joel. Se alejó a grandes zancadas del bullicio y asomándose a la puerta buscó entre las sombras del exterior la silueta de Jane.

Respiró un poco aliviado al localizarla a pocos metros, en medio de la carretera, con las manos en la cabeza. Parecía faltarle el aliento tras una carrera hasta allí. En ese instante, una melodía caribeña le distrajo: venía del bolso de Jane. Se acercó a cogerlo y volvió a la puerta, salió y la llamó a gritos, señalando su bolso. Debió comprender de qué se trataba, porque nada más captar los gestos empezó a correr hacia él.

Sandy avanzó unos pasos, con el bolso por delante, como si fuera el testigo en una carrera de relevos. Jane alargó un brazo ansioso.

—No es la alarma —explicó esperanzada—; debe de ser ese cabrón.

Sandy se apartó sin terminar de comprender: Jane parecía tenerlo todo controlado. Así que volvió dentro; confiaba en que en cuanto esa llamada terminara, le pondría al tanto.

Jane agarró con violencia el teléfono y gritó su saludo de bienvenida especial:

—¡Eres un hijo de puta! Si a Laurie le pasa algo pienso denunciarte. Por obstrucción a la justicia, por cómplice de asesinato, omisión de socorro, fraude o... por suplantar una identidad. Me da igual el tecnicismo, porque me aseguraré de que te pudras en la cárcel —le amenazó cargando con veneno cada palabra que salía de su boca.

—No me has dejado alternativa. Guárdate tus amenazas de *Ley y orden*, no porque dude de tu palabra, sino porque, por no saber, no sabes ni mi nombre. No tienes nada. Te llamo para ayudar: yo también quiero salvar a Laurie.

—¿Y cómo piensas ayudarla? ¿Quitándote de en medio, llevándote contigo el único equipamiento que puede decirnos dónde está? Ilumíname, porque no te sigo.

—A eso quería llegar; no me has dejado explicarme. Mientras me alejo de vosotros, por mi seguridad, mi programa está a pocos segundos de triangular la señal: voy a pasártela, se la darás a la policía y ellos harán lo que esté en su mano para salvarla. Realmente no me importa lo que les digas. No podían retenerme, les he dicho la verdad de lo que pasó, y punto. Así que... ¿socios?

Mientras Jane atendía la llamada, dentro las cosas seguían su curso, encauzándose como podían tras la conversación con el causante de tal caos. Joel acababa de constatar que Bill Fay también se había largado aprovechando los momentos de confusión. Por suerte, localizó a Jane fuera mientras ella hablaba por teléfono. Un enigma menos del que preocuparse.

—¿Alguien puede decirme cómo ha podido desaparecer ese gusano tembloroso? ¡Ha salido por la puerta delante de nuestras narices!

A su derecha, Hicks empezaba a desesperarse, al menos, eso es lo que se adivinaba de sus constantes resoplidos.

—Mierda..., jefe, juega con nosotros. Controla mis movimientos. Parece que después de todo me va a llevar algo más de tiempo. No puedo hacer nada desde aquí. Tendría que... —Hicks se vio obligado a dejar la frase inconclusa al verse interrumpido por Jane, que volvía del exterior dando gritos.

—¡Sandy, la tenemos!, tenemos la dirección —repitió ansiosa un par de veces hasta alcanzar al grupo.

—Jane, pero... ¿cómo? —Sandy adivinó lo que la mayoría de los presentes deseaban expresar y se adelantó, pues algo así requería una clara explicación.

—Es largo de contar y no tenemos tiempo. Bill es en realidad Crawford, un maldito bloguero, pirata informático y mentiroso, todo junto. Cuenta con mejor equipo y ha dado con la dirección desde la que están haciendo todo esto. Se ha marchado ese... —finalizó guardándose el apelativo que se le venía a la mente.

—¿Debemos fiarnos? —preguntó Joel con toda la razón que le otorgaban los anteriores hechos respecto a Crawford.

—Conoce a Laurie desde hace mucho y no es un asesino, Joel; está intentando ayudarla, con sus reglas.

—No tenemos nada —le recordó Sandy a su lado.

Joel asintió y mandó a su equipo a prepararse para salir. Jane se llevó de nuevo el teléfono a la oreja, lista para comunicarles el paradero de Laurie. Fue repitiendo palabra por palabra lo que le transmitía el degenerado de Crawford y con cada palabra su tono se ensombrecía. Primero fue la carretera, el kilómetro..., incluso Sandy pudo comprobar como Jane iba disminuyendo el volumen. ¿Qué estaba pasando? Jane terminó de facilitarles la información y colgó sin intercambiar más palabras vacías. Joel se puso en marcha, asignando nuevas tareas. Saldrían inmediatamente dos coches patrulla. Debían avisar a una ambulancia para que estuviera lista. Sandy y Henry no faltarían en aquel grupo que estaría en primera línea de fuego. Jane se apartó para dejar paso, pero Sandy se detuvo preocupado a su lado.

—Jane, ¿de qué se trata? La dirección parece coincidir con el testimonio del testigo que situaba el coche en esa dirección. No hay duda de que se trata de Laurie, está allí —la intentó animar.

Ella le devolvió la mirada igualmente angustiada. En ella vivía ahora la rabia por encima de cualquier otra sensación, y todo la enfurecía por escapar a sus posibilidades; la impotencia era su peor enemigo.

—Es la zona agrícola; yo vivo a escasos kilómetros. He ido en bici en muchas ocasiones por allí. Lo único deshabitado es una vieja granja. Es donde está Laurie, lo sé. Y está muy cerca de mi casa. Demasiado cerca. Él lo sabe, estoy segura.

Sandy comprendió su temor. No pudo más que abrazarla y asegurarle que no se trataba más que de una casualidad, que esta vez no había mensajes ocultos amenazando su seguridad.

—Sandy, tenemos que irnos. —Henry apareció a su espalda, con chaleco antibalas incluido, listo para partir.

Jane asintió y se soltó de su abrazo.

—Sandy..., tened cuidado —susurró ella—. Me quedaré aquí.

Joel les esperaba ya en el coche. Ellos irían con él, mientras que en otro coche acudirían como apoyo los agentes Perkins y O'Connell. Había mucho en juego y Sandy estaba convencido de que no sería fácil salir victoriosos. El espectáculo había comenzado y se enfrentaban a un ilusionista infalible que,

tras muchos años, seguía siendo un completo fantasma que dejaba muerte y dolor en cada acto y cada escena de su macabra función.

Sabían que se hacía llamar el Hombre Ilusorio y que de la misma forma se referían a él en la prensa, en las webs de noticias y en las calles. Nadie en Rockville ignoraba a esas alturas la desaparición de Laurie River. Por su parte, Sandy no consideraba que lo de ese perturbado fuera mágico y mucho menos ilusorio: era real, era cruel. No había nada de especial en sus actos, eran locuras de un auténtico sádico. Un asesino siempre es un asesino, se vista como se vista, mate de una forma u otra, pensaba Sandy. Y asesinar con tanta facilidad como lo hacía él era despreciable.

Joel les conducía por una carretera a medio asfaltar, alejándoles del centro de la ciudad; tal y como había apuntado Jane, no estaban muy lejos de su casa. En pocos minutos habrían llegado a la granja abandonada desde la que parecía proceder la señal. Todo indicaba ya que la furgoneta en la que habían secuestrado a Laurie se había dirigido hacia allí pero, por mínima que fuera, la posibilidad de que se estuvieran equivocando estaba presente, y no solo en la mente de Sandy. También se notaba en el rostro parco y frío de Henry o en los movimientos nerviosos de Joel, que parecía ir sentado sobre un brasero. Sandy intentaba no pensar en lo que encontrarían al llegar a su destino. Respiraba entrecortadamente y todavía le resonaba en los oídos esa voz. Nada podría quitarle de la cabeza ese pensamiento, que le hacía recordar que esa voz fue la última que Giselle oyó, procedente del último rostro que vio. El paisaje que le acompañaba a través de la ventanilla era oscuro, vacío y solitario. Hipnóticos campos de maíz y trigo se iban alternando con pequeños invernaderos apartados de todo rastro de civilización.

—Es esa de allí —confirmó Joel cuando apareció entre las sombras el conjunto de graneros que rodeaban una casa abandonada. Una mansión de madera descolorida, que tiempo atrás habría sido una preciosa granja. No había luces por ninguna parte, de modo que la luna se encargaría de guiarles, con el respaldo de las linternas que sacarían en caso de estar completamente seguros de no ser vistos por el enemigo—. Eh —llamó Joel—, abre la guantera. Tengo un par de radios, cogedlas. También hay auriculares. Así estaremos en contacto pase lo que pase.

Aquello despertó a Henry de su letargo silencioso. Sandy sacó de la guantera las radios. Le pasó una a Henry y este empezó a colocarse el cable del auricular bajo el chaleco antibalas. Sandy hizo lo mismo, bregando con la prenda de protección: era una auténtica epopeya maniobrar de aquella forma en un espacio tan reducido y en marcha, superando baches y piedras del tamaño de sandías.

—Deja el coche aquí. Seguiremos a pie —aconsejó Henry.

Joel asintió sin mediar palabra. Avisó a los agentes que le seguían, con las luces de emergencia, y ambos se detuvieron a un lado del camino enfangado. O'Connell y Perkins se unieron a ellos rápidamente a pie. Sandy les echó un vistazo rápido, con sus movimientos mecánicos y sus aires de «sí, señor». Parecían recién salidos de una película de las fuerzas de asalto urbanas. Sandy comprobó su arma en la funda, lista para salvarle la vida si era necesario. El resto de aquel equipo de rescate improvisado también se encargaba de dar los últimos retoques al equipamiento. En los terrenos de la finca, todo estaba completamente en calma. Nada parecía indicar que dentro de aquellos graneros pudiera estar ocurriendo alguna tragedia con una pobre chica como protagonista. Joel les indicó que se acercaran formando un círculo.

—Bien. La ambulancia está a cinco minutos de aquí, a la espera de nuestro aviso. Ramírez se reunirá con ellos por si necesitamos refuerzos —les informó hincando una rodilla en el suelo—; de momento, nada de linternas, que no nos vean llegar. Una vez entremos y estemos bajo techo, cada uno sabe cómo debe actuar. Sorprendámosles, es nuestra única baza. Y las radios están para algo, así que quiero comunicación continua, que nadie se salte esto.

Sus chicos asintieron. Sandy aprovechó para adelantarse unos pasos con Henry, pero una férrea mano le frenó. Henry le dejó atrás, consciente de lo que pasaba. Sandy se dio la vuelta y se encontró con la mirada dura e impenetrable de Joel.

—Oye, colega...: esto no va a ser fácil. Me lo huelo y sabes que mi olfato ya está acostumbrado a oler mierda...

Sandy le agarró a su vez del brazo.

—No tienes que decir nada, Joel. Estoy listo...

—Ese es el problema, amigo. Me preocupa que estés listo para todo...; pase lo que pase ahí dentro, no será el final. Hagamos nuestro trabajo. Estamos juntos en esto, ¿vale?

Sandy bajó las defensas: se sorprendió vulnerable y, siendo más claro consigo mismo, acojonado por lo que pudiera suceder. Quería apretar el

gatillo y se avergonzaba de ello. Una parte de él esperaba que se derramara sangre allí dentro, concretamente, la suya o la del Hombre Ilusorio.

Entonces Joel hizo algo que Sandy jamás habría esperado. Le vio resoplar, intentando controlar un temblor en las manos más que evidente. Al percatarse de que Sandy seguía allí delante observando, alzó la vista y le mandó avanzar.

—¿Todo bien?

Joel sonrió para sí, mirándose las manos.

—Detrás de ti.

Sandy alcanzó a Henry tras un parapeto en ruinas que antes habría sido un bonito y resistente muro de piedras de mediana altura. Al otro lado de la entrada se encontraban los agentes de Joel. De las bocas salía el vapor cálido que contrastaba con el aire de la noche.

La gran casa abandonada se destacaba en la penumbra frente a los pequeños graneros destartados, arruinados por los años de abandono, que ocultaban más de lo que ellos podían imaginar. Todo el conjunto formaba una estampa lúgubre que inquietaba incluso a las aves nocturnas que parecían alejarse de su perímetro.

—Chicos —les llamó de nuevo el jefe incorporándose al grupo—. No quiero heroicidades. Eso va por todos pero te miro ante todo a ti, Sandy. Volveremos todos a casa esta noche.

El aludido asintió al igual que el resto, en silencio, pensando en su conversación anterior con Joel. Por mucho tiempo que hubiese pasado, sabía cómo debía actuar y no necesitaba que los chicos de Joel le hicieran de niñera. Si debía salir corriendo tras un sospechoso, no esperaba órdenes. Pero por encima de todo, protegería a quien pudiera y no arriesgaría vida alguna.

Era el momento. Avanzaron en fila india hacia el interior de la finca. Sus pisadas se amortiguaban por la maleza que se había multiplicado por el camino principal de entrada. Siguieron hasta traspasar la verja o, mejor dicho, salvarla por encima, ya que estaba arrumbada en el suelo, casi cubierta con esa hierba de la que los granjeros siempre se quejan, en particular entre los barrotes. Pronto aquella estructura metálica dejaría de ser visible. La verja oxidada por las inclemencias del tiempo, olvidada como el resto de la granja, les daba una fría y desapacible bienvenida a la finca Forbes, tal y como proclamaba el viejo letrero pintado a mano también en el suelo, ya casi emborronado tras soportar cientos de lluvias.

Joel fue el primero en localizar la furgoneta blanca junto al esqueleto metálico de un viejo tractor, a la derecha de la casa principal. Les hizo señas para que se reunieran de nuevo. Sandy sintió un hormigueo subirle de los pies hasta las rodillas, que, temblorosas, le empezaron a flaquear. Laurie seguía en peligro, pero estaban en el lugar adecuado para salvarla.

—Sandy, tú a la casa con Perkins. Henry, comprueba la furgoneta con cuidado y confirma que es la que buscamos y si hay... indicios de la presencia de Laurie. O'Connell y yo iremos a investigar los graneros uno por uno.

Henry asintió y fue el primero en partir hacia el lado opuesto de la casa valiéndose de sus habilidades físicas para escurrirse con sumo silencio entre las sombras. Antes de que Sandy se pusiera en movimiento, Joel le retuvo de nuevo con contundencia.

—Recuerda que tú eres su presa: no dejes que tus ansias de venganza nublen tu conciencia. No se lo pongas en bandeja.

Joel aún le aferraba el brazo, esperando una réplica que sabía que no llegaría. Sandy jamás había sabido responder a ese tipo de muestras de afecto y preocupación. Pero eso no significaba que no lo apreciara. Joel le dio un par de palmadas y, seguido del agente O'Connell, se dirigió al primer granero de la derecha. Perkins apareció justo detrás de Sandy, pegado a él como una sombra. Sandy guardó en la recámara el agradecimiento dirigido a Joel que de momento no iba a entregarle. Esa recámara suya en la que reposaban aquellas palabras que no se atrevían a salir de sus labios comenzaba a parecerle un lastre incluso a él.

—¿Es normal tener ganas de salir pitando? —Perkins interrumpió sus pensamientos. Sandy se volvió sintiendo más cercano al muchacho.

—No me fiaría de ti si quisieras hacer lo contrario. Abre los ojos, y todas esas cosas que dicen en las pelis de polis, y todo irá bien —intentó calmarlo.

—Yo le cubro, señor.

Se miraron fijamente, a la espera del momento en el que decidirían adentrarse en la casa. Asintieron a la vez y Sandy se movió tomando la iniciativa. Le costó hacerlo pero, tras unos segundos de vacilación, corrió entre las sombras hasta alcanzar las escaleras que conducían al porche. Los escalones crujieron con su peso y sufrieron aún más cuando Perkins se unió a él. Durante unos segundos ninguno de los dos se aventuró más allá ante el temor de encontrarse con algún tipo de respuesta. Pero no hubo nada. Siguieron subiendo con cautela, controlando a duras penas el ruido que

provocaban sus pisadas. La voz de Henry se dejó oír a través del auricular que Sandy llevaba en la oreja. Aquel aparato funcionaba, bien estaba saberlo. «Estoy junto a la furgoneta. Está abierta. Voy a echar un vistazo.» La voz distorsionada de Joel le contestó escuetamente para no correr riesgos: «Recibido, Henry. Cautela».

Sandy miró a Perkins y este asintió, invitándole a que abriera la puerta principal. Un asentimiento que también interpretó como un «Estoy bien, sigamos». Sandy comprobó que el agente tenía su arma preparada. En una mano, su pistola, en la otra, la linterna lista para ser activada en cuanto la semioscuridad del exterior se convirtiera en la completa negrura del interior de la casa.

—Bien. Vamos a entrar —murmuró Sandy apretando el diminuto botón que colgaba de su auricular.

«Id con cuidado», le contestó al instante la misma voz. Les tocaba a ellos. La puerta no estaba cerrada del todo. A él no le cabía duda: ¿encontrarían a Laurie en algún rincón de la casa, en alguna de las habitaciones de aquella enorme granja fantasma de dos pisos y ático? Perkins pasó a su lado y encendió la linterna iluminando la sala en la que acababan de entrar. Si estaban por allí, no pensaban dejar que los vieran. Sandy entornó la puerta, milagrosamente silenciosa. Se acabaron los mitos de puertas chirriantes en casas abandonadas: aquella se deslizaba como la seda.

—Tú, izquierda, yo, derecha —le dijo escuetamente al agente.

Encendió su propia linterna y comenzó con el barrido por el lado contrario al que estaba iluminando su compañero. Todo parecía de película de serie B. La casa estaba desvalijada. No habrían sido pocos los ladronzuelos que habían ido dejándola sin nada de aparente valor. No había un solo mueble de una pieza. Por la izquierda se llegaba a la cocina, atravesando el comedor. En teoría, ya que sin mobiliario era difícil saber qué uso se había dado a cada habitación en el pasado. Al frente arrancaban las escaleras que conducían a las habitaciones. Sandy fue iluminando cada escalón hasta llegar al último: todo tranquilo; el oído no captaba ni el murmullo del viento allí dentro. Otra cosa era el olfato, pues fue entonces cuando le asaltó de repente aquel aroma que revolvió sus entrañas de nuevo como lo había hecho en el baño de aquel psicópata muerto. Era su olor: silvestre, afrutado. Aquel Hombre Ilusorio de los cojones seguía jugando con él. El pulso le tembló, provocando que la linterna jugara a ser, por unos instantes, el foco frenético de una discoteca para adolescentes. Perkins le siseó para que se acercara y eso volvió a centrarlo.

Sandy fijó la mirada en aquellas escaleras hasta que le fue físicamente imposible. En la repisa de una ruinoso chimenea había algo que indicaba la presencia o el paso reciente de alguien. Perkins iluminaba una lata de refresco que desentonaba por completo. No llevaba mucho tiempo allí, pues en la parte inferior se había formado un pequeño charco de agua a causa del frío de su interior. Ese alguien se había tomado un refresco de cola bien fresquito. Perkins sacó un bolígrafo del bolsillo. Metió la punta en el bote y sujetándolo lo elevó unos centímetros. Luego le susurró a su compañero:

—Queda más de la mitad. Quizás algo le interrumpió. —Y miró preocupado a Sandy—. ¿Nosotros tal vez?

Había alarma en aquella pregunta. Sandy constató que desde allí se podía ver perfectamente el camino de acceso a la finca, a través de la ventana que había a pocos pasos. Respondía de forma inequívoca a un puesto de vigía.

—Mantén tu arma lista. Voy a subir. Tú vigila y revisa este piso.

En los ojos de Perkins, verdosos como un mar embravecido, se notó su disconformidad. Sandy necesitaba seguir aquel aroma, era una mala idea, una trampa quizás, pero le estaba destinada y, si alguien iba a caer en ella, tenía claro que debía ser él. No podía cargar con una muerte más. Necesitaba cerca al agente, no a su espalda, aunque sí lo suficientemente próximo como para poder acudir en su ayuda en caso de emergencia.

—Creo que deberíamos seguir juntos —adujo Perkins.

Sandy estaba preparado para buscar una excusa, pero hubo una interferencia en los auriculares que les obligó a arrancárselos como si fueran avispas intentando colarse en sus oídos. Perkins se lo volvió a colocar con movimientos torpes, temeroso de estar perdiéndose nuevos informes de su jefe. Sandy lo observó. El agente miraba al suelo, a la espera de captar la voz de alguno de los compañeros, pero no hubo reacción.

Sandy también se ajustó de nuevo su auricular y se dispuso a salir de dudas.

—Henry, Joel..., ¿qué ha sido eso?

Ni rastro de voces humanas, tan solo un molesto chirrido constante que segundos antes no estaba allí. Aquel maldito cacharro se había estropeado. Un menos uno para la tecnología moderna de bajo coste, pensó recordando la mala calidad del equipamiento que se gastaban en comisaría. Los pobres no tenían más remedio: el presupuesto era muy limitado. Perkins insistió alarmado.

—Ackerman, O’Connell, ¿me recibís? ¿Jefe? Algo no va bien —dijo alzando la vista hacia el detective.

Volvió a oírse aquella hiriente interferencia, pero esta vez ninguno de los dos quiso correr el riesgo de perderse una posible respuesta.

—¿Debemos salir a reagruparnos? —Perkins empezaba a parecer más humano, quizás demasiado inexperto.

—Tranquilo, chico, seguro que no es nada. Esperaremos. Lo más probable es que recuperemos pronto la señal. Tenemos que seguir inspeccionando la casa. Recuerda por qué estamos aquí.

Perkins no bajó la guardia, recuperó la compostura y agarró con fuerza la linterna, que dejó de temblar. Asintió como un soldado ante su oficial.

—Bien. Voy a subir después de todo: tú ocúpate de este piso. Alza la voz si ocurre algo.

Sin darle opción a rechistar por lo que fuera, se volvió y lo dejó con su nueva tarea. Sandy recuperó su posición inicial, al pie de las escaleras. Estar allí a oscuras le recordaba alguna de las históricas películas de terror que tanto le gustaban a Laurie. El peligro siempre estaba en el desván y, a pesar de saberlo, se acababa por coger desprevenido al intrépido policía de turno. «Es una suerte que ya no sea policía...» La escalera interior soportaba su peso sin quejarse, por lo que avanzó peldaño a peldaño. De nuevo, nada de crujidos molestos. Debía de haber una ventana en el pasillo de arriba por la que entraba la luz de la luna e iluminaba aquel piso superior, que contrastaba con la oscuridad del de abajo. Seguramente estaría abierta, porque una suave ráfaga de viento le transmitió la suavidad de la fragancia de grosellas de su amor perdido. Aquel hijo de perra no dejaría de recordarle quién se la había arrebatado, que toda esta nueva oleada de crímenes era su culpa. ¿Pretendía matarlo allí mismo? Era pronto, conocía a los locos como él y les gustaba jugar; y apenas si había empezado. Pero no estaba en sus manos solo y Sandy podía ponerle fin si jugaba bien sus cartas. Si actuaba con decisión, se saldría de lo establecido y así podría cogerle por sorpresa. Subió un peldaño más. Allí no precisaba de linterna: mucho mejor para él. En las sombras estaba a salvo; con una linterna encendida era una diana andante. Alcanzó el final de las escaleras: allí estaba la amplia ventana, desde la que podía verse perfectamente el melancólico rostro de la luna. Había una pequeña mesa pegada a la pared bajo la ventana con algo sobre ella. No le cabía duda: de allí provenía el olor dulzón.

Dio el primer paso hacia allí.

«Su aroma.»

Estaba allí mareándolo. Lo había esparcido por todo el pasillo para que él se viera guiado hasta allí, hasta aquella mesita. Y Sandy no era capaz de evitarlo; pronto lo tendría donde quería. Se exponía de forma inevitable a su verdugo. ¿Y qué si lo estaba esperando? Si todo era una trampa, con su muerte quizás acabara todo. Simplemente tenía que llegar hasta allí.

«Un paso más.»

Con él ya pudo distinguir que había una hoja junto a un aparato electrónico, un teléfono. Tenía una lucecilla roja parpadeando. Dio otro paso hacia su trampa mortal. Estaba al alcance de la mano.

Dirigió el haz de luz al mueble. Y la vio. La vio en una fotografía, una que no había contemplado en muchos años. Junto a la foto estaba el teléfono, que era demasiado grande para ser un móvil, demasiado sofisticado para ser un intercomunicador. Alargó la mano para cogerlo y, cuando lo tuvo, los ojos se le fueron otra vez a la fotografía. Le dio la vuelta para librarse de esa mirada de Giselle, que en su mente no paraba de reprocharle que llegara tarde aquel día. Pudo fijar así su atención en lo que sujetaba. Era sin duda un teléfono, de esos ultramodernos por satélite. El botón de llamada resaltaba en el teclado numérico, como invitándolo a establecer una conexión. Seguro que esperaba que lo hiciera.

«¿Quiere hablar...? Hablemos.»

Habría pulsado la tecla de no haber sido por el grito de terror y desesperación que el agente Perkins lanzó desde el piso inferior. No tuvo tiempo ni de volverse: el grito de Perkins se alargó hasta ser ahogado por el estruendo de una fuerte explosión que hizo vibrar cada ventana de la casa, cada viejo tablón del suelo. A la primera explosión le siguió otra, en esta ocasión fuera de la casa. Y en apenas un segundo, otra más asimismo en el exterior que hizo saltar por los aires la ventana que tenía ante él. Sandy se arrojó instintivamente al suelo y se protegió la cabeza con los brazos preparado para sentir en sus carnes una última explosión cuyas llamas lo carbonizaran. El final del juego que él no había sido capaz de predecir.

El chico de la sudadera verde estaba muerto, sin ninguna duda. Como sumar dos más dos. Tenía su sudadera en una bolsa de plástico, tenía fotografías de la supuesta escena..., restos de sangre por todas partes. Pero no tenían su cuerpo. Garretti también había encontrado en aquel edificio abandonado un paquete de toallitas desmaquilladoras. Eso no habría pertenecido al chico ni en broma. Laurie River había estado allí con él, vivo o muerto. Por cómo habían sucedido las cosas, estaba segura de que Laurie tenía respuestas.

Garretti había seguido su corazonada, acudido al lugar donde se pensaba más útil, y ahora el constante zapateo del pie izquierdo evidenciaba su inquietud. Había perdido la oportunidad de estar donde realmente hacía falta; Joel se habría llevado a O'Connell, de eso no le cabía la menor duda. Últimamente, O'Connell aparecía siempre donde ella no podía estar. Buena ejecución, pésima actitud, así era el agente irlandés para ella: un fanfarrón, un machito que sabía perfectamente bajar las orejas y obedecer cuando era necesario y con quien era conveniente. Al menos, la aliviaba saber que era él y no otro menos competente quien cubría las espaldas de Joel. No podía dejar de pensar en él.

Sam, a su lado, se rascaba la oreja con insistencia mientras conducía ensimismado de vuelta a la comisaría. Recordó que al viejo Sam tampoco le hacía ni pizca de gracia Brian O'Connell. Costaba asimilarlo, pero había encontrado un punto en común con aquel retrógrado consumado. Minutos atrás, cuando aún se encontraba con Sam en el edificio Greyfield, avisó de sus descubrimientos a la central y fue Hicks quien la informó de las últimas novedades sobre el supuesto paradero de Laurie. Fue en ese momento cuando maldijo su suerte. Le metió prisa a su compañero y terminaron su trabajo allí con la esperanza de poder unirse a los refuerzos que pudiera necesitar el grupo de Joel.

—Venga, Sofia, desavinagra esa cara, mujer. Hacer estas cosas de menor riesgo sigue siendo parte de nuestro curro. Alguien tiene que hacerlo —

reflexionó Sam al notarla impaciente por bajar del coche y salir pitando tras la acción.

Garretti sonrió, lo cual provocó a su vez una sonrisa al conductor, que vio cumplido el objetivo de su comentario.

—Eso está mejor. No debes preocuparte por el jefe: sabe lo que se hace, viene de la gran ciudad —dijo dándose aires de grandeza—. Te lo digo yo que trabajé allí en mis inicios. Seattle está lleno de gente peligrosa. Son todos unos locos..., diría que la mayor parte de la población está como una regadera, y la poli sabe manejarlos.

Garretti le miró de aquella forma tan suya que le hacía entrever a Sam el poco tacto que había tenido en su comentario.

—Qué bruto eres, Sam...; sé lo que intentas, y gracias.

Sam soltó las manos del volante y las alzó hacia el techo.

—Oh, Dios todopoderoso, ¡la etérea reina de hielo me ha dado las gracias!

—¡No seas imbécil! —le soltó ella asustada echándose hacia el volante para que el coche no se desviara de la carretera. Sam, entre risas, volvió a tomar el control.

—No te asustes, mujer, que este tramo es todo recto.

—No ha tenido gracia, Sam: cualquiera podría haberte visto; se supone que debes ser un ejemplo para la ciudadanía... —Garretti permaneció unos segundos en silencio. Luego soltó una sana e involuntaria carcajada que duró lo mismo que un suspiro. Sam la miró de reojo, satisfecho—. Oh, venga, no te apuntes un tanto. No es por esa tontería que has hecho. Es que algo que has dicho me ha recordado a mi padre...

—¿Ha sido por llamarte Sofia? Créeme, me ha salido del alma, pues nunca pensé que te llamaría por tu nombre de pila.

Garretti lo miró asombrada: no se había percatado de aquello.

—Puede que haya sido por eso o por esa tendencia tuya a inventar palabras. Él solía hacer esas cosas: nunca se quedaba sin vocabulario, si no encontraba la palabra que necesitaba, la inventaba, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? «Etérea» es una palabra que existe, salió el otro día en la tele —se defendió su compañero pretendiendo hacerse el ofendido, pero no iba con el viejo Sam sentirse ofendido por cuestiones de cultura. Garretti lo miró desconcertada.

—No alcanzo a imaginar qué tipo de programa estarías viendo para que apareciera esa palabra..., pero no, no ha sido eso. Me refiero a lo de

«desavinagnar» mi cara. Suena a algo que se inventaría mi padre.

Sam volvió a centrarse en la carretera; por un momento parecía complacerle la idea de ser comparado con el padre de Garretti: todo un señor italiano debía de ser.

—Seguro que fue un gran tipo; los italianos son temperamentales y valientes, ¿no?

—Hay de todo, como en todas partes, Sam. Lo cierto es que dudo que hubieses congeniado con mi padre. —Sam la miró desconfiado, esperando una explicación—. Vamos, Sam: mi padre era republicano italiano, que nada tiene que ver con el Partido Republicano al que estás acostumbrado. Y además era ateo y en sus últimos años, vegetariano. La antítesis de lo que tú considerarías un gran tipo. —Garretti prorrumpió en risas, pero el gesto de Sam se volvió más serio tras una ínfima sonrisa de rigor—. Tiene gracia. Ahora eres tú el que necesita desavinagnar la cara.

Si algo destacable había pasado durante aquella charla era que por fin estaban de vuelta.

—Bueno, ya estás en casa, Cenicienta, y antes de las doce —le dijo Sam aparcando con tranquilidad.

Garretti saltó literalmente del asiento cuando aún Sam estaba maniobrando marcha atrás. Entró en la comisaría a paso ligero, buscando con la mirada a Hicks, quien parecía haberse quedado al mando en su ausencia. Lo vio sentado ante un ordenador y hacia allí puso rumbo, pasando junto a Jane, que, para disgusto de muchos seguía allí, esperando noticias.

—Hicks, ¿qué tal van?

Hicks alzó la vista sin demostrar emoción alguna; más bien parecía ofuscado con su labor allí.

—Hace unos minutos llegaron al lugar de la señal. Ackerman avisará por radio, de momento no podemos hacer nada. Ah, bueno, si quieres puedes unirme a Ramírez en el punto intermedio, allí hay una ambulancia también lista para cuando se le necesite. —Hicks informó sin apartar la vista de la pantalla; su gesto parecía contraerse a medida que hablaba, como si lo que estuviera viendo no fuera nada bueno.

Garretti se impacientó y cruzó la mesa para ver de qué se trataba.

—Hicks, ¿qué pasa? —ella solo veía la web de la policía con varias ventanas emergentes, llenas de números y códigos. Hicks tecleaba a ráfagas.

—Han pirateado la web. Es raro: antes mostraba una imagen, un fotomontaje, pero algo está cambiando...

—¿A qué te refieres? ¿Qué imagen se veía antes? ¡Hicks, habla!

Lo había perdido. Aquel friki de los ordenadores acababa de entrar en modo informático y al parecer había cerrado los oídos mientras con la cara hacía toda clase de gestos preocupantes. Ella alzó la mirada en busca de alguien que pudiera sacarla de dudas. Vio a Sam entrar, a su ritmo pausado, y detenerse a hablar con la chica en la entrada. Echó una ojeada. O'Connell había ido con Joel, y Sandy y Henry no se lo habrían perdido por nada del mundo. Sandy debía de estar allí. No se atrevía a decir que fuera culpa suya, pues no era él quien iba por ahí matando a gente. Recordó, como por arte de magia, al tío que había entrado a gritos por aquella puerta, asegurando que habían secuestrado a su amiga.

—¿Qué ha sido de ese Bill Fay?

Al oír aquel nombre, Hicks pareció salir por un momento de su trance virtual.

—Esa es una larga historia, inspectora. Se ha marchado. No era quien decía ser, pero no parece estar implicado y hasta nos ha ayudado a dar con la dirección. Ya habrá tiempo de buscarle.

Garretti reaccionó como cualquiera lo habría hecho, salvo el propio Hicks, que era difícil de sobresaltar.

—¿Me estás diciendo que mintió al decir quién era, que se ha largado, os ha facilitado la dirección a la que debíais dirigiros y a pesar de todo eso, según tú, no está implicado? Dime una cosa, Hicks: has escuchado lo que acabo de decir. ¿No te ha sonado mínimamente sospechoso? ¿Soy la única que no se fiaría de la palabra de ese mentiroso?

Garretti, estupefacta, esperó la reacción de Hicks, que simplemente se encogió de hombros, sosteniéndole la mirada, con total tranquilidad. Era como si al formular tantas preguntas seguidas, cada una fuera anulando a la anterior.

—Yo solo hago lo que Ackerman me ha mandado. Él se ha fiado de la información. Y a la vista está que algo hay en esa granja, de lo contrario ya nos habríamos enterado. Hace unos minutos avisó de que estaban dentro. Es mejor mantener la calma y esperar.

Hicks desvió la vista a la pantalla. El arco de sus cejas resultaba casi cómico y lo habría parecido en cualquier otra circunstancia, pero jamás en aquella. Solo provocó que Garretti perdiera los nervios.

—¿Qué... qué coño estás mirando?

—Inspectora, debería... —dijo señalando el monitor.

Garretti reaccionó y cruzó de nuevo la mesa para situarse a su lado. Efectivamente, algo había cambiado, y en ese momento parecía estar teniendo lugar una retransmisión. Había movimiento, aunque todo estaba muy oscuro.

—¿Qué es, una grabación?

—No podemos saber si es en directo o no. Ahora mismo no podemos saber nada —explicó Hicks, sin que sus palabras pudieran servir de ayuda.

Parecía el interior de algún almacén o estructura de madera. Poco a poco fue apareciendo una franja de luz a través de uno de los costados. Una puerta corredera se alzaba entre la oscuridad. Dos siluetas. Garretti reconoció a Joel, su chaqueta de pana, su postura erguida al caminar. A su lado apareció alguien más. Por la altura, podría ser Henry o el agente Perkins. Este le adelantó, alzando una linterna.

—Hicks, hay que avisarles de que están siendo vigilados. Puede ser una trampa. Manda a Ramírez de inmediato.

—¿No deberíamos esperar? Todo parece muy calmado.

—¡Esto es importante! ¿Crees que no saben ya que están allí? ¡Les están grabando! ¡Avisa. Es una orden!

Hicks asintió sin rechistar; se acercó a su radio y pulsó varios botones en busca del canal adecuado.

—Ramírez dice que no contestan desde hace unos minutos. Ya está en marcha.

Garretti escuchó con atención sus palabras, que cayeron como un cubo de agua fría. Sacó enseguida su móvil y marcó el número de Joel, que era el primero en aparecer... Imposible, no había señal.

—¡Mierda...!, un dispositivo actúa de interferencia allí... —maldijo susurrando cada vez más preocupada.

No era capaz de alejarse y perder de vista la pantalla. Estaban allí, los veía, pero no había forma de comunicarse con ellos. Se sentía como si fuera testigo de una tortura, cómplice de ella por no poder hacer nada al respecto. El agente Perkins, si es que era él, se acercó a la esquina más alejada del granero. Alzaba el arma y se acercaba con paso seguro a una pila de paja, que quedaba casi fuera del alcance del campo de visión de la cámara. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos: un fogonazo de luz blanca invadió la pantalla y un instante después la imagen perdió la señal. Garretti lanzó un grito de horror, al tiempo que retrocedía tapándose la boca.

—¡Dios mío...! —masculló Hicks.

Garretti topó con la mesa a su espalda, lo que la hizo volver en sí tras la impresión.

—Que vaya la ambulancia, que vayan a la granja enseguida —murmuró.

No había pasado ni un minuto cuando Garretti ya estaba en el coche, conduciendo hacia la granja que había visto estallar por los aires, con Joel Ackerman en su interior.

Una densa vaharada de humo negro como el carbón se abrió paso a través del hueco de la escalera, buscando la salida que la explosión había improvisado allí arriba. La casa al completo resplandecía con una luz anaranjada que caldeaba el suelo y las paredes. Sandy se encogió en el suelo antes de reaccionar. No era capaz de evaluar el alcance de la situación desde su posición. Solo había sentido una explosión en el interior de la casa; debía de haberse producido en la cocina, por lo que aún contaba con tiempo para salir de allí antes de que las llamas alcanzaran la entrada y quedara atrapado. Se incorporó aturdido, con la vista emborronada, y comenzó a bajar las escaleras palpando constantemente la barandilla, pues no se distinguía absolutamente nada; el humo no cesaba de buscar un punto de escape y subía sin parar. Tosió repetidas veces, aun a pesar de estar respirando con precaución a través de su jersey. Tenía muy presente el grito desgarrador que precedió a las detonaciones. Alcanzó suelo firme y buscó a tientas la puerta al exterior. A su izquierda, los muebles destrozados por el tiempo eran pasto de las llamas. En cuestión de segundos, el fuego había alcanzado el viejo sillón raído junto a la chimenea y de ahí se extendió por toda la sala. La temperatura era insoportable.

—¡Perkins! ¿Puedes oírme? —gritó repetidas veces, perdiendo la esperanza de obtener alguna respuesta.

Una puerta cerrada con firmeza, pero que estaba abierta momentos antes de que todo ardiera, llamó su atención y le infundió un mínimo de esperanza. Era el pequeño aseo entre las escaleras y el comedor.

Se acercó esquivando una lluvia de chispas y pavesas procedente de la combustión de algún mueble. Tocó el pomo y empujó, aunque algo pesado se oponía. Una pierna se podía ver por la abertura. Sandy cargó sobre la puerta hasta poder pasar a través de lo abierto. Perkins estaba tumbado de costado pegado a la puerta. Estaba vivo; respiraba al menos. Se convulsionaba, gimoteaba y contraía las manos sobre el rostro. Sandy percibió el olor a quemado que desprendía su piel. Aquello era una pesadilla.

—Eh, chico, tranquilo. Soy yo. Voy a sacarte.

Sandy se agachó a su lado y le pasó los brazos por el costado. El herido no tenía fuerzas para ayudar e incluso dudaba de que estuviera consciente. Consiguió levantarlo con esfuerzo y abrir por completo la puerta. Lo arrastró como pudo hasta la salida. Con una mano en el pomo, otra explosión más le sorprendió. Rompió varias ventanas del salón. «La furgoneta», pensó. Debía sacar a Perkins de allí, alejarlo de las llamas, buscar a sus compañeros y pedir ayuda urgente. Aquello no había sido nunca una misión de rescate, sino una trampa, y ellos habían caído como moscas en la miel.

Perkins balbuceó algo ininteligible entre lamentos mientras él lo arrastraba por el porche y bajaba la escalera lo más cuidadosamente posible. La visión del exterior no fue para nada esperanzadora: donde antes había un granero, ahora solo quedaban restos en llamas, la furgoneta se había desplazado varios metros y estaba volcada y envuelta en llamas también. No había ni rastro del resto del equipo.

—¿Sandy? —la voz de Perkins ganó consistencia.

Libres de la molesta cortina de humo, el aspecto que presentaban las heridas de Perkins era ambiguo. Las manos y los brazos se habían llevado la peor parte, pero la cara solo presentaba algunas rojeces alrededor de los ojos. No era ningún experto como para asegurarle que se pondría bien, pero confiaba en que saldría de esta. Sandy se agachó a su lado una vez que estuvo lo suficientemente lejos del peligro. El chico no hizo intento de incorporarse.

—Shhh, tranquilo. Estamos a salvo. No te muevas, la ayuda está en camino. Voy a buscar al resto.

Lo vio asentir levemente gracias a la fuerte iluminación de la enorme tea en la que se había convertido la casa principal de la granja.

Notó el peso de aquel teléfono que había encontrado momentos antes de toda aquella locura. Cerró la cremallera del bolsillo para evitar perderlo. Sacó entonces la radio que Joel le había entregado; había perdido el auricular con el micro en algún momento.

—Henry, Joel, ¿me oís? ¿Me oye alguien?

Estática y más estática, aquel cacharro estaba tan echado a perder como la casa o el granero.

—¡Sandy!

Lo oyó no muy lejos. La inconfundible voz de su compañero de fatigas. Henry apareció apresurado entre la furgoneta y el granero, arrastrando un cuerpo. Sin pensarlo dos veces echó a correr en su ayuda cruzando entre las

llamas. Al llegar a su lado le alivió comprobar que Henry al menos estaba tan ileso como él mismo.

El agente notó el interés de Sandy por conocer la identidad de quien arrastraba.

—Es O’Connell. Estaba dentro del granero cuando estalló. Lo vi... salir despedido por una ventana.

Sandy comprobó que efectivamente se trataba del joven irlandés. Sintió arcadas al ver el rostro carbonizado del pobre agente.

—Está muerto...

Sandy no dijo nada. Juntos arrastraron el aún humeante cuerpo lejos de la zona de peligro, asegurándose de que Perkins no se percatara.

—¿Tú estás bien? —se preocupó Henry una vez a salvo del fuego.

—Sigo entero. —Sandy vio como Henry echaba un vistazo al cuerpo de Perkins—. Mejor que él. Necesita un médico.

Henry asintió arrugando el rostro mientras analizaba el estado del herido.

—¿Y Joel? Creo que estaba junto al granero, pero no consigo encontrarlo entre tanto caos.

El granero estaba lleno de viejas herramientas y placas de hierro que ahora se habían esparcido por todas partes. Los montones de paja seca actuaron como un feroz combustible, avivando rápidas y potentes llamas por todo el terreno. El calor dificultaba la tarea de búsqueda. Aun así Sandy se aproximó todo lo que pudo para inspeccionar cada metro en busca de su colega.

—¡Ve hasta el coche y avisa por radio! Que venga la ambulancia. Que nos manden a los bomberos cuanto antes —exclamó al tiempo que se protegía la cara del calor de las llamas.

Justo en el momento en que Sandy terminaba de decirle aquello, el eco de las sirenas llegó sobrepasando el crepitar del voraz fuego. Henry corrió a la carretera al ver un coche patrulla seguido de la ambulancia.

Ramírez habría podido oír tales explosiones. Ahora solo debían dar con Joel.

—¿Sandy? No..., no puedo... ¡No puedo ver! —gritó Perkins con un alarido final.

Sandy se volvió alertado por aquellos lamentos. Encontró a Perkins sentado golpeándose los ojos con las palmas de las manos.

—¡No puedo ver! Dios, mis ojos, ¡no veo...! Me arden —chillaba desgarrándose la garganta, atormentado por la ceguera.

Sandy corrió a su lado para tranquilizarlo. Le agarró con cuidado de las muñecas para evitar que siguiera restregándose los ojos con las manos llenas de ampollas.

—Te pondrás bien, Perkins. La ayuda ya está aquí —le calmó a duras penas.

Era consciente de que le mentía; hubiera querido no asegurarle que todo saldría bien, pero lo hizo, le juró que los ojos estaban bien, que solo necesitaba reposo. Mientras, siguió con interés el avance de la ambulancia. Vio bajar de la parte trasera a tres sanitarios pertrechados con material médico. Uno de ellos lo localizó y se dirigió directo a donde estaban.

—¡Aquí! Ha sufrido quemaduras en el rostro y las manos. No puede ver. Está muy alterado —le explicó al primero que llegó.

El sanitario sacó de un bolsillo una jeringa lista para calmar al paciente, dado que no dejaba de resistirse y manotear en los brazos de Sandy.

—Nosotros nos encargamos. ¿Hay más heridos?

El chico echó una ojeada al cuerpo sin vida de O'Connell, que todavía desprendía calor.

—Tarde para él —murmuró Sandy—. Pero el jefe de policía sigue sin aparecer; estaba cerca del granero cuando hizo explosión... —le informó, aunque más para sí que para el sanitario, que no prestaba mucha atención a sus palabras, aplicado en examinar el rostro del atormentado Perkins.

Cada segundo que pasaba le alejaba más de la certeza de que Joel estaba a salvo.

—¡Henry! —su compañero estaba en ese momento hablando con el recién llegado Ramírez.

Henry se dio la vuelta al oír su nombre. Sandy avanzaba de nuevo hacia el fuego, en otro intento de encontrar al bueno de Joel.

Ramírez le siguió hacia aquel horno de pesadilla.

—Sandy necesita ayuda. Joel estaba en el granero en el momento de la explosión.

—Joder... —Ramírez se pasó una mano por el pelo, resoplando ante la abrumadora imagen de aquella enorme granja en llamas—. ¿Y hay alguna... posibilidad...? —Lo dejó en el aire.

—Ve con Sandy: necesita ayuda.

El agente asintió y se retiró siguiendo la pista de Sandy. Henry se apoyó en las rodillas, flexionándolas ligeramente. Las fuertes emociones vividas momentos antes le estaban pasando factura. Cuando sintió la primera

explosión, estaba aún en el interior de la furgoneta. Se lanzó de forma instintiva fuera de ella siguiendo la estela de humo que procedía del interior de la casa y, gracias a eso, la explosión del granero le pilló lo suficientemente lejos de las llamas que pronto alcanzaron el vehículo devorándolo en cuestión de segundos. Escuchó los agónicos gritos del agente O'Connell, hasta caer sin vida envuelto en llamas.

Henry se dio la vuelta y vomitó, tosiendo sin parar. Los pulmones necesitaban aire fresco. Le temblaban las piernas. Al otro lado del coche, el calor de las llamas no era tan sofocante y se refugió allí. Solo unos segundos le bastarían para recobrar fuerzas. Intentaba respirar, oxigenando sus pulmones mientras su cabeza no dejaba de pensar. ¿Qué iban a hacer si Joel...? Él tampoco era capaz de finalizar esa pregunta. Un crujido en el campo de maíz al otro lado de la carretera consiguió que se irguiera, olvidando el malestar que le atenazaba el cuerpo. Era un crujido significativo: pisadas. ¿Había alguien allí, observándolo todo? Tal y como Ramírez le acababa de decir, los habían vigilado en todo momento, y hasta en la comisaría habían sido testigos de la explosión. Aquel asesino sanguinario no había querido perderse su obra. Y todavía estaba allí. Henry desenfundó su pistola y apuntó sin vacilar.

—¡Sal de ahí con las manos en alto!

No dudaba de su instinto. Allí había alguien. Tras unos segundos que pasaron como horas, volvieron los crujidos, pero alejándose. Huía.

—¡Un sospechoso se da a la fuga! —gritó con todas sus fuerzas para que le oyeran. No esperó a comprobar si Ramírez o el resto eran conscientes de su persecución. Comenzó una carrera abriéndose paso por el maizal ya marchito, mezclándose entre los altos tallos color ocre. Guiándose por el oído y tirando mucho de intuición, avanzó en aquella oscuridad aliviada por la luna llena. Pero Henry no llegó muy lejos, porque mientras apartaba rastrojos de su camino, algo contundente le golpeó en la cabeza, derribándolo al suelo; allí recibió nuevos golpes hasta que sus ojos dejaron de ver el cielo estrellado y a los oídos no le llegó más el crepitar de las llamas que devoraban la granja Forbes.

Los chorros de agua a presión que regaban cada rincón pasto del fuego daban forma al nuevo eco sonoro que lo invadía todo en kilómetros y kilómetros de tierras de cultivo y abandono. Las llamas perdían terreno frente a su enemigo natural y el panorama se presentaba aún más desolador y caótico, si cabe, que cuando todo era luz y calor. Garretti aún temblaba al recordar como se le vino el mundo encima al llegar al lugar, al observar como se lo llevaban a él en camilla. Un hombre tan robusto y tenaz como Joel Ackerman aparecía irreconocible bajo aquel manto de inactividad chamuscada. «Pero vive. Es fuerte y se recuperará. Otros no han tenido esa suerte», le recitó la Garretti que nunca se rendía, la que podía seguir al pie del cañón confiando en que todo saldría bien si daba lo mejor de sí misma. Esa Garretti constituía la mitad de su ser, pero por desgracia la otra mitad se sentía limitada, vulnerable y, por primera vez en mucho tiempo, asustada. Sofia Garretti, única inspectora de la policía de Rockville, tenía miedo. De perder algo que aún quizás ni existía más allá de sus esperanzas. Miedo de no encontrar el camino que esperaban que pudiera seguir aquello que sentían... Miedo de ser la siguiente en caer ante aquel asesino. Porque si Joel se debatía entre la vida y la muerte, es que nadie estaba a salvo.

Sus pensamientos debían estar con Henry, ocupar la mente en otros asuntos que no podía atender desde la lejanía de los campos de maíz. A ellos debía acudir sin pérdida de tiempo, el tiempo de Henry. Varios agentes, comandados por ella, habían comenzado un barrido por la zona en busca del detective privado, que había sido visto por última vez corriendo hacia los exiguos campos de maíz, en pos de una sombra. Garretti de nuevo se dejó influenciar por su mitad más encomiable, pues a pesar de haber transcurrido ya más de veinte minutos de aquello, Henry era un tipo cuidadoso, inteligente. No debía albergar dudas: estaba vivo y necesitaría ayuda. Varios metros a su izquierda, Sam gritaba el nombre del desaparecido como si a mayor volumen e insistencia Henry fuera a darse por vencido y dejara de jugar al escondite.

—¿¿Alguien ha visto algo?! ¿¿Garretti!?

Así era Sam. Le recordó a esos charlatanes de las ferias locales que venden boletos en las tómbolas. A bombo y platillo.

—¡Nada por aquí, agente Bingum! —le gritó ella de vuelta. Lo llamó por su apellido, como siempre que pedía con disimulo algo más de decoro por su parte. Últimamente, solía funcionar. Últimamente, Sam parecía más razonable, menos hombre de las cavernas.

Su intranquilidad se alió con su torpeza, ocasionándole un estúpido traspiés con un hierbajo seco. Garretti cayó de hinojos y perdió primero la linterna, luego el equilibrio, para aterrizar de bruces. Las manos resbalaron y quedó completamente boca abajo. «Menuda mierda», maldijo definiendo con esas palabras mucho más que una aparatosa caída. Tardó más de lo necesario en recuperar la verticalidad y reanudar la marcha. Todavía en el suelo, se volvió mirando al cielo y observó la luna llena, que estaba preciosa, inalterable. A ella no le perturbaban las llamas de un incendio o la desaparición de un buen detective; les había acompañado en su plenitud durante toda la noche, testigo mudo de cada acontecimiento. ¿La habría visto Henry tal como la veía ahora ella desde el suelo? Comenzó a lamentar haberse dejado llevar por ese pensamiento, pero aquello le dio una idea. Escrutó a ambos lados en busca de su linterna. La luz de la luna creaba sombras enigmáticas en cada raíz. La localizó: estaba al alcance de la mano. Desde aquella posición volvió a sostenerla y comenzó un barrido de derecha a izquierda. Paró en seco cuando, a unos pocos metros, alumbró un trozo de tela roja entre la maleza. Desde arriba no lo habría localizado con tanta facilidad. Sofia Garretti era una mujer consecuente y en su opinión de todo se podía sacar un beneficio si se buscaba con esmero. Allí estaba el suyo, las magulladuras de las rodillas se perderían en la niebla del olvido si aquello que veía era una prenda realmente, y mucho más si alguien la llevaba puesta. Se levantó llena de una energía repentina y alzó y agitó las manos para atraer la atención de sus compañeros.

—¡Aquí! ¡He encontrado algo!

Siempre con las manos en alto para que pudieran situarla, avanzó hacia la tela roja, cada vez más destacada del entorno natural en el que se encontraba. El rojo sangre de aquella tela relucía bajo el haz luminoso de la linterna. Distinguía algo más. Un brazo, sí, aquello era un brazo..., y podía respirar aliviada: estaba unido al resto del cuerpo de una persona.

—¡Está aquí! ¡Que vengan los sanitarios! —gritó esta vez dejándose llevar por la excitación.

Sam apareció a su lado a los pocos segundos, jadeando acelerado, sorteando los restos de aquel maizal casi marchito. Garretti no prestó atención a su llegada, sencillamente porque lo que tenía delante la dejó por completo fuera de juego.

—¡No me jodas...! —expresó Sam con palabras a su estilo lo que reflejaba el rostro de Garretti.

—¡Que vengan los sanitarios! —gritó de nuevo—. No entiendo nada...

\* \* \*

Sandy bajó del ascensor en el tercer piso, como quien simplemente pasea sin rumbo fijo. El hospital estaba desierto. Alguna enfermera de aquí para allá y contados pacientes paseando su insomnio acompañados por goteros con ruedas. Eran casi las cuatro de la madrugada y todo Rockville acostumbraba a dormir a aquellas horas a pierna suelta, o al menos lo intentaba. Nadie, ni siquiera Crawford, conocería aún la magnitud de la tragedia sucedida apenas un par de horas antes. Una tragedia que había contado con un final de altura, de los que dan sentido a eso de que «la realidad supera la ficción». Ese remate tenía nombre propio: Laurie River, quien en un estado de semiinconsciencia había aparecido en el lugar donde todos esperaban encontrar a Henry. Pero este se había esfumado dejando tras de sí el agri dulce consuelo de hallar sana y salva a una víctima inocente.

Su paseo hospitalario sin rumbo aparente evidenciaba algo grave en Sandy. De camino al hospital había pasado por su despacho, agarrado el diario de Joseph —que acabó tirado en una esquina— y abierto con ansiedad el bote de tranquilizantes: de este hizo un uso generoso. No lo entendía. ¿Por qué Henry? Teniéndole a él, su verdadero objetivo, a escasos metros, su enemigo seguía con aquel juego magnificando el sufrimiento. Todo ocurría por su culpa. O'Connell había muerto, Perkins lo más probable es que no volviera a ver ni a sentir con las manos, y Joel se debatía ahora entre la vida y... lo que no lo era; no, no podía decir aquello de él, se negaba. Henry había desaparecido y él, herido allí donde ningún doctor ni cirujano podía serle de ninguna ayuda. Henry no era Joseph, no había caído en desgracia por jugar con fuego, no estaba recogiendo lo sembrado, pero eso al destino no le había importado a la hora de colocarle en aquella horrible situación.

Sandy avanzó desganado hasta la habitación en la que estaba Laurie, recuperando poco a poco la lucidez. Jane ya estaba a su lado. La perfecta amiga, infatigable. Sintió alivio, por una parte, al saber que ahora Jane respiraba tranquila. No podía olvidar que ella era la que más riesgos corría, por todo lo que significaba para él. Por ello había medidas que no podía olvidar. No las recordaba en aquel momento: sería uno de los efectos de su immoderada automedicación. Con un par de horas de sueño, todo volvería a la normalidad. Lástima, la idea de un descanso, por corto que fuera, no la veía factible con Henry en paradero desconocido.

Encontró a Garretti apoyada en la pared, frente a la habitación de Laurie. Repasaba unos informes, fotografías de sospechosos listos para ser identificados por la víctima. Era su turno para arrojar algo de luz a su secuestro. La valiente y capaz inspectora se percató de su presencia. Habría jurado que sonrió al verlo, pero Garretti no regalaba sonrisas y mucho menos cuando Joel Ackerman o cualquier otro agente se debatía entre la vida y la muerte y los culpables aún no descansaban entre rejas o en el cementerio. Ella se le acercó guardando sus papeles en una carpetilla que depositó en el suelo. Sandy olfateó el ambiente a su llegada. Olía a café y a perfume de rosas.

—Se encuentra perfectamente. Los médicos dicen que podré hablar con ella en unos minutos. —Sandy asintió silencioso—. Jane está con ella. Es bueno que no esté sola. Su familia vive lejos. Cuando uno está en este sitio, necesita saber que no está solo...

La mirada de la inspectora se perdió en los puntos suspensivos de su comentario. A Sandy no le costó leer entre líneas. Aquello le daba una confirmación que hacía meses que le rondaba por la mente.

—Joel sabe que estás a su lado. Es un tío verdaderamente duro y esto no podrá con él.

Garretti alzó sorprendida la vista. Sus mejillas se sonrojaron un instante. La pequeña furia que había en su interior acudió en su defensa.

—Oh, claro, también lo decía por él. Me preocupa el jefe: es un gran tipo. Admirable la mayor parte del tiempo, tú ya le conoces.

Sandy sonrió.

—Sí, por eso sé la suerte que tiene de contar contigo.

Esta vez ella no tuvo más remedio que rendirse a lo evidente.

—¿Cómo...? —empezó, intentando decidir si Sandy estaba hablando por hablar o si realmente sabía algo de lo de ellos.

—Joel puede ser muchas cosas, pero ¿discreto?, eso jamás. —Sandy se dio cuenta del ceño fruncido de ella—. Tranquila, inspectora, no soy quién para juzgaros. Solo era una corazonada. Lo vuestro sigue siendo un secreto.

Garretti suspiró con alivio reclinándose en la pared.

—A veces ni yo misma sé lo que estamos haciendo. Pero esta noche, cuando vi la explosión en aquel monitor..., sentí que... no puedo perderle. No ahora...

Sandy se colocó a su lado.

—¿Cuál es el diagnóstico?

—Lo mantienen en coma inducido. La plancha metálica le protegió del fuego, pero le ha provocado traumatismos y hemorragias internas. Varias costillas rotas, neumotórax y no descartan daños cerebrales. Soy capaz de decirlo todo de carrerilla y con tanta frialdad...; creo que no termino de entender lo jodidamente mal que suena.

—Piensa en lo que puedes hacer, no en lo que pueda pasar. Ahora estás al mando. Procura detener esto.

Garretti se pasó las manos por el pelo. Mucha responsabilidad sostenían sus hombros. Una responsabilidad que no había pedido, que no estaba preparada para asumir.

—Oh, Dios... Voy a necesitarte, Sandy. Ahora más que nunca, tu sitio está con nosotros.

Su sitio. Lanzó un resoplido a modo de risa. Ni él mismo sabía ya dónde estaba tal cosa. Dudaba, por mucha confianza que depositara en Garretti, de que ella fuera capaz de saberlo.

—Prometo hacer todo lo que esté a mi alcance. Con eso debe bastarte. No puedo jurarte que actuaré como esperas de mí.

—Quizás estés dando por supuesto algo que en realidad yo no espero de ti —Garretti se situó frente a él. Le sostuvo la mirada, fría—. Encuéntralo. Acaba con él. No te detendré. Pero no busques un final que no te pertenece.

Luego se dirigió a la puerta de la habitación de Laurie, recuperando al paso su carpetilla.

—¿Por qué dices eso?

Garretti le respondió con una sonrisa trágica, inusual. Parecía vulnerable, superada por los acontecimientos.

—¿Entras? Ella es nuestra mejor baza en estos momentos. Cuanto antes nos cuente lo que sabe, mejor.

—No. No, lo dejo en tus manos. Mañana me enteraré de todo.

Ella volvió la mirada hacia la puerta, pero Sandy aún la detuvo antes de que entrara.

—Él sentía lo mismo. Allí, en la granja, en los momentos previos a irrumpir en ella, supe que le preocupaba lo que pudiera pasarle. Ahora sé que era por ti.

El detective se dio la vuelta para salir de allí, dejando a una sorprendida Garretti con la mano en el pomo de la puerta. Necesitaba tiempo para pensar en casa. Y no soportaría volver a estar en la misma habitación que Jane sin acariciar sus mejillas, sin abrazarla y decirle que todo estaba bien. Porque si entraba, no lo estaría.

Llevamos más de tres meses viviendo en las calles, juntos. Recuerdo cada día que hemos pasado como simples despojos de la sociedad. Ella solo ha conocido esta vida, la soporta, la comprende. Yo no puedo olvidar las comodidades de un hogar. Desayunar viendo la televisión (desayunar ya de por sí es algo que no solemos permitirnos), una ducha de agua caliente...

En estos meses, yo he aprendido a conocerla, a entenderla, a disfrutar de su compañía. Es tan frágil por fuera como fuerte por dentro. Es una superviviente que no pierde la sonrisa aun sabiendo que las cosas seguirán así al despertar al día siguiente, y el simple hecho de despertar mañana ya supone un logro. No llevo tan mal como esperaba el tener que lavarme en un río de las afueras, donde el agua siempre está verde y helada y no huele especialmente bien, pero es eso o correr el riesgo de dormir constantemente entre chinches. Solo tengo dos mudas de ropa, pero de momento es suficiente. Lo único que temo es la llegada del frío. El frío de verdad.

Estuvimos refugiados durante unas semanas tras el almacén de una tienda de ultramarinos. Solían tirar muchas cajas de cartón, plásticos y, los mejores días, hasta paquetes de comida casi caducada. Ese «casi» supone hoy día una gran diferencia entre comer o no. Ella es toda una experta en saber cuándo algo es demasiado peligroso para el estómago. Yo, en cambio, siento tanta hambre que todo me parece adecuado, todo riesgo es mejor que dormir una noche más con esas horribles punzadas en las tripas. Mi único alivio lo encuentro cada noche, al volver a nuestro escondrijo y ponerme a escribir estas líneas. Soy consciente de que he pasado sin escribir varias semanas. No quiero abusar de lo que este cuaderno me aporta; sé que no será eterno y no tengo muchos recursos para conseguir más: no quiero llenarlo de días sin nada que contar.

Me planteo constantemente terminar con todo, de la forma más inesperada, me planteo volver a ser persona y que puede que esta penitencia no merezca la pena. Quizás haya otras formas de pagar por lo que hice...

Hoy, por primera vez, me ha dicho su nombre: Jo, diminutivo de algo más que no conozco; es muy reservada y esquiva con su pasado. Realmente no sé nada de ella pero no me importa, sé quién es ahora, comprendo cada gesto de su rostro, cada movimiento de su cuerpo. A cambio, ella jamás ha reclamado nada de mi otra vida. Sabe, por mi torpeza y mi nulo conocimiento de la vida que llevamos, que vengo «de arriba», como lo llama ella, de una vida convencional, de un buen hogar. De fiestas de cumpleaños y Navidades en familia. Nunca imaginaría que mi cara, mi nombre, han estado en los pensamientos de muchos últimamente. Me sorprende que mi foto haya dejado de salir en los periódicos. Jeremy Clemens ya ha sido olvidado... Pero basta de eso; me gustaría plasmar aquí cosas positivas. De un tiempo a esta parte hemos

encontrado buenas personas, o al menos «no malas», que ya es bastante. Lo que no me gustó fue descubrir, a estas alturas, lo que hace que Jo sonría cada mañana. Esas personas con las que compartimos nuestro tiempo tienen la culpa de las muchas adicciones de Jo. Tiene tantas como podría haber tenido yo de haber seguido en mi otra vida. Es curioso como ahora estoy libre de cualquier tentación de ese tipo, ahora que ya no debería quedarme otro consuelo. Yo no la culpo y no intento cambiarla; somos como somos y no hay más, no lo habrá. Sus amigos le han hablado de un *camping* no muy lejos de donde estamos. Jo se despierta entre temblores algunas noches, no es capaz de controlarse; jamás he visto a alguien sufrir de esa manera la abstinencia. No me gusta verla así, por eso ahora trato de que nuestros amigos pasen más tiempo con nosotros, compartiendo con ella lo que cae en sus manos.

Todo ha cambiado desde hace unos días. Ayer volvieron a hablarnos de esa zona en la que podríamos encontrar refugio. Se trata de una comuna, un campamento o algo así en el que quizás alguien nos dé protección, nos preste una caseta, una tienda de campaña o similar. Podrían ayudarnos a pasar el invierno o, quién sabe, incluso podríamos ocupar alguna vieja cabaña de veraneo: hay algunas que nadie ha ido a habitar en mucho tiempo. Son cosas de ricachones, para quienes tener una propiedad de la que presumir es más importante que mantenerla y pasar tiempo en ella. A mí me da miedo, pues el riesgo sería mayor que si nos quedamos vagando de una esquina a otra, pero ahora es algo necesario, Jo lo necesita. Nuestra situación y nuestras prioridades han cambiado. Así que tenemos que ir e intentarlo.

Jane cerró el cuaderno en aquel punto, obligada por el corazón. Le daba punzadas, avisándole de haber llegado a su límite diario. Dosificaba su lectura en pedazos cortos. Leerlo se había convertido en una tarea arriesgada. No quería sufrir tanto como ya lo hacía. Se secó el rostro con la manga del jersey y siguió tomándose un café ya frío. Si había conseguido dormir, habían sido veinte minutos a lo sumo. Laurie estaba bien, pero aun así no era capaz de dejarse vencer por el cansancio. Lamentaba la suerte que había corrido Henry y la situación de Ackerman era una tragedia más en la lista. Sandy seguía siendo un fantasma, como si no estuviera de vuelta realmente. Era quien más la preocupaba.

Era una mañana francamente fría y el aire le tensaba la piel del rostro. Tenía la nariz helada. Pero le reconfortaba, se sentía viva, despierta. Por eso no pensaba abandonar aún el porche. A lo lejos, todavía podía ver el humo abandonando los restos de la granja Forbes. Un nuevo día que parecía una extensión del anterior daba comienzo, estuvieran o no preparados. Era extraño pensar en lo cómoda que se encontraba en su habitual soledad. En casa, conviviendo con el silencio, con el recuerdo de su hermano ahora. Echó un vistazo a su alrededor, satisfecha con lo que veía. El paisaje era precioso, la

naturaleza en su estado puro; no todos podían desayunar de aquella forma. Coco apareció para lamerle la mano en busca de algún resto de comida. Se sentó bajo su silla, como si la perra comprendiera que necesitaba más atenciones que de costumbre.

—Hace un frío terrible, ¿no, Coco? Pero no sé..., me gusta esta sensación... —se contradijo reflexionando en voz alta.

La madrugada había sido gélida: cualquiera que hubiera pasado la noche a la intemperie estaría sufriendo ahora las consecuencias. Pensó en aquellas personas que no tenían un techo donde refugiarse, en Jeremy una vez más. El móvil sobre la mesa la avisó con un breve tono. Mensajería instantánea. Era Kristen:

¿Cómo está Laurie? ¿Se sabe algo de Henry?

La pobre chica hacía todo lo posible por mantenerse informada sin pretender entrometerse en algo de tales magnitudes. Jane escribió:

Ella está bien, ilesa y deseando salir de allí, pero la mantendrán en observación y bajo vigilancia. He vuelto a casa hace un rato. De Henry no sé nada; ojalá lo encuentren pronto.

A los pocos segundos, Kristen volvió a escribir:

Ojalá. Tú..., ¿estás bien?

Eso sí que era complicado de responder, pero igual de incierto. Estaba llevando los acontecimientos mejor de lo que podría esperar de sí misma. Dos años atrás se habría vuelto loca, paranoica, se habría derrumbado en un rincón de su casa. En cambio ahora estaba sentada en el porche, desayunando al aire libre, contemplando el humo de un incendio extinto mientras leía el diario de su hermano muerto, controlando sus emociones. Visto desde fuera, no parecía estar mal. Escribió:

Lo llevo bien. Ha terminado una noche muy intensa y... no pude hacer mucho por ayudar, eso es lo que más lamento.

Como respuesta no estaba nada mal. No sabía si para Kristen sería suficiente. Soltó el teléfono y agarró su taza de café, olvidando por un momento lo frío y poco apetecible que resultaba ya. La alejó de sí asqueada para no volver a caer en el error. El móvil volvió a avisarle que Kristen había vuelto a escribir:

Estoy aquí para lo que necesites. Cuenta conmigo.

«Cuenta conmigo.» Podía contar con ella, lo sabía y lo agradecía, pero no se le ocurría nada que Kristen pudiera hacer por ella, cosa que en realidad no era necesaria; Kristen era una buena chica que ya bastante había hecho desde su vuelta. Aunque quizás... Jane bajó una mano para rascar a Coco entre las orejas antes de volver a coger el teléfono:

Gracias, Kristen. Ya que lo dices, me gustaría preguntarte algo. Tú que creciste aquí, ¿sabes si aún hay un *camping* en los alrededores? Ya sabes, una zona específica para acampar.

Tardó en contestar, por lo que esperaba ya un buen texto:

Bueno, cuando me fui de aquí seguía estando y no creo que hayan cambiado mucho las cosas, no en ese sitio. Era conocido como «el campamento base», una gracia, porque el dueño del complejo era un exteniente o algo así. Había piscina, algunas casas de alquiler y mucho terreno para acampar; estaba bien organizado. Se llega tomando el desvío hacia el norte, por el Aserradero. ¿Pensando en vacaciones?

Jane respondió, y se sorprendió siendo sincera mientras iba escribiendo, sin pararse a pensarlo:

Mi hermano habla de un *camping* en un diario. Parece ser que fue a pasar allí la temporada de invierno cuando no tenía a dónde ir.

Kristen respondió:

Lo que no te he dicho es que lo cerraron hace ya bastante, porque en las temporadas de invierno se llenaba de mendigos y ocupas, y lo destrozaron; el dueño desapareció y todos se lavaron las manos. El Ayuntamiento lleva años planeando restaurarlo, pero siempre queda en promesas. Es tierra de nadie.

Quizás aquellas personas que no tenían hogar siguieran utilizando esas instalaciones como refugio en invierno. Jane se recordó que ella precisamente había contribuido recientemente a abrir un albergue y un par de comedores sociales, que aún seguían ayudando a cientos de personas sin hogar. Una gran labor. Por desgracia, esos albergues no estuvieron disponibles para su hermano. Pocas eran las personas en Rockville que prestaban medios para solucionar los problemas de la pobreza. Pero Jeremy no habría aceptado dormir en un sitio así: demasiado expuesto. Ese «campamento base» habría sido su única opción viable.

Jane le dio las gracias y soltó el móvil recostándose en la silla. Miró la taza y a punto estuvo de volver a incorporarse para cogerla, pero esta vez reaccionó a tiempo. Más le valía que fuera a por otro café caliente; algo en su interior le decía que no pasaría el día allí sentada.

Una nueva arcada terminó en vómito frente al retrete. También hubo una nueva oleada de sudores fríos, de desequilibrios, aunque la sensación era vieja: la de saber a ciencia cierta que aquello era una auténtica mierda. Todo. Sofia Garretti se secó la cara tras haberla metido bajo el chorro de agua fría. No le sentó bien, no la ayudó en absoluto, pero menos la ayudaría no hacer nada. Seguía los viejos trucos, pero el malestar no se iba: quizás estuviera arraigado más profundo de lo que imaginaba. Decir que se sentía como si le hubiese pasado un autobús por encima era quedarse tan corto como asegurar que la diferencia entre un café de máquina y el sucedáneo que compraban en la oficina era puramente anecdótica. Un par de horas antes había tenido lugar el funeral del agente Brian O'Connell, muerto en acto de servicio. Referirse a aquello como solía hacerse, como una «celebración», conseguía que por momentos perdiera gravedad, como si decirlo así no tuviera el mismo sentido. Pensar en O'Connell la llevaba a Joel y, si pensaba en él, las náuseas se acentuaban y esas ganas de plantar cara a la situación se empequeñecían hasta límites irrecuperables. Cerró el grifo de sus ideas al mismo tiempo que el del lavabo. Lista, todo lo que podía, para salir de allí con las ideas claras. Había mucho trabajo por delante.

Ramírez, Hicks, el viejo Sam y el imbécil de Matt. Ese era su equipo para arreglar el caos y el desconcierto y atrapar al malnacido que les había complicado la existencia. Sandy ya estaría en la sala de reuniones. Podía contar con él y eso ayudaba mucho a mantener la respiración. La inspectora Garretti, ahora en funciones de jefa de policía, opinaba que no lograría nada sin Sandy: le necesitaba más que nunca.

Salió del servicio dispuesta a tirar del carro, a intentarlo al menos. Todos en comisaría habían perdido la capacidad de alzar la voz y se notaba cuando alguien lo intentaba mínimamente, atrayendo las miradas del resto. Muere un agente, otro pierde la vista y el jefe se debate entre quedarse con los vivos o sucumbir a las graves heridas, y cualquier sonido que superara el vuelo de una mosca parecía una ofensa a los afectados. En cambio no era así con los murmullos: todos murmuraban y todo era digno de alimentarlos. Su falta de

liderazgo, las ojeras, sus ojos rojos por haber llorado..., ella protagonizaba tres cuartas partes de ellos. Sofia Garretti, la única mujer del cuerpo de policía, ascendida temporalmente a capitana. Aquello levantaría ampollas, incluso entre su círculo más íntimo; el único que parecía brindarle su apoyo incuestionable había resultado ser Sam. ¿Desde cuándo el mundo se había vuelto tan loco?

Pasó por cada rincón sin alzar la vista del suelo, directamente a la sala de reuniones. Al entrar todos centraron en ella las miradas. Allí los tenía, cuatro buenos agentes y un colaborador de altura. Permanecían sentados alrededor de la mesa principal. Para variar, murmurando. Sandy mantenía una prudencial distancia con el resto del grupo. Sin Henry, parecía expuesto; Don Quijote sin su Sancho no era tan gallardo. Garretti caminó con paso firme hacia la pizarra, donde había plasmado lo fundamental del caso, con todas sus vertientes, muertes, misterios y datos de gran valor para la investigación. Ya atraía todas las miradas cuando agarró el rotulador.

—Rododendro. Grayanotoxina. Grosellas. —Garretti rodeó con círculos aquellos términos, de los cuales salían numerosas flechas con más anotaciones —. Estos tres elementos integran la seña de identidad de nuestro asesino. Iremos uno por uno.

Al volverse encontró rostros totalmente entregados con su clase teórica. Sandy observaba aquellas palabras, como si a él le dijeran mucho más de lo que estaba allí escrito o tuviera la información para completar la pizarra. Garretti no dudó que así fuera. Por eso era tan valioso.

—Lo primero, el robo en los almacenes. Damos por hecho que fue perpetrado por el joven John Flannagan, contratado por nuestro hombre. Allí deposita, siguiendo sus órdenes, un rododendro, concretamente del tipo *ponticum*, según el laboratorio. Su objetivo era dejarnos clara su presencia y, de paso, hacerse con documentos confidenciales con el fin de ponerse en contacto con criminales reincidentes: David Frost y Richard Miller; luego pasaremos a ellos.

Hicks y Matt tomaban notas puntualmente, contrastando quizás los datos con la información que ellos manejaban hasta el momento. El veterano del equipo se limitaba a asentir y de vez en cuando, sin que nadie se percatara, bajaba la mirada al trasero de Garretti, con gesto igualmente afirmativo.

—Nancy Fray. Aquí tenemos a la primera víctima, en Rockville al menos, y que nosotros sepamos. En un principio, un caso aislado, aunque las evidencias hablan por sí solas. Aquí entra en escena la mencionada

grayanotoxina. Para los que no somos expertos en botánica o tóxicos, es necesaria una explicación, como la que me han dado hace un rato desde el laboratorio forense. Se trata de una toxina...

—Hasta ahí llegamos todos... —susurró Matt cortando el hilo de Garretti. Sin comentar nada al respecto, continuó ignorando la interrupción.

—Es una toxina presente en el polen y el néctar de esta flor, el *Rhododendron ponticum*, un tipo específico de esta planta. Este es el primer nexo con nuestro hombre.

—Todo el mundo lo llama el Hombre Ilusorio, ¿no? Podemos referirnos a él así, para no liarnos —apuntó de nuevo Matt, esta vez lo suficientemente alto como para llamar la atención de todos.

Garretti le encaró, desaprobando con el ceño fruncido.

—Me da igual cómo se haga llamar ese psicópata, no le daremos el gusto de apodarlo como le plazca. Nos referiremos a él como el asesino o nuestro hombre, porque vamos a trabajar para que ese asesino pronto sea nuestro y pague por todo lo que está haciendo.

Matt se recostó de nuevo en la silla. Torció el gesto alzando los hombros resignado, luego le sonrió, quitándole hierro al asunto.

—Perdona. Tienes razón, jefa.

Garretti no quiso analizar su disculpa ni su forma de pronunciar ese «jefa». Continuó con la exposición de los hechos.

—Había restos de esa toxina en el organismo de Nancy Fray, insuficientes para haberle causado una muerte por intoxicación, incluso más bien anecdóticos, lo que no puede ser sino una muestra más de su necesidad de que supiéramos de quién se trata. Se encontraron pétalos de rododendro en la laringe de la víctima. Queda claro que esa flor es el elemento principal de sus actos. La señora Fray murió de un traumatismo craneal al ser golpeada con violencia. También hay que destacar la lencería que llevaba cuando fue encontrada. Una lencería fina, de alta costura, que, según su hija, no pertenecía a la víctima. Es otro elemento indicativo, otro aviso. En el laboratorio nos han confirmado que las prendas estaban nuevas, sin uso o lavados previos.

Garretti paró para tomar aire, temiendo una nueva intervención de Matt, pero por una vez se equivocó. Así que continuó:

—Su siguiente víctima fue David Frost, alias Gorila, uno de los exconvictos del informe que robó Flannagan. Suponemos que se negó a participar en esto o que exigió demasiado a cambio, y con ello se ganó su pasaporte a la morgue. Nada de cabos sueltos. De nuevo encontramos aquí un

rododendro, del mismo tipo que los anteriores. La autopsia no revela la presencia de la toxina en él, pero esto puede deberse a que Sandy y yo casi le interrumpimos al oír el disparo. Pero sí que aparece el segundo elemento: las grosellas, unas frutas silvestres que crecen en arbustos. Se usan bastante en cosmética, aunque no es uno de los aromas más comunes. Sandy encontró el frasco de un champú de grosellas en casa de Frost. Todo parece indicar que fue depositado allí por nuestro hombre, esperando, antes de abandonar la casa, para que lo encontráramos, para que no quedara duda de que todo era obra suya. La hija de Nancy Fray comentó el extraño olor afrutado que se respiraba en su casa. No encontramos champú de grosellas allí, pero la autopsia de Nancy ha revelado que antes de su muerte se había duchado con el mismo champú que encontramos en casa de Frost. Me repugna la idea de que ese cabrón la obligara a ducharse mientras la observaba y planeaba su final, pero es lo único que lo explicaría.

Garretti se volvió completamente para observar a Sandy. Todo aquello él ya lo sabía, identificaba perfectamente los elementos, cada pista que dejaba: todo era por él. Garretti esperaba algo de resentimiento y hasta temió que se negara a formar parte de aquello, ahora que tanto conocían del pasado que unía a Sandy con el asesino. Apartando estos pensamientos, retomó la recapitulación:

—Estamos en un punto crítico. Nos tendieron una trampa, hemos perdido a dos buenos agentes: O'Connell ha fallecido y Perkins ha quedado impedido con una ceguera que supera el ochenta por ciento. —Garretti esquivó la situación de Joel al notar en la boca del estómago un vacío que la revolvió por dentro—. Nos hemos quedado sin nuestro jefe y han secuestrado a un antiguo compañero. Desconocemos las intenciones exactas de nuestro enemigo, nos lleva ventaja y juega con nosotros. De Laurie River solo hemos podido sacar la confirmación de que Richard Miller fue su secuestrador. El motivo por el que ella está sana y salva es inquietante.

—John Flannagan también está muerto —intervino Hicks para recordarle a Garretti que lo había pasado por alto.

—Sí, cierto —confirmó ella echando un vistazo a la pizarra—. Según Laurie River, Flannagan escapó tras el tiroteo en casa de Frost, con la intención de desaparecer al temer por su vida. Murió en los brazos de ella, según su descripción, por algún tipo de intoxicación muy agresiva. Carecemos de cuerpo y por tanto de autopsia, pero apostaría a que en la mezcla explosiva que le metieron aparece la toxina del rododendro. —De nuevo echó una

ojeada a Sandy preocupada—. He dejado para el final un elemento. Una alianza encontrada en un dedo de Nancy Fray. Ya hemos confirmado que no pertenecía a ella, sino a otra víctima del pasado, concretamente a... Giselle Parrish.

Se hizo el silencio en la sala y todas las miradas se centraron en Sandy. Conocían la historia de Sandy, corrió como la pólvora cuando él se incorporó al cuerpo en Rockville. Una tragedia así era como una leyenda urbana para los polis de una ciudad del tamaño de la suya. Nadie podría haber imaginado que los pequeños sucesos a priori aislados que se habían estado dando allí acabarían por conectar con ese pasado trágico del antiguo jefe de policía. Sandy inspiró de forma perceptible recostado en su asiento, perdido en sus propios recuerdos de Giselle, del caso, de su antiguo yo. Garretti se acercó a la mesa y tomó asiento junto a él, uniendo así el grupo por una línea recta. Desde allí siguió hablando, ahora dirigiéndose en particular al detective:

—Estoy segura de que lo que menos te apetece es hablarnos de ello, pero tú eres el único que se ha enfrentado a él y ha vivido para contarlo, para atraparlo por fin. Para ti, todo ese lío tiene más significado que para el resto —dijo señalando su pizarra llena de círculos y líneas conectoras— y para eso estás aquí, para resolverlo y cazar... a ese hijo de puta.

El interpelado resopló y se irguió tamborileando sobre la mesa. Empezó a hablar con desgana, como si le costara la vida misma dejar salir la voz.

—Desde el principio, todo esto ha sido sin lugar a dudas para atraer mi atención. Sabía que yo estaba aquí. Esperó, dejando miguitas, hasta que llegó el momento de hablar conmigo, y luego nos preparó una sorpresa, su juego. Allí había cámaras, nos veía en todo momento. Caí en el error de pensar que buscaba mi muerte..., pero me quería vivo, por eso esperó el momento justo para detonar los explosivos. Yo oí gritar a Perkins justo antes de que estallaran los primeros. Gritó porque alertado por un extraño pitido abrió un armario y con ello recibió una rociada de ácido en la cara; dentro estaba la bomba que acababan de activar. Apenas tuvo tiempo de reaccionar y apartarse de la puerta en la que ocurrió la primera explosión.

Sandy jugueteó con las manos encima de la mesa, dubitativo, bajo la expectante mirada de quien confiaba y contaba con él más que en cualquier otro. Garretti le posó una mano en el hombro. Eso le reconfortó lo justo para poder seguir con aparente calma:

—Giselle Parrish fue secuestrada a los trece años. De noche, mientras sacaba la basura. Un tipo fuerte, alto, la metió en el maletero de su coche y se

la llevó. Ella no consiguió verle la cara en ningún momento. Le habló, le contó que llevaba observándola mucho tiempo, que ella era para él. Giselle logró escapar aprovechando la confianza que depositó en ella su secuestrador tras un par de días de oscuro cautiverio. Actuó con valentía, le siguió el juego y, cuando bajó la guardia, le golpeó y huyó. Por desgracia, con su vaga descripción poco se pudo hacer. Encontraron el zulo en el que había estado, pero allí no se halló nada que condujera al culpable... Quince años después, llegó a mi despacho su caso. Giselle creció siendo una persona desconfiada, escéptica y con un grado de manía persecutoria que complicaba su existencia. Cambió de nombre y de ciudad un par de veces, siempre que notaba que alguien la seguía al salir de clase primero y luego del trabajo. En comisaría todos la conocían ya, me advirtieron. Tenía poca credibilidad, pero yo confié en ella, me centré en su caso. Con el tiempo, la investigación estrechó nuestra relación. Yo la ayudé a superar sus problemas y ella a mí de muchas otras formas. Un par de años después, nos prometimos. Compartíamos el mismo hogar. Estaba enamorado de su sonrisa, de su pasión por la fotografía, su afición por los perfumes de frutas silvestres...; su champú favorito era de grosellas y siempre lo compraba en una herboristería carísima, pero a ella le encantaba. Yo alenté su vuelta al mundo laboral, a perseguir sueños. Fue modelo de catálogos de moda. Siempre exigía que no le enfocaran el rostro e insistía en que su negocio era su cuerpo. Todo se debía al miedo a salir en las revistas, a que él pudiera encontrarla a pesar de haber cambiado tanto. Vivía obsesionada con esa posibilidad. Hizo un reportaje para una publicación de lencería de una prestigiosa marca italiana. Estaba muy contenta. Recuerdo que me dijo que la dejarían posar rodeada de rododendros, una flor que la había fascinado y desde entonces no paraba de comprar ramos y fotografiarlos. Teníamos la casa llena de fotografías de rododendros. Pero hubo un día en que ellos lo arruinaron. Su cara salió en un catálogo, en portada, una foto que ella no había autorizado y que hicieron fuera de contrato. La publicaron, con aquel rododendro en el pelo. La portada dio la vuelta al estado. La campaña fue un éxito y nada pudimos hacer por impedirlo. Su retrato fue visto en los laterales de los autobuses de algunas ciudades. Supo que la encontraría, que él no habría olvidado su rostro, como tampoco ella había olvidado su voz, áspera y fría. El resto es información de dominio policial. La encontró, la acechó durante meses, planeó su último encuentro con ella, la torturó, la violó y jugó con ella como con una muñeca durante horas. Y mientras, yo estaba inconsciente en mi habitación. Cuando se cansó de jugar, terminó con ella y me

ató a una silla cuando aún la oía gritar. Más tarde, desperté frente a su cuerpo sin vida. Él, a mi espalda, me susurró... lo que le había hecho, cómo lo había hecho... Me quitó la alianza; la de ella también le había desaparecido de la mano. Luego me disparó y me abandonó a mi suerte, que no fue la misma que la de Giselle, algo con lo que ni él ni yo contábamos. Pero así ocurrió... —La mano de Garretti seguía apoyada inmóvil en el hombro de Sandy—. Acabare con ese hijo de puta o él acabará conmigo de verdad —sentenció con total convicción.

Sandy se levantó y salió de allí en silencio, el mismo en el que estaban sumidos los agentes que habían escuchado aquel testimonio, incapaces de intervenir o siquiera de interrumpir. Incluso Matt pensó, por una vez, que se había comportado como un auténtico gilipollas durante aquella reunión.

Laurie constató tras varios minutos con él que el agente Johnson ignoraba por completo quién era Laurie River. Y no es que se estuviera dando aires de protagonismo. Lo que le chocaba es que aún hubiera gente en Rockville que no conociera los acontecimientos de unos años atrás. Probablemente vendría de fuera y sería una de las últimas incorporaciones al cuerpo de policía. Posterior en todo caso a los hechos. Parecía un chico capaz y educado y por suerte era guapo: al menos alegraba la vista. Quizás demasiado circunspecto para su gusto, pero Laurie tampoco podía esperar un trato más informal, teniendo en cuenta las circunstancias. No paraba de pedirle que le repitiera cuál era su relación con lo sucedido, el motivo por el que conocía a John Flannagan, de dónde había sacado su información..., y Laurie no hacía más que repetirle la misma cantinela, una vez tras otra: que lo había sacado de internet, que si antes era periodista y una nunca olvida los malos hábitos... A la pregunta de manual de «¿Qué es lo último que recuerda antes del accidente?», ella respondía haciendo alusión a la muerte del chico, pero sin entrar en detalles. Y ya el mero hecho de hacerlo le entumecía el cerebro, le dolía de verdad revivir aquello. A Garretti se lo contó todo, con pelos y señales, pero se negaba a hacerlo otra vez. No podía ayudar más, y que hubiesen mandado al agente de los hoyuelos atractivos solo servía para lo dicho, alegrarle la vista, eso y amargarle la estancia en su antiséptica habitación, tan descafeinada y sobria como cabía esperar. Cuando Jane le contó que Henry había desaparecido, que su liberación era en cierto modo un trueque, se le vino el mundo encima: apenas tuvo tiempo de creerse la persona más afortunada de Rockville por estar viva, pasó a sentirse como una sucia moneda de cambio, una vida a trueque. Henry era un estupendo amigo y un apoyo cuando se le necesitaba. Era frío en las distancias largas, mas extrañamente agradable y confidente en las cortas. Lamentaba no haberse tomado la molestia de conocerle más y mejor, como si ya fuera demasiado tarde, como cuando uno se entera de que van a dejar de fabricar un helado y lamenta no haber comprado en el súper más cercano las últimas existencias. Se asqueó con aquella comparación tan fría, pero a fin de cuentas, nada

cambiaría el hecho de que Henry corría peligro. De nada servía comerse el coco, al igual que la presencia de Johnson o su insistencia, porque ella no daba más de sí.

No recordaba nada distinto del accidente, el tipo del tatuaje en el cuello, un pinchazo en el brazo, unas voces que hablaban sin decir nada, y luego la noche, directamente la noche, la luna llena, los grillos... y el círculo luminoso de la linterna de Garretti en las pupilas. Punto. Ahí acababa todo hasta el hospital.

Johnson llevaba un par de minutos en silencio, revisando sus notas, cuando el teléfono la salvó del sonido chirriante de los fluorescentes del techo que tanto la desquiciaban.

—Debería contestar: puede ser algún familiar o quizás llamen de comisaría preguntando por usted —dejó caer ella ante la falta de reacción del policía.

Johnson se adelantó, soltó su libretita y alargó la mano hasta la mesita. Contestó con el mismo temperamento con el que había estado haciendo las preguntas. Como si todo fuera cuestión de vida o muerte. Primero escuchó atentamente, dirigiendo sus preciosos ojos grisáceos hacia Laurie, dando la impresión de que le estuvieran contando algo terrible sobre ella. Se apartó el teléfono de la oreja, tapó la parte baja y le preguntó:

—¿Tienes algún primo que se llame Ford, en Arizona?

Ford..., ajá, muy perspicaz, Crawford. Por suerte, primo suyo ni de coña, pensó ella mientras decidía si contestar o delatarle, por capullo.

—Oh, claro que sí, un pariente lejano. Pobrecillo, Jane le habrá avisado de lo ocurrido.

Ojazos dudó entre pasarle el teléfono o informar de que Laurie estaba bien y que pronto saldría del hospital antes de colgar. Hasta su salida de allí estaría bajo vigilancia continua, pues era una testigo primordial. Pero no pudo decirle que no a una pobre chica que en semejante trance no tenía a su lado a ningún pariente. Laurie jugó bien sus cartas, incluso dejó caer alguna lagrimilla, deseosa como aparentaba estar de hablar con su querido primo de Arizona.

—Saldré un par de minutos. No más. Queda prohibido comentarle cualquier cosa sobre el caso. Por favor —insistió tendiéndole poco dispuesto el teléfono.

Laurie asintió con una mano en el corazón. Al coger el aparato, las manos de ambos se rozaron y ella aprovechó para darle las gracias en un susurro muy

cálido y femenino. Johnson se apartó nervioso y salió como un rayo de allí.

«Fuera sonrisa, dentro mala leche, con ese tío no quedaba otra», se dijo acercándose el auricular a la oreja.

—¡Pero si es mi querido primo de Arizona...! Refréscame la memoria: ¿eres ese primo al que un caballo le dio una coz que le destrozó los testículos y quedó estéril? ¿O el solterón cincuentón que vive rodeado de gatos?

Una risa nerviosa al otro lado confirmó que empezaba bien, marcando terreno.

—Veo que no te alegras mucho de oírme. Yo en cambio respiro aliviado después de tanto estrés. En serio, Laurie, me alegra que estés sana y salva.

«Sana y salva», «sana y salva». Lo había oído tantas veces en las últimas horas que ya sentía que aquello la definía más incluso que su apellido.

—¿Y ahora viene la parte en la que me explicas lo importante que ha sido tu intervención en mi rescate? Adelante, estoy deseando conocer tu versión de los hechos.

Un carraspeo y un suspiro. Lo tenía por los huevos. No merecía menos. Laurie se acomodó en la cama.

—Laurie, lo siento..., tuve miedo, ¿sabes? Nunca me había pasado algo así. Quería ayudar en todo lo que pudiera, pero luego temí por mi seguridad; mi vida, todo lo que soy, depende de...

—De tu anonimato, sí. Me ha quedado claro que no hay vida humana que esté por encima de tu jodido anonimato, Crawford... Mira, gracias por la llamada; estoy bien, viva, milagro. Se acabó lo que se daba. Tú sigue con tu existencia, vacía y anónima. Están pasando cosas más importantes, hay gente sufriendo, y no necesitamos más dramas. Que te vaya bien, Bill Fay.

Alargó la mano y colgó haciendo más presión de la necesaria sobre la base del teléfono. Se metió en la cama y se tapó hasta la cabeza, con la cara contra la almohada. ¿Para qué se ponía en contacto con ella? Estaba loco, simplemente eso. Le había llamado así para que supiera que estaba al tanto de las artimañas que había utilizado con la policía, mintiendo, obstaculizándoles cuando podría haber ayudado a localizar esa señal mucho antes, quien sabe si con mejores o peores resultados, pero al menos habría hecho lo que estaba en su mano para colaborar, y sin perder un minuto. Vamos, que era un completo capullo y todo por su maldita fama, que, a fin de cuentas, no era ni real. Laurie inspiró profundamente, contando los minutos de soledad que le podían quedar antes de que Johnson reapareciera en la habitación para atosigarla una vez más a preguntas, buscando un nuevo fleco del que tirar, como si la verdad pudiera

salir poco a poco de ella. Dejándose ganar por la cálida oscuridad bajo las mantas, decidió intentar recordar la noche anterior, sensaciones, sonidos, olores..., la hierba fresca, el barro humedecido por el rocío de la noche... Pero antes debía buscar algo... De pronto, lo encontró, más cerca de lo esperado, más real, casi palpable. Laurie comenzó a respirar de forma entrecortada y allí estaba, lo notó sin llegar a creerlo. Al salir de su escondite entre la ropa de la cama comprendió horrorizada lo que estaba pasando. Era ese olor y provenía de su propia almohada, de su cama, en la que llevaba todo el día. No podía ser cierto: aquel olor afrutado había estado con ella todo ese tiempo y casi no lo había relacionado, y eso que lo recordaba perfectamente, en el coche, quizás en otro lugar. Las drogas no la dejaban recordar dónde había estado, pero sí que tenía claro que había alguien más: el grandullón la sujetó mientras otro la drogaba varias veces, buscando en ella una docilidad apropiada para... jugar con su cuerpo. Laurie se sentó de nuevo en la cama, lívida de espanto. Se llevó un par de mechones de su corta melena a la nariz y al olerlos descubrió que, evidentemente, estaba por completo impregnada de él. No podía ser un perfume, sino quizás un champú o un jabón fuerte. ¿Qué le habían hecho mientras estuvo privada de razón? Alarmada por aquella cuestión que exigía una imperiosa respuesta, corrió hasta el botoncito que en teoría era para alertar a una enfermera: necesitaba ayuda y sabía perfectamente en quién podía confiar... Pero antes debía hacer algunas averiguaciones.

Giselle tenía un efecto muy negativo en el presente de Sandy. Cada vez que el nombre le salía de los labios, acudía a ellos un cigarrillo. Jamás se le dio bien fumar; lo detestaba, de hecho. Le daban grandes accesos de tos, la lengua acartonada le provocaba arcadas, y ya del olor y el tacto de los dedos, mejor no hablar. Por eso, cuando la perdió, empezó con aquel tratamiento de choque. Cada vez que se sorprendía recordándola, evocando el pasado, sus ojos, su piel nívea y fina como el invierno en sus primeras semanas, deliciosa y adorable, recurría al tabaco. Aquello le ponía de mal humor, pues le asqueaba aquel vicio. Con el tiempo aprendió a dominarse, a no dejar que ella apareciera por su mente, y así alejaba de sí aquellos dos males, uno para el alma, para el cuerpo el otro. Siempre querría a Giselle, pero ya no estaba; él, en cambio, sí, y no había más que decir.

Sandy estaba en la parte trasera de la comisaría, justo al salir por la puerta de emergencia. Resguardado allí de miradas indiscretas, se terminaría su terapéutico cigarrillo, apurando las caladas para neutralizar esa tortura antes de entrar. Era necesario todo lo que había compartido con los agentes, pero aun así no debía permitir que cayeran los muros: sus normas estaban para cumplirlas y hasta el momento le había ido bien así. Con Henry ocurría a la inversa que con Giselle: tenerle presente era indispensable, sin duda. A él le debía todos y cada uno de sus pensamientos hasta que lograra encontrarlo con vida. Ahora que todos conocían las debilidades de aquel tipo, estaban en una mejor posición. Los rododendros, el aroma de las grosellas, siempre recurriría a un ritual explícito, y aquello requería tiempo, dedicación, mantenimiento...: mucho como para no cometer ningún error; no tenía otra que ponerse a trabajar en ello a la de tres.

«Uno.»

Apuró la última calada, reteniendo en sus pulmones todo el humo, con la esperanza de rematarlo en el menor tiempo posible.

«Dos.»

Listo. Arrojó la colilla al suelo y la pisoteó con regocijo, restregando el pie con rabia.

«Y tres...»

Exhaló todo el humo entre toses medianamente controladas y limpió sus pulmones con una profunda inhalación del aire fresco de una mañana cualquiera en Rockville, con su agradable pureza. Con aquella colilla terminaba con su recuerdo de Giselle. Cruzó de nuevo la puerta y se refugió en la calidez del interior del edificio climatizado. No contarían allí con un equipo a la última, pero al menos estarían calentitos durante el invierno. Volvió tranquilo a la sala de reuniones y se encontró con que el equipo ya se había dispersado. El tipo tan serio, Hicks, no estaba por ninguna parte, como tampoco Garretti. Sandy se acercó al veterano, con quien más trato había tenido, ya que si miraba al otro agente, el tal Matt, no podía obviar que para él, cuando estaba al mando, siempre fue «el otro novato», y eso quizás aún le escociera al chico. No guardaría mucho afecto para su desconsiderado exjefe.

—Oye, Sam, ¿dónde está la jefa?

Sam se volvió al oírlo. Iba a contestar, pero se detuvo con la palabra en la boca, olfateando el ambiente tras la llegada de Sandy.

—¿Fumas? ¡Quién te ha visto y quién te ve! —dijo como para sí mismo, y ya más alto—: Te has perdido el numerito más ridículo de la temporada. El alcalducho este que nos han impuesto se ha presentado para conocer el cuerpo de policía, darnos el pésame por nuestra pérdida, sus mejores deseos para Ackerman, bla, bla, bla..., menudo fanfarrón, y esa cara de Santa Claus depravado que tiene... Por cierto, está hablando con ella en privado.

Sandy se sentó a su lado. Mal asunto que aquel tipo estuviera allí. No debía olvidar las advertencias de Jane sobre sus intereses personales respecto a él. Había estado fumando unos cinco minutos largos, después de haber ido al coche a por el tabaco y tomarse otros cinco minutos de meditación y relax antes de encender el cigarro. Así que unos diez minutos llevarían allí. Diez minutos daban para decir muchas cosas y oír no menos. El hilo de sus pensamientos se vio alterado por la voz de Garretti, que salía del que tiempo atrás fue su propio despacho. La puerta seguía chirriando de la misma forma molesta que entonces.

—... que no habrá ningún problema —terminó ella con un deje quisquilloso una frase ya iniciada en el interior del despacho.

Al sonido de las pisadas, Sandy reaccionó. Se acercaban: demasiado tarde como para escapar, y de hecho prefería encararse directamente con aquel tipo. Avanzó hacia la puerta y allí se cruzó con Garretti improvisando ese casual encuentro. En los ojos de ella pudo ver compasión, luego todo tenía que

ver con él. Detrás de ella iba el alcalde, el señor Bosley, padre de un asesino y portador de la misma mirada vacía, oscura y desquiciada que su difunto hijo, pero, en su rostro, Sandy apreció cierta maestría, bastante paciencia y gran control, una combinación demasiado peligrosa para alguien con tanto poder.

—Oh, aquí estas. —Garretti se dio la vuelta para ser testigo de la reacción del alcalde, que por el momento sonreía complacido con la situación que esperaba contemplar en unos instantes—. Tengo que hablar contigo.

Bosley cruzó al otro lado de la sala, pasando ante ellos. Fue directo hacia el veterano del equipo. Uno siempre espera encontrar más afinidad con los semejantes. Con Sam Bingum no era buena idea. Sandy clavó los ojos en él, en el instante en que pasaba a su lado. Apestaba a despotismo y arrogancia, como si el verdadero olor de un ser despreciable no pudiera disimularse ni con el perfume más caro. Sandy habría preferido estar fuera matándose a cigarrillos que compartiendo sala con él.

Garretti le cogió del brazo y lo apartó un poco del tránsito, en la práctica arrinconándolo aprovechando su desconcierto. Se dejó guiar pensativo, colérico.

—¿De qué se trata? Quiere algo de mí, ¿no es cierto? —la instó a responder tomando él la iniciativa.

Garretti abrió mucho los ojos al notarse increpada. Adoptó una postura amistosa, relajando el rostro.

—¿Sabías sus intenciones? No puedo creerme lo que voy a decirte, pero no tengo alternativa, Sandy. Se ha abierto una nueva investigación sobre el caso Clemens, concretamente sobre ti. No sé lo que tiene, ni siquiera sé si de verdad tiene pruebas para investigarte, pero se te prohíbe cualquier tipo de colaboración con las autoridades, al igual que no puedes abandonar Rockville sin previo aviso.

—¡Que se vaya a la mierda!, Garretti; no puede apartarme de esto...

—Pues eso es exactamente lo que está haciendo. Tengo las manos atadas. Cuestionan tu integridad psíquica. Varios de tus actos en el breve lapso de tiempo que fuiste jefe de policía... —Alzó las manos para agarrarle por los hombros adelantándose a cualquier previsible reacción y garantizándose su atención—. Escúchame, ¿vale? Estoy segura de que quedará en nada, que solo conseguirá putearte un tiempo. No dejes que se salga con la suya. Te está provocando, no le sigas el juego.

Sandy tenía una mano en la pared, sobre la que parecía ejercer fuerza, como si esperara hundirla o echarla abajo.

—No puedo aceptar quitarme de en medio, lo sabes. Tengo que estar aquí.

Hizo intento de darse la vuelta para encarar al alcalde, pero Garretti le frenó con una única mano en el pecho. Comprobó así, con cierto agrado, el nivel de confianza que su amigo depositaba en ella.

—Sabes que haré lo que sea para no dejarte a un lado pero, de momento, debes irte a casa: puedes ayudar desde allí.

«Desde allí»...; podía hacer muchas cosas desde su casa, pero no entraba en la lista de posibilidades salvar a Henry y cazar al Hombre Ilusorio. Eso no lo conseguiría desde el triste apartamento que ella llamaba «casa». Sandy rio nervioso justo antes de volverse para mirarle. Bosley estaba bromeando con Sam y Matt, sin apreciar el comportamiento hostil que estos mostraban. No le importaba en absoluto saber que nadie quería al alcalde en ese lugar, él reía igualmente, haciendo gala de su aire de superioridad ante los demás.

Desoyendo los consejos que le susurraba Garretti, Sandy echó a andar. Se plantó ante ellos, cortando la conversación banal en la que estaban enfrascados, al menos el alcalde. Este, al tenerlo delante, sacó a relucir de nuevo esa sonrisa de diablo viejo.

—Señor Strunk, lamento conocerle en estas desafortunadas circunstancias. Estoy seguro de que todo se aclarará y cada uno podrá seguir con lo suyo. Ambos estamos aquí porque buscamos lo mejor para esta ciudad, ¿no lo ve como yo?

Partirle la cara habría sido un acto en pro de la ciudad, se dijo reprimiendo el impulso de darle cancha al puño ya cerrado, pero era pura provocación: le habría encantado que Sandy perdiera los estribos. Pero él también sabía jugar.

—Ha decidido usted perder el tiempo con esto, señor Bosley. No soy quién para rebatirle. Solo quiero que sepa que si, por cumplir con su *vendetta* particular, Henry Harper pierde la vida o alguien cercano a mí sufre un destino mínimamente similar, la culpa será suya, usted tendrá las manos manchadas con la sangre de ellos y yo no dudaré en limpiársela a mi manera. Todo por el bien de esta ciudad, por supuesto.

El alcalde no mostró un ápice de temor o sorpresa. Continuó sonriendo, torciendo aún más el gesto. Se acercó un poco más a Sandy y tuvo el valor de palmearle el hombro.

—Debería usted afrontar las consecuencias con mayor diplomacia, amigo. Le vendría bien. Sé que las circunstancias por las que está pasando son

complicadas. Seré comprensivo por esta vez.

Sandy retrocedió un par de pasos, impidiendo el contacto en el hombro. Miró a Garretti, que por el bien de todos no pensaba intervenir. Sandy se sintió desamparado entre aquellas cuatro paredes. Se marchó sin mediar palabra. Comenzó a caminar y no paró, no miró a nadie ni pronunció palabra alguna hasta plantarse en el aparcamiento. Sin embargo, una vez junto a su coche se permitió gritar, un grito bajo, frustrante y desgarrado. Pateó repetidas veces la rueda delantera. Estaba rojo de ira. Abrió el coche y entró. Dio un portazo y dejó caer la cabeza sobre el volante. Ahora tocaba respirar para recuperar el ritmo, volver a pensar con claridad. Prestó atención a unos pasos por el aparcamiento, pero no fue hasta que la puerta del copiloto se abrió cuando alzó la vista con curiosidad. Garretti se sentó a su lado y cerró. Parecía deseosa de haber llegado hasta allí sin ser vista, para lo que controlaba cada ventana que daba al aparcamiento. Luego se centró en Sandy: había una disculpa en algún rincón de aquella mirada llena de fuego.

—Esto no va a cambiar nada. Seguimos siendo un equipo, Sandy. Yo te necesito a mi lado. Pero no puedo enfrentarme a él, no ganaría nada... — Garretti le tendió la mano mientras hablaba. Llevaba algo en ella. Sandy alargó el brazo y ella le dejó caer en la palma de la mano un teléfono móvil, pequeño, negro, rectangular: un clásico de otra época—. Es un teléfono libre. Seguro. Desechable. Con él podremos hablar cuando queramos. Te mantendré informado. Úsalo solo para hablar conmigo. Siempre que suene, seré yo. Tengo uno igual. Mi número lo tienes registrado en la memoria.

Sandy levantó la cabeza del volante para volver a dejarla caer, esta vez en el reposacabezas. Ella alargó la mano para acariciarle la mejilla, encendida por la rabia y el momento de descontrol que acababa de tener.

—¿Te ha pasado alguna vez eso de mirar a alguien que tiene problemas y pensar «no me cambiaría por su pellejo»? —fijó la vista en el techo del coche, como si pudiera ver más allá o este le fuera a responder. Garretti no dijo nada—. ¿Qué se hace cuando son los demás lo que te miran así?

—Acabaremos con esto, Sandy. Y seguiremos adelante. —Su voz era suave, sonaba como tenía que sonar, con su justa medida de ternura y convicción.

Sandy la miró. Ella simplemente permaneció en silencio hasta abandonar el coche, tranquila y erguida. Mandaba allí. Era la única y mejor sustituta que podrían encontrar para Joel.

«Seguir adelante...: las cosas tendrían que parecerse a un tiempo muy pasado para que me resultara atractivo seguir. Pero no dejaré que Joel, Henry o cualquier otro paguen el precio; es mi deuda. Si me quiere a mí, me tendrá. Él o yo, pero esto acabará», se dijo para infundirse valor. Se dispuso a arrancar, pero una melodía le distrajo: era la de su móvil, uno de ellos. Buscó en los bolsillos y sacó primero el que no era, el que acababa de entregarle Garretti. Esparció por el asiento de al lado todo el contenido de los bolsillos hasta que salió el correcto. Como de costumbre, contestó sin molestarse en comprobar de quién se trataba. Era del hospital. El corazón se le aceleró al escuchar a la enfermera presentarse. Temió por Joel. Jane también cruzó fugazmente por su mente. Si le había pasado algo a ella, no estaba muy seguro de saber de lo que sería capaz.

Una voz aflautada y dubitativa le dijo que la paciente Laurie River había insistido en verle cuanto antes. Nada más colgar puso rumbo al hospital. Si Laurie le requería a él era porque sabía que él necesitaba algo que ella le podía brindar.

Johnson, el parco en palabras de Johnson, era como un carcelero. Allí estaba, vigilaba, controlaba, pero no se esforzaba lo más mínimo por hacer que su trabajo al menos resultara ameno. No parecía haber relevos ni descansos en su horario. El agente Johnson, tan íntegro y carismático como el primer minuto, entraba y salía a ratos, hacía su ronda, hablaba con Laurie superficialmente, de su diagnóstico, de lo que recordaba... A veces se salía del guion y, sorprendentemente, tonteaba casi con descaro, le buscaba la mirada y lo que no era la mirada también, más abajo, pero luego salía de allí, como arrepentido por su actitud, y todo volvía a empezar. Laurie tenía restringidas las llamadas, prohibidas las visitas, de modo que su única esperanza de charlar la constituía un chico que a veces parecía bipolar.

No obstante, empezaba a encontrarle interesante. No siempre había querido ser agente de policía, muy al contrario que el ochenta por ciento de los niños; sus «de mayor quiero ser» estaban más ligados con el arte, el escénico en su mayoría. Laurie le sorprendió en un momento de extraña debilidad en el que le confesó haber hecho sus pinitos en televisión y revistas. Nueva York era una meta soñada por muchos y el agente Johnson era uno más de ellos. La sonrisa del chico pareció durante esos pocos instantes sincera y real. Pero un aviso por radio acabó con el paréntesis y, cuando regresó, las ganas de charlar se habían evaporado, volvía la distante formalidad.

Laurie debía hablar con la psicóloga del hospital para que esta la ayudara a afrontar el trauma vivido. Pero ella solo quería hablar con Sandy, era a él a quien debía ver, a quien confesarle todo lo que había recordado, porque de entre aquella panda de uniformados con placa y pistola, ella solo confiaba en él, a pesar de que él ya no formara parte de aquello.

Johnson se levantó nuevamente del sillón, dispuesto a dejarle su rato habitual de intimidación. Le hizo una señal con la cabeza, «estaré fuera si me necesitas». Luego una sonrisa de galán, y adiós muy buenas. Laurie se dio la vuelta y cerró los ojos, pensativa, expectante.

Johnson cerró la puerta y el pasillo le recibió con visita: una sorprendida enfermera que le obstruía el paso. Venía acompañada... de problemas, pudo

intuir.

—Agente Johnson, la señorita River espera la visita de este caballero. Trabaja con ustedes, según me informó su jefa.

Johnson reemplazó la vista de la menuda y sonrosada enfermera por el rostro demacrado y adusto de Sandy Strunk. Ella notó el extraño silencio que se hizo entre ellos y como buenamente pudo siguió hablando con total normalidad:

—Supongo que ya que ha sido ella la que ha pedido hablar con él, no habrá problema, ¿no? Digo yo que hablar con un policía no puede considerarse una visita —insistió la enfermera, como si ella ganara algo consiguiéndole a Laurie esa charla con Sandy.

Pero Johnson no parecía dispuesto a dar su aprobación a las primeras de cambio.

—El señor Strunk no es policía, sino un detective privado —aclaró, más mirando a él que a ella—. A propósito, señor, ¿tiene idea de por qué quiere hablar con usted? Ya hicimos la vista gorda con Jane Clemens, con permiso de la inspectora Garretti. No es conveniente que tenga visitas si no es necesario. Está más segura aislada.

Sandy apartó con delicadeza a la enfermera para encarar a aquel Paul Newman posadolescente.

—Agente Johnson, ¿hace falta que esté aquí la inspectora Garretti para decirte que puedo pasar? Si Laurie ha pedido verme es porque cree que puedo serle de ayuda, más de lo que puede serlo un simple agente recién salido de la academia. Si ella tiene algo que decirme, no se lo voy a impedir, ¿lo vas a hacer tú, agente Johnson?

Johnson pareció dolido. Él no había obtenido nada de Laurie y el todopoderoso Sandy Strunk pretendía llegar, averiguar algo gordo y llevarse todos los laureles, como seguramente pasaría.

—En ese caso, señor, yo soy el agente que le han asignado y debería haber hablado conmigo, si es que tiene algo relevante que contar. Si no ha querido comunicármelo a mí primero, para que yo le trasladara la información, no será algo *tan* urgente.

Sandy, exasperado, decidió dejarlo por imposible. No el hecho de conseguir convencerlo, sino el de siquiera intentarlo. No le importaba Johnson ni su cara de Hollywood: tenía cosas que hacer.

—Oye, chico, hay un loco ahí fuera matando y secuestrando gente. Si esa mujer quiere hablar conmigo y con nadie más, no seré yo el que se lo niegue.

¿Tienes quejas? Todos las tenemos. Yo no soy tu jefe. Pero mucho menos lo eres tú para mí. Así que, con tu permiso o sin él...

La enfermera, aún presente, abrazada a su carpeta, tragó saliva incómoda. Miró condescendiente al agente y luego desapareció nerviosa por el pasillo. Johnson, con el ceño fruncido, se apartó de la puerta sin dirigirle la mirada.

—Que sea rápido.

Sandy ya se esperaba que le saliera con alguna exigencia así, lo que fuera para imponer mínimamente su autoridad. Podía entenderlo porque a fin de cuentas era su territorio y porque se había tragado horas y horas de vigilancia sin descanso, pero las palmaditas en la espalda no se las daría él. Pasó a su lado y agarró el pomo de la puerta ya más sereno.

—Vigila la puerta, que nadie nos moleste. ¿Podrás hacerme ese favor?

Sandy casi pudo notar su turbación al cerrar la puerta dejándole al margen y con un palmo de narices. El ruido apercibió a Laurie, que se volvió bruscamente en la cama. Parecía estar bien, mucho más estable y lúcida que cuando la dejó allí recién ingresada.

—Laurie, no tenemos mucho tiempo. Me han alejado del caso y es cuestión de tiempo que ese fantasmón de ahí fuera disfrute como un enano echándome a patadas de aquí.

Laurie pareció ignorar sus apremios. Con paso firme, sin perder la aparente calma que la envolvía, se le acercó y se abrazó a él, silenciosa. El contacto se extendió rozando el minuto, lo que ya era demasiado. Sandy tenía intención de cortarlo, de decir algo, pero no daba con la tecla correcta: con Laurie era siempre así de complicado.

—¿Lo has notado? —inquirió ella extrañamente ansiosa.

No la seguía. ¿A qué se refería? Laurie insistió presa de la impaciencia.

—¿No lo has notado nada más entrar? Soy yo, ¿no lo hueles? —sonó suplicante y temerosa al mismo tiempo.

—Laurie, ¿qué tratas de decirme? —preguntó él intentando apartarla a duras penas, sin oponer mucha resistencia al interminable abrazo.

—Hazlo. Huéleme el pelo —exigió.

Sandy obedeció, más por el deseo de verse libre que por comprender lo que ella le pedía o su finalidad. No había notado nada al entrar; quizás no estuviera muy despierto y una oportuna migraña le estaba empezando a molestar, y ya había notado al salir de comisaría que estaba algo espeso de mente. Su estancia allí no había sido para menos. Pero hizo lo que Laurie le pedía: se acercó un poco más a ella, lo justo, y metió la nariz entre los

atractivos cabellos. Inspiró profundamente... y entonces ocurrió. Se vio transportado por aquel aroma, que fue subiéndole por la nariz, entrando de lleno en su organismo, colmándolo todo con esa fragancia única, querida, añorada y también temida...

El silencio y la pasividad en su cuerpo hicieron que Laurie comprendiera, y satisfecha se separó de él, buscando la mirada comprensiva, tranquilizadora, que llevaba horas necesitando encontrar en una cara conocida.

—Este olor es lo único que recuerdo. Por todas partes.

—Pero... llevas aquí... —tartamudeó él.

Laurie retrocedió hasta la cama y se sentó en el borde; el colchón apenas reaccionó al peso de la chica, más delgada de lo habitual.

—Hubo una enfermera que ayudó a asearme cuando me trajeron. Pero nadie me ha tocado el pelo, Sandy, ese olor ya estaba conmigo —se le quebró la voz.

Laurie volvió a ponerse en pie, más nerviosa que antes, como si la reacción de Sandy al notar el perfume del pelo fuera tan preocupante como ella temía. Se acercó de nuevo a él y le sostuvo las manos, con una imprevisible mirada.

—Sandy, tienes que pararlo. Porque yo no soy capaz de recordar nada. Todo son murmullos, frío y ese maldito olor a...

—Grosellas —finalizó él ayudándola a concretar.

Laurie lo miró con lágrimas en los ojos y le señaló una bolsa que descansaba bajo la ventana. La típica que solían dar con el logotipo del hospital para guardar los objetos personales de los pacientes.

Sandy fue hasta allí con pasos lentos; no esperaba que ella le explicara ya nada, era momento de averiguarlo por sí mismo. Cogió la bolsa y la abrió con ambas manos. En el interior había ropa manchada de tierra, y olía a campo, a hierba fresca. Era la ropa que llevaba cuando la encontraron casi sin sentido, en medio de la noche, con el crepitar de las llamas de fondo.

—¿Qué tengo que buscar, Laurie?

Ella se había encogido en una esquina, abrazándose el cuerpo y con la mirada baja.

—Pedí que me trajeran la ropa, pero la enfermera me dijo que hoy mismo la iban a recoger para llevarla al laboratorio, que era de vital importancia para la investigación. Me ha hecho un favor al dejarme verla unos instantes, aunque con la promesa de que la tocaría lo menos posible.

La enfermera de aspecto lozano, la que cuidaba de ella en exclusiva, debía de ser una persona bastante complaciente y fácil de influenciar.

—La ropa interior —le ayudó finalmente—. No es mía. Esas bragas de encaje y el sujetador. Los llevaba cuando me encontraron, pero yo jamás me los puse, Sandy.

Sandy soltó la bolsa comprendiendo tarde lo que estaba atormentando a la pobre Laurie. Se situó junto a ella justo a tiempo para sujetarla antes de que estallara en llanto.

—¿Qué me ha hecho ese hijo de perra? ¿Qué mierda es esa ropa?

Sandy la abrazaba esta vez tomando la iniciativa.

—Tranquila, es un estúpido ritual, su forma de enviarme mensajes. Los médicos han negado... cualquier tipo de violación.

—Lo sé..., pero...

—Escucha, tienes que contárselo todo a Garretti. Ella está ahora al mando. Ella... —frenó a mitad de frase, impulsado por una punzada de dolor en la cabeza. Se acercaba un nuevo ataque, y era fuerte.

—Solo quería hablar contigo, Sandy. Sé que tú eres el que acabará con todo esto. Eres tú quien debe hacerlo. No he querido hablar con Jane de esto porque prefiero dejarla al margen y...

El olor a grosellas se estaba intensificando, inexplicablemente, por toda la habitación. Lo que antes le era casi imperceptible, ahora se le antojaba insoportable. Incluso él emanaba aquel olor, por todas partes, de forma tangible. Laurie seguía parlotando sin cesar y él ya apenas la escuchaba. Sandy alargó los dedos para tocar el pelo de Laurie, con expresión extrañada en el rostro. Ella reflejaba en la mirada más preocupación por él que la que había mostrado minutos antes.

—Sandy, ¿qué te pasa? Estás muy pálido.

No, no podía ser otra vez aquello. De nuevo las rodillas exigían una flexión inmediata, reposo. Los brazos también abandonaban la labor de sostenerle equilibrado. Sandy notó los brazos de Laurie sobre los suyos, aferrándole, manteniéndolo en pie a duras penas. Le oía gritar el nombre del agente pedante. Las esquinas de la habitación perdían nitidez, la luz ganaba intensidad y todo se perdía en la luz. Pero al volver la cabeza, ahí estaba él, como respondiendo a una llamada, como un buitro acechando en los peores momentos. Joseph estaba apoyado en el alféizar de la ventana, mirándole, riendo. Disfrutando con su debilidad. Le hizo un saludo militar con aquella sonrisa que no era suya, jugueteando entre los dedos con un rododendro. Lo

maldijo entre dientes justo antes de desplomarse, perdiendo otro pedazo de dignidad, a pesar de los esfuerzos de Laurie.

ANUNCIAMOS UN CESE EN NUESTRA ACTIVIDAD POR MOTIVOS PERSONALES. VOLVEREMOS A LA MAYOR BREVEDAD PARA OFRECERLES NUESTROS SERVICIOS. GRACIAS POR SU CONFIANZA Y COMPRENSIÓN.

Poco más se podía hacer. Laurie le había dado las gracias por adoptar esa decisión por las dos. Jane tenía motivos de sobra para tomarse unos días de descanso laboral. La situación de su amiga era uno de ellos, pero también entraban en juego Sandy, e incluso Henry. Liam la ayudó a colocar el cartel informativo (folio redactado e impreso de forma improvisada en cinco minutos) con cierta preocupación. No habían llegado a intimar en los meses que llevaban compartiendo zona de trabajo, pero Jane ya sabía que era un tipo en el que poder confiar. Estaba segura de que con el tiempo encontraría en él un buen amigo.

—¿Sabes?, ahora que tendré algo más de... —rectificó sobre la marcha—; quiero decir, que tendré tiempo libre. Quizás me busque un piso, que estoy harto de andar de alquiler en alquiler. Tengo ahorrado ya suficiente y mis padres empiezan a mirarme con recelo cuando dejan caer que no estoy avanzando, ¿sabes?

Jane rio tendiéndole un trozo de celo para terminar de fijar el folio en el escaparate.

—Bueno, las cosas no son como ellos las recuerdan; no te veas obligado a dar pasos que antes se daban por sentados —le aconsejó ella. No debían olvidar que solo por tener un buen empleo ya eran privilegiados, y daba igual si su hogar era propio o no.

—Habló la que vive en su finca de las afueras y dirige su propio negocio.

Jane le dio un ligero puñetazo en el brazo. Él, con sus anchos hombros, apenas lo notó.

—*Touché!*, señor treintañero. De todos modos, te deseo suerte en tu búsqueda.

Ambos retrocedieron unos pasos para comprobar el resultado de su obra. Los dos parecían estar repasando el texto en la mente. Liam asintió satisfecho. Ella simplemente se conformaba con no ofender a sus clientes con este

repentino cierre. Tuvo que hacer muchas llamadas, cancelar algunos eventos que llevaban preparando semanas. Pero todo eso tendría que esperar.

—Bueno, pues esto es un «hasta luego» —dijo volviéndose hacia ella, frotándose las manos. Liam era muy alto y tenía las manos más grandes que Jane recordaba haber visto nunca. Siempre que las miraba, pensaba en el baloncesto, la cual quizás era una vocación frustrada.

—Sí, ni se te ocurra pensar que no volveré a mandarte de un lado para otro en cuanto... todo esto haya pasado.

El rostro de Liam se ensombreció, pero no más que el de ella. Hablar de «todo esto» significaba dejar las bromas a un lado.

—Ten mucho cuidado, Jane. Parece que no es un buen momento para vivir en Rockville en una finca solitaria a las afueras. Procura no estar sola mucho tiempo... Dale un abrazo a Laurie de mi parte, si es que se deja —bromeó, y luego él mismo se lo dio, torpe, improvisada y tiernamente, a ella. Un gesto que en él quedó incluso natural a pesar de la poca práctica. Ella se dejó rodear por aquel gigante.

—Oh, mira, parece que te buscan.

Jane se apartó y se volvió hacia lo que motivaba aquel comentario. Kristen los miraba extrañada, como si de forma involuntaria estuviera entrometiéndose en algo privado y personal. Al notarse el centro de atención, alzó la mano para saludar algo azorada. Se dio la vuelta y caminó hasta el escaparate para leer el reciente aviso.

—Ah, sí... Es que he quedado con ella. Tenemos cosas que hacer. Cosas de chicas —se explicó ante la mirada curiosa del muchacho.

Liam asintió en silencio en su dirección.

—Anda, pues entonces vete. Ya cierro yo. Así me doy una vuelta para comprobar que todo está en orden. Me pasaré a dejarte las llaves.

Jane agradeció el detalle con la mirada, mientras se colocaba su bufanda de hilo bien enrollada sobre la garganta. Tanto desayuno al aire libre pasaba factura. Debía aprender a elegir mejor los momentos en los que dar uso al porche.

—Nos vemos pronto, Jane —se despidió Liam entrando en la trastienda. Le dirigió una sonrisa que habría hecho que cualquier chica olvidara sus problemas.

Jane salió para no hacer esperar a su acompañante. No le parecía adecuado tenerla en vilo por más tiempo. El aire de media mañana, bañado por el sol, le refrescó los pulmones y la llenó de una repentina vitalidad.

Sintió el impulso de empezar a hacer ejercicio en su día a día. No le vendría mal correr algo cada mañana. Se lo pensaría bien. A Coco le encantaba salir y trotar junto a su dueña. Kristen la observó divagar y frotándose las manos se unió a ella.

—Hola. Perdona si llego pronto.

No sabía qué estaría imaginándose Kristen a propósito de lo que había visto, pero la idea le resultó graciosa.

—Oh, Kristen, Liam solo se estaba despidiendo, pues vamos a cerrar una temporada. Así que olvídale: no has interrumpido nada, mujer.

Kristen rio pasándose un mechón de pelo tras la oreja sin dejar de mirarla a los ojos.

Comenzaron a caminar lentamente la una al lado de la otra.

—Es guapo. Y nunca se sabe, ¿no? —se excusó alzando interrogativa los hombros.

Jane la miró con la boca abierta por completo. Ahora era ella la que estaba ruborizándose.

Una bocina las interrumpió, como si les hubiese exigido callar. La calle principal estaba llena de tráfico, algo no muy inusual un día entre semana cualquiera. Pero, sin previo aviso, todo un coro de bocinas acabó con cualquier posibilidad de comunicarse sin alzar la voz. Los peatones que pasaban por allí se detuvieron a presenciar, cual si de una caballería andante se tratara, todo un desfile de caravanas con reconocibles logotipos de cadenas de televisión. Avanzaban adelantando a los vehículos de los habitantes de Rockville, haciendo valer un derecho garantizado en exclusiva a autoridades y ambulancias. Jane constató que seguían un inequívoco rumbo al ayuntamiento. Lugar en el que, sin duda, encontrarían la información que buscaban. Pronto todo el país se haría eco de las nuevas atrocidades que estaban ocurriendo en la ya mítica ciudad de Rockville, famosa por el truculento caso Clemens. Dicha información la obtendrían de la amistosa mano del alcalde, «el padre del año», se dijo Jane.

—Esto no puede ser nada bueno, ¿verdad? —Kristen mostró una evidente preocupación.

—Tranquila, mientras tengan en quien centrar esos focos y cámaras, no molestarán demasiado.

Kristen se perdió en sus propios pensamientos. Su vista se fijó en el punto por el que habían desaparecido las furgonetas. Jane le pasó cariñosamente un brazo por los hombros. Era algo más bajita que ella y

parecían hermanas planeando un día en familia. Quizás tomárselo como algo así les viniera bien a ambas.

—Tenemos nuestros propios planes para hoy... ¿Te apetece pasar el día fuera de casa? Hay varios lugares a los que me gustaría ir, y mucho mejor si es acompañada.

Kristen se volvió hacia Jane, enarcando una ceja bien perfilada. Los ojos, tan expresivos como la primera vez que los vio, explicaban por ella lo que le pasaba por la mente. Esa mirada suya bastaba para comprenderla. Jane habría jurado que Kristen sabía perfectamente lo que se proponía hacer en esa escapada de chicas.

Sandy seguía con el pie el monótono ritmo del gran reloj que colgaba de la pared de la consulta. Estaba justo encima de la ventana que daba a un patio interior del hospital, por el que en ese momento paseaban respirando aire puro algunos pacientes en pleno proceso de recuperación, acompañados por atentas y diligentes enfermeras. Sandy marcaba con una precisión enfermiza cada segundo que pasaba. Su mente, tras el desvanecimiento, estaba extrañamente inquieta y despierta. Estar allí sentado era la prueba de que sus repetidas pérdidas de consciencia tenían un porqué médico y eso suponía una nueva preocupación: así sería para cualquier persona común. Sandy sabía que una parte de él sentía curiosidad por ese hecho pero, básicamente, consideraba todo aquello como una forma de perder el tiempo, un tiempo que le correspondía a Henry, y no podía saber de cuánto disponía su amigo.

Casualmente, la puerta se abrió justo cuando él ya se disponía a ponerse en pie, bien en busca de alguien que pudiera sacarle de dudas o directamente para largarse de allí sin más a hacer su trabajo.

Una doctora entrada en años avanzó por la consulta y cruzó a su lado; un moño poco trabajado le sujetaba una melena de un color naranja cobrizo demasiado artificial como para no prestarle atención al primer vistazo. No apartaba la vista del historial que llevaba en las manos, o lo que quisiera que fuera lo que atraía su atención. De hecho, no pareció reparar en Sandy hasta que se hubo sentado en su silla, sorteando con gran habilidad los peligros que suponían esquinas, percheros y cajoneras. No había duda de que aquella habitación era su segunda casa. Sandy reconoció en su refinado cutis unas marcas violáceas bajo los ojos. Signo de que quizás incluso fuera la primera.

—Sandy Strunk —confirmó ella, que era la primera vez que parecía consciente de su presencia. Él no comentó nada. Ante aquel silencio, la doctora Morales, como proclamaba la plaquita sujeta a la bata blanca, alzó hasta su altura unos preciosos y grandes ojos verdes—. Veo que ya se encuentra mejor. Consciente al menos.

Sandy tampoco veía necesario aclarar aquello. Minutos antes, un doctor le había realizado un chequeo completo, de esos que empiezan por cegarte con

una linterna boli enfocada en plena pupila. Si ese hombre no hubiese pensado que ya se encontraba mejor, no le habría mandado allí a esperar los resultados. Como la mirada felina de la doctora Morales seguía fija en él, se vio obligado a asentir quedamente. Consiguió así que ella continuara.

—Al menos es lo que nos sugiere su aspecto físico. Porque, sinceramente, lo que pone en sus análisis ni es habitual ni se corresponde con lo que se aprecia. De hecho, jamás habíamos tenido un caso semejante en este hospital —dijo ella, como si con palabras tan graves buscara causar algo de impacto en su semblante taciturno.

—¿A qué se refiere? ¿Tan raro soy bajo esta piel tan común? —Sandy formuló las preguntas que creyó que utilizaría cualquiera en su situación.

La doctora volvió a sumirse en la carpetilla que sostenía, satisfecha por haberle hecho hablar y reaccionar como se esperaba.

—Viniendo como venía de la comisaría, varios de los doctores de este hospital optaron por darle prioridad a su análisis de sangre. Ha sido una curiosa casualidad que estuviera usted aquí hoy y que hayamos presenciado un nuevo «episodio» —aclaró enfatizando hasta parecer que dotaba de una cualidad casi fantasmal a sus desmayos.

Sandy asintió, muy intrigado a esas alturas. Era curioso, pues la mayor parte del tiempo no sentía nada raro, ni tan siquiera cuando hablaba con antiguos conocidos ya muertos. En especial con uno en concreto.

—Le sonará exagerado, aunque créame si le digo que no intento ser dramática, pero en pocas palabras: le están envenenando —la doctora soltó la bomba como si tal cosa.

Sandy se inclinó sobre la mesa, totalmente sorprendido.

—Eso sí que es un golpe de efecto. ¿Es grave?

La doctora torció ligeramente la cabeza, curvando los labios hacia abajo.

—Podría haberlo sido. Hemos hecho un segundo análisis y el resultado indica que la presencia de la toxina tiene una progresión descendente.

Sandy ya calculaba el tiempo que hacía que había empezado a sentir esos momentos de bajón, a los cuales solía preceder la visita de su antiguo alumno muerto.

—Señor Strunk, no le he tenido aquí esperando por gusto, créame. Lo suyo es grave, pero no por cuestiones de salud. Estoy segura de que sus camaradas le pondrán al tanto, pero déjeme que se lo explique brevemente. —Sandy centró toda su atención en ella, dejando aparcado el tema de sus visiones—. Hace una hora escasa interpretamos sus resultados e

inmediatamente me puse en contacto con la comisaría: es mi deber informar de anomalías de este tipo, sobre todo tratándose de personal ligado al cuerpo policial como es el caso. Le hablé de esta toxina que presenta en su organismo y la inspectora Garretti me puso en contacto con el laboratorio con el que trabajan ustedes.

—Ya, la dichosa grayanotoxina... —la interrumpió Sandy sin mala intención.

La doctora asintió no muy asombrada, como si estuviera esperando que él mismo llegara a la conclusión.

—Procedente de una especie concreta del rododendro. Comparte usted esa toxina, al parecer, con una víctima de asesinato: Nancy Fray. Y no solo eso. Los análisis concluyen que Laurie River también fue envenenada, de forma anecdótica, porque fue difícil de detectar. Los resultados indican que tanto a ella como a la otra víctima se les debió de administrar por vía intravenosa una solución casera que, entre otras sustancias, contenía esa toxina, apenas con efectos secundarios, lo que es sin duda una señal de que simplemente es una forma de marcar a las víctimas. Pero eso es aventurarse en un campo que no es el mío. Yo solo puedo interpretar los resultados.

La doctora terminó su discurso como antes de empezar; no perdía la compostura ni le faltaba el aire, pero ciertamente se podía apreciar cierto afecto en sus exóticos ojos, como si al menos se permitiera ese pequeño detalle de empatía con sus pacientes. Todo formaba parte de una coraza autoimpuesta tras muchos diagnósticos terminales y malas noticias. Sandy apreció su entereza y profesionalidad y, a decir verdad, encontró muy similares a los suyos el semblante y el comportamiento de la doctora.

—Dígame los síntomas más evidentes tras una exposición tan prolongada como la mía.

La doctora empezó al instante a enumerar de memoria:

—Malestar general por episodios concretos, náuseas, migrañas y, como dice, en casos más prolongados puede llevar a la pérdida de memoria de los momentos previos a los ataques. También es frecuente la confusión general y las alucinaciones... Su caso se podría catalogar como grave, pues ha estado expuesto durante un largo periodo, aunque su vida no ha corrido peligro alguno.

Fue evidente que a partir de lo de «alucinaciones» Sandy respiró con mayor facilidad: «¡Felicidades!, no estás loco, al menos no por ver a Joseph», se dijo.

—¿Qué corresponde hacer ahora?

—No sirve de nada saberlo si no se corta el problema de raíz. Si se trata de un envenenamiento premeditado, como todo parece indicar, deberá tener excesivo cuidado con todo lo que haya estado ingiriendo en casa, cualquier alimento, bebida, medicamento..., pero tampoco podemos descartar que se haya producido durante la noche; si hablamos de un psicópata podría haber estado colándose en su casa, inyectándose directamente. Un examen corporal podría ayudar a descartar o confirmar esta posibilidad.

—No, lo habría notado. Incluso he estado fuera de casa, de la ciudad, y nadie me ha seguido.

La doctora apoyó los codos sobre la mesa, mostrándose más cercana, aceptando lo que parecía un reto a la inteligencia.

—En ese caso, lo tenemos más fácil aún. Solo debe buscar algo que le acompañara en ese periodo, algún hábito diario quizás.

La mirada de la doctora Morales no daba pie a confusiones. Sandy tenía en mente su botella de Jack Daniel's, que, siendo realista, le podría haber durado el tiempo suficiente, pues recordaba haberla llevado y traído de vuelta. Pero eso no se correspondía con la, al parecer, tendencia descendente, porque tenía que admitir avergonzado que, minutos antes de salir de casa esa mañana, un chupito de ese brebaje había constituido su desayuno, al igual que los anteriores. Solo se le ocurría una alternativa.

—¿Podríamos estar hablando de un bote de pastillas? Tranquilizantes.

—No sería la primera vez que se oye algo semejante. Es una práctica demasiado común, por desgracia. Mi prima lo hizo con su marido, le cambió sus pastillas por otras más... potentes. Era un maltratador y, tras un par de semanas, la confusión y el malestar le permitieron a ella desaparecer con todo lo que quiso. Pocos llegan a enterarse de que les han tomado el pelo con su querido bote de antidepresivos.

No llegaba a recordar cuánto tiempo hacía desde la última vez que había tomado un par de esos ansiolíticos de aquel frasco que ya era como de la familia. Pero al menos tres días, más de lo que podía decir del alcohol, lo cual en este caso era como encontrar un salvavidas.

Sandy se levantó con movimientos ansiosos. Había colgado la gabardina en uno de los dos percheros de la consulta. Bajo la atenta mirada de la doctora, rebuscó por los amplios bolsillos de la prenda, de los que sacó varios llaveros, dos móviles, la cartera y, finalmente, su petaca acompañada del frasco de pastillas.

Se acercó de nuevo a la mesa, rodeándola para situarse más cerca de la doctora. Arrancó sin miramientos la tapa y desparramó por toda la mesa las pastillas que restaban, en torno a media docena ya.

Morales no prestó atención al despliegue de la mesa, sino que le arrebató de las manos el envase. Se colocó las pequeñas gafas que le colgaban del cuello y se acercó para leer la letra pequeña.

—Yo misma he recetado estas muchas veces... y más de las que debiera admitir —murmuró por lo bajo, como si fuera una confidencia—. ¿Se fía usted de quien se las recetó?

Sandy afirmó rotundamente y añadió:

—Si se trata de esas pastillas, no dudo de que el problema radica en el clásico cambiazo. Mis proveedores no tienen nada que ver en esto.

Entonces la doctora soltó el bote y, con sumo cuidado, agarró una pastilla al azar, con los dedos pinzados. Se pasó la lengua por los labios, en señal de concentración, como un joyero valorando la autenticidad y calidad de una piedra preciosa. La hizo girar varias veces entre los dedos y luego Sandy la oyó chasquear victoriosa la lengua, muy a pesar de que en cierto modo el hallazgo significara la confirmación de su modo de envenenamiento.

Morales dejó la pastilla en la mesa, apartando el resto.

—Fíjese, aquí. Pase el dedo por la superficie. ¿Lo nota? Ese relieve. Es un pequeño círculo. Le aseguro que lo que usted creía tomar no lo tiene. En modo alguno.

—Ese hijo de puta no solo me envenena, sino que le importa una mierda que tarde o temprano lo descubra...

Sandy estaba seguro de que incluso contaba con que ese momento llegaría, el de desvelar su engaño. Morales le miró extrañada por la cercanía de aquel comentario, pero no pudo más que asentir dándole la razón. Mientras Sandy parecía estar valorando aún cómo había podido dejar que aquello pasara, la doctora se levantó, hizo un barrido con la mano y llevó las pastillas hasta un cubo de basura cercano. Guardó, eso sí, una de ellas en el bote y se lo metió en el bolsillo.

—Esto constituye una valiosa prueba. Nosotros nos encargaremos de enviarla al laboratorio criminalista.

—¿Debo seguir algún tratamiento? —se interesó el atosigado.

—Ese cacharro al que le hemos tenido enganchado ha hecho lo que debía. Mantenga los ojos bien abiertos, controle lo que se toma en casa, porque si ha ido una vez a por usted, nadie le puede asegurar que no repita. El tiempo se

encargará de eliminar esa toxina de su organismo. Manténgase hidratado y vuelva en unos días para hacer un seguimiento. Eso es lo que le recomiendo. Usted sabrá lo que debe hacer a partir de ahí.

Y ahora, en efecto, tenía mucho por hacer. No era una prioridad, pero le inquietaba en demasía desconocer el modo en que ese malnacido había logrado colarse en su casa mucho antes de que todo estallara, cambiar sus pastillas y esperar a ver los estragos que ello causaba. No estaba seguro allí. Había que cambiar cerraduras, comprobar ventanas..., cualquier medida era poca contra un experto acosador. Lo menos que podía hacer era hablarlo todo con Garretti, hacer uso de aquel medio de comunicación privado que ella le había facilitado. Sandy recogió sus pertenencias y abandonó la consulta abrochándose bien la gabardina. Saber que su mejoría no podía ser tan rápida no impidió que se sintiera completamente renovado, despejado y listo para hacer su trabajo.

¿No querían al chico de la sudadera verde? Pues ya podían dedicarse a otra cosa. Allí lo tenían. Un cadáver pasado por agua.

Michelle y Jay, de siete y nueve años, correteaban por aquel callejón en busca de cualquier trasto de la basura con el que poder jugar, patear o saltar sobre él. Fue la niña la que, tras bajar de un contenedor, resbaló y cayó sobre la rejilla de la alcantarilla. Su primo Jay no paró de reír hasta que al incorporarse ella notó que había algo muy extraño allí metido, que le había pringado el pelo que había pasado a través de las rendijas. Ese algo obstruía el paso del agua y apestaba. Era algo muy grande, con ropa y pinta de persona. Se dijo que el grito del niño (y posteriormente el de Michelle también) pudo oírse a dos manzanas de distancia, con el barullo del tráfico en hora punta incluido. Un cuarto de hora más tarde, Ramírez y Matheson acordonaban la zona. Cuando llegó Garretti al lugar, el tiempo empezaba a ser desapacible, la temperatura descendía despidiéndose de la luz; ella solo pudo pensar en el cuerpo helado del pobre chico, sumergido en aguas residuales. Los bomberos comenzaron enseguida con la labor de «rescate». A este rescatado no le esperaba una manta caliente en una ambulancia, sino un saco de plástico negro con cremallera y el equipo forense, que ya se frotaba las manos por el cadáver más buscado. Fue Garretti quien dio por confirmada la identidad del cadáver. Llevaba los mismos pantalones vaqueros rotos que en las grabaciones del robo que había cometido días atrás. Eso, sumado a su habilidad para no olvidar jamás una cara, y menos aún la de un delincuente habitual. Garretti cerraba los ojos y podía ver la imagen tan clara como si fuera una película en alta definición: John Flannagan, en la sala de interrogatorios, repantingado en la silla, esposado por el tobillo a la pata de la mesa, absorto en sus pensamientos mientras Sandy le sacaba lo poco que sabía sobre Tom Bosley. Había sido bastante tiempo atrás, pero en los oídos la voz del joven le seguía resonando como si acabase de hablar. Esa dureza con tintes de una casi olvidada fragilidad, característica de los niños criados mediante la mano dura y solitaria de los internados o familias de acogida poco acertadas.

Garretti se acercó a la camilla una vez terminado todo el trabajo sucio. Observó el rostro, pálido, empapado y cubierto por una película viscosa, como si acabara de nacer de un huevo de semejante tamaño. Tenía la mandíbula extrañamente cerrada, fracturada sin ninguna duda. Por todo el cuerpo presentaba golpes y sus huesos parecían desencajados, fuera de lugar.

—No hay duda de que se cebaron con él una vez muerto —comentó uno de los chicos del laboratorio.

Probablemente se tratara del mismo que la acompañó en casa del Gorila. Le avergonzó no ser capaz de confirmarlo. Adiós a su reputado historial de reconocimiento de caras. Ella le miró con curiosidad esperando que se explicara. Y lo que apuntó fue:

—Fracturas múltiples en piernas y brazos; el maxilar inferior es como un maldito puzle montado del revés. —El técnico se colocó bien los guantes de látex y le levantó la camiseta al cadáver—. Añadamos varias costillas rotas.

Garretti se acercó según las indicaciones transmitidas. Le llamó la atención el pecho, que parecía hundido.

—¿Es eso normal? —señaló el tórax con una mano temblorosa.

—Bueno, es relativamente anormal encontrar personas con un tórax excavado, y en este caso tiene pinta de ser una fractura más en este saco de boxeo.

Garretti carraspeó incómoda con aquella desafortunada comparación. Él se disculpó sonriente.

—Tiene tantas fracturas, que parece como si lo hubiesen metido en un camión de basura, para luego tirarlo por unas escaleras. A simple vista, todas *post mortem*.

—Sí, tenemos un testimonio que confirma causa de la muerte, que no tiene nada que ver con la brutal paliza descrita.

El forense asintió concienzudamente, fijando su mirada en ella.

—Estoy al tanto, inspectora. Nos pondremos con la autopsia cuanto antes para buscar anomalías que puedan resultar aclaratorias.

Garretti persistía en mirar el rostro de John Flannagan, el cual bien podría haber pertenecido a un simple enfermo que pudiera abrir los ojos de un momento a otro. Quizás era lo que ella hubiese secretamente deseado.

—Es de suponer que esta muerte, o al menos la forma de ejecutarla, se saliera de sus planes. —Garretti hablaba casi para sí misma del Hombre Ilusorio—. No responde a sus métodos habituales, no es una víctima de su

juego, John fue su peón...; pero aun así, no descartaba la posibilidad de encontrar un rododendro.

El forense le dedicó una nueva sonrisa, del tipo que precede a una broma de mal gusto. Por mucho que ella intentase disuadirlo, él no se reprimió.

—¿Quiere usted que comprobemos también su ropa interior y el olor de su pelo?

Garretti le sonrió con muy mala leche. Esperaba que no tuviera en la recámara más chistes como aquel.

—Me alegra comprobar que te informas debidamente sobre los casos que te llegan, pero harías mejor en ceñirte a tu trabajo y dejar los chistes para la hora del café.

De nuevo el forense se disculpó con cierto descaro, sin ningún ápice de remordimiento en su expresión.

—Bueno, si se queda más tranquila, analicemos un momento la cavidad bucal, o cualquier... orificio a su elección —dotó al tono de voz de un deje seductor.

Garretti le ignoró por su propio bien.

—Perdón, perdón... Normalmente estoy solo cuando hago estas cosas. Tirar de humor contribuye a que esto no resulte tan desagradable —se explicó esta vez con acierto.

Podía entenderlo, un trabajo como aquel, tan frío y deprimente, requería a veces ciertos mecanismos de defensa. El suyo no era menos válido. No lo juzgaría.

—La mandíbula, por favor —pidió ella—. No sería la primera flor en la garganta que veo esta semana.

—Además explicaría las fracturas —confirmó el forense—. Si llevaba muerto varias horas, no sería fácil manipularlo a su antojo. Tuvo que ejercer una fuerza endiablada.

Garretti se apartó un poco, dejando sitio al profesional, quien con ambas manos a modo de palanca hizo presión en la mandíbula inferior para separarla y dejar al descubierto un inconfundible rododendro adherido al paladar, aplastado hacia la garganta.

Matt Matheson apareció de repente a su lado, observando con curiosidad las labores del forense por recuperar lo más intacta posible la flor de la cavidad bucal. Echó un vistazo al gesto asqueado de Garretti y luego se volvió hacia el forense.

—Podría aventurar que ese es el único elemento que el cabrón se atrevió a dejar en este pobre diablo.

El forense asintió enfrascado en su labor. Matt se decidió a participar de forma activa en la conversación:

—De hecho, tengo una interesante teoría —que enseguida formuló, no sin antes hacerse el interesante con una pausa de rigor—. Puesto que hablamos de John Flannagan, nuestro jovencísimo ladronzuelo sin hogar..., ese hijo de puta decidió que a las ratas callejeras no se les debe lavar con jabón de grosellas —recitó cual poesía improvisada.

Garretti le dirigió un mirada fulminante, como un hachazo; en cambio al forense se le escapó una sonrisa, que pareció más bien por cortesía.

—Oh, Matt, eres lo... —Una arcada la interrumpió en el momento justo en que el forense sacaba la flor impregnada en una sustancia sanguinolenta. Garretti tragó saliva intentando poner orden en el estómago revuelto, pero lo que tuviera en él no parecía conformarse sin plantar batalla—. ¡Joder...!, os dejo solos. Deberíais conoceros mejor. Sois tal para cual.

Matt la miró extrañado. No era normal en ella mostrarse tan susceptible ante escenarios desagradables o cuerpos mutilados. A nadie se le ocurría pensar que el alarmante estado de Joel o las enormes responsabilidades que soportaban sus hombros estaban influyendo en su comportamiento. No llegaban a imaginar el fuerte lazo, personal y afectivo, que unía al jefe con la inspectora. Garretti avanzó a trompicones hasta su coche, se agachó con el mayor disimulo y desgraciadamente no pudo evitar más tener que despedirse prematura y completamente de su almuerzo junto a la acera. Respiró acelerada, escupió y se limpió con un pañuelo los restos de aquella papilla. Notaba las pulsaciones en las sienes: iban a mil por hora. Decidió que era el momento de regresar a su despacho y sentarse un momento antes de seguir al pie de cañón. El asiento del coche la recibió incluso más confortablemente de lo esperado. Apoyó la cabeza y cerró los ojos. Odiaba hacerlo porque, cuando superaba los cinco segundos, la imagen de Joel, entubado, conectado a Dios sabe cuántas máquinas que lo mantenían con vida, la asaltaba con crueldad. La acompañaban las palabras de la enfermera que minutos antes le había dado el nuevo parte médico, y no eran buenas noticias. Nuevas complicaciones en los pulmones. Realmente no escuchó el resto en un desesperanzado intento por no perder los papeles ni la cabeza. Consultó el móvil para comprobar si algo nuevo había acontecido, pero no, de momento todo estaba en calma, una calma que bien podía preceder a la peor de las tormentas, porque algo se avecinaba.

No tenía la menor duda. En un combate, como en casi todo, siempre hay un comienzo y un final, y el que mantenía la policía con el Hombre Ilusorio no podía ser eterno. El retrovisor le devolvió una imagen que detestaba, la de unas lágrimas luchando por desbordarse y recorrer las mejillas de un policía. Garretti arrancó.

Las personas se sirven de elementos característicos para dar forma al recuerdo de cada lugar. Sonidos, olores y a veces simplemente sensaciones. Esos elementos hacen que resulte tremendamente sencillo recordar esos momentos, como si se volviera a estar allí. El elemento de aquel lugar en el que estaba Jane bien podría haber sido el sonido que producían las docenas de pajitas sorbiendo al unísono, que ayudaban a sus propietarios a alcanzar el sabroso y especial batido de los más mágicos y elaborados sabores. Kristen había pedido uno de banana y vainilla tras mucho meditar ante la carta. Era espumoso y de un color tan vivo que resultaba casi hipnótico. Jane, clásica en cuanto al paladar, disfrutaba ya, contribuyendo lo suyo al coro de sorbedores, de un espeso y refrescante batido de chocolate con nata. Aquel lugar, que al parecer gozaba de una buena fama local, era un reclamo para los más pequeños, con sus colores y su arquitectura fuera de lo común. Las mesas, sin ir más lejos, emulaban enormes piezas del archifamoso Lego. Estéticamente original e inspirador, había que reconocerlo, pero incómodo sin paliativos a la hora de colocar las copas sobre ellas, por no hablar del peligro al que se exponía quien quisiese apoyar los brazos durante un rato. Pero no estaban allí para juzgar los aciertos o errores del diseño de la cafetería especializada en batidos. Jane ya había expuesto el verdadero motivo de aquella visita a las afueras de la ciudad, a la zona norte de Rockville. En cuanto lo soltó se hizo el silencio entre ellas, y solo entre ellas, porque el resto del recinto seguía aspirando con fruición batidos y riendo las bromas y salidas de los más pequeños. Jane había invitado a almorzar a su joven amiga, tras lo cual reposaron en una bonita terraza disfrutando de un silencio buscado. Hubo tiempo para dar un paseo, ojear escaparates de ropa y zapatos de ensueño y luego se embarcaron en el recorrido más largo hasta aquel lugar. Kristen comprendía ahora que no era más que un punto intermedio hasta su verdadero destino: el antiguo campamento base.

El sol había empezado ya su periplo particular y dejaba de sentirse en el ambiente a un ritmo alarmante. Los pájaros comenzaban a buscar cobijo entre los árboles inmunes al otoño, donde hallarían un hogar hasta la reaparición del

sol. Pocas palabras intercambiaron tras terminar la merienda. Kristen se mostraba intrigada, prudente por encima de todo, y no quiso opinar sobre lo que se proponía Jane, o quizás simplemente no quería verse obligada a hacerlo, por miedo a parecer pesimista o negativa en exceso. La propia Jane tampoco confiaba mucho en el fondo en que tuviera alguna finalidad de provecho una visita a una desvencijada casa en la que su hermano se había resguardado una temporada como ocupa.

—Gira a la derecha tras ese cartel —indicó Kristen con un hilillo de voz—. Hay un camino, o tendría que haberlo, bastante estrecho.

En el letrero se podía entrever bajo un tachón con espray negro el nombre del parque natural en el que se encontraban. De nada servía tener un indicador que no te llevaba a ninguna parte, porque en eso se había convertido toda aquella zona. Dos kilómetros en línea recta las acercaron hasta la entrada del campamento. Jane frenó y apagó el motor. Al frente tenían metros y más metros de vallado de alambrada que tiempo atrás quizás cumpliera con su función, pero que ahora no servía ni para impedir que la atravesara un coche. Había tramos en los que la valla metálica resistía el paso de los años con dignidad, pero en su mayor parte tocaba el suelo. El arco de acceso que les dio la bienvenida se había visto comprometido por los años de abandono y ya no era más que deprimente sombra de un pasado mejor. Ahora, y en el suelo, quedaba un simple letrero emborronado y herrumbroso escoltado por sendos postes. Había por tanto libre acceso por aquella entrada... o por donde ellas quisieran. Al fondo a la derecha se veía una alberca de agua verdosa que posiblemente antes otros habrían llamado piscina para niños. Jane constató que la vegetación había tapado el sendero primigenio y ahora todo eran hierbajos creciendo sin orden ni control. Ya desde allí se podían ver no muy lejos algunas cabañas y un par de caravanas abandonadas, al menos eso esperó Jane dado su lamentable aspecto. Dejó reposar la mano sobre su bolso, apoyado a su vez en las rodillas, sintiendo el peso del diario de su hermano en su interior, como si llevarlo hasta allí hiciera que Jeremy recuperara el presente.

Kristen la observaba intranquila, incómoda. Permanecía con las piernas cruzadas en aquel reducido espacio. Se pellizcaba el labio inferior sin perder detalle de lo que hacía Jane a su lado.

—Aquí estamos... —murmuró Jane oteando hasta dónde se extendía el recinto.

—Sí..., y hora corresponde hablar de por qué estamos aquí.

A Jane le extrañó su comentario. La miró por primera vez desde que llegaran, confundida.

—Yo... simplemente deseaba ver esto con mis propios ojos.

Kristen la invitó a seguir, como si fuera algo evidente que la cosa no podía terminar en ese punto, ya que faltaba la explicación racional.

—Lo siento, pero no hay más. Estoy aquí, donde según este diario pasó uno de los inviernos más fríos que Rockville recuerda. Voy a pasear, a perderme entre esas cabañas, entre las que él tuvo que elegir una para pasar la noche.

—¿Llegó a describir esa casa en la que se colaron?

Que Jeremy se «colara» sin derecho alguno en una de aquellas construcciones era un hecho, pero oírsele decir a otra persona dolía, le hacía sentirse responsable de sus actos, como si Jeremy fuese indigno de intentar sobrevivir. Sabía que la respuesta a la pregunta era un rotundo sí. De hecho, antes incluso de ver con sus propios ojos cómo era el terreno, ya se sentía capaz de encontrar la cabaña concreta sin problemas, y ahora veía que no se marcharía de allí hasta entrar y recorrerla con sus propios ojos.

—Voy a ir. Tendría que haber venido sola; siento haberte mezclado en esta tontería, Kristen —empezó a disculparse con dignidad.

—No, no digas eso. Perdona si me he comportado con una tonta. Es solo que... también tengo mis propios fantasmas en este lugar. Mi adolescencia está llena de malas decisiones y demasiadas locuras. Este lugar no me trae buenos recuerdos. Eso es todo.

—De todas formas, me gustaría ir sola. Me alivia saber que alguien me estará esperando aquí en el coche y eso ya es un consuelo, de verdad.

Kristen sonrió aliviada por notar que la madurez volvía a estar presente en la más adulta de las dos.

—Tengo el móvil conmigo, así que llama por lo que sea —sugirió la acompañante señalándose la mano que sostenía el teléfono.

Jane se apeó del coche, lentamente, y se volvió para cerrar, pero había algo que aún la escamaba en su amiga.

—Oye, ¿seguro que estás bien? Si lo prefieres, podemos irnos, que ya habrá tiempo de regresar en otro momento.

Kristen negó con la cabeza.

—Tienes que ver por ti misma esa casa. No te preocupes por mí. —Se detuvo para coger aire—. Verás, vinimos aquí a divertirnos y un chico, un imbécil, se pasó conmigo. Le paré los pies y, cuando nos reunimos con el

grupo, me humilló. De cada experiencia se aprende, pero eso no significa que nos hagamos inmunes al recuerdo de cada error. Odio este sitio, aunque ya ni siquiera me acordaba.

Jane le dedicó una sonrisa comprensiva y luego se alejó directa a su propio error; estaba segura de que, como Kristen, acabaría arrepintiéndose de aquello.

Con las manos en los bolsillos, avanzó rememorando ante sus ojos la descripción que Jeremy dejó plasmada en su diario del día en que llegó allí por primera vez. No era tan fácil como habría esperado reconocer cada paso que daba junto al recuerdo de su hermano. Donde él decía ver una línea de caravanas, ella solo hallaba maleza engullendo el esqueleto de una furgoneta oxidada. Donde Jeremy describía a un grupo de niños de aspecto salvaje corretear alrededor de una piscina vacía, para ella solo había la ya mencionada alberca de agua estancada, que esquivaba debido al fuerte olor. Fue más fácil cuando le tocó rodear las cabañas que tiempo atrás debieron de ser preciosas. Al pasar la tercera supo que iba bien encaminada, pues Jeremy solía mencionar los viejos columpios que había cerca de la que ellos ocuparon. Y allí los tenía, mecidos por la suave brisa del imparable anochecer, que se impondría en cuestión de minutos. No había un alma en los alrededores y el chirriar metálico del parquecito hizo que casi diera media vuelta con un escalofrío recorriéndole la espalda de punta a punta. Pero siguió adelante. Y se plantó frente a la cabaña de dos pisos, la que tenía el techo de color oscuro coronado por el tubo de una chimenea. Si cerraba los ojos, venciendo el miedo lógico de hacer algo semejante en aquel lugar, podía ver a su hermano sentado en el porche, con la nariz roja como un tomate, cosa que siempre le pasaba en invierno, hiciera lo que hiciese. Allí estaba después de todo y ¿quién podía, a esas alturas, asegurarle que nada de lo que hubiera allí dentro podría reportarle algo de consuelo? Nadie. Y por ello sacó del bolso el teléfono y llamó a Kristen. Contestó con tal rapidez que se diría que estaba ya con el móvil pegado a la oreja.

—¿Qué ocurre? —sonó tensa y alarmada.

—La he encontrado. Estoy delante de la casa. Parece intacta, como si el tiempo hubiese sido más clemente con ella que con las demás.

Kristen vaciló.

—¿Vas a entrar? No creo que sea buena idea. —El silencio de Jane la delató—. Jane, te repito que no es una buena zona. Puede que no te hayas cruzado con nadie, pero eso no significa que estemos solas. Podría haber

personas, de esas que no preguntan antes de alzar la navaja... No lo hagas, por favor —suplicó volviendo a parecer la joven asustadiza que secuestraron tiempo atrás.

No había luces en el interior ni ningún ruido perceptible. Nada que indicara lo contrario a lo que pensaba, que estaba abandonada y que quizás llevara así desde que su hermano dejó de utilizarla.

—No pasará nada. Llámame en cinco minutos y, si no contesto, pide ayuda a Sandy.

Kristen suspiró irritada al otro lado ante el intranquilizador plan que le presentaba.

—Claro, diciéndome eso me dejas mucho más tranquila —casi gritó sarcástica.

—No pasará nada. Te prometo que estaré bien.

—Ya. Como si estarlo dependiera de ti... Ten cuidado, anda.

Cortó y, nada más devolver el móvil al bolso, las tornas cambiaron radicalmente. Al alzar la vista, su instinto le dijo a voces que al otro lado de la puerta había alguien observando sus movimientos. A punto estuvo de echar a correr, porque su certeza venía respaldada por hechos: ¿no crujía la madera?

—¿Hola...? Perdón. No pretendía molestar. Ya me marcho.

Sonoros y firmes pasos terminaron por convencerla de que había alguien en el interior. Jane retrocedió dejando escapar un amortiguado alarido. Los pasos se dirigían al piso superior. Unos segundos después de haberlos oído, una de las ventanas del segundo piso se iluminó tenuemente, con una luz anaranjada que titilaba entre danzantes sombras. «Una vela», pensó al instante.

«Corre y márchate de aquí cagando leches. No queda otra», se dijo aferrando el bolso. Pero no se movía, seguía mirando la ventana como si dentro se fusionaran lo más temible y lo que ella había ido a buscar. No se había permitido pensar en ella, pero era lo más real que podía pensar en ese momento: ¿qué había sido de Jo? Esa chica podría haber encendido esa vela, esa chica que compartió la vida con su hermano, y luego también el diario. ¿No sería acaso lo que esperaba que ocurriera? Era una locura, un riesgo que perfectamente podía evitar, cosa que en el pasado no había hecho, y con nefastos resultados. Pero entonces no había contado con la seguridad de un arma. Porque aferraba el bolso por ese único motivo. Tenía una mano dentro y ya sujetaba su pistola con determinación y el seguro quitado, y no le temblaba el pulso ¿Cómo era posible? Iba a entrar. No podía dejarlo así: no habría descanso para ella si no comprobaba esa posibilidad.

De modo que avanzó sin apartar la mano del bolso. Con la otra adelantada subió los escalones del porche y abrió la puerta. Sorprendentemente no hizo el menor crujido y se deslizó hasta abrirse por completo.

—Voy a entrar. Solo quiero hablar.

Nadie le contestó; se habría sentido estúpida, porque realmente no era juicioso advertir algo semejante; jamás ese tipo de preguntas obtenían respuesta. Pero no, Jane se sabía intrigada, valiente, y no había lugar para la estupidez. La poca luz del exterior iluminó lo justo para guiarse hasta las escaleras que la conducirían al segundo piso. Se apresuró y, creyéndose a salvo resguardada por la pared y la barandilla, siguió su marcha hacia arriba.

—¡Estoy subiendo! —anunció. Tenía que dejar de hacer eso.

Sacó la pistola del bolso y colocó la mano tras el muslo, tal y como le había enseñado aquel policía retirado en su canal de YouTube. Arriba la oscuridad era mayor, lo que facilitó la localización de la habitación iluminada en la que esa persona permanecía en absoluto silencio. Ella avanzaba marcando las pisadas y haciéndolas sonar: no le convenía pillar desprevenido a alguien que pudiese ser peligroso. Contaba con la protección de un arma, nada podía salir mal.

A la altura del cuarto en cuestión se apoyó en la pared, junto al marco de la puerta. Esta estaba abierta de par en par y la vela seguía iluminando con su danza de luces y sombras. Armándose de valor, se asomó diligentemente y llegó a vislumbrar una figura encorvada próxima a la fuente de luz, cubierta con una manta quizás. Muy despacio se fue desplazando para pasar al interior, ocultando el arma pero lista para hacer las presentaciones si se requería.

—Hola —anunció casi en voz baja. No hubo movimiento bajo aquella manta. Jane dio un par de pasos más. En aquella semioscuridad, apenas podía alcanzar a verle con nitidez. Se movía, eso sí, pero poco más podía saber—. Solo quiero hablar. Puedo... puedo darte galletas si las quieres...

Al oír aquello, el bulto bajo la manta se irguió en su corta estatura y al avanzar unos pasos, la manta se deslizó de los hombros. Jane retrocedió asustada por el movimiento. Se agarró al marco de la puerta, para dejar que, aliviada, los pulmones recobraran el funcionamiento regular ante la ausencia de peligro: tenía delante a un crío. Un pequeño de no más de siete años vestido con un chándal viejo que bien podría haber pertenecido a un adulto de talla media.

—¿De verdad tienes galletas? —preguntó carraspeando, con una voz llena de pureza, sin maldad ni temor alguno.

El chico alzó las manos hacia ella, insistente, al darse cuenta de que no reaccionaba.

—Eh..., ¡claro!..., toma.

Jane se apresuró a guardar el arma en el bolso y sustituirla por el paquete de galletas que solía llevar para calmar las ganas de comer entre horas. En ello estaba enfrascada cuando el chico dio un par de pasos más hacia ella. Las manos, los ojos y todo su cuerpo perdieron la capacidad para continuar el desplazamiento. El pequeño se situó a escasos centímetros de ella. Sonreía mirándola fijamente. Jane sintió que sucumbía a un completo escalofrío. No era capaz de abrir hueco a nuevos pensamientos. El pequeño se presentó sin perder la sonrisa, aireando un tono de voz casi jubiloso:

—Yo me llamo Jeremy. ¿Tú quién eres? —dijo elevando las manos en espera de lo prometido.

Nada más salir del hospital, Sandy habló con Garretti, a pesar de saber que ella ya estaba al tanto de la toxina que le invadía el cuerpo. No pudieron hablar largo y tendido debido a que el cadáver de John Flannagan había aparecido en una fría e inmundada alcantarilla, circunstancia que no le suponía ningún problema a Sandy, que era hombre de pocas palabras, y muchas menos por teléfono. Lo que sí era una pena era el no poder dejarse caer por allí, y no porque le hiciese especial ilusión, claro, ver el cadáver del chico, sino porque sin duda algo de interés se sacaría del hallazgo. A él le esperaban importantes tareas en casa. Antes de volver a ella a acometerlas se pasó por una ferretería y compró recambios para las cerraduras y cerrojos para las ventanas. Tiró cualquier alimento que pudiera haber sido manipulado e hizo lo propio con el abigarrado cajón de medicamentos. Con mucho pesar vació también sus botellas favoritas del mueble bar, si bien se consoló con el convencimiento de que aquello le reportaría beneficios mayores y mejores que prevenir un posible envenenamiento. Lo que sí le dolió fue pensar en el dinero que se iba por el retrete, y no fue poca cosa.

De vuelta del cuarto de baño encontró su frasco de ansiolíticos de reserva. No había motivos para conservarlo, no tanto por el riesgo sino por el efecto que empezaba a aborrecer, la dependencia que le obligaba a terminar de forma tajante con todo tipo de ayuda: aguantaría como un jabato lo que viniera. Esa noche lo pasaría mal, seguro, pues el cerebro humano es ante todo el peor enemigo que puede tener uno mismo. No conseguiría pegar ojo sin sus recursos habituales. Se enfrentaría a los temblores en las manos, el sudor frío y esa vocecita que le recordaba constantemente dónde se encontraba y en qué circunstancias, solo y con más recuerdos que añorar que momentos por vivir. No, todo terminaba esa noche, nada volvería a nublarle el juicio, y por eso se sentó en su sillón, con la lámpara encendida, a esperarle..., porque vendría para no regresar jamás, aunque antes le atormentaría una última vez, mientras los restos de aquella grayanotoxina se iban disipando como una densa niebla al llegar el mediodía. Realmente nunca había sido Joseph, eso lo sabía; se presentaba con su aspecto, pero no era más que Sandy Strunk a fin de cuentas,

sus peores rasgos, sus temores, su propio cerebro atormentándolo con la ayuda de un veneno. Pero no Joseph, no ese que confesaba en su diario la gran admiración que sentía por él, la doble moralidad con la que había vivido desde que empezó a trabajar con ellos en comisaría. Cuando volvía con Tom, la realidad le despertaba, o eso decía sentir. Joseph se sabía enfermo, loco de atar, porque durante días enteros jugaba a ser uno de los buenos, con sus compañeros, olvidaba sus planes con Tom, su pasado, sus problemas, y simplemente hacía lo que se esperaba de él. Pero era solo un juego; Joseph se estigmatizaba, como si no tuviera cura ni perdón, ni posibilidad de redención; estaba y estuvo dispuesto a llegar a donde hiciera falta por Tom, por su causa, y hasta el último momento le fue fiel a pesar de saberse traicionado y abandonado por él, su mentor.

Como si al pensar en su diario activara el mecanismo de llamada, Sandy oyó a su espalda un sonido familiar. Un mechero de piedra luchando por emitir su esperada flama. No se volvió, pero siguió escuchando cómo esa persona encendía un cigarro y daba las primeras caladas, poblando el aire de esa sucia fragancia.

—Nunca te vi capaz de fumar. Hay gente que nace sin serlo. Deberías dedicarte a otros vicios.

Una risa de película de gánsteres surgió de las sombras a su espalda. Dio un par de caladas más antes de empezar a hablar.

—¿Y tú no deberías dedicarte a buscar a Henry? Tenía entendido que su vida corría peligro. —Sandy guardó silencio. Ese falso Joseph sabía entrar al trapo sin tapujos ni miramientos—. Vamos, háblame de ello. Deberías estar en la calle, escarbando en cada rincón de esta ciudad, en busca de cualquier pequeña pista. Está en juego mucho más que su vida, Sandy: te conozco y no soportarías cargar con otra muerte sobre tus espaldas; ya te empiezo a notar una leve cojera al andar... —dejó caer divirtiéndose con cada palabra que salía de su falsa boca.

—Esta noche estoy dispuesto a dejar que sueltes por ese pico tuyo lo que te venga en gana; al fin y al cabo, es nuestra despedida. Y tienes una buena voz, de esas que uno no se cansa de escuchar.

Sandy seguía de espaldas a la habitación y miraba fijamente las luces del exterior que se filtraban entre las láminas de la persiana.

—Puede que no volvamos a vernos de esta forma, viejo amigo —hizo una nueva pausa, deleitándose con la expectación que creaba con cada palabra—, pero ¿crees sinceramente que algún día lograrás librarte de mí? ¿Del recuerdo

de mi muerte? Soy el cadáver de tu armario, Sandy, y mi sangre correrá por tus manos, por muy fuerte que fotes.

«No. No lo creo», pensó él. Enseguida se arrepintió de haberlo siquiera pensado, pues ¿no era Joseph una extensión de su propia mente? ¿Podía llegar a engañarle? Tampoco lo creía. Mientras divagaba íntimamente, Joseph continuó hablando:

—No has querido en ningún momento buscar mi perdón... y eso me inquietaría, de no ser porque sabemos que soy... producto de una toxina, ¿no es eso? En ese caso, has pasado por alto que soy una ayuda. Soy la puerta a tus pensamientos más ocultos. Dicen que esos pensamientos, los que se guardan bajo llave, son los más sinceros, los que debemos tener en cuenta. A veces, esas voces que ignoramos pueden conducirnos hasta la verdad más imperiosa.

—No te compliques la existencia, Joseph: tú siempre fuiste más básico que todas esas mierdas psicoanalistas. Hazte al menos el favor de ser fiel a tu recuerdo.

Sandy se volvió por fin, superado por la intriga. Se encontró a Joseph sentado cómodamente en el sofá junto al escritorio. Su cigarrillo estaba intacto, a pesar del tiempo que ya llevaba consumiéndose en los labios. Joseph le saludó con la mano libre. Acompañó el gesto con una sonrisa de dientes manchados de una sangre oscura y pastosa.

—Ante todo soy y seré siempre tu compañero. No lo olvides. —Podía estar tranquilo. Eso no podría hacerlo jamás, se dijo el detective—. Es triste no poder confiar en nadie... —le compadeció ladeando la cabeza, preparándose para soltar algo gordo.

—Por favor, ilústreme.

—Alguien se coló en tu casa, trasteó en tus cajones, hasta el de tu ropa interior, en tu nevera... Jugó a conocerte, de la forma más íntima y sin permiso. Y se manejó a las mil maravillas, por lo visto. Tú ni siquiera notaste algo fuera de lo común, fuera de sitio. Sabía qué buscar y dónde hallarlo. Te envenenó en tu propia casa. No, algo mucho mejor: hizo que te envenenaras tú mismo, poco a poco. —Sandy le miró extrañado y confundido. Sintió por primera vez miedo: él se lo despertaba. Miedo a lo que podía llegar a decir, que fue esto—: Pero no quiero irme sin dejarte algo en lo que pensar... —Joseph se inclinó hacia delante, clavando sus oscuros ojos en él, con aquella sonrisa torcida, sanguinaria—. ¿Quién está jugando contigo? Hagamos nosotros un juego. Tú solo tienes que escuchar y luego responder a las preguntas, y te aseguro que acertarás. —Entrecerró los ojos como un gato

mirando con recelo a su presa, se levantó del sofá y comenzó a caminar en círculos, como si buscara algo perdido por el suelo. El cigarrillo había desaparecido por arte de magia de la escena—. ¿Y si esa persona hubiese sido capaz de engañarte, de saludarte cada mañana, con un perfecto disfraz? ¿Y si hubiese estado entre aquellas explosiones, controlando la situación, disfrutando de lo que sus actos estaban provocando? ¿Qué me dirías si esa persona fingiera registrar una furgoneta cuando, en realidad, estaba escondido, a salvo del inminente peligro?

—Basta —exigió sin alzar la voz el interpelado.

—Mi querido Sandy. ¿Y si fuera nuestro buen amigo Henry, que en estos momentos, al parecer, sufre la peor de las torturas? ¿O será más bien que no corre peligro alguno? ¿Dónde está Henry?

—¡Cállate! —gritó levantándose de la silla.

Joseph se detuvo. Frente a frente. Parecía satisfecho: había cumplido su objetivo.

—Oh, ¿qué pasa, no nos gusta esa posibilidad? —Sandy hervía de rabia contenida. Retorcía los puños sobre la mesa—. Lo veo en tus ojos, Sandy. Es esa semilla que por fin está germinando. Quién sabe si ella podría llegar a salvarte la vida. Abre los ojos, amigo. Desde el principio solo he querido ayudarte. Conoces mejor que la mayoría de las personas la fragilidad del ser humano, lo fácil que resulta corromper a un buen tipo, lo delgada que es esa línea.

Sandy giró la cara; no era capaz de seguir encarando su rostro cadavérico. Entonces Joseph avanzó más hacia él. Al otro lado de la mesa. Tan cerca como nunca lo había estado desde que hubo de presentarse a visitarle la primera vez en aquel estado. Podía notar su aliento nauseabundo de ultratumba, el olor penetrante a sangre. Tan real como lo era que él estaba alucinando, y en su alucinación el visitante prosiguió:

—Me he cansado de que me mires como al malo de la película. Lamento todo lo que ambos sabemos que está por venir, amigo. Yo ya no estaré aquí, no formo parte de esto: yo ya descansaré. Pero tú, tú no encontrarás la paz, por mucho que leas ese diario o logres salvar la vida de mil inocentes. —Ladeó la cabeza y Sandy apreció lágrimas corriéndole por el rostro—. Tus pérdidas pesan demasiado.

Entonces, tras haberle mirado lleno de compasión, se volvió. Por un momento, Sandy llegó a ver en él al auténtico Joseph. El reflejo que tenía

delante ya le daba la espalda para alejarse para siempre hacia las sombras de aquella habitación. Antes de que estas lo abrazaran aún se le oyó declarar:

—Tienes la solución de este acertijo, Sandy, pero has perdido la llave que utilizaste para guardarla segura. Espero que la encuentres a tiempo. A sus órdenes, jefe —se despidió definitivamente haciendo con la mano el saludo militar.

La oscuridad se lo tragó y Sandy supo que estaba solo, que siempre lo había estado. Como si hubiese perdido la noción del tiempo, se liberó de aquel sueño lúcido. Se levantó como un resorte, incómodo: parecía llevar horas allí sentado. Nada había cambiado en la habitación, quizás solo lo había hecho en su interior. Ahí sí que lo sentía. No quería pensar en las cosas que Joseph había dicho, pero al mismo tiempo creía en ellas. Un extraño y desconocido pitido rompió su cadena de pensamientos. Algo en aquella habitación emitía una especie de «bip» rítmico cada pocos segundos. Pronto reconoció que procedía de la mesita del correo. Una oleada de realidad le golpeó en la cara. Aquello que sonaba era el extraño teléfono que entonces se llevó de la vieja granja. Hasta ese instante no le había prestado la menor atención, lo abandonó como si nada al regresar: había otras cosas más importantes que atender. Pero allí, ahora, de pronto era lo único que importaba. En él estaban, debían estar, sus respuestas, porque de momento él únicamente tenía preguntas.

Lo recogió con el cuidado con que se sujeta una delicada flor de cristal. El instinto le guio y le indicó el botón que debía presionar. La pequeña antena que portaba chocó con la oreja al acercárselo. Escuchó atentamente. El pulso le temblaba sin control.

—¿Hola? —Una especie de interferencia interrumpió la voz que se recuperó pasados unos segundos—. ¿Hay alguien? Soy... Henry Harper. Necesito ayuda.

Aquellas galletas, con una mermelada de fresa reseca y agria como relleno, nunca fueron de su agrado. Jane no les vio la gracia la primera vez que las compró. De hecho, las que llevaba en el bolso las adquirió por error, pues no solía repetir con el mismo producto sabiendo que ni este ni ella habían cambiado mínimamente. Pero cuando uno tiene la cabeza más lejos que el coche en el aparcamiento puede cometer el error de llevar la mano al estante equivocado el día de ir al súper. Eso le pasó a ella, por lo que decidió que llevaría ese paquete de galletas en el bolso para ofrecérselas a cualquier conocido que compartiera algún momento con ella, un detalle que no dejaba de ser un movimiento algo tramposo, pues solo quería deshacerse de ellas. No pensó que llegaría a encontrar a algún despistado de paladar tan poco exigente como para disfrutar de aquellas galletas, pero allí delante tenía a un pequeño tragón que no parecía dispuesto a dejar ni una sola migaja, saboreándolas lo justo para no demorarse en introducirse la siguiente en la boca, como si pudieran quitárselas de un momento a otro.

Jane estaba sentada sobre un baúl lleno de trapos y ropa hecha jirones, echada a perder por la humedad. Toda la habitación estaba a rebosar de muebles y cajas que no parecían tener una utilidad concreta, más allá de ofrecer algo de cobijo y protección al improvisado colchón del fondo, su pequeña guarida. El niño se detenía de vez en cuando, para mirarla y sonreír de oreja a oreja, agradecido por el inesperado festín. No demostraba desconfianza o temor ante ella. Jane no había tenido aún apenas la oportunidad de preguntarle si vivía allí él solo. Tampoco creía oportuno atender las llamadas de Kristen, no delante del chico, no desde luego sin saber qué iba a decirle, porque no tenía ni idea de lo que estaba pasando ante sus ojos. Kristen tendría que conformarse de momento con el lacónico «estoy bien» que le había mandado por mensaje.

¿De verdad se llamaba Jeremy ese pequeño que la miraba de aquella forma tan particular? Era como si algo en él formara parte de lo que andaba buscando y, de hecho, no había que ser ningún hacha de la deducción para llegar a la inquietante conclusión a la que Jane llegó nada más clavar la

mirada en la sonrisa del niño, en sus gestos. De momento se negaba siquiera a plantearse, no hasta saber algo más de él.

Le escribió a Kristen otro mensaje para calmar su posible ansiedad, evidente por otro lado dadas las circunstancias. Pero no había peligro alguno en la escena que tenía delante. Le pidió que esperara unos minutos y luego fuera a la casa, que no había nada que temer, aunque también le advirtió de que no estaba sola. Cuando terminó de teclear notó que el chico había finiquitado ya su manjar y, sentado aún en el suelo, la miraba expectante, quizás con la esperanza de verla sacar otro satinado paquete azul del bolso.

—Eres muy guapa. Eres la mujer más guapa que conozco —le otorgó el título tras pensárselo unos instantes. Luego rompió a reír. Quizás por haberse dado cuenta de que no conocía a muchas mujeres como para que el título tuviera un gran valor.

Ella sonrió a su vez, enternecida. Parecía un chico muy dulce a pesar de la crudeza que le rodeaba.

—Dime una cosa, Jeremy: ¿vives aquí tú solo?

Jeremy asintió exagerando el gesto para dejar fuera las dudas, enorgulleciéndose de ello.

—Nunca he vivido en otro sitio. Mamá dice que yo nací aquí, en esta habitación. —El simple hecho de mencionar a su madre ensombreció su pequeña carita—. Ella...

Jane fue al rescate en cuanto notó que el pequeño tenía dificultades para seguir hablando.

—¿No sabes dónde está? ¿Es eso?

El niño, apesadumbrado, se puso en pie de un saltito. Su expresión perdió por completo la viveza y alegría de momentos antes. Retrocedió hasta el colchón y se sentó sobre las mantas raídas, retorciendo las esquinas.

—Ella volverá en cualquier momento. Lo sé. Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí, no quiero que me encierren. ¡Me llevarán a sitios malos! —exclamó pesaroso.

Jane se levantó y, con cautela, fue avanzando hacia él, comprobando que no sentía temor ante su aproximación. De hecho, el pequeño Jeremy se apartó a un lado, como esperando que ella se acomodara junto a él. Sin embargo, Jane se acuclilló delante y le sostuvo las manitas, frías y extrañamente ásperas, llenas de callos.

—No te preocupes, Jeremy, solo quiero ayudarte. Puedes contarme lo que sea... ¿Desde cuándo no ves a mamá?

Jeremy dudó. Desviaba la mirada para no tener que encontrarse con la de Jane. Ella notó que tiraba ligeramente para liberar las manos.

—Yo... ella me dijo que no me alejara de aquí, que tenía que ser fuerte y esperar. Hace algunos días ya, pero no sé cuántos —terminó apenado.

—¿Y la comida...? ¿Cómo te las apañas?

En esta ocasión, el pequeño sacó pecho y volvió a sonreírle de frente con un infantil brillo en los ojos.

—Eso es divertido —expresó dando saltitos en el colchón—. Mamá me enseñó a buscar comida de la buena, esa que la gente tira a veces sin saber que se puede comer. Me llevaba con ella a los sitios adecuados. A veces tengo que robarles a otras personas de aquí cerca, al otro lado del campo. Solo cuando no encuentro nada. —Esto último pareció llenarle de vergüenza. Se fue desinflando a medida que hablaba, como si no hubiese contado hasta ese momento con que aquello no estaba bien.

Jane aprovechó sus aspavientos para comprobar el demacrado estado del chico. Tenía los brazos y las piernas muy delgados y por el cuello de la camisa se le notaban las clavículas muy marcadas. Era un suspirito y quedaba claro que Jeremy estaba malnutrido.

—Eso no es bueno para un niño como tú —hizo una pausa para sentarse a su lado—. Jeremy, sabes que no puedes estar aquí solo, ¿verdad? Necesitas que te cuiden. Todos los niños lo necesitan.

Jeremy se levantó de la cama, se alejó de ella hasta una de las esquinas, detrás de unas cajas, buscando algo. Sacó un coche de juguete azul, un tarugo de madera con ruedas amarillas. Simulaba un todoterreno y comenzó a hacerlo rodar por el suelo distraídamente.

—No estoy solo, tengo mis juguetes —se excusó, convenciéndose con tal argumento—. Y sé que mamá volverá pronto.

—Jeremy, ¿cómo se llama tu mamá?

El niño siguió a lo suyo, describiendo círculos a su alrededor, formando el imaginario circuito del tosco todoterreno.

—A mamá no le gusta su nombre. Una vez me dijo que jamás la llamara por su nombre, pero yo lo hago cuando me enfado. —Luego alzó la vista y se puso serio—. Josie, así se llama mamá.

Y continuó con su juego. Siguió girando y girando hasta que el coche se le resbaló. No hizo nada por volver a sostenerlo, solo se quedó pensativo. Un instante después, Jeremy volvió a alzarse como impulsado por un muelle, abriendo bien los ojos.

—¿Es que conoces a mi mamá? Te ha mandado a buscarme, ¿es eso?

—Eh... —Jane no supo cómo continuar.

Jo era el nombre de la chica que le salvó la vida a su hermano. Una chica sin hogar, que creció en las calles de Rockville. Una chica que llegó a esa cabaña junto a su hermano... No podía decirle al pequeño Jeremy que se equivocaba, porque ¿quién si no le había enviado ese diario a ella? ¿Y no habría sido con la esperanza de que llegara hasta aquella casa, en la que hallaría a un niño que necesitaba con urgencia un cambio de vida? Quizás no quisiera permitir que esa realidad inundara sus pensamientos aún, pero no podía dejar a aquel niño allí, ya no.

—¿Sabes?, hay mucha verdad en eso que dices. No conozco mucho a tu madre, pero sí que me pidió que viniera a por ti. Así que... ¿vendrías conmigo? —dotó a la pregunta de un tono sincero.

El pequeño no pudo esconder una incipiente sonrisa. La idea de irse de aquella casa con la chica guapa que le había dado unas deliciosas galletas era lo mejor que le había pasado desde la marcha de su madre.

—Mamá nunca había estado tantos días fuera. He llorado todas las noches. No me gusta estar solo cuando hace frío. —El pequeño se encogió en el suelo: parecía a punto de echarse a llorar, de llamar desconsoladamente a su madre, como haría cualquier niño en su situación.

Jane tomó su decisión: no quería seguir manteniendo esa barrera de ignorancia, de negación ante algo evidente, algo mágico, porque era un auténtico milagro lo que tenía ante los ojos. Se arrodilló y cogió y abrazó a Jeremy, que se colgó de los brazos como un pequeño monito de su madre, enlazando los pies tras la espalda de Jane. Y lloró. Lloró por el tiempo que había pasado desde la última vez que había sentido el contacto con otra persona, porque, a pesar de ser capaz de sobrevivir solo durante tantos días, no pasaba de los siete años, era un crío, un niño abandonado. No había conocido otra vida diferente a la de esa cabaña sin luz ni otras comodidades más allá de su harapienta cama. Ese pequeño tenía los ojos de un fantasma del pasado, uno que para ella no había sido más que el héroe de sus cuentos, ese que perdió a toda su familia para ganar algo inesperado e incierto, y que no pudo llegar a sentir entre los brazos como ahora disfrutaba Jane, confundida y completamente vulnerable ante la idea de tener, junto a ella, al hijo de su hermano.

—¡Henry! Henry, soy yo, Sandy... ¿Sigues ahí? —el detective casi le cortó precipitándose a contestar.

No podía creerlo. Escuchaba alterado como Henry respiraba, pero parecía costarle hablar, o dar con las palabras. Algo no iba bien. «¿Cómo coño va a ir bien?», pensó alarmado.

—Henry, por favor, háblame. Tengo que encontrarte, ayúdame a encontrarte.

Henry tosió profusamente hasta poder recuperar el habla.

—¿Sandy? Esto no puede ser nada bueno —maldijo—. Me ha... dado este teléfono, me dijo que alguien contestaría, que solo podría comunicarme con ese número. Me alegra que seas tú, pero no entiendo qué se propone.

Sandy se pasó una mano por el pelo, inquieto; la impotencia no le sentaba nada bien, quería gritar, salir corriendo hasta donde estuviera él y ponerse en su lugar, acabar con todo.

—¿Estás solo...? Joder, tengo que hablar con Garretti, tienen que rastrear...

—No lo intentes, amigo. Ese cabrón no me lo habría dado sin haber tomado sus medidas: este teléfono es imposible de ubicar, no al menos en los próximos días, y según él, para entonces todo habrá acabado. —Henry guardó silencio. Respiraba entrecortadamente, como después de una carrera. En el teléfono se oyó un golpe seco, como si lo hubiese dejado caer. Enseguida volvió a escucharse su voz—. Él me... me dijo que... que este teléfono no podría... salvarme la vida, pero sí... sí que podría salvar... la de otras personas, ¿lo entiendes? Ahora formo parte de su juego, de lo que ha planeado para joderte la vida, y llegará a ti si no lo impedimos.

—Henry, espera un momento. Antes quiero saber qué te pasó. Dime algo del sitio en el que estás: podría ser de ayuda. ¿Qué ves?

Henry resopló con impaciencia. Sandy lo imaginó casi siendo testigo, masajéandose las sienes, buscando dentro de sí la paciencia y la fuerza necesarias para seguir adelante.

—Me golpearon en la cabeza, no lo vi venir. No me cabe duda de que se trataba de Richard Miller, el que secuestró a Laurie. La vi a ella, creo que era ella, estaba viva; ¿sabéis algo?

—Sí. Sí, tranquilo, era ella, la dejaron allí, sana y salva. Está perfectamente, bajo vigilancia.

—Es un alivio...; cuídala, Sandy, a ella y... a Jane: te necesitarán. Al viejo Sandy...: haz que vuelva... —sonó como una obligación—. Yo... luego... solo recuerdo haber despertado aquí. Atado. Tengo una... cadena al cuello, muy resistente, y apenas puedo moverme sin que tire. Esto me impide incluso tumbarme; apenas tengo capacidad de movimiento. Parece un sótano, una habitación amplia, en completa oscuridad, y silencio: no oigo nada. Solo dispongo de una bom... billa destartada que cuelga sobre la... cabeza, a unos dos metros; ahora mismo está apagada, pero creo que tiene un... un temporizador, lo oigo, es como un reloj.

—¿Hay algo con lo que puedas intentar soltarte, defenderte?

—No, Sandy, lo he intentado todo. No ha dejado nada que no quisiera dejar, lo tiene todo perfectamente ideado. Soy como un ratón en una trampa, solo puedo hacer lo que a él le apetezca que haga.

No le gustaba cómo sonaba, tampoco el tono de su colega. Sandy tenía la sensación de que Henry se estaba callando algo importante, algo que le afectaba a él. Y lo peor de todo era que se estaba dando por vencido.

—Henry, ¿estás herido?

Silencio.

—Yo... estoy bien. Sandy, hay poco tiempo..., no podemos seguir hablando. Tengo... tengo que explicarte algo importante. Hay una cuenta atrás..., una cuenta atrás. Esta noche, va a volver a matar. Es un juego, quiere ganar, pero no le gustan las cosas fáciles. Me ha... dejado una pista, podré darte un punto de partida, algo para que puedas anticiparte a sus movimientos.

—Espera, espera, ¿qué significa eso? ¿Dónde está esa pista?

—Por favor, Sandy, confía en mí, amigo, confía. Voy a colgar y, en unos minutos, volveré a llamarte; permanece atento: con... con suerte, podré darte lo que necesitas para salvar una vida.

—Yo no puedo... —Su impulso fue gritarle que fuera sincero, que le explicara en qué situación se encontraba realmente, pero no pudo más que hacer lo que le había pedido: confiar en él—. Resiste, Henry. Saldrás de esta.

Estaba escuchando al otro lado cuando lo dijo, pero colgó sin añadir más. Sandy dejó el teléfono en la mesa. Encendió todas las luces del piso y fue

a refrescarse la cara. Contempló su reflejo en el espejo: tenía los ojos irritados y estaba más pálido incluso que cuando perdió el sentido en el hospital en los brazos de una dama. Henry requería ayuda, tenía que sacarlo de allí y no le quedaba mucho tiempo, eso lo sabía, pero debía confiar en él. Ese asesino hijo de puta preparaba ya su próximo movimiento; Sandy estaba convencido de que la idea de darle a él la oportunidad de detenerle le excitaba, suponiendo todo un reto adicional. Estaría listo.

Se dirigió a su habitación. Sacó del armario ropa cómoda. Camisa, vaqueros y su gabardina. Del cajón de la cómoda sacó su Glock 9 mm, con el tamaño perfecto para camuflarla bajo la ropa; no saldría de casa sin ella. Pensó que podría venirle bien un plan B, así que cogió también una navaja que guardó dentro del calcetín. «Sí, soy todo un clásico en cuanto al camuflaje del armamento», se dijo no muy convencido de llevar el calzado más adecuado para esconder una navaja.

Volvió a la sala, impulsado por el miedo a no estar junto al teléfono cuando Henry le reclamara de nuevo. Se sentó a observar el aparato, con las manos en la cabeza. Tardó unos valiosísimos minutos en percatarse de que algo había cambiado en aquella habitación. Las luces del pasillo, la cocina..., incluso la del baño, estaban apagadas. A su espalda sonó un «clic», tan fácil de reconocer para él que supo enseguida que no serviría de nada levantarse. Le estaban encañonando por la espalda.

—¿Cómo has entrado? —preguntó a las sombras sin que la voz le temblara un ápice. Podía percibir una silenciosa respiración acompasada.

—No ha sido muy difícil. Cuando lo hice, tú no estabas aquí. Has cambiado las cerraduras... Sabía elección, aunque algo tarde si tu enemigo está dentro.

Era él, su voz, la misma de la conversación por teléfono en comisaría. Pastosa, extraña, familiar, repugnante. Sandy apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Deseaba abalanzarse y abrirle la cabeza a golpes, aunque eso implicara llevarse un balazo en el pecho; incluso con aquel riesgo, la idea le resultaba tentadora.

—Solo quería pasar algo de tiempo contigo; observarte se ha convertido en mi pasatiempo favorito. Estar entre las sombras contigo me hace sentirla a ella tan presente... —Aspiró el aire como si pudiera percibir su aroma a grosellas frescas.

—¿Qué quieres? ¿No deberías estar en otra parte?

—Sí..., ya he oído tu conversación con Henry. El juego ha comenzado, ¿no? Tranquilo, sigamos hablando de ti. Quería darte mi enhorabuena por superar esa adicción tuya a los calmantes; me alegra que mi pequeña ayudita, aunque algo radical, haya surtido un efecto positivo.

—Hijo de puta... Disfrutaré abriéndote en canal con mi navaja.

—Ufff, eso no suena muy cuerdo, Sandy. No... no te pega; deja esas locuras para los expertos —susurró amenazador, más cerca, en el cuello.

—¿Quieres ponerme a prueba? —le retó.

—No, no tengo tiempo para eso, Sandy. Prefiero que hablemos de tus amiguitos. Henry, por un lado, es admirable, una persona íntegra, del tipo que sería capaz de sacrificar su vida por un bien común. Nada que ver con tu otro cachorrito, ese que se te descarrió..., ¿y qué decir del gran Joel Ackerman? Ese hijo de perra sí que es un hueso duro de roer: no muere ni aunque le hagan saltar por los aires. Siempre ha sido un auténtico Terminator, ¿verdad? El putito Arnold Schwarzenegger entre nosotros. —Rio de tal genialidad. Rio hasta desgastar la ocurrencia.

El encañonado, reprimiendo sus impulsos, no pudo evitar hacer presión con los pies, lo que hizo que la silla emitiera un molesto crujido al resbalar por el suelo. Inmediatamente notó movimiento a su espalda y casi al instante sintió el frío tacto del cañón ejerciendo presión sobre la nuca, acompañado por una advertencia más:

—Ni un paso, dulce Sandy. No me hagas destrozarte un brazo o algo peor. Todavía nos queda mucho por disfrutar.

La tensión lo mantenía clavado a la silla, muy al contrario que sus pensamientos, que casi le obligaban a saltar, a mirar a los ojos al cabrón asesino de Giselle. El teléfono sobre la mesa les sobresaltó a ambos. Sandy tenía las manos al descubierto muy cerca. No convenía hacer ningún movimiento brusco, pero contestaría al teléfono a cualquier precio. El intruso habló antes:

—Salvados por el teléfono... Hora de despedirnos. Henry te reclama y esa llamada, aunque no lo comprendas, significa que su esfuerzo bien merece tu atención. Es un chico muy valiente, Sandy, empiezo a lamentar haberle puesto en una... delicada situación, pero él da mucho más juego que la chica. Gané con el cambio.

Tras ello, separó el cañón del cuello y Sandy escuchó sus pasos retrocediendo, reintegrándose a la oscuridad. Pero aún tenía algo que decir:

—Deja pasar quince segundos y luego podrás contestar. Ni se te ocurra seguirme —amenazó en un susurro—, porque de lo contrario estarás matando a una buena persona. Nos volveremos a ver pronto, viejo amigo. Ten paciencia, que llegará tu momento.

Sandy cerró los ojos con fuerza. Contando mentalmente. Lo escuchó salir por la puerta principal con paso tranquilo, abriendo las cerraduras nuevas. El teléfono seguía sonando y Henry estaba al otro lado con algo importante que decirle. Pasados unos diez segundos, contestó, seguro de estar completamente a solas. Henry le recibió aliviado, entre resuellos: ahora ya parecía sencillamente agotado.

—Sandy..., lo tengo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No queda mucho tiempo. Tienes que salir pitando en cuanto averigües lo que..., eh..., significa. Estoy seguro de que tú... tú lo entenderás.

No era capaz de ignorar los lamentos que Henry se esforzaba por reprimir ante el teléfono; ¿qué le estaban haciendo, por Dios? La única forma de ayudarle era avanzar; de nada servía entretenerle hablando, eso no lo salvaría.

—Bien, dime de qué se trata.

—Hay un número que no debes olvidar: 1452; apúntalo, memorízalo, lo que sea, pero tenlo a mano cuando llegue el momento, que no sabemos cuándo será. Y luego... Dios, no lo entiendo. Es un acertijo. Yo... no soy capaz de concentrarme ahora.

—Léelo, ¿puedes? —preguntó con voz preocupada.

—Dice: «Busca la gota de aceite en el vaso de agua, elemento de diversidad donde todos siguen un mismo patrón. En un mundo que no acepta debilidades...».

Sandy se dejó caer sobre la silla de nuevo. Alguien estaba en peligro y solo esas dichas palabras le separaban de saber quién era.

—¿Se te ocurre algo? —le preguntó Henry esperanzado.

Sandy dudó, pero decidió que expresar con palabras sus pensamientos podría serle de ayuda.

—Buscamos a una persona... que podría ser única en algo, la gota de aceite, elemento de diversidad..., es alguien distinto a la mayoría, quizás que no encaja en la sociedad, o en...

—Sandy, no olvides que esto gira en torno a ti. Estoy seguro de que es alguien de tu entorno. No tendría mucho sentido si no le conocieras.

Así que él conocía a esa gota de aceite, esa persona que desafiaba al mundo, aportando la diversidad a... «A su lugar de trabajo..., su profesión... No, no puede ser..., maldito cabrón...»

Sandy dio un golpe sobre la mesa, esperando así encontrar las fuerzas para ponerse en marcha, rezando por que sus suposiciones no le costaran la vida a alguien.

—Henry..., sé quién es —le confesó recuperando el aliento.

Garretti dejó que el ruido de la cisterna ahogara sus arcadas y lamentos. Mala idea la que la había llevado hasta el baño, porque a veces, solo algunas, la incertidumbre ayuda a seguir adelante más que la verdad. Las cosas no habían mejorado mucho por el simple hecho de estar en casa, como había deseado estando junto al cadáver de John Flannagan. En casa estaba a solas con sus duelos internos, con las incesantes llamadas al hospital, en las que doctor tras doctor reiteraban lo delicado del estado de Joel, que la mareaban sin decir claramente lo que ellos ya debían intuir, recomendando tener presente que la esperanza es lo último que se pierde, con lo que esas palabras implican. Ante el espejo, intentó encontrar en su mirada, en lo profundo de sus pupilas, algo de fortaleza, esa de la que siempre había hecho alarde, que formaba parte de la auténtica Sofia Garretti. Una lágrima solitaria le rodó por la mejilla: dejó que siguiera su camino, que resbalara por la barbilla hacia el suelo, dejando el sendero listo para las siguientes. En eso había quedado la Inspectora de Hierro. Aquel maldito apodo que tanta gracia hizo entre los compañeros, ahora le resultaba cómico, pero por lo equívoco. Todo idea del imbécil de Matt. El divertido Mathew Matheson. Su nombre completo sí que le sonaba a chiste. «Menudo capullo envidioso estás hecho, Matt», se dijo. Pero por mucho que insultar a quienes le faltaban al respeto fuera terapéutico o divertido, no podía negar que allí, ante su reflejo, con los nervios destrozados y el estómago en guerra con el mundo, nada podía parecerle divertido ni terapéutico. Lo que más dolía era mirar atrás, apenas un par de semanas, y comprobar que casi no reconocía una vida llena de promesas, precisión y pasión. Ahora, se encontraba en un punto de no retorno y su vida contaba con unas altas posibilidades de irse al carajo. No, no había salida, estaba encerrada y perdiéndose por momentos sin nadie a quien abrazarse para aguantar el temporal, porque aquel gesto era un signo de debilidad que ella, mujer entre hombres día a día, no podía permitirse.

Salió del baño, acomodándose en su holgado chándal de estar por casa, en el que, si apuraba, cabía otra Garretti más. Su gata, Prue, se le enredó entre las piernas sobresaltándola. La cosa no quedó ahí, sino que el animal trepó

entusiasmado clavando uñas y maullando como cuando por accidente le pisaban la cola.

—Pero bueno..., ¿y a ti qué te pasa? —sujetó a su mascota y la miró a los ojos, sorprendida por su comportamiento—. Hasta tú notas que todo es una mierda últimamente...

En el salón dejó a la gata, momentáneamente dócil, en el sofá, pero en cuanto se alejó unos pasos, el animal salió como alma que lleva el diablo y se perdió por el pasillo, rumbo a su cestita o a su rincón secreto sobre el armario, hasta el que trepaba como el que sube unas escaleras. Garretti entrecerró los ojos, oyendo los maullidos del animal en la distancia. Dio un par de pasos hacia allí, pero justo entonces un teléfono comenzó a sonar. Atolondrada como estaba, tardó unas valiosísimas centésimas de segundo en darse cuenta del aparato del que provenía. Era Sandy, ya que nadie más tenía ese número. De modo que era importante. Caminó decidida hasta la mesita, en la que descansaba su batería de teléfonos: tres móviles y el fijo. Era una mujer precavida que separaba escrupulosamente el trabajo de su vida privada, que era escasa pero valiosa. En la pantalla aparecía el número que esperaba: no quedaba otra... Pero no llegó a contestar, a pesar de que el timbre seguía sonando: se había quedado petrificada en la posición previa a agarrar el teléfono. A su espalda, la puerta de su habitación se abría lentamente, con el siempre molesto chirrido que llevaba meses proponiéndose arreglar. Tenía una pistola bajo la mesita. Se agachaba como si quisiera coger lápiz y papel de la mesa cuando un empujón la tumbó de bruces en el suelo. El teléfono que finalmente había cogido le desapareció de las manos y la perspectiva de su propia casa se desdibujó a causa del golpe.

Sobreponiéndose, se volvió para poner distancia con su agresor. Con una sola mirada le bastó para reconocerle. Era Richard Miller, en su propia casa. Como si leyera sus pensamientos, se interpuso entre la mesa y ella. Entre su arma y ella. Estaba acorralada en una esquina del salón. Jamás había sentido un miedo tan real como el que estaba experimentando: el pánico se adueñó de ella ante la perspectiva de enfrentarse a aquel peligroso criminal. No era capaz de arremeter, embestirle para pillarlo por sorpresa; el temor a recibir un nuevo golpe empezaba a anularla, y odiaba sentirse así. Con un grito gutural de guerra, Garretti saltó por encima del sofá y le propinó un puñetazo en plena cara que le dejó aturdido unos instantes. Se dio la vuelta y metió la mano bajo la tabla, llegando a palpar su seguro de vida. Extrajo la pistola justo cuando él la agarraba y tiraba de la pierna y la lanzaba de nuevo al suelo boca abajo. Le

sujetaba con fuerza el tobillo. La pistola resbaló de entre los dedos. Garretti luchó por zafarse, pero el exconvicto se sentó en su espalda inmovilizándola, casi impidiéndole respirar. Parecía tener un interés especial en controlarle las piernas. Garretti alcanzó la pata de la mesa, la atrajo hacia ella, lo que provocó que cayeran los móviles y una representación en cristal de la torre Eiffel que usaba de pisapapeles. Supo lo que debía hacer para salvar la vida. Solo podía pensar en su situación y en que uno de los dos iba a matar al otro.

\* \* \*

Diez minutos fue lo que tardó Sandy en llegar a la dirección de Garretti tras pedírsela a Sam con una urgencia que no daba lugar a evasivas. No se negó a ello, pero al no brindarle explicaciones al respecto, quiso saber si debía preocuparse. Sandy, conduciendo ya mientras hablaban, pidió que alguien fuera sin perder un minuto a la casa de Garretti. No quiso entretenerse con aquella charla que ya había agotado sus cartuchos. Le dejó con la palabra en la boca y siguió su camino. Calculó que llegaría en torno a cinco minutos antes que los refuerzos dada la ubicación de la comisaría. Y no erró en absoluto. Cuando llegó al edificio saltó literalmente del coche en marcha y subió las escaleras con la Glock ya entre las manos. Garretti vivía en un primero, por suerte. La puerta de su piso estaba entreabierta. Dentro no se oía nada. La escena reavivó viejos fantasmas en su mente. Se veía entrando en el piso que Jane compartía con Tom, para encontrarse una escena llena de desolación y sin rastro de la propia Jane. Deseó no repetir ese panorama.

—¡Policía! Voy armado y voy a entrar —improvisó echando mano de viejas costumbres.

Empujó ligeramente la puerta, pero allí ya se tropezó con el primer obstáculo. Había algo que impedía avanzar, que hacía de tope. Sandy temió lo que empezaba a formársele en la imaginación. Con cautela cargó contra la puerta aplicando toda su fuerza, aunque evitando movimientos bruscos. Consiguió ir arrastrando lo que fuera que estuviera al otro lado, lo justo para poder entrar. Nada más pasar, localizó un cuerpo desplomado, de un tipo grande, al que no le costó identificar, incluso de espaldas. Dadas las circunstancias, no concebía equivocarse. Richard Miller yacía boca abajo con un artilugio de cristal macabramente incrustado en el centro de la espalda. El jersey gris que llevaba estaba empapado en sangre formando un gran círculo

alrededor del objeto. Sandy lo ignoró más allá del primer vistazo para bajar la mirada y encontrar el cuerpo de Garretti de costado junto a la puerta.

—Dios, no..., Sofia...

No presentaba heridas mortales, al menos en apariencia. Se sentó en el suelo y atrajo el cuerpo, alzándola por los brazos hasta tenerla en el regazo. Le sangraba la nariz, probablemente rota a causa de un buen golpe, seguro que propinado por aquel cabrón.

—Sofia, eh. Vamos, háblame. Estoy aquí contigo. —Dejó que el miedo a haber llegado demasiado tarde le atenazara el cuerpo y la mente: él era el culpable.

La jefa de policía tenía el pulso estable, pero no reaccionaba. No era ningún experto como para aventurar su estado. En ese momento se percató de un pitido intermitente. Buscó la procedencia del sonido, tanteando el cuerpo de Garretti, que empezó a gimotear, volviendo en sí. En el tobillo, bajo la ropa, notó algo metálico que lo rodeaba. Subió la pernera y apareció una especie de tobillera, con un diseño similar a las que utilizaban para los arrestos domiciliarios. Pero esta no resultaba tan inofensiva, no con aquellas pequeñas masas de C4 adheridas al cableado de aquel artefacto casero.

Garretti braceó al notarse sujeta, abrió los ojos de par en par y miró a Sandy como si no le reconociera por un segundo, o quizás no quisiera que fuese real. Sandy la sujetó por las muñecas e intentó tranquilizarla.

—Soy yo, no pasa nada. Está muerto —la ayudó a recordar. Ya no había peligro, al menos no el que suponía aquel criminal.

—Oh..., mi cabeza... Sandy, tienes que irte. Me puso algo, un explosivo. Sal de aquí... —ella habló compungida, desprovista de la energía que la caracterizaba.

Sandy volvió a centrarse en el tobillo. Recordó entonces la pista de Henry, el número que llevaba escrito a rotulador en el antebrazo debía servirle de algo.

—Vas a salir de esta, Sofia... —le aseguró.

Giró la tobillera en busca de alguna pantalla led o un teclado numérico, ignorando la intimación de abandonarla que ella repetía asustada. Encontró lo que buscaba, por fortuna, en la parte trasera, junto a una amenazadora cuenta atrás.

—Bien, quedan dos minutos —murmuró el rescatador olvidando que ella ya estaba lo suficientemente alterada.

—Oh, joder. ¿Los artificieros están de camino? Sandy, no hay necesidad de que caigamos los dos juntos. Eso le encantaría...

Él la chistó concentrándose. Se remangó chaqueta y camisa y dejó al descubierto los números, que seguían bien legibles en su piel. Solo tenía que introducir cuidadosamente el código que formaban y esperar que aquello se desprendiera del tobillo de su compañera, que no fuera una trampa más. «Bien, allá vamos...: 1, 4, 5 y 2...» fue tecleando, con la lengua entre los dientes. Pulsó el único botón visible junto a la pantalla y deseó que el procedimiento para desactivar aquello fuera tan intuitivo como parecía. Durante unos instantes no ocurrió nada. Garretti lo miraba con sus últimas esperanzas puestas en ese movimiento inesperado por su parte. Sandy deseó con todas sus fuerzas no defraudarla. El pitido cesó y la cuenta atrás se detuvo no más de unos segundos después. Sonó entonces un clic que liberó la pierna de Garretti de aquella tortura. Sandy lo separó de ella y lo alejó unos centímetros con cuidado. Al incorporarse, se encontró con el rostro de ella a pocos centímetros, sentados ambos en el suelo el uno junto al otro. Garretti se frotó el tobillo, masajeándose la rojez que había dejado el ajustado artefacto y recogiendo las piernas hasta abrazarlas. Luego echó un vistazo al cadáver.

—Ya ha pasado todo —le dijo él rodeándole los hombros.

Garretti no opuso resistencia; intentaba recomponerse. Había pasado miedo, un miedo desconocido, una nueva forma de afrontar situaciones que antes habría dominado. Se le hacía extraño su cuerpo. Se abrazó aún con más fuerza y rompió a llorar. Sin importar que él la observara sorprendido, incómodo. Simplemente escondió la cabeza y lloró. Garretti se dejó abrazar por él y pronto ella misma se hundió en el pecho de su amigo. Estaba derrotada, viva, sí, pero había perdido. Así lo sentía.

—Es largo de contar y no es el mejor momento, lo sé —afirmó Sandy—, pero ha sido Henry quien te ha salvado. Contactó conmigo a través de un teléfono por satélite que encontré en la vieja granja..., él está... está encadenado en una especie de sótano. No sé con qué objetivo lo hicieron, pero le dejaron pistas para poder salvarte.

Garretti escuchaba con atención sin alzar la vista. Su repentino pero intenso llanto había cesado ya. Era evidente que tenía demasiadas preguntas al respecto, pero, como bien había aventurado Sandy, no era el mejor momento. Sandy se había dejado llevar, en un intento por sincerarse con ella, una señal de confianza, algo que alguien como Garretti, que no tenía a nadie, valoraba ahora más que nunca.

—Yo... —empezó mientras se serenaba soltándose del abrazo. Sandy esperó paciente a que acabara—: Estoy embarazada.

Sandy no hizo pregunta alguna, pues ya conocía la naturaleza de su relación con Joel. Entre ellos flotó en el aire un hilo de complicidad, nacido de la soledad y de aquel momento. Ninguno de los dos pudo añadir nada más, a pesar de lo mucho que suponían las dos confesiones. Permanecieron el uno junto al otro hasta que las sirenas anunciaron la llegada de la caballería rodante, que, si bien era tarde, no había nada que lamentar. Sonó un teléfono y cortó aquel silencio, tan natural entre dos personas que sabían disfrutar de la ausencia de ruido, de interferencias. Solo cuando Garretti comprendió cuál de sus móviles sonaba reaccionó, y su rostro perdió la poca vitalidad que le quedaba en los ojos. Se fue apagando a medida que escuchaba atentamente lo que le transmitían. La vida de Garretti estaba a punto de alcanzar un nuevo punto de no retorno.

A Jane le costó horrores montar a Jeremy en el coche. No le gustaban y su madre le había inculcado desde muy pequeño que debía huir de esos trastos, como si su vida dependiera de ello. Fue imposible convencerle de llevar puesto el cinturón: la sensación de aprisionamiento ya era suficiente sin más añadidos. Aceptó ir detrás, junto a Kristen, pero en cuanto el chico notó que las puertas estaban cerradas y que aquel chisme se movía alejándose de su único hogar conocido, Jeremy, en un abrir y cerrar de ojos, se lanzó sobre la puerta y saltó del coche en marcha y se refugió entre unos arbustos, en suelo firme. No fue la única batalla, ya que cuando Kristen decidió que poner la radio le sentaría bien, el niño se tapó los oídos y comenzó a gritar y a llorar sin control. Miraba a todos los altavoces con tanto miedo en los ojos...

Fueron directos a la sala de urgencias, pues había mucho que hacer con un niño criado en la máxima pobreza y de semejante edad y que nunca había tenido asistencia médica. Jeremy agradeció el fin de su primer paseo en automóvil, pero a esas alturas ya estaba agotado por tantas experiencias nuevas. Jane lo llevó en brazos por todo el hospital reclamando ayuda, mientras el chico se escondía como podía entre el pelo de ella, rechazando advertir toda la parafernalia médica que lo rodeaba y sintiendo náuseas por aquel extraño olor que percibía. Muchos de los que esperaban su turno en la sala de espera rehuían el ver a Jane dando vueltas con un pequeño tan sucio entre los brazos, una imagen que a buen seguro consideraban inaceptable.

Kristen ayudó en todo lo que pudo, solicitando un médico lo antes posible: el caso que ellas habían llevado hasta allí era del todo inusual y requería atención inmediata. No obstante, Jane insistió en que era tarde, que podía encargarse de todo ella sola, que ya había hecho suficiente, pero ella se mostró decidida a permanecer a su lado.

Casi una hora después de llegar, un doctor poblado de canas, sudoroso y con gesto preocupado ya de fábrica, se les acercó con un interrogante en la mirada.

—Es usted la que trae al niño abandonado, ¿no?

Jane se alzó del asiento, aún con Jeremy en brazos. La prueba de que era ella saltaba a la vista.

—Sí, soy Jane Clemens. Técnicamente no es un huérfano, porque resulta que...

—Oiga, señorita, merece usted un aplauso y mi más sincera admiración por ese bonito gesto hacia los más desfavorecidos, y no tiene que explicarme esas cosas a mí. ¿Ya se ha puesto en contacto con un asistente social, con la policía?

Jane arrugó el ceño. Levantó al pequeño Jeremy, que se le escurría a cada segundo.

—No, de eso pensé que se encargarían aquí, yo necesito hablarle acerca de...

—Escúcheme, una de las enfermeras les atenderá y pondrá en contacto con los servicios sociales. Hasta entonces tendrá que... —Esta vez fue su turno de interrupción.

—Este niño podría ser mi sobrino, doctor. El hijo de mi hermano muerto. ¿Le parece eso suficiente para atendernos?

Kristen sonrió discretamente al comprobar el gesto de asombro del médico. Hubo algo, durante tan solo un segundo, que le había indicado a Kristen que el médico había reconocido a Jane nada más verla y, quizás temiendo ser acusado de un trato de favor ante otros pacientes, ignoró cualquier detalle relacionado. Pero no podría negar que se encontraban ante una situación delicada. Les pidió que le acompañaran para hablar en privado, con más calma, insistió.

Un poco más tarde, un par de enfermeras se llevaron a Jeremy para comenzar con algunas pruebas rutinarias aparte de darle un más que necesario baño. El niño se resistió, lloró en los brazos de la enfermera que lo separaba de la única cara conocida que le quedaba en la vida. Cuando estiró los dedos al máximo para intentar llegar a ella, a Jane se le contrajo el corazón, el cuerpo entero se estremeció. Ya que ella era la culpable de todo por lo que iba a pasar el pobre chico, quería estar con él.

Cuando se sentó frente al doctor de la mirada cansada, sus pensamientos seguían con Jeremy, al que le estarían clavando agujas, extrayendo sangre y desnudando como a un bicho de laboratorio. Todo por su bien, lo sabía, pero no podía evitar sentirse mal.

—Señorita Clemens —le reclamó el doctor Price—, le informo de que ya estamos a la espera del asistente social asignado a su caso. Se prestará usted a

las pruebas de consanguinidad, supongo. Hay que confirmar lo que conjetura cuanto antes.

Jane asintió: coincidía con él en la urgencia de aquel asunto y aceptaba el protocolo, aunque para su corazón no había dudas ya. Había decidido y comprendido que, con independencia del resultado de esa prueba de rigor, el pequeño formaba parte de su vida.

—¿Cree que estará bien? —preguntó compungida.

El doctor la miró sin comprender la naturaleza de su preocupación, pero enseguida en su rostro apareció cierto alivio.

—Oh, por supuesto que sí. No se preocupe. En cuanto las enfermeras le han enseñado el bote de las piruletas ha dejado de berrear y patalear. Me consta que está colaborando de buen grado. Es un chico muy agradable. — Primer indicio de que el doctor era humano, con emociones y todo. Jane le premió con una sonrisa. Eso era propio del niño—. De momento, las pruebas van bien. Jeremy parece un chico muy sano. —Ahora fue él el que sonrió buscando su complicidad—. Su situación, el crecer en un entorno aislado y marginal, han hecho de él un niño..., digamos diferente. No hay daños cerebrales, no digo eso, pero sí que su mente no está lo desarrollada que debería para un niño de su edad. Será duro para él adaptarse a la sociedad. Solo quiero que lo tenga presente.

Jane asintió.

—Doctor, ¿cree usted que podría venir conmigo esta noche?

El facultativo resopló alzando las cejas, terminando en un suspiro que delataba lo delicado de la situación o su total ignorancia al respecto. Aunque pronto iba a salir de dudas.

—Lamento tener que decirle que la decisión no depende de mí. Por lo general, solemos dejar a los pequeños en observación durante una noche, mientras avanzan los trámites. No obstante, será cuestión de hablarlo con quien corresponda. Desde luego, lo primero es la salud del niño.

—Lo comprendo... Pero es que nunca ha estado tan lejos de la cabaña en la que ha crecido... Todo esto para él... debe de ser como una extraña pesadilla, un mundo nuevo que le viene demasiado grande y hostil.

—Dejemos que las cosas fluyan; ya veremos lo que pasa, ¿de acuerdo?

Que las cosas fluyeran...: sonaba más fácil de lo que realmente era. Sobre todo tras descubrir que podría tener un sobrino, que había un niño en una habitación cercana, sangre de su sangre, del que nunca había sabido nada. Solo ansiaba estar con él, abrazarlo, conocerle, memorizar cada gesto, cada

lunar de su cuerpecito. Solo en ese momento se acordó de sus padres, pensando en cómo se tomarían aquella noticia tan surrealista. Era uno de esos acontecimientos que hacían temblar las rodillas, que podría cambiarlo todo. Era un milagro.

Al salir de la consulta, encontró a Kristen con la cabeza apoyada en el pecho, los brazos cruzados y las piernas estiradas. Estaba profundamente dormida. A ella también le agotaba la tensión y quizás estar dando vueltas con ella le evocara sus momentos más difíciles. La mente también necesitaba descansos. Jane se sentó a su lado y la llamó rozándole suavemente el brazo. Aun así, Kristen se sobresaltó, pero enseguida recobró una postura bien erguida y digna. Jane dejó escapar una risa abierta.

—¿Ocurre algo? Solo estaba... meditando —se excusó azorada al verla reír.

—Ya..., ya. ¿Y a qué se debe ese hilillo de baba?

Su pregunta provocó un huracán de movimientos rapidísimos en Kristen. Mirando hacia todas partes se pasó la manga por la barbilla, totalmente ruborizada.

—Oh, Dios, no puedo más —admitió con una sonrisa cansada y forzada—. No duermo nada bien últimamente.

Jane ladeó la cabeza y la miró comprensiva. Cómo iba a hacerlo de otra manera si ella tampoco conseguía pegar ojo.

—Vete a casa, anda, Kristen. Por lo menos descansa en condiciones, en una cama. Te llamaré si hay alguna novedad.

—¿Estás segura? Puedo quedarme y quiero hacerlo. No me he despedido de Jeremy y también querría aprovechar para ver a Laurie.

Jane cayó en que su amiga sí que alucinaría con la noticia. Había estado tan absorta las últimas horas, que Laurie había desaparecido de sus pensamientos. Era una pésima amiga. Al menos no mentía al sentir que la echaba de menos. No debía sentirse culpable por no ir a verla, eso no era posible. Estaba bajo vigilancia, sin visitas. Aun así no pudo evitar pensar en ella, en cómo estaría afrontando las últimas noticias; la reconfortaba imaginarla aportando su valioso punto de vista a la existencia del pequeño Jeremy.

—No te preocupes por eso. Tú descansa. Ni Jeremy ni Laurie van a desaparecer. Me encargaré personalmente de ello —le susurró a modo de confesión muy cerca de ella.

Kristen sonrió nuevamente y, tras observarla en silencio unos segundos, alargó los brazos para darle un abrazo de despedida.

—Anda, ven aquí —le dijo Jane.

Kristen se abrigó, se colgó la mochila y salió de allí, tras dirigirle una última mirada furtiva. Jane se quedaba sola. Al menos era así como se sentía ella, porque, para ser exactos, cada vez se congregaba más gente en la sala de urgencias. Al tiempo que Kristen traspasaba la puerta exterior entraron en tropel varias personas. Una de ellas, reparó intrigada Jane, llevaba una grabadora en la mano y su atuendo parecía sobresalir entre tanta prenda cómoda y de calle. La chica llevaba una trenca beis pero, como siempre decía una de sus antiguas amigas, la clave estaba en los complementos y esa chica calzaba unos botines de tacón muy estilizado que no encajaban con la imagen que uno elige para ir a la sala de urgencias de un hospital, precisamente. Jane observó que la joven le hacía señas a alguien que esperaba en la entrada sin atreverse a acceder. Era un chico desgarbado y nervioso. La cosa se puso más interesante todavía cuando observó que el chico escondía una pequeña cámara de grabación en la mano, que mantenía pegada al cuerpo, como intentando disimular el aparato. La prensa. ¿Qué hacían allí? Su vena melodramática asumió el control por unos instantes. Alguien seguía pensando que su vida era de interés nacional y posiblemente algún empleado, el doctor mismo podría haber sido, sin ir más lejos, les había dado el soplo de la existencia de Jeremy... Por suerte, Jane sabía controlar esos temores. No podía tratarse de eso, no tan pronto, no en esos momentos, cuando Rockville tenía otras estrellas como protagonistas y un cierto Hombre Ilusorio en sus calles.

Se limitó a observar como una enfermera que le había cortado el paso a la Barbie periodista hacía aspavientos mientras discutía acalorada con la reportera, que esgrimía la grabadora, y terminó casi empujándolos hacia la puerta, negando rotundamente una y otra vez, muy molesta con todo aquello.

Aprovechó que pasaba ante ella de vuelta para llamar su atención, pues era una de las enfermeras que se habían llevado a Jeremy. La abordó con delicadeza.

—Perdone —la enfermera se detuvo resignada con cara de pocos amigos pero, al reconocerla, cambió radicalmente su expresión—, ¿Jeremy se ha portado bien?

—Oh, no se preocupe por eso. Sabemos manejarnos. Es un chico encantador. Se ve que no lo ha tenido fácil... —apuntó. Era el momento.

—Me alegra que esté todo controlado... A propósito, ¿a qué viene tanto revuelo por aquí? No he podido evitar observar como echaba a esos periodistas.

La enfermera se cruzó de brazos, mirándola de arriba abajo. Como si valorara la posibilidad de hacer lo propio con ella también.

—Es por el policía, el comisario. Desgraciadamente ha fallecido hará cosa de media hora. Su cuerpo no ha resistido. —Jane enmudeció allí clavada, mirando desangelada a la enfermera, que casi parecía arrepentirse de habérselo contado—. Oh, perdona por ser tan brusca. ¡Qué tonta he sido! ¿Te encuentras bien...? ¿Lo conocías, verdad? Lo lamento mucho. —Le frotó el brazo haciéndola reaccionar.

—Estoy bien... Gracias por decírmelo.

Jane se volvió, buscando desfallecida el asiento más cercano. Cuando se dejó caer en él, la enfermera, visiblemente apurada, ya se estaba quitando de en medio dejándola sola con sus pensamientos.

«Joel Ackerman está...»

Joel Ackerman era el tipo de persona que nunca miraba atrás arrepentido. Sabía decir lo que pensaba y, si bien no lo hacía siempre de forma acertada, nunca quiso borrar sus palabras. Afirmaban de él que ocultaba sus inseguridades y flaquezas tras toda su jerga grosera y malsonante, que intimidaba con ello para alejar a todos del verdadero Joel. Pero el que realmente lo conocía sabía que todo en él era visible al primer acercamiento, era transparente, era crudo, tozudo, leal, honesto... e insuperable ante una barbacoa. Abandonó el tabaco y las cervezas a base solo de fuerza de voluntad y los cambió por chicles de fresa y zumos macrobióticos de aspecto preocupante. Los domingos jugaba al baloncesto con los pupilos de una casa de acogida, a quienes les llevaba regalos cuando le era posible. Joel Ackerman no era un santo, era un hombre real, con más honradez y amabilidad de las que la gente podía esperar de un tipo con semejante aspecto y tales modales. Todo iban a ser elogios tras su muerte pero ninguno que se le dedicara sería acertado por completo, porque esas pocas personas que veían al auténtico Joel Ackerman estarían rotas por mucho tiempo, destrozadas, mudas ante su recuerdo. Sandy detestó durante años la ácida personalidad del que fue su primer compañero de patrulla, lo detestó y al tiempo lo admiró, casi siempre a partes iguales. Joel fue el único que nunca le miró con aquella horrible condescendencia a la que se acostumbró en una época de su vida. Él veía en la gente lo que cada uno quería mostrar, sin entrar donde no le llamaban, obviaba los rumores, las habladurías, no preguntaba lo que no querías decir, no insinuaba lo que no era asunto suyo. Fue un gran amigo, desde el comienzo hasta el fin. Un fin que ahora pesaba en las espaldas de Sandy como una injusta losa.

Con la mano en el pomo de la puerta, Sandy escuchaba la respiración de Garretti, podía sentir su llanto silencioso. Nadie sabía mejor que él lo que para ella significaba la pérdida de Joel; mucho se había hablado desde el momento de la explosión, pero no llegaban ni a imaginar lo estrecha que era la relación que mantenían en secreto. Con la mano en el bolsillo, sentía como si ardiera el teléfono que lo unía a Henry. Perder a Joel en la batalla no

cambiaba las tornas ni paralizaría nada. Había que seguir adelante. Había que detenerlo.

Abrió la puerta con lentitud y avanzó unos pasos haciéndose notar. La escena que le recibió destrozó algo que hasta el momento había permanecido intacto en su interior: la muerte de Joel cobraba mayor significado, se hacía más real. Garretti alzó la vista hacia él, sin expresar absolutamente nada, con la mirada vacua. Tenía una mano sobre el brazo de Joel, cuya forma se adivinaba bajo una sábana blanca a la espera del traslado. Se aferraba a él como último vestigio de su existencia.

Sandy no sabía cómo empezar, así que tragó saliva anunciando un diálogo que, estaba seguro, no sería bien recibido en aquella sala.

—Ante todo yo... —Garretti volvió a alzar la vista. Sus cejas en ángulo estaban cargadas de significado—. Lo siento tanto... Siento que haya pasado, que haya sido él..., de esta forma.

Ella volvió a bajar la vista. Las aletas de la nariz se abrieron y apretó los labios hasta dejarlos lívidos por la presión. Sandy se percató de que la otra mano Sofia la posaba en el vientre. La imagen completa, con lo que él sabía ya, le revolvió el estómago, a lo que contribuyó lo que intentaba hacer allí, a lo que se le antojaba que no tenía derecho alguno. Definitivamente. Pero no podía dejarlo así. Garretti tenía que ser fuerte y abrir los ojos. Confiaba en ella, en su capacidad. Quedaba mucho en juego aún.

—Ahora más que nunca... debemos permanecer unidos y seguir con esto...; la vida de Henry y la de muchos otros... Garretti, tenemos que...

—Cállate —le sorprendió ella en un susurro contenido. Parecía una muñeca a la que hubiesen tirado de la cuerda y que parloteara sin expresar nada.

Sandy estuvo tentado de salir de allí, pero no lo haría sin ayudarla: dejarla allí más tiempo del ya pasado la destrozaría aún más.

—Garretti, eres fuerte, sé que saldrás de esta y que harás lo imposible para atrapar a...

—¡Vete, lárgate de aquí, joder! —le gritó histérica levantándose de la silla. Se le acercó para encarar a un sorprendido Sandy, que enmudeció al instante.

Garretti permaneció inmóvil frente a él. Tenía los ojos vidriosos. Se mantuvo firme, desafiante.

—Siento que estés pasando por esto... y justo ahora... —Sandy se disculpó y salió de allí sintiendo una tremenda presión en el pecho. Cerró la

puerta y abatido se recostó en ella, que amortiguaba un llanto desesperado. Sus dolientes lamentos siguieron encogiéndole el pecho. La respiración de Sandy denotaba una ansiedad extrema, algo que no le ocurría desde el fatídico día en que perdió a Giselle. Se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo, atormentado por los viejos recuerdos que la profunda ansiedad había liberado de su olvidada prisión. En su mente solo había sitio para el recuerdo de aquel despertar en el hospital con la certeza de haber perdido lo único hermoso que había en su vida, con su cuerpo mutilado grabado en la retina para siempre. Giselle... una opresión en el pecho le ahogó, las paredes parecían acorralarle. Debía salir de allí sin dilación, pero los pies no querían obedecerle. Era culpable de todo el sufrimiento que se estaba produciendo allí dentro y su condena era sentir el llanto de Garretti tras la puerta que le servía de parapeto.

Pero entonces la oyó. Esa voz entró en él como un bálsamo reparador que recorría todo su cuerpo y le devolvía la estabilidad a sus funciones. Cerró los ojos para concentrarse en ese grato sonido, en ella. Inspiró profundamente, con tranquilidad. Su pulso se sosegó y normalizó. Miró a su izquierda y la vio al final del pasillo. Jane hablaba con Ramírez, que le rogaba que esperara allí y le negaba el acceso. Sabía que no debía dejar que le viera, pero la necesitaba tanto... Quería mirarla a los ojos y respirar aliviado sabiendo que ella estaba, que seguía existiendo.

Jane pudo verlo perfectamente; en su rostro se reflejaba la desesperación ante la imagen de un Sandy derrotado, hundido. Este se levantó al fin, tambaleándose y pegado a la pared, y avanzó para abandonar el lugar, hacia ella. Jane esperaba el encuentro en una esquina, abrazada a sí misma, pensando solo en él.

Sandy sorteó a Ramírez intentando pasar inadvertido en su estado. Llegó hasta donde Jane aguardaba y no pudo más que plantarse ante ella, compartiendo su dolor en una mirada que lo significó todo. Jane comprendió que no necesitaban tibias formalidades: era el momento de olvidar los reproches y las diferencias. El expolicía había perdido un gran amigo, un punto de apoyo. Fue ella quien dio el paso, asumiendo su inseguridad. Quería decirle cuánto lo lamentaba, que sabía lo mucho que dolía la pérdida de Joel, pero a Jane le preocupaba más el sentimiento de culpa que lo estaría devorando por dentro, alimentando así su lado más autodestructivo. Jane le había visto caer muchas veces y, cuando lo hacía, nunca volvía por completo.

Se perdió en sus acogedores brazos, apretándole con fuerza. Compartiendo con él parte de su energía.

—Lo siento. Lo siento mucho, créeme —le susurró.

Sandy no dijo nada. No hizo nada. Jane se separó ligeramente. Con ambas manos le sujetó la cara, para mirarle fijamente a los ojos sin que él pudiera eludirla, sin simplemente más opciones que ceder y abrir esas puertas a su interior para valorar los daños tras la tormenta.

—No pudiste salvarlo, Sandy, no estaba en tus manos. No dejes que esto nuble tu juicio. Los únicos culpables están ahí fuera... —Él le tomó una de las manos con suavidad. Se la acercó a los labios y le besó el dorso con dulzura. Cerró los ojos para reprimir sus emociones—. Sandy...

Jane entrelazó la mano con la de él y le condujo hasta una habitación cercana. Comprobó que no había nadie dentro, que todo estaba silencioso y a oscuras, y lo hizo pasar. Tras ella cerró la puerta y volvieron a abrazarse. Ella notaba la respiración de él en la oreja, en el cuello.

—Jane... No me hagas esto, no puedo dejarte pasar sin sentir ese miedo a perderte. No puedo tenerte cerca, no quiero que te suceda nada...

Ella retrocedió. Muy pocas veces Sandy se mostraba tan directo, con una simpleza que la aterraba, al tiempo que le hacía sentir eso tan profundo y real hacia él y que se esforzaba en mantener a raya.

—No puedes controlarlo todo, Sandy. No puedes decidir lo que sentir ni lo que necesitar. No puedes superar esto tú solo.

Jane se le acercó de nuevo, con la respiración entrecortada. A escasos centímetros, subió las manos hasta rodearle el cuello y le besó en los labios. Con la frente apoyada en la barbilla de él, le susurró con un nudo en la garganta:

—No quiero perderte nunca más, Sandy.

Notó que contenía la respiración y seguidamente la apartó con dulzura pero también con firmeza. Dio un par de zancadas hacia la ventana con las manos en la cabeza.

—Todo se ha ido a la mierda... —Jane fue hacia él y le abrazó por la espalda—. Tengo que encontrarle, Jane, tengo que hacerlo...

Ella estaba convencida de que así era. Con ello Sandy dejaría atrás toda una vida perdida que, sin saberlo del todo, había estado arrastrando allá a donde intentaba huir, con la esperanza inútil de recomenzar. Pero antes de sembrar, hay que roturar la tierra para que vuelva a ser fértil.

—No todo en este día ha sido oscuridad, Sandy. Tengo algo que enseñarte.

Sandy se volvió sin comprender. Al encontrarse con su sonrisa, con ese brillo en los ojos..., en ese instante quiso rezar para que el resto del mundo desapareciera, que todo acabara y se limitara a ellos, a esa sonrisa. Era todo lo que necesitaba.

El pequeño Jeremy era, tal y como Jane se lo había descrito a Sandy, un dulce milagro, con una mirada que traspasaba cualquier frontera de dolor y tristeza. Al principio, Sandy no entendía que Jane estuviera tan segura de sus sentimientos. Para él, era mucho lo que se jugaba por una corazonada. Jane le explicó los detalles, esos que dan sentido a las grandes historias. Le enseñó el diario, la hojita con la descripción y el testimonio de la chica de la oficina de correos sobre la persona que se lo envió... y cada pequeño detalle nutría el absoluto convencimiento al que Sandy empezaba a llegar: ese niño era lo que quedaba de ese diario. No le soltó la mano en ningún momento. La acompañó cuando llegó la hora de hablar con el asistente social. Su asesoramiento y experiencia en casos similares le vinieron a Jane de maravilla. Con su intervención todo quedó más claro y, gracias a ello, Jane pudo llevarse al pequeño de allí esa misma noche. Su casa sería un entorno mucho más apropiado para Jeremy, en eso todos coincidían.

Sandy los acompañó, siempre pendiente del teléfono móvil y con la mitad de sus pensamientos depositados en aquella habitación oscura y desolada, junto a Garretti.

Jeremy enseguida hizo buenas migas con el detective y mejores aún con la juguetona Coco, que simplemente encontró al compañero de travesuras ideal y que aguantaba muy bien su hiperactivo ritmo. El niño casi obligó a Sandy a quedarse a cenar con ellos. Si este cerraba los ojos, sentía el vértigo de la realidad, como si al abrirlos estuviera viviendo sencillamente una ilusión, un momento fuera del tiempo demasiado hermoso. Acostumbrado a una vida de aislamiento, no concebía la idea de poner en peligro a esas personas que tenía delante, que le sonreían y prestaban atención a todo lo que decía o hacía.

Jeremy arrasó con la cena; no respetaba la individualidad y, si se descuidaban, metía la mano en los platos ajenos. Sabía usar los cubiertos pero para según qué cosas prefería servirse de las manos, ágiles y diestras como las de un pícaro ladronzuelo.

Tras la paliza que se dio correteando de un lado a otro junto a la mascota, a Jeremy le quedaron fuerzas para poco más que lavarse los dientes, y eso porque era la primera vez que lo hacía en su vida. Aquella nueva experiencia supuso una odisea universal y media docena de arcadas. Tras la nada agradable novedad, no dejó de pasarse repetidamente la lengua por los dientes, como si la sensación de limpieza resultara mágica para él. Pocos minutos después de eso, caía finalmente rendido en una mullida y acogedora cama. Insistió en que Sandy, tal y como hacía su madre cuando al principio estaba con él, le contara una historia divertida de cuando era pequeño. Una versión diferente del típico cuento de buenas noches.

Jane escuchó atentamente desde la puerta como Sandy le hablaba de un perro que tenían en la finca de un tío suyo, un precioso labrador, robusto y lleno de templanza, capaz de soportar los tirones de orejas y achuchones de todos sus primos más pequeños. Ese perro luego disfrutaba de una ración de comida extra, a modo de recompensa por ser tan servicial y atento con los pequeños de la familia. Jeremy se abandonó al sueño en algún punto de la historia, pero Sandy continuó hablando de su infancia, de sus añorados veranos en aquella casa de campo.

A Jane le encantó conocer ese lado, oculto la mayor parte del tiempo. Por eso permaneció en completo silencio hasta que la voz de Sandy se convirtió en poco más que un susurro mientras arropaba al pequeño. No se sorprendió al encontrarla allí al volver la cabeza. Ella no podía evitar sonreír. Le parecía estar viviendo algo ajeno. Cerraron la puerta como si de desactivar una mina de contacto se tratase. Sandy alzó ufano el pulgar en señal de victoria.

—Misión cumplida. Y que conste que jamás había hecho algo parecido.

—¿Quién lo diría? No se te dan nada mal los niños.

Daba fe de que nadie, incluido él, esperaba que así fuera.

—No, no se me da nada mal Jeremy. Es... es diferente.

—Es un milagro —matizó ella repitiendo el calificativo que para ella significaba el niño.

Miró la puerta, como si pudiera verle dormir a pierna suelta a través de ella.

—Quédate —le pidió volviéndose—; puedes dormir en el sofá si lo prefieres. Me sentiré más tranquila si te quedas con nosotros. No deberíamos estar solos en una noche como esta.

Sandy la agarró de las manos y la acercó. Al besarla, el «no puedo» se difuminaba, perdía sentido frente a la prometedora alternativa. Pero el peso

del teléfono que podía sonar en cualquier momento le recordó que nada había cambiado. Tenía que seguir.

—He de irme, he de organizarme y...

Jane esperaba esa respuesta, pero ya no dejaría que nada se interpusiera entre ellos. Quería que supiera que su puerta siempre iba a estar abierta para él. Y necesitaba dejarle claro que ella le esperaba.

Se despidió con un beso sereno, sencillo, que parecía sentar un nuevo precedente. Jane le acompañó hasta el coche y luego le siguió con la mirada hasta que las luces se desvanecieron en la lejanía.

Se abrazó sintiendo la noche en la piel. Respiró la humedad del ambiente y despertó en ella toda la inseguridad. Era hora de comprobar puertas, ventanas, luces, alarmas..., y tardaría algo más de la cuenta, porque no quería hacer ruido y despertar a Jeremy. Esa noche, más que ninguna, se aseguraría de no correr peligro alguno, por él. Aún no le había hablado de que quizás fueran familia. ¿Cómo reaccionaría? ¿Sabría siquiera lo que significaba «familia», tener algo más que a su madre? No le importaba: no tenía ni la más mínima duda de que, de acuerdo con sus propias emociones, Jeremy sentiría que estaban unidos, que eran ahora uno parte del otro.

Se sentó en el sofá, incapaz de irse a la cama, de encerrarse en su fortaleza y alejarse de él. Temía no enterarse si a Jeremy le pasaba algo de madrugada. ¿Tendría pesadillas? Quizás si se despertaba a oscuras, desorientado en un lugar desconocido... No quería martirizarse con ello. Así que cogió varias mantas y su almohada y se acomodó en el sofá con el diario de su hermano en el regazo. Sabía exactamente en qué punto del relato lo había abandonado y continuó a partir de ahí, con la esperanza de encontrar indicios de la presencia del pequeño Jeremy en esas nuevas páginas.

Fiel a mi promesa de no acudir a este diario a no ser para contar cosas importantes, he estado retrasando esta nueva anotación durante tres semanas, hasta que al fin he podido saber qué plasmar. Llevamos ya mucho aquí bajo techo. En esta cabaña, al menos Jo no pasa tanto frío. Tener un techo al que mirar durante las horas muertas es todo un lujo, en serio. He llegado a disfrutar del simple hecho de saber que en mitad de la noche, si se pone a llover, el techo no se empapará ni se deshará sobre mi cara. Los mareos y vómitos de Jo han ido aumentando y hace unos días esa duda que me rondaba, que nos rondaba a ambos, cobró tanta fuerza que ni ella ni yo somos capaces de ignorarla. Cada día aparece más hinchada y le cuesta andar, y las energías no la acompañan siempre. Es lógico teniendo que acarrear esa carga extra. He llegado a temer que la espalda no le aguante el proceso, pues Jo está muy delgada y, a pesar de que me esfuerzo por encontrar alimentos nutritivos y variados, no consigue ganar peso

para ella y todo se lo está llevando el pequeñín que crece en su interior. No hemos hablado de ello más que con miradas. «Jo está embarazada.» Lo he escrito y es la primera vez que de alguna forma esas palabras salen de mi cabeza. ¿Qué se supone que debo sentir? Sé que no seremos buenos padres, es algo que no podemos discutir, pero no somos quiénes para negarle la vida a ese bebé; por eso, si todo sigue adelante, le conseguiremos una mejor vida. Ella me da largas y evasivas, intenta no tener que opinar sobre lo que tendremos que afrontar, pero sabe lo que pienso al respecto: ese niño no vivirá de esta forma, de ninguna manera lo permitiré, hay muchos sitios en los que se encargarán de encontrarle un buen hogar, donde no le falte de nada. Es lo mejor que podemos hacer por él. Solo espero que ella lo entienda.

\* \* \*

Hoy hemos tenido una buena bronca. La pillé bebiendo cerveza y no una sola lata: había robado media docena de una gasolinera con ayuda de ese amigo suyo, Nick. Me molesta que hagan esas cosas a mis espaldas y mucho más que beba sin pensar en el riesgo. Lo peor es que cree que no me doy cuenta, pero sé que me oculta cosas más graves. Cada noche le encuentro nuevas marcas de aguja en los brazos y Nick ronda demasiado por aquí. No quiero hacerlo, pero no dejaré que destruya la vida del bebé; si no lo hace ella misma, seré yo quien la mantenga alejada de esas mierdas, incluso si tengo que encerrarla en una habitación hasta que dé a luz. Una vez que se desprenda de esa vida inocente, que haga con su vida lo que le apetezca, no la juzgaré, pero ahora, ahora hay algo que solo depende de su salud.

\* \* \*

Me he despedido de este diario durante casi tres meses desde la última vez que escribí, un tiempo en el que las cosas avanzan con demasiada rapidez. Jo sigue llevando esa vida en su interior, que cada vez se hace más presente. Ya no nos comunicamos como antes, no somos tan cercanos. Creo que empieza a odiarme por cómo la controlo, por cómo cuido de ese bebé por nacer. Ayer me dijo que le estaba destrozando la vida alejándola de lo único que la hacía feliz; le contesté que eso ya lo había conseguido ella sola. No hemos vuelto a hablar. Pensé que podría adaptarme a esto, pero me siento presa de una pesadilla que ya dura demasiado; lo malo es que no puedo salir de aquí. No abandonaré a esa pequeña vida en sus manos. Haré lo que sea para alejarla de esta vida, de ella.

Jo debe de haber entrado ya en los cinco meses, o incluso más, y creo que todo en ella está bien, al menos a simple vista, pues no puedo saber si sus malos vicios le habrán costado caro al bebé. Llevamos mucho tiempo sin soportar estar uno en presencia del otro. Estos dos últimos meses la he sometido a una constante vigilancia

y eso ha hecho que nos distanciemos por completo. Pero hace unos días algo cambió. Perdí el afán de hacerla entrar en razón y, por puro cabreo, dejé que se fuera, que hiciera lo que le viniera en gana. Me arrepentí, por lo que podría estar haciéndole a ese inocente bebé. Desde entonces desaparece casi todo el día, va a la ciudad, a los peores barrios del Aserradero. Yo no me dejo ver por allí, no hay nada para mí en ese infierno.

\* \* \*

Hoy, tras tantos días de silencio, Jo me ha hablado con un extraño entusiasmo. Arrepentida de todo lo que nos ha pasado desde que supimos que esperaba un bebé. No ha dejado de repetir la suerte que nos ha caído encima por fin, de lo felices que vamos a ser. Los tres. Por primera vez ha hablado del bebé como una realidad. Dice haber contactado con una señora, una ricachona vieja y solitaria con alma caritativa. Trajo consigo un par de mantas nuevas y algo de comida que yo no probaba desde mis tiempos en casa. Resulta que a través de un empleado de esa señora, que suele dar ayuda a los más desfavorecidos, se ha interesado por Jo debido a su estado. Cabe la posibilidad de que la señora se encargue del bienestar de Jo hasta que nazca el bebé, puede que con la intención de quedárselo, hasta que Jo pueda cambiar de vida. Sería una estupenda forma de asegurar la salud de ella y la de él, pero es tan fácil y habitual aprovecharse de los que tienen tan poco... No termino de creerme que sea tan sencillo: esas personas tienden a desconfiar de gente como nosotros; ¿no intervendrían las autoridades? No me hace ninguna gracia la idea de entrar en una casa de ese tipo, no quiero tener que decirle a nadie cómo me llamo ni cómo acabé aquí. No correré ese riesgo. Pero cada noche me voy a dormir pensando que sería capaz de cualquier cosa por asegurarle una buena vida a ese niño. La próxima vez que Jo vaya a reunirse con esa señora, tendré que acompañarla, aunque solo sea para conocer mejor la situación; yo no tengo por qué quedarme con ella si deciden cuidar de Jo. Pero no desapareceré, no podría. Siento a ese bebé tan mío que no me veo capaz de dejarlo atrás. Su existencia hace que todo lo cambie, que quiera vivir para verle crecer, y eso haré. Eso, y lo que haga falta.

Jane cerró de golpe el diario al oír asustada como crujían los muelles de la cama en la que dormía Jeremy. No solo fue eso, pues de seguido oyó varios golpes en la pared. Se levantó con el corazón en un puño y abrió la puerta deseando que fuera una tontería, que simplemente se hubiese dado la vuelta, que tuviese un sueño agitado..., pero cuando encendió la luz, no encontró a Jeremy en la cama. Lo buscó recorriendo con la mirada toda la habitación al borde del infarto y con el grito en la garganta, pero al fin pudo respirar aliviada al localizarlo bajo el escritorio. De la cama solo llevaba consigo la almohada. Parecía profundamente dormido en el frío suelo. No estaba

acostumbrado a separarse tanto de su superficie. Se le rompió el alma al ver que había buscado el rincón que hubiera sentido como más acogedor o que le hubiese recordado a su hogar. Cogería frío si lo dejaba. Así que se agachó y lo sujetó con delicadeza del brazo. Con poco esfuerzo lo sacó del hueco y lo recibió en los brazos. Al tenderle en la cama, el pequeño gimoteó arrugando todo el rostro. Jane se le acercó y le acarició con suavidad. Lo arropó de nuevo y se tumbó a su lado. No entraba en sus planes perder la noción del tiempo mientras le observaba dormir y notaba su respiración suave y acompasada. Tampoco quedarse dormida junto a él, con la luz encendida y la puerta abierta, pero así ocurrió.

Fiel a su palabra, Sandy volvió a la oficina para dar con el asesino de Joel. La angustia se apoderó de él al comprobar la escasa batería que le quedaba al único medio que le acercaba a Henry. La duración de aquella batería era proporcional a las horas que le quedaban al Hombre Ilusorio para su acto final. Estaba convencido de que no lo lograría pero, aun así, comenzó a buscar alguna forma de recargar la batería del teléfono. Nada de lo que tenía por casa servía. Desistió, pues, tal y como imaginaba, era una tarea imposible. Si daba por hecho que su enemigo lo tenía todo controlado, no debía perder más tiempo con ello. Se sentó frente al ordenador y varias veces se vio sobresaltado por el vuelo de una mosca, la brisa que mecía las cortinas de la cocina..., nada de lo que hiciera le valía para convencerse de su completa soledad. Al llegar a casa, comprobó al milímetro cada habitación, todas las ventanas y cualquier posible escondrijo. No contento con eso, colocó varios indicadores sonoros en las puertas y en puntos clave de las habitaciones. Como si de un *boy scout* se tratase. Su infalible método se basaba en cordeles finos y pequeños cascabeles que encontró en una prenda navideña poco agraciada, regalo de algún gracioso de la comisaría en el pasado. Eso debía ser suficiente, pero con todo seguía desconcentrándose con lo mínimo. Parte de la culpa quizás la tuviera el cansancio, el agotamiento, tanto físico como mental. Sandy comprobó la hora: muy tarde ya y todavía no tenía nada; debía seguir. Seguir indagando, algo que le permitiera estrechar el cerco de sospechosos, que a esas alturas no tenía límites. Era alguien de su pasado, no necesariamente un conocido directo, pero a partir de ahí todo era posible, porque no dudaba que, durante el tiempo que Giselle compartió con él, aquel cabrón ilusorio entró en sus vidas, esperando su momento, recopilando toda la información necesaria. Solo era cuestión de saber lo que buscar, recordar cada pequeño detalle de aquellos años...

Pero sucumbió al sueño. Momentos antes estaba tecleando, hasta ese punto recordaba, que tecleaba en el buscador nombres y más nombres, fechas, direcciones... Pero ya no estaba ante el escritorio. Se hallaba, eso sí, sentado a oscuras a la mesa del comedor. Estaba totalmente despejada, salvo por un

detalle que parecía extrañamente focalizado, tan bien iluminado como en una obra de teatro se concentra el cañón de luz en el protagonista indiscutible. Era el teléfono: esperaba la llamada de Henry. Y entonces notaba a sus espaldas aquella presencia. Luego el tacto en la nuca del frío metal de la pistola, con la que fue golpeado con tal fuerza en la cabeza que fue a rebotar contra la mesa. Permaneció inmóvil en aquella posición, con la nariz sangrando copiosamente, escuchando su propia conversación con aquel hijo de puta. Sonaba como Joel, pero no era él: Joel jamás diría cosas semejantes, Joel ya no estaba. Todo progresaba sin que él pudiera hacer nada por participar.

—Henry es admirable, una persona íntegra...

—¿Y Joel? Siempre ha sido un auténtico Terminator... El puto Arnold Schwarzenegger...

—Ni un paso, dulce Sandy. No me hagas destrozarte un brazo...

—Nos volveremos a ver pronto, viejo amigo...

Sandy despertó de un salto, aún con el susurro de aquella despedida colgando en el aire, presente. Miró a todas partes con la desorientación de quien se ha quedado dormido sobre un teclado, que era lo que a él le había ocurrido. Se palpó la mejilla, deseando no encontrar en ella ninguna marca de la tecla «enter» o de la barra espaciadora. Supo por el reloj del ordenador que no había pasado mucho tiempo dormido. «Estoy hecho un despojo humano... ¿Me ha despertado algo?», se preguntó, obviando los hechos de encontrarse durmiendo incómodamente sobre un escritorio y el haber terminado una pesadilla de las que, como poco, desvelan. Pero tenía la sensación de que algo más había influido en su vuelta del mundo onírico. Y su respuesta no tardó en presentarse ante él, ante sus oídos. Alguien llamaba a la puerta de abajo, con los nudillos, insistentemente, como si estuviese acostumbrado a golpearla. Sandy se levantó con movimientos rápidos pero más bien torpes. Casi se dejó las rodillas en el pico de la mesa y un tobillo en las escaleras. Se restregó los ojos para aclararse la vista. Una silueta se dibujaba en el cristal de la puerta, una sombra que se balanceaba inquieta, avanzando y retrocediendo. Sandy no pensaba abrir sin antes salir de dudas. Y la única manera de hacerlo era alzando la voz, a riesgo de que su garganta no le respondiera.

—Teniendo en cuenta... que son más de las doce de la noche..., ¿qué coño hace llamando a estas horas quienquiera que sea? —Le sonó incluso mejor de lo que había imaginado. No estaba de humor y no le importaba evidenciarlo.

La silueta se contrajo como sorprendida por aquella voz cavernosa y poco amistosa. Al parecer, dudaba, pero tampoco le dio la sensación de que fuera a salir corriendo. Empezaba a resultarle familiar su sombra.

—Hola... —dijo al fin una voz que Sandy no habría esperado ni en un millón de años—. Precisamente por la hora que es... he venido. Esperaba encontrarte despierto.

Sandy posó la mano en la cerradura. Era ella, Garretti, esperando al otro lado...: ¿y por qué la hacía esperar? Él era el capullo, el insensible que había estado fuera de lugar en el hospital. Si ella había ido hasta allí es que tenía interés por hablar, quizás sobre lo ocurrido. Por lo que fuera, quería verle. Sandy abrió cuando ella estaba de espaldas. No solo para él era un momento lógicamente complicado. Se fue dando la vuelta con timidez. Iba vestida con vaqueros y una sudadera de algún equipo de la NBA, aunque Sandy jamás en la vida habría acertado cuál solo por el escudo.

—No me sentiría bien bebiendo sola y estando en casa tuve la certeza de que eso era lo que iba a pasar si no salía de allí... —le confesó presentando una botella de un ron bastante prometedor a los ojos expertos de Sandy.

Se apartó a un lado y señaló las escaleras a su espalda.

—Siempre serás bienvenida aquí.

Garretti sonrió al pasar junto a él y le acarició la mano que descansaba sobre la cerradura. Fue entonces cuando las cosas se normalizaron, como si nada entre ellos hubiese cambiado en las últimas horas. Como si no hubiesen perdido algo que era tan importante para ambos durante aquel día. Aun así, esa sonrisa de Sofia Garretti le rompió el alma.

La bebida favorita de los corsarios fue menguando trago a trago y, mientras, en las calles aumentaba el griterío, como acompañando la extraña celebración que tenía lugar en la oficina del investigador privado Strunk. Rockville estaba viva en la madrugada de aquel nuevo día, ajena a los peligros que corría con sus gritos de jolgorio y las risas de niños y mayores. Garretti también reía tras haberle confesado cómo fue su primera cena romántica con la antítesis de todo romanticismo: Joel. Se comportó tan cortés como delicado, con lo que ello significaba cuando se hablaba de Joel, pero tan dulce y encantador como solo él podía serlo en realidad. Rieron juntos reconociendo a Joel en cada frase y movimiento de su relato, tan fresco en la memoria de Sofia que a veces le dolía, pero ella lograba sobreponerse y continuar desgranando aquella inolvidable y divertida cita secreta. Sin embargo, aproximándose al final, el inevitable desasosiego se instaló en

ambos pechos, con una amarga dosis de cruda realidad. El alcohol ayudaba, era un hecho, y mitigaba esa agobiante sensación, aunque ninguno de los dos pasó de estar ligeramente achispado. Estaban cada uno en un extremo de la mesa y se iban acercando la botella haciéndola resbalar por su superficie, turnándose asimismo para contar viejas anécdotas sobre el gran Joel Ackerman. Habían bajado el ritmo con aquel último recuerdo, imposible de superar. La botella estaba en manos de Garretti, que en silencio la aferraba por el gollete. Sandy alargó la mano para liberarla de su turno y rematar aquel juego. Suficiente alcohol por esa noche.

—No creo que sea buena idea inclinar más la botella —insinuó Sandy atrayéndola. Garretti no opuso resistencia.

En todo caso, ella terminó la última copa antes de contestarle resuelta, con los ojos ligeramente achinados.

—¿Lo dices por mi... estado? No te preocupes. Apenas estoy de tres semanas. Tengo derecho a un último homenaje...

Nadie en su sano juicio le llevaría la contraria. Un petardo resonó en la calle y acto seguido, carcajadas de un grupo de chavales con ganas de empezar ya con la fiesta. Sandy se volvió para encarar la ventana.

—¿Qué me estoy perdiendo? Con la hora que es y la gente, en vez de meterse en la cama, está saliendo de casa...

Quizás se le trabó la lengua al decirlo, culpa de esas dos o tres copas de más, o estuviera quedando como un ignorante al no saberlo, el hecho es que Garretti le miró fijamente, intentando dilucidar si se trataba de una broma, pero era Sandy a quien tenía delante, por lo que estalló en carcajadas, hasta el punto de palmear la mesa desternillándose. Él la miró contagiándose con aquella forma de reír a pesar del desconcierto que le dominaba.

—¿De verdad, Sandy? ¿En serio no te acuerdas? —insistió incrédula—. Hoy es el primer aniversario de la nueva y maravillosa planta de reciclaje. Rockville limpia su propia mierda y ahora somos una gran comunidad, pionera incluso, que cuida el medio ambiente como la que más.

—¿Y...? —aún no le era suficiente.

—... y como la planta se puso en funcionamiento exactamente a la una y media de la madrugada del año pasado..., se decidió celebrarlo por todo lo alto a esa hora. Es día festivo. Por eso se están llenando las calles y, en la plaza del Ayuntamiento, nuestro alcalde tendrá el honor de dar comienzo al mayor espectáculo pirotécnico que hayan contemplado nuestros rurales ojos.

Mis chicos deben de estar ya organizándose a estas alturas...; en cuanto a mí, necesitaba escapar un rato.

Sandy soltó un bufido sacudiendo la cabeza.

—A veces no entiendo el humor de esta gente. Pero una fiesta es una fiesta. Bien por ellos.

—Brindaría, pero me has quitado la botella...

Sandy asintió rotundo, confirmando el hecho y dejando claro que no la iba a devolver.

Entonces ella se levantó para estirar las piernas. Hizo un par de sentadillas y luego se detuvo junto a la ventana más cercana.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó distraída tamborileando en el cristal.

Sandy comprendió que el tiempo de duelo había concluido, Garrett estaba allí para terminar con todo. Le agradeció con la mirada su entereza y su tenacidad.

—Hay que encontrarle. Pararemos esto.

Ella ni se movió del sitio.

—Antes tenías razón. En el hospital. Todo lo que dijiste...; sabía que estabas haciendo lo que debías y de hecho esperaba eso de ti, lo necesitaba, pero no podía hacerlo..., no en ese momento. Lamento haberte gritado.

—No, no. Eso no. —Sandy siguió perdido en las calles de más abajo—. Eso nunca. No hay nada que perdonar.

Garretti avanzó hacia él. Llevaba las manos en los bolsillos de la sudadera, pero incluso con ese atuendo tan deportivo parecía lista para entrar en acción en serio.

—Ha llegado el momento.

Ambos asintieron y se contagiaron de la energía que se respiraba en las calles. Era una de esas noches en las que la madrugada dejaba de tener ese solitario y oscuro significado. Era vitalidad y entusiasmo, bullicio, solo por una noche.

—Te has quedado de piedra: ¿qué se me escapa, Sandy?

Sandy entrecerró los ojos un momento, tratando de recordar. Se plantó como una centella ante el ordenador. Le extrañó no haber pensado en su sueño, la pesadilla más bien, que le había acompañado hasta la llegada de Sofia. Ella se reunió con él, situándose a un lado del escritorio, intrigada pero dejándole actuar sin interferir en su concentración.

—¿En qué trabajabas cuando llamé a la puerta?

Sandy prefirió ocultar que su principal trabajo había consistido en despegar la cara del teclado, así que la hizo esperar. Las manos cruzaban de un lado a otro del teclado, haciendo memoria. Estaba cerca de algo importante.

Pensó en Joseph, en el falso Joseph de sus visitas. De todo lo que le había dicho se quedó con la idea de que solo intentaba ayudar, brindarle una salida a los pensamientos que retenía en su mente. Era la forma que adoptaba el subconsciente para recordarle lo que él estaba pasando por alto. ¿No eran eso a veces los sueños? Maneras de decirnos lo que necesitamos, al menos eso había leído en algún artículo de psicología barata, hacía no mucho tiempo. Partiría pues de esa idea. Lo que había soñado no era más que una reinterpretación del encuentro con el Hombre Ilusorio. Una conversación que giró en torno a sus más allegados, Henry, el propio Joel. ¿Qué había de diferente en el sueño? Su antiguo compañero y amigo: Joel. Debía centrarse en Joel. Escuchó su voz en lugar de la del Hombre Ilusorio. «¿Para decir qué?»

Sandy se levantó atribulado, apartando con cuidado a Garretti de su camino. Bajo la estupefacta mirada de ella, comenzó a andar y desandar por la habitación, como una fiera enjaulada y siempre mirando a la mesa, esa en la que todo había ocurrido, tanto en la realidad como en su sueño. Y entonces se sumergió de nuevo en él, con la voz de Joel recordándole cómo se había referido el Hombre Ilusorio al jefe de policía...

—¡Ya lo tengo...! —exclamó frenando en seco.

—¿Qué...? ¿Qué tienes? Déjame participar en esto.

Sandy la miró a modo de disculpa por haberla ignorado por completo durante unos minutos. Volvió al escritorio, junto a ella.

—El Hombre Ilusorio estuvo aquí. Yo estaba esperando la llamada de Henry, ahí sentado. —Señaló la mesa del comedor a escasos metros—. Estaba oscuro y él llevaba horas aquí dentro, observándome. Me apuntaba con una pistola. Únicamente quería hablar. Y lo hizo. De Henry, de Giselle... En ese momento ni siquiera caí en ello, pero hubo algo, cuando mencionó a Joel, que tiene más significado del que puede parecer. Se refirió a él como Terminator, «el jodido Arnold Schwarzenegger», eso fue lo que dijo. Esas palabras exactas. —Garretti seguía sin ver la lógica de semejante entusiasmo. Sus ojos demandaban esa explicación, imprescindible para compartir la euforia—. Verás, cuando me trasladaron a mi nuevo departamento, tras ser ascendido, me presentaron al que iba a ser mi superior, ante el que respondería. Me aseguraron que era el mayor cabronazo con el que me iba a encontrar en mi

carrera. Uno de los agentes que mejor le conocía me confió: «aquí se le conoce como Terminator»; le llamaban así por su actitud, porque en comisaría era un bromista sin remedio pero, cuando cruzaba las puertas y subía a su coche, parecía otra persona, seria y con mala leche. Enseguida me acostumbré a oírles decir «ahí llega nuestro Arnold Schwarzenegger, abrid paso o se lo abrirá el solo», y chistes de ese tipo...

Garretti pareció lívida de repente.

—Sandy, ¿no te das cuenta de que suena demasiado circunstancial? ¿Estás seguro de lo que afirmas? Estamos hablando de centrar las sospechas en nuestra propia casa. En todo un gremio con muy poca tolerancia hacia este tipo de acusaciones.

—Sí, pero piénsalo solo por un momento. Soy su contrincante en este juego, pero se sabe ganador, desde el principio se siente superior y no para de dejar pistas, de ayudarme a dar con él; pues eso precisamente es lo que quiere. Me va soltando miguitas para que le encuentre. Tiene sentido. ¿Quién si no habría podido acceder a la información sobre la nueva identidad de Giselle? Estaba en protección de testigos, cambió varias veces de nombre y dirección..., incluso de ciudad.

Garretti suspiró comprendiendo lo delicado del asunto, admitiendo esa posibilidad.

—Quiero creer que llegaremos a alguna parte si tomamos esa senda y te ayudaré. Pero me surgen un montón de preguntas sin sentido. Si es un policía, teniendo acceso a decenas de informes y fichas, ¿por qué recurrir a un ladronzuelo para robar el historial de esos dos criminales? ¿Qué sentido tiene?

Sandy no dudó un instante: tenía las respuestas.

—John Flannagan formaba parte de mi pasado. Desde el principio se ha divertido rodeándose de todo lo que tuviera algo que ver conmigo. Meter a ese chico en el juego no era más que una forma de avisarme, otro señuelo para que le descubriera y poco a poco le identificase.

Garretti le miró convencida, resuelta.

—Tendremos que elaborar una lista de todos los agentes que compartieran departamento con Joel y contigo en esa época, centrándonos en el momento en el que volvió a dar con Giselle. Alguien con algunos traslados en su trayectoria.

—La relación no puede ser tan larga. Buscamos a alguien que debe rondar los cincuenta, quizás incluso podría estar ya retirado...

Garretti sacó su teléfono del bolsillo del pantalón e hizo una llamada. Sandy la interrogó con la mirada.

—Necesitamos a Hicks —se limitó a apuntar esperando ya a que el agente contestara a su llamada.

Justo cuando Sandy empezaba a sentir que las cosas se reconducían y que recuperaba el control sobre ellas, que se estaba acercando a su enemigo, este dejaba patente que aún manejaba las riendas y le obligaba a acatar sus dictámenes, a obedecer sus reglas, pues tanto Garretti como él mismo se volvieron a la vez, atraídos y alarmados por el insistente timbre del teléfono cuyo número solo podía marcar una persona.

Jane despertó alerta. La mano, de forma involuntaria, fue directa al lugar donde debía estar la mesita de noche, la linterna, su pistola. Pero no estaba en esa habitación. Por otro lado, no había peligro y, recuperada la consciencia, tampoco desasosiego, solo un pequeño ángel durmiendo a su lado. Jane le acarició el pelo y tras darle un beso en la frente se levantó con sigilo de la cama. Esta vez dejó la luz encendida y la puerta entornada. En el pasillo, se desperezó y se desentumeció el cuerpo envarado. Se había quedado dormida en una posición poco favorable para las cervicales pero, por suerte para ella, no había estado más de quince minutos. Cayó en la cuenta de que esa misma noche había una gran fiesta en el centro de la ciudad, bajo el lema «Rockville respira a pleno pulmón», a cuenta del reciclaje y el plan de renovación y conservación de las zonas verdes. Unos listillos habían garabateado el cartel principal junto al ayuntamiento, añadiendo un subtítulo que completaba el lema con: «Rockville limpia su propia mierda, pero seguirá guardando un poco bajo la alfombra», en clara alusión a los problemas que seguían existiendo en el Aserradero y demás barrios de la zona norte. Se abrazó las piernas de vuelta en el sofá, neutralizando un repentino escalofrío. Se alegraba de no seguir viviendo en el centro; de lo contrario, esa noche no habría sido capaz de pegar ojo. Rebuscando entre las mantas, se reencontró con el diario de Jeremy. No recordaba con exactitud en qué punto lo había dejado cuando el otro Jeremy la sobresaltó al bajarse de la cama, pero tenía la sensación de estar cerca de esclarecer de una vez lo que ocurrió. Era una buena noche para retrasar el sueño, así que se puso de nuevo a acompañar a su hermano. Pasó la página de la última entrada que había leído y se quedó sin palabras, pues estaba a medio escribir, con una letra desordenada, escrita con prisas o sin un buen apoyo para hacerlo. El resto de las hojas mostraban un completo y desolador vacío. ¿Qué significaba aquello? Empezó a temblarle el pulso y los ojos fueron directos a esas últimas palabras de su hermano, con un enorme temor atenazándole la garganta.

Hoy debe de ser ese día en que nuestras vidas, o al menos la de Jo y el futuro bebé, iban a dar un gran vuelco. Al despertar, algo en mi interior me ha dicho que

efectivamente las cosas van a cambiar y no he conseguido quitarme el miedo del cuerpo; siento que debo salir corriendo y desaparecer, pero, cuando intento salir por la puerta, lo único que veo es a ese bebé en manos de alguien tan inestable como Jo y no soy capaz de correr ese riesgo, no lo abandonaré. He sentido que mi futuro está ligado al de ese niño, ese al que empiezo a llamar «pequeño Jeremy», porque siento que será un chico, y al que jamás dejaré de lado.

Soy imbécil, sé que lo soy, porque Jo se ha marchado muy temprano, y durante todo el día de ayer hablamos sobre lo que hoy tenemos que hacer juntos. Pero lo mío no es más que una mentira: no permaneceré a su lado, no dejaré que el pequeño crezca en este entorno; ella comprende que jamás será una buena madre y estoy casi seguro de que pretende que en cuanto tenga al bebé desaparezcamos, incluso ella sola. Pero yo quiero ganar dinero, encontrar una nueva vida y hacerme cargo de Jeremy. No creo que lo acepte de entrada, pero sabe, desde el principio, que este no es mi sitio, ni lo es para un bebé. Puede que incluso sea más padre de esa criatura que ella, que lo lleva dentro.

La he oído entrar en casa pero enseguida ha vuelto a salir ocultándose de mí, como si solo quisiera asegurarse de que sigo aquí. ¿Qué es lo que está pasando? Tengo la sensación de que ha hecho algo de lo que los dos nos arrepentiremos el resto de nuestros días y solo lamento que, si me pasa algo, ella sufra por las decisiones que hubiera tomado; porque es tan inocente como manipulable y débil, yo no... —

Ahí acababa todo, con una especie de tachón, como si algo le hubiese impedido seguir escribiendo, un tirón, o un estruendo que le sorprendiera. Jane comenzó a pasar todas las páginas que restaban al diario, frenéticamente, en busca de cualquier cosa, una despedida, una nueva forma de seguir conectada a él. Y lo encontró: una hoja suelta que estaba doblada por la mitad casi al final del cuaderno y que leyó cubriéndose la boca, intentando reprimir las lágrimas que acudieron a sus ojos mientras recorrían la respuesta que tanto había pedido. El nudo en la garganta se le fue deshaciendo poco a poco a medida que ganaba terreno un sentimiento muy distinto, más fuerte, más descontrolado. La rabia se fue apoderando de ella, impidiéndole pensar con claridad, con las ideas perdiéndose en el juicio de lo correcto y lo imprudente. Sabía lo que el cuerpo le estaba demandando, necesitaba dejar salir toda esa furia y la persona que merecía recibirla estaba a su alcance. ¿Por qué no debía hacer lo que estaba segura de que era justo?

Entonces cayó en la cuenta de que se le escapaba algo, un detalle importantísimo. Los ojos repararon en aquel detalle antes que el resto del cuerpo y expresaron una sorpresa completa. Se levantó apresurada, hacia su habitación. Abrió con violencia el armario, buscando su bolso, el más arreglado, ese que usaba en ocasiones concretas, como en las entrevistas. Lo

cogió, volcó su contenido sobre la cama y rebuscó entre maquillajes y otras cosas algo que, de estar en lo cierto, conseguiría darle el empujón que le faltaba.

Minutos después echó mano de su móvil y sin pensarlo llamó a Sandy; no contestó, así que se conformó con dejarle un mensaje. Luego comenzó a escribir, deseando que Kristen no estuviera metida en alguna movida que le impidiera oír el aviso. La respuesta llegó pronto. Kristen no estaba muy lejos y además un amigo podía llevarla en menos de un cuarto de hora. Necesitaba que alguien cuidara de Jeremy mientras ella perseguía hacer justicia. Porque ahora sabía quién acabó con la vida de su hermano y se lo haría pagar.

\* \* \*

Garretti dejó a Sandy solo en aquella habitación, atendiendo su propia llamada. Entró en la cocina y desde allí continuó informando a Hicks. El detective agarró el teléfono que daba ya sus últimos coletazos de energía; pronto la batería estaría muerta por completo. Pulsó el botón y esperó que todo siguiera como antes, que la voz serena de Henry le estuviera esperando al otro lado.

—¿Sandy...? ¿Estás ahí?

Era él, pero sonaba más apagado que en la última conversación, más tenue y frágil.

—Aquí estoy, Henry. ¿Cómo vas?

Henry eludió su pregunta carraspeando varias veces. Parecía temblarle la voz, como si estuviera tiritando de frío.

—Va a ser esta noche..., Sandy. Es... el último asalto. Pronto.

Sandy solo pudo soltar una maldición acompañada de un suspiro desesperado.

—No sé cómo será..., pero en unos minutos tendré una nueva pista..., una nueva pista; es lo único que puedo ofrecerte.

—Tu ayuda salvó a Garretti, Henry. Es gracias a ti que ahora está aquí conmigo.

—Sí..., es un alivio, sabía que llegarías... a tiempo para...

Un espontáneo acceso de tos interrumpió la conversación varios segundos. Sonaba muy preocupante.

—¿Estás herido? No tienes por qué ocultarlo, Henry.

—Hay veces que temes algo..., no porque pueda suceder, que lo das por hecho... Solo tienes miedo de que... de que pueda tardar demasiado. Entonces, lo único que puedes hacer es... esperar. Esperar y desear que ocurra lo antes posible..., sin sufrimiento. Yo... sé que no saldré de aquí.

—Henry, no te rindas.

Henry rio cansado, se le notaba la respiración agitada a ratos.

—Nunca he sido un tipo derrotista... ni una persona dada a las exageraciones. Me conoces. Ahora quiero que sepas que, pase lo que pase... esta noche, no podrías haberlo evitado..., nada de esto es responsabilidad tuya..., solo es culpa de los que lo han provocado. No cargues con ello ni con la pérdida de Joel... ni con nada de esta mierda.

Sandy frunció extrañado el ceño. Miró a Garretti al otro extremo de la casa, seguía enfrascada en una charla de vital importancia con el informático de su equipo, ajena a lo que Henry le estaba diciendo a él. Se sentó ante la mesa del comedor, como la última vez que había hablado con él.

—Joel falleció hace unas horas.

—Era un policía extraordinario y un gran amigo —reflexionó Henry.

—Sí, pero yo no te lo he dicho y no pensaba hacerlo, para no preocuparte. También sabías que Garretti estaba a salvo. ¿Cómo, Henry? — Algo en su tono alertó a Henry.

—¿De qué hablas...? No sé qué ideas te pasan por la mente ahora mismo, pero te equivocas.

Sandy tragó saliva, intentando esquivar la sensación de estar fallándole a un buen amigo.

—Eso no responde a mi pregunta. Dímelo, Henry, es muy simple.

Henry guardó un silencio significativo. Demasiado prolongado, sin duda.

A Sandy empezaba a dolerle la cabeza, como noches atrás. ¿Qué estaba pasando? Era como si de buenas a primeras esa persona a la que le confiarías la vida resultara ser un completo desconocido. No quería darle credibilidad a esa posibilidad que se insinuaba en sus pensamientos enturbiándolos. Intentaba mantener lejos la voz, el recuerdo de Joseph sembrando esa incertidumbre en él ¿Y si fuera Henry...? ¿Y si llevara mintiéndole tanto que era incapaz de darse cuenta? Sandy se masajeó la frente, esforzándose por mantenerse despejado. Y lúcido.

—Sandy, el Hombre Ilusorio tiene más seguidores de los que podríamos haber imaginado... David Frost y Richard Miller no eran más que sus últimas... y oportunas... incorporaciones al equipo de criminales.

—¿A dónde quieres ir a parar con eso? —replicó cada vez más molesto con los rodeos de su colega.

—Uno de esos fieles ha estado aquí, Sandy..., hace unos minutos. No lo había visto nunca. Se jactaba de los planes que tenían para esta noche. Él me contó lo de Joel, delatándose con cada palabra. Yo... yo también le apreciaba, Sandy ¿Cómo puedes pensar que estoy metido en esto? —su lamento herido rompió una nueva barrera en Sandy.

A esas alturas no tenía claro qué debía pensar; confiar en las personas equivocadas podía matar a muchas otras inocentes. Pero Henry era el único que nunca le había abandonado: ¿por qué dudar precisamente de él?

—No soy uno de ellos, Sandy. ¿Quieres... sospechosos? Hablemos de lo que sé, de las conclusiones que he sacado desde mi... cárcel. —Ante el silencio de Sandy, Henry siguió hablando con apreciable esfuerzo—. ¿No dices nada...? Bien, pues ya lo diré yo...: ¿qué me dices de ese falso Bill Fay? ¿Habéis sabido algo más de él?

Una vuelta de tuerca, ¿una forma de distraerle? Sandy se levantó incapaz de permanecer sentado por más tiempo.

—Crawford es un periodista sensacionalista frustrado. Hemos tenido cosas más importantes que hacer. No tiene relevancia alguna. No es nadie.

—¿No te pareció relevante la actitud de ese tío? ¿Tenemos que... creer que simplemente se encontraba en el lugar... adecuado, en el momento justo para arrojar algo de... luz sobre el secuestro de Laurie? No nos contó toda la verdad, ocultó quién era..., ocultó lo que podía hacer con su equipo en esa furgoneta..., ocultó, siempre ocultó.

—No es más que un cobarde, Henry.

—¡Eso es lo que quiso que creyéramos! Está acostumbrado a manipular a los demás; ¡vive del engaño, Sandy!... Es un actor con mil disfraces que lleva más de dos años deambulando por la zona caliente de Rockville sin que nadie haya averiguado su verdadera identidad —no pudo evitar un jadeo al llegar al final de la frase. Una vez repuesto, continuó—: Allí donde pasa algo, está él para enterarse de todo antes que nosotros, antes que nadie, pasando desapercibido...: ¿cómo es posible? ¿Te parece ese el perfil de un simple... cobarde, como dices..., una persona sin relevancia? Gente como esa es muy fácil de agasajar con promesas de grandeza, de muertes en primera plana, de formar parte de algo grande, de hacer historia, en una palabra —aquí frenó su discurso claramente sin aliento por el esfuerzo, y no lo retomó hasta recuperar la compostura—. No, Sandy, yo no formo parte de esto. Pero ¿por cuantos de

los que están ahí fuera pondrías la mano en el fuego?... ¿por cuántos de los que te rodean?

Laurie salió del aseo, por fin con ropa de calle. Ya casi había olvidado lo que era llevar zapatos de verdad, con cordones y suela dura. Era un alivio, una delicia volver a sentirse persona. Era muy tarde, sobre todo para volver a casa sola, pero no se quedaría allí ni un minuto más. Su alta fue toda una sorpresa bien recibida, un descuido de la enfermera de turno. Se fue de la lengua confesándole que podría haber estado en casa desde primera hora de la tarde, pero uno de los médicos había decidido darle el alta al día siguiente, una vez pasada la fiesta, para que siguiera bajo un «arresto domiciliario» en su propia casa. Laurie montó en cólera y no descansó hasta que ese doctor acudió a atender sus reclamaciones. El doctor Anders supo que no habría salido con la cabeza sobre los hombros de no haber cedido. No había peligro, pues ella estaba perfectamente y a fin de cuentas era cometido de la policía, y no de ellos, cuidar de su seguridad de ahí en adelante. Concretamente del cargante agente Johnson.

Laurie comprobó amargada que su teléfono móvil estaba con la batería casi en las últimas. Lo había tenido apagado durante su hospitalización y ahora que volvía a la vida lo hacía no por mucho tiempo, para morir tras el esfuerzo de ponerse en funcionamiento. Subió al ascensor con todo ya listo para abandonar la mansión del terror. Estaba eludiéndole a él, pero no iba a ser así por mucho tiempo. Rezó para que las puertas se cerraran de una vez y, justo cuando su deseo estaba casi concedido, una mano firme retuvo el cierre definitivo. Laurie se cruzó de brazos molesta mientras las puertas reiniciaban la apertura. El agente Johnson entró con ella casi asfixiado, clavando esos inteligentes ojos suyos en los de ella.

—Laurie, por favor, no hagas esto.

—Oh, ¿qué ha sido del sobrio y aseado «señorita River»? ¿Somos íntimos y yo no me había enterado?

El chico puso los ojos en blanco, ya acostumbrado a su forma de ser, aunque ello no menguaba su fondo comprensivo.

—No debes estar sola bajo ninguna circunstancia. Sabes lo que está pasando. Has sido un objetivo de ese Hombre Ilusorio y podría estar

acechándote.

Laurie saltó a la defensiva, pero sin alzar mucho la voz.

—Primero: si vamos a tomarnos estas confianzas, necesito tu nombre de pila, no me gusta estar en desventaja informativa. Y segundo: si alguien me quisiera muerta, no solo lo podría haber hecho ya, y a pesar de tus desvelos, sino que, para empezar, no me habría soltado fresca como una rosa, ¿no crees?

—No me vengas con esas. Lo que yo crea no importa, importan los hechos, y ya conoces el dicho: más vale prevenir...

Laurie se pellizó las mejillas, dotando de un repentino color al rostro, y luego elevó la vista al techo del ascensor, respirando teatralmente.

—Oye, lo siento. Estoy muy nerviosa, amargada y todo lo que tenga relación con esos dos adjetivos tan puñeteros. Sé que haces tu trabajo y agradezco que hayas estado todo el tiempo pendiente de mí. Yo... solo quiero desaparecer, hasta que todo esto termine. —Pasados unos segundos de silencio, Laurie le miró ya más calmada. Johnson estaba apoyado en la pared cual vaquero de película. Solo le faltaba mascar tabaco—. Oh, está bien. No volveré a casa, me esconderé en un hotel como recomendasteis, ¿contento?

—Sí, y yo te acompañaré hasta allí y esperaré nuevas órdenes —añadió él con una sonrisa de victoria.

En ese momento llegaban al piso bajo y al abrirse las puertas liberaron toda la tensión contenida entre ellos.

—Scott, por cierto —le dijo acercándose un poco más a ella.

Laurie se volvió y le echó una ojeada de arriba abajo, descarada, como valorando si el nombre le iba o no o lo estuviera viendo por primera vez. Luego le tendió la mano y se la estrechó.

—Con lo bien que podría haber ido esta relación si hubieras empezado diciéndome cómo te llamas...

Scott se echó a reír, incluso tuvo que volverse un poco para no quedar en evidencia, pues notó que se le habían encendido unos colores en las mejillas.

—Bueno, espérame junto a recepción un momento. Voy a hacer una llamada y a traer el coche hasta la puerta. Lo tengo a unas calles de aquí.

Ella asintió sonriente.

—Me tomaré algo mientras tanto. Necesito algo de cafeína: presiento que la noche va a ser muy larga.

Scott se alejó casi trotando hacia la salida. Ni una sola vez se dio la vuelta para comprobar que ella permanecía allí. Era un buen chico y en otro tipo de circunstancias, Laurie habría estado encantada de pasar más tiempo

con él, en particular el de una noche en un buen hotel de la zona. Pero no en ese cuarto de hora. No quería ni pensar en el motivo por el cual el coche no estaba en el parquin del hospital; simplemente se acordaría de dar gracias al cielo de que se le hubiesen presentado las cosas así cuando estuviera bien lejos. Miró a su alrededor, a todas partes, a las personas que había por allí, que no eran muchas, pues si un día cualquiera a esa hora era poco habitual encontrarse mucha afluencia, en ese día concreto, con fiesta y alcohol por doquier, mucho menos. Ya llegarían en la resaca de la fiesta. «Has sido muy amable, Scott, y te lo agradezco. Pero yo me voy a casa, a hacer las maletas, y luego directa a casa de Jane para conocer a ese pequeño milagro», se dijo que le iba a decir mientras se encaminaba a las escaleras para ir al aparcamiento. Por allí llamaría menos la atención y luego podría pedir un taxi. En una noche así, los habría en cada esquina. Al salir del estacionamiento la invadió esa sensación de extraña quietud que parecía poder quebrarse en cualquier momento. Siempre le habían dado pavor los párquines, sobre todo de sitios como ese. Avanzó con paso ligero hacia la salida. En esas oyó que un coche arrancaba no muy lejos de ella. Se volvió por instinto y advirtió la luz de los faros que se proyectaba por su lado. Entonces el coche se detuvo junto a ella. Se quedó helada hasta que vio como abrían desde dentro la puerta del copiloto, invitándola a subir. Su gesto se agrió al reconocer la furgoneta. Se sintió estúpida por no haberla identificado desde el primer instante y mucho más por decidir entrar aun sabiendo quién estaba al volante. Laurie se acomodó y cerró la puerta con la mirada al frente. Crawford apagó el motor y se retrepó en el asiento, cerca de ella, para comprobar que estaba bien.

—Me alegro de verte. Sana y salva. La mano fue a pararse sobre el muslo de ella más cercano a él.

—¿Me estabas esperando, Crawford...? ¿Qué crees que estás haciendo, querido? —le sujetó la mano en el aire y luego la dejó caer lejos de ella.

Su temperamento le pilló desprevenido. Parpadeó varias veces antes de volver a hablar, con voz suave y aniñada.

—No te pongas así. He estado muy preocupado.

—¿Es que no lo entiendes? —dijo casi sin dejar que él terminara de hablar—. Se acabó, Crawford. Lo que quiera que sea esto. Vas a tener que buscarte otro nexo con los acontecimientos más frescos del momento. Estoy harta de que me utilices fingiendo un interés personal que no existe, porque a ti no te importa nadie salvo tú y esta puñetera furgoneta.

—Te equivocas conmigo, Laurie. Y no creo que me merezca eso.

Laurie explotó harta de tanta falsedad: era un auténtico hipócrita manipulador.

—¡No me lo puedo creer! No tienes remedio... He visto tu blog; es lo primero que hice cuando me dejaron usar un portátil. Colgaste la noticia de mi secuestro, con pelos y señales. Ví la hora de publicación, Crawford. Tuviste tiempo para sacar partido de mi propio secuestro antes de alertar a la policía de lo que sabías. —Laurie se sintió avergonzada por las lágrimas que estaban nublándole los ojos. Él no merecía ni eso—. Podría haber muerto, pero solo pensabas en tu fama de mierda.

Abrió la puerta y se bajó del coche de un salto.

—Laurie, espera. —Intentó retenerla pero se le escapó por los pelos.

—No me interesa —sentenció ella cerrando de un portazo.

Estaba llorando y la sola idea de admitir que ese desgraciado era el causante lo empeoraba, más que haber descubierto toda la verdad sobre él. Comenzó a caminar de nuevo, decidida y reservándose las lágrimas para otro que sí las mereciera. No se volvió ni cuando oyó que se bajaba del coche y la seguía. Crawford llegó a su altura y la detuvo, agarrándola con fuerza de la muñeca hasta encararla. Laurie aprovechó el impulso para plantarle un sonoro bofetón, que resonó en cada rincón de aquel aparcamiento solitario. Él se quedó completamente anonadado.

—Déjame en paz si no quieres que avise a la policía, Crawford. Verás lo rápido que puede desvanecerse ese anonimato tuyo.

Crawford se llevó una mano a la zona abofeteada, que enrojecía por momentos. Parecía haber conseguido al fin dejarle sin argumentos. Laurie retrocedió unos pasos arrastrando su maleta sin cesar de increparle:

—No mereces esa atención que recibes, listillo. Si cada uno de tus seguidores pudiera saber qué clase de persona eres, acabarías solo... si no lo estuvieras ya.

Algo encendió en Crawford una llama de ofuscación. Con un grito desgarrador se abalanzó sobre ella. Forcejearon hasta que finalmente él logró sujetarla por el cuello, arrastrándola hasta que chocó con la espalda en una de las columnas.

—¿Qué coño estás haciendo? —soltó ella intentando ocultar el miedo que sentía.

Como respuesta obtuvo un simple gruñido. Laurie vio arder tal furia en los ojos de él, que comprendió que Crawford no disminuiría la presión en su cuello hasta asfixiarla.

\* \* \*

Garretti se acercó a Sandy por la espalda. Tanto ella como el detective seguían al teléfono. Le puso una mano en el hombro y él se volvió tal y como cabía esperar. Encontró a la inspectora con el móvil apoyado en el pecho, intentando silenciar las voces.

—Hicks va de camino a comisaría. Voy a reunirme con él. ¿Te vienes?

Sandy evaluó sus opciones. No podía detener aquello que había empezado entre Henry y él.

—Adelántate. Iré en cuanto pueda.

Garretti asintió tras unos instantes en los que pareció que iba a añadir algo más. Le plantó un beso fugaz en la mejilla y se volvió para recoger sus cosas antes de añadir con determinación:

—Sandy, somos compañeros y esta noche tenemos que atrapar a ese cabrón. Por mí, las autoridades pueden irse al carajo con sus restricciones. Te veré allí.

Abandonó la casa. Sandy se reacomodó, intentando volver a meterse en la conversación, que había seguido sin él. Tuvo que cortar la perorata sin sentido para poder encauzarle.

—Henry, espera. Escucha, quiero confiar ciegamente en lo que me dices, sé que debo hacerlo...

—Hazlo, no pierdas tiempo conmigo... Yo no planeé estar aquí encerrado, sin poder ayudar.

—Se nos acaba el tiempo, Henry, y me refiero la batería de este artilugio. Voy a la comisaría; tenemos una buena pista para encontrarle. Es posible que saquemos una reducida lista de sospechosos.

—Espera, ¿no querías sospechosos? Tenemos que hablar de Tom Bosley. —Sandy guardó silencio, atraído por completo por aquello que Henry pudiera saber sobre la figura misteriosa y amenazadora que representaba el padre de Tom, el alcalde—. Cuando llegó a Rockville, Laurie me puso al corriente de sus verdaderas intenciones, lo que sin duda estaba en el origen de su decisión de venir. No lo esconde, va a por ti.

—Lo sé, Henry. Me ha vetado en comisaría y ahora no puedo colaborar con ellos.

—No lo sabes todo... —le cortó enigmático—. Tuve tiempo de investigar un poco por mi cuenta. No encontré el momento de contártelo. Bosley tenía una vivienda en propiedad, a tan solo dos manzanas de la casa

que tú compartías con Giselle. No había facturas asociadas, ni luz ni teléfono...; enseguida pensé que tenía toda la pinta de tratarse de un piso franco, un escondite.

—Las personas como él necesitan lugares así por mil y un motivos, Henry. No me entra en la cabeza que ese hombre, tan ligado al pasado de Jane, pudiera estar implicado en la muerte de Giselle..., sería un cúmulo de casualidades casi ridículo.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. Pero en el presente podría, hipotéticamente, haber decidido financiar y facilitar el trabajo al Hombre Ilusorio, solo por el placer de hacerte sufrir, a ti y a cualquiera que te importe... porque acabaste con la vida de su hijo. —El expolicía guardó silencio, meditabundo—. Sandy, solo digo que deberías tenerlo en cuenta. Y advertir a Jane de que se mantenga al margen. Si estoy en lo cierto, tendría motivos por partida doble, para hacerte daño a ti y de paso a ella, que haría de transmisión.

—¡Mierda...!

—¿Qué ocurre?

Sandy dejó sobre la mesa su móvil casi con desprecio.

—Me ha llamado Jane, no sé por qué no lo he oído. Lo siento, pero tengo que presentarme en comisaría, Henry, e intentar hablar con ella.

—Sandy, por favor, no te alejes de este teléfono. Está a punto de pasar algo gordo y la próxima vez que suene, habrá vidas en juego. Reza para que no se acabe antes la batería.

El centro de Rockville era un hervidero de juventud esperando el momento perfecto para empezar a beber; de familias que tomaban aperitivos nocturnos en las docenas de terracitas que durante esa noche harían su agosto, a modo de excepción. Había, como era habitual en Rockville, más afluencia y vehículos que espacio habilitado para su estacionamiento. La doble fila era ya una costumbre inevitable, sin sanción en ocasiones como aquella. Jane no tuvo más remedio que dejar su coche a un par de calles del bullicio y, por tanto, del ayuntamiento, al que ya se dirigía sorteando a la gente que esperaba los fuegos artificiales, sin imaginar siquiera lo que aquella chica de mirada y pasos decididos estaba a punto de hacer. Cruzó la plaza entre carritos de algodón dulce y perritos calientes, disfrutando sin pretenderlo del aroma que se mezclaba en el ambiente, que le hacía recordar ineludiblemente su tierna infancia. Desde una distancia de veinte metros se percató de la presencia de un par de agentes de seguridad apostados a cada lado de la puerta de acceso. Jane alzó la vista y localizó una de las pocas luces que seguían encendidas en las plantas altas del edificio. Ese laberinto de pasillos y despachos había sido tiempo atrás como su segunda casa. Había vivido tanto buenos momentos con amigos pasajeros, como el enigmático Cliff, como momentos difíciles de olvidar, grabados a fuego en su retina, como el hallazgo del cuerpo de la pobre Rebecca, colgado en la habitación de las fotocopias. Ahora, allí donde Tom Bosley había asesinado a esa chica, su padre se sentía como en casa, disfrutando de una falsa sensación de control y poder que Jane se encargaría de evaporar. Él estaba allí arriba y ella tenía que entrar como fuera. No reconoció a ninguno de los tipos que montaban guardia, pero sí que encontró a no mucha distancia de la entrada al guardaespaldas de Bosley. Ese que se había apeado del coche con aire amenazante cuando se los encontró en la puerta de su casa. Estaba fumando tranquilamente, recostado en la pared, distraído con el sinuoso humo del cigarrillo. Al menos no tendría que vérselas con él. Su único obstáculo real era ese par de guardias de comportamiento recto y ejemplar. Con el mero hecho de mencionar su nombre, estaba segura de que el alcalde Bosley se frotaría las manos deseando atenderla,

proporcionándole una nueva oportunidad de humillarla, ofenderla y amedrentar su coraje valiéndose de su bravuconería de ricachón sin escrúpulos.

Se acercó al que parecía de los dos guripas el más inofensivo, más comunicativo, y que curiosamente era el más fornido. Su plácida sonrisa al contemplar a un par de niños corretear la ayudó a decidirse. Era al menos un gesto de humanidad.

—Disculpe... —El tipo se volvió enseguida para atenderla, muy cordial. Jane se sorprendió.

—¿Necesita algo, señorita?

La cosa empezaba bien.

—Verá: ¿sabe si el alcalde está en su despacho en este momento? —preguntó inocentemente conociendo ya la respuesta.

—Así es. Ha subido a... evadirse un rato. Si quiere hablar con él, tendrá ocasión de hacerlo en... —consultó el reloj en su muñeca comprobando la hora— no mucho. Bajaré para estrechar manos y esas cosas —remató resuelto, convencido de haber finalizado la conversación con tal derroche de información.

—Perdone que insista, pero se trata de un asunto personal. ¿Podría usted decirle que Jane Clemens está aquí? Nos conocemos y le garantizo que no será una pérdida de tiempo.

La cara que puso reflejaba un dilema interno. A Jane le parecía francamente un buen tipo, razonable y colaborador. Quizás sus dudas se debieran a una orden directa de no molestar. Tras un par de súplicas de chica buena, accedió a comunicárselo, con la promesa de que se marcharía sin insistir si el alcalde se negaba a recibirla.

Jane observó como desaparecía en el interior, sin perder detalle de los movimientos del otro gorila fumador, que de momento se entretenía con lo suyo. Apenas un par de minutos después, el guardia regresó sonriente y visiblemente más relajado. Una elocuente señal de que se acercaba un poco más a su objetivo.

—Tenía usted razón. Ha accedido de buen grado. Diría que le ha sorprendido un poco su visita. Debo acompañarla.

Jane se quedó a medio paso de subir el primer escalón. La sangre se le cristalizó en las venas helándole todo el cuerpo.

—Sí..., claro. Gracias —aceptó más resignada que convencida, pues no había remedio. Le siguió bien cerca hacia el interior—. De todos modos,

conozco estos pasillos como la palma de mi mano. Trabajé aquí un tiempo, hará cosa de dos años.

Quizás con suerte lograra llegar hasta su objetivo con algo más de intimidad. Sabía que necesitaría tiempo para prepararse antes de entrar y empezar con todo. Sintió vértigo por el paso del tiempo al volver a subir por aquel tramo de escaleras hasta el ascensor. Muchos recuerdos se estaban desencadenando, mezclados con la rabia y la tensión que circulaban por sus venas, exitosamente contenida bajo aquella convincente capa de amabilidad. Intentaba no sacar las manos de los bolsillos, pues el propio guarda habría comprobado que escoltaba a una mujer al borde de un ataque de nervios.

Al llegar a la planta exacta se apresuró a ofrecerse a continuar sola, alegando estar segura de llegar sin problemas y no hacerle perder el tiempo. Él dudó. Pero tuvo que rendirse ante la evidencia de que ya se alejaba del ascensor decidida tras un somero agradecimiento. Jane no se volvió y siguió caminando con aplomo hacia un oscuro pasillo, rezando por no tardar en oír las puertas del ascensor cerrarse y quedarse completamente sola.

Y eso fue lo ocurrió, y lo celebró tomando una profunda bocanada de aire antes de reemprender la marcha. Primero introdujo la mano en el bolso, palpando cada elemento que contenía. Todo estudiado y preparado a conciencia. «Cabeza fría, controla esas manos. Todo va a salir bien. Es justicia», se repitió cual mantra durante lo que duró su paseo por aquella planta. Bajo la puerta del despacho se marcaba una línea de luz clara que delataba que una sombra se movía de un lado a otro de la habitación. Había conseguido intrigar al muy cabrón, no le cabía la menor duda. Estaría deseando aquel envite. En cuanto abriera la puerta, conseguiría hacerle sentir todo el miedo que él había causado, todo el sufrimiento generado. Saldaría la cuenta en los próximos minutos.

Llamó diligentemente a la puerta y esperó a oír esa repulsiva voz que le daría permiso. Se permitió pensar en Jeremy, en los dos, el hermano grande y el sobrino pequeño, para infundirse valor. Lo haría por ellos, pero también por ella misma. Ahí encontró la fuerza que le faltaba para acabar entrando. Lo tenía todo calculado. ¿Qué podía salir mal...? Sin embargo, nadie le hacía pasar y eso ya de entrada se apartaba de su programa. Oyó a Bosley, pero no hablaba con ella. Allí dentro había alguien más. Una mujer, sin duda alguna. La voz que ahora le contestaba a Bosley era femenina, baja y monótona, y asimismo le resultaba familiar. No quiso o no pudo seguir esperando. Sin repetir la llamada una segunda vez, abrió las puertas dobles y toda la claridad

del interior de aquel despacho inundó el pasillo disipando cualquier sombra visible. Jane encontró al alcalde apoyado en su escritorio y junto a él, sentada tomando notas, estaba la señorita Stefanovic. Esta le sonrió como quien recibe a la víctima de una broma pesada.

—Oh, mi visita inesperada. No la he oído llamar —se excusó la autoridad municipal sin ningún esfuerzo por dotar de credibilidad a sus palabras.

Bosley sostenía un vaso con dos hielos y se le notaba cómodo, expectante también. Se pasó la lengua por los labios, saboreando el alcohol impregnado en ellos. Jane no avanzó, se quedó sujetando la puerta, evaluando la situación.

—No esperaba visita alguna antes de mi pequeño discurso de esta noche. Y mucho menos de usted —le confesó el primer edil. Su mirada era una invitación al juego; esperaba un reto a la altura—. Pase. No cierre: la señorita Stefanovic ya nos deja. Le toca unirse a la fiesta, como cualquier persona en su tiempo libre.

Le dedicó una amplia sonrisa a la afortunada, que la recibió con agrado. Se levantó y guardó sus notas en una carpeta que acomodó entre el brazo y el pecho. Pasó junto a Jane escrutándola con la mirada, sin detenerse y como si esquivara a un animal muerto, y desapareció taconeando por el pasillo. Jane estaba más bien petrificada: esa imprevista variable la había descolocado; no obstante, una vez despejada, nada cambiaba. Ahora ya sí que estaban a solas y todo lo planeado debía continuar. Cerró con delicadeza la puerta. Y fue consciente de que hacerlo significaba que no habría marcha atrás. Sintió una pequeña satisfacción de dar aquel paso, un logro. Al volverse, el alcalde le ofreció asiento en un pequeño rincón apartado, con dos sillones de ostentoso tapizado.

—Estoy bien aquí, gracias. No tardaré mucho.

El señor Bosley alzó las cejas fingiendo desconcierto. Jane se preguntó si de verdad era necesario aquel paripé tan excesivo.

—Al menos me dejará servirle una copa, ¿no? Estamos de celebración...

Jane también rechazó, con un movimiento de la mano, esta nueva muestra de hospitalidad al uso. Seguía plantada delante de la puerta, con el bolso pegado al cuerpo.

—Pues yo sí que voy a servirme... la segunda... —murmuró para sí, rellenando sin restricciones su vaso—. Me extraña que esté aquí, aunque le cueste creerlo. Déjeme que le transmita, antes de que a este viejo se le olvide, mi más sentido pésame por la pérdida de nuestro jefe de policía. Tengo

entendido que se conocían. Estoy seguro de que era un gran tipo. A su salud. —El alcalde alzó el vaso antes de darle un sorbito ridículo.

Jane apretó involuntariamente los labios; estaba segura de que le temblaba cada músculo de la cara.

—No es de buena educación dar el pésame a alguien con una sonrisa en el rostro. Incluso podría dar pie a una mala interpretación. Como si realmente se la trajera floja —le espetó sin morderse la lengua a tiempo.

El alcalde tragó apurando un sorbo ya considerable, sorprendido por la mordaz observación.

—Oh, nada más lejos...; las pérdidas y preocupaciones de estas gentes son ahora las mías —convino, pero sin borrar su sonrisa.

Jane comenzó a sentirse más segura, preparada. Se permitió pasearse por aquel enorme despacho, rozando con las manos cada sillón, cada lámpara de último diseño. Evaluando el terreno con cierto gesto de repugnancia en el semblante.

—Recuerdo a un familiar lejano, un tío, que aprovechaba cualquier excusa para echarse un trago. Nada le importaba realmente, pero era el primero en proponer los brindis más insospechados. No era más que una forma de ocultar su alcoholismo —le sonrió ella a modo de envoltorio de sus mordaces palabras.

Bosley le mantuvo la mirada durante lo que pareció una eternidad, hasta que de nuevo compuso su sonrisa habitual. Alzó de nuevo su vaso.

—Brindo por él en ese caso. Y también por nuestro cuerpo de policía, deseando que encuentren con vida a ese pobre chico. ¿Henry... Harper? Ese amigo y compañero de nuestro buen Sandy Strunk... —Su voz se llenó de matices y segundas intenciones al mencionar a Sandy. No se molestó en ocultar que disfrutó con lo que provocó en ella. Bosley se volvió a su escritorio. De espaldas a ella, revisó varias notas que tenía desperdigadas por la mesa, apuntes para un discurso probablemente—. Pero todavía no entiendo muy bien a qué ha venido, muchacha.

Un extraño sonido se produjo a espaldas del orgulloso munícipe. Bosley, alerta, escuchaba la respiración agitada de su invitada. Se volvió lentamente... y allí, entre las manos de Jane, encontró la causa.

—He venido a hacerte pagar por la muerte de mi hermano...

A tan solo dos metros de distancia, Jane le apuntaba directamente a la cabeza con una nueve milímetros. Ese sonido que el alcalde había oído era el

seguro de la pistola, así que solo el gatillo se interponía entre una bala y su cuerpo indefenso.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —se apresuró a dejarle claro cuando notó que él desplazaba un brazo por encima del escritorio.

—Has perdido la cabeza. Te imaginaba más... racional y sesuda. Pero solo eres una cría desolada, una chiflada —tuvo el aplomo de espetarle con un desprecio animal. Soltó el vaso y se cuidó de dejar bien a la vista ambas manos.

—Y tú no eres más que el padre de un asesino. De tal palo, tal astilla, ¿no? —afirmó ella acercándose unos centímetros más a él, centrando el punto de mira esta vez en el pecho, en el corazón.

—¿Y qué vas a hacer, disparar? ¿Vas a matarme...? Estás condenada. Si me haces algo, cavarás tu propia tumba.

—Cállate. Soy yo la que va a hablar.

Jane dejó caer el bolso a sus pies. Se agachó sin bajar en ningún momento el arma. Con la mano libre, rebuscó dentro y sacó una pequeña libreta.

Con aquel gesto atrajo por completo su atención. Por un momento, pareció temer estar perdiendo el control de la situación. Jane esperó a volver a incorporarse para sacarle de dudas: quería verle la cara, mirarle a los ojos cuando le dijera aquello:

—Alguien que sabe la verdad, lo que hiciste, me mandó esto. Es el diario de mi hermano. Aquí está todo. Cuando terminé de leerlo, lo supe. Que lo encontraste. Que embaucaste a la chica para que te lo sirviera en bandeja. La engañaste para que te llevara hasta él. Puede que no te ensuciaras las manos, pero tú eres el causante de todo. Y lo vas a pagar.

Bosley comenzó a reír sin control. Era una risa artificial, exagerada, que llenó la sala de ecos malignos. Los sudores que le recorrían la frente distaban mucho de ser provocados por la risa.

—¿Es eso lo que tienes? ¿El diario a medio escribir de un muerto y una teoría que se sustenta en «yo estoy segura de que fuiste tú»? Dios, te tenía por alguien con dos dedos de frente, Jane. Ahora entiendo lo de la pistola: no encontrarás otra forma de venganza.

Jane se adelantó haciéndole callar al instante. No paró de caminar hasta que el cañón de la pistola rozó la enorme barriga del alcalde, que se encogió lo máximo que daba de sí, un escaso límite en todo caso. Así quería verlo ella, temiendo por su vida.

—No olvides quién apunta a quién.

Notaba su aliento alcoholizado, su miedo. Esa respiración agitada era lo que buscaba, lo que ese malnacido merecía. Retrocedió hasta su anterior posición, sin perder detalle a los movimientos del alcalde, que no fueron más allá de aflojarse el nudo de la corbata. Estaba ligeramente rosado y el sudor ya era abundante. Jane llamó su atención sacando de entre las hojas del diario una postal, de un paisaje parisino, con la inconfundible torre Eiffel de fondo. Comenzó a leer cuando estuvo segura de que tenía toda su atención, que comprendía lo que tenía entre las manos:

Querida Josie:

Me han comentado que te gusta la poesía. Agradezco mucho que vayas a aceptar mi desinteresada ayuda para que ese niño que llevas dentro llegue a este mundo con todas las atenciones necesarias. Quería compartir contigo un par de versos, de uno de mis poemas favoritos, que dice así:

En un beso sabrás todo lo que he callado.  
Tal vez no sepa entonces conocer tu caricia,  
porque en las venas mías tu ser se habrá confundido.  
Cuando yo muerda un fruto, tú sabrás su delicia.  
Cuando cierres los ojos, me quedaré dormido.

Con mis mejores deseos,  
Señora Northwood

Jane alzó la vista y encontró una inmensa satisfacción al descubrir que el rostro del alcalde era presa del pánico, de la incredulidad, un pálido reflejo sudoroso de lo que solía ser. Temblaba ligeramente, pero por encima de todo se podía ver la rabia que proyectaban los ojos; se sabía en desventaja, quizás por primera vez en su vida.

—Es de la obra de Pablo Neruda. Y no es la primera vez que leo esos versos. El gusto por la poesía, y por este autor chileno en concreto, fue una de las pocas cosas que pudiste transmitir a tu hijo con gran pasión. ¿No es cierto? En cuanto leí esas palabras supe que habías sido tú. Tom acudió a ti cuando Jeremy desapareció y desde entonces lo buscó por cada rincón. Hasta que consiguió encontrarlo.

—¿Crees que con eso alguien te va a escuchar? No sirve de nada tu palabra y ese poema no es más que eso, un poema célebre en el mundo entero.

—Firmaste esa carta haciéndote pasar por una apacible señora dispuesta a ayudar a una pobre mujer embarazada. Tom me habló de ese apellido. Era el apellido de soltera de tu madre, ¿verdad?

Bosley negó escondiendo sus dudas.

—Sigue sin ser suficiente. No tienes ni idea del poder que tengo...

—Yo solo quería mirarte a los ojos. Quería que supieras que ahora ya lo sé todo. Me obligas a alzar el arma, por mi seguridad. Y no te engañes, será suficiente para sembrar las dudas: puedo ser muy convincente. Soy una superviviente, la heroína de Rockville. Se abrirá una investigación y estarás en el ojo del huracán. ¿No escribiste esto tú mismo? —dijo señalando la postal—. Dudo mucho que tu letra haya cambiado en estos años. Esto otro también, ¿no es cierto? —Jane se sacó del bolsillo una nota doblada—. La encontré en la tumba de tu hijo, hace escasos días. Casualmente, el día que llegaste. Imagina cuál no sería mi sorpresa al descubrir que la letra es idéntica, cada punto, cada detalle, al de esta postal. Imagina ahora todo lo que seré capaz de recabar, con tal de verte donde mereces —sentenció bajando la voz, llenando cada palabra del odio que sentía hacia él.

—Zorra impertinente. Ojalá mi hijo hubiese sido capaz de matarte —blasfemó dejando salir todo la rabia que llevaba dentro, de la que estaba hecho en realidad.

—Lo hizo. Pero regresé.

Bosley alzó amenazador los brazos, dispuesto a lanzarse sobre ella. Jane afianzó el arma entre las manos. El alcalde frenó en seco.

—Si te disparo será en defensa propia; ni un movimiento más.

No solo él: tampoco Jane hizo ninguno. No hubo ningún amago por ambas partes durante minutos.

Y entonces pasó. Un petardeo procedente de la calle apagó todas las farolas que iluminaban la plaza en medio del griterío confuso. Los dos dividían su atención entre el gran ventanal que daba al exterior y la reacción del otro. Tras las farolas, el edificio entero se sumió en la más total oscuridad y luego todos los bloques de los alrededores. Todo se quedó en negro. Comenzaron los gritos en las calles, los llantos de niños asustados y las voces de padres que protestaban y amenazaban ante el descontrol de la situación. Dentro de aquella habitación todo ocurría a otra velocidad. Jane notó movimiento cerca de ella. Algo le rozó el brazo y el instinto la hizo volverse y apretar el gatillo. El fogonazo iluminó brevemente la estancia, pero de nada sirvió.

—¡No te acerques a mí! ¡Volveré a disparar! —amenazó chillando fuera de sí.

Daba vueltas apuntando en todas las direcciones, prestando atención al ruido de pasos y percibiendo sombras fantasmales en cada esquina. No conocía aquella estancia. Algo la golpeó entre los omóplatos. Una descarga de dolor le bloqueó el cuerpo, arrojándolo sin control al suelo. Seguía aferrando la pistola cuando aterrizó en la moqueta. Gritó para desestabilizar a su oponente, pero no volvió a sentirlo en torno a ella. La puerta se abrió de repente y ella se volvió dispuesta a disparar a la oscuridad. Le oyó huir a toda prisa por el pasillo. Con la seguridad que le daba estar a solas, logró reponerse, masajeándose la espalda. Le había asestado un buen golpe con una escultura. A tientas buscó su bolso por el suelo hasta notar una de las asas. Rebuscó en su interior el teléfono y con él iluminó su alrededor. Pudo comprobar aliviada que no había sangre, que solo estaba dolorida. Se levantó rápidamente y agarró el bolso..., y enseguida reparó horrorizada en que algo había desaparecido de su interior. El alcalde se había llevado el diario de Jeremy en su precipitada huida.

Laurie abrió los ojos y contempló aturdida lo que había tenido que hacer. Crawford yacía delante de ella boca abajo, completamente inmóvil y con un bien visible golpe en la cabeza. Comenzó a ponerse nerviosa; necesitaba repasar lo que había sucedido, porque su parte racional se bloqueó en el momento en que él la agarró por el cuello y la arrastró hasta golpearle la cabeza en la columna. Luego empezó a presionarle el cuello y ella le propinó una patada en la entrepierna con la rodilla. Con esto consiguió liberarse, pero no estaba a salvo aún. Entonces recordó que había querido salir de allí corriendo, dejarlo atrás, pero todo indicaba que no lo había conseguido. Su única posibilidad, pues, se la debió de brindar el extintor que estaba en la parte de atrás de la columna. El resto no necesitaba recordarlo.

Estaba muerto, o lo parecía, aunque ella solo había querido defenderse: Crawford estaba loco, había perdido el control.

«Tanto si está muerto como si no, tengo que salir de aquí. Dios..., ¡no puedo perder más tiempo! O desaparezco o entro en el hospital y cuento lo que ha pasado», meditó siendo ya presa del pánico. Podía escabullirse, claro que podía, y debía hacerlo: no había nadie rondando por allí. Luego, a salvo lejos, llamaría para asegurarse de que lo encontraban. Era un maldito hijo de puta, ella no había hecho nada malo: necesitaba recordárselo constantemente para no perder perspectiva. Pasó junto al cuerpo y recogió sus cosas de nuevo. Se dio la vuelta tras echar un vistazo a su alrededor y echó a andar lo más rápido que le permitían sus temblorosas piernas. No pudo llegar más allá de la siguiente columna. El parquin se quedó completamente a oscuras en un instante. Laurie soltó un grito agudo y breve. ¿Qué coño estaba pasando? Un apagón de lo más inoportuno. Intentó seguir caminando, pero no veía la salida por ninguna parte. Sabía que los hospitales contaban con generadores para esos casos y que las luces de emergencia no tardarían más de unos segundos en saltar: así tendría algo por lo que guiarse. Esperó y entonces lo oyó: una extraña tos seca, una respiración entrecortada y algo arrastrándose. Comprendió demasiado tarde lo que pasaba.

—¡Laurie! —gritó—. No puedo creer que me hayas hecho esto. —Su voz parecía al borde del llanto.

Ella se quedó petrificada en mitad del camino; donde estuviera, no se atrevía a dar un paso para no delatar su situación.

—¿Cuál es el problema? ¿Te crees mejor que yo? ¿Es eso, que no estoy a tu altura moral, a tu nivel intelectual? —Laurie no se atrevía ni a respirar, pero tenía que hacerlo—. ¡Contéstame! Te oigo respirar. Estás aquí.

Escuchaba atentamente sus movimientos, así que oyó como se abría la puerta de la furgoneta y al poco se cerraba con un ruido característico. En ese momento, las luces de emergencia marcaron las salidas y varios puntos clave del camino, delatándola en mitad de las vías de desplazamiento. Crawford sonrió al sorprenderla frente a él, a pocos metros. Arrancó, aceleró y se lanzó a toda velocidad. Laurie tuvo que abandonar sus pertenencias para apartarse de su trayectoria. Se lanzó a la izquierda esquivando de milagro las ruedas del coche. Al caer se golpeó en la cabeza con una de las columnas, otra vez. Aturdida y desprovista de protección, oyó como Crawford seguía gritando como loco por la ventanilla mientras abandonaba el parquin a gran velocidad.

—¡Vete al infierno, perra! —repitió varias veces hasta que su voz quedó absorbida por el viento y perdida en la distancia.

El alivio que llegó a sentir cuando se notó a solas consiguió superar cualquier otro sentimiento. El muy cabrón se había llevado por delante su bolso, haciendo añicos todo su contenido. Ya podía ir despidiéndose de su móvil. Intentó levantarse pero no pudo, el brazo izquierdo había recibido toda la potencia del golpe y ahora devolvía dolor, mucho dolor. Quizás hasta se lo hubiera roto. No podía incorporarse sin apoyar ese brazo. Estaba tan indefensa como una tortuga panza arriba. Rezó por que Crawford no decidiera volver a por el segundo asalto, porque estaba servida en bandeja.

—¡Laurie! ¿Estás aquí? —Scott apareció por la salida de emergencia que conducía al interior del hospital. Visiblemente asustado.

Al final resultaba ser su salvador quien se había preocupado por su seguridad desde el día del ingreso. No tenía más remedio que rendirse a lo evidente, necesitaba su ayuda. Le alegraba que la hubiese encontrado.

—¡Scott! Me... he caído cuando se ha apagado todo —mintió. De nada servía hablar sobre lo ocurrido. Había sido un intercambio de violencia. Un empate técnico. Jamás saldría una palabra de su boca, si es que ese infeliz decidía no volver a aparecer.

Scott siguió su voz hasta localizarla. Su preocupación era palpable en esos ojos azules cuando se agachó junto a ella.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído tú sola?

Dicho por un agente de policía, resultaba incluso más patético de lo que podía haber imaginado. Pero esa sería su versión.

Ella asintió con el rostro encogido por el dolor.

—Déjame ver.

Scott se acercó más a ella, le puso una mano en el hombro y con la otra fue palpando el hueso hasta el codo. Laurie se quejó varias veces al movérselo.

—Vale, está dislocado. Menudo golpe —insistió—. Ven, te ayudo a levantarte. Arriba te dejarán como nueva en un santiamén —le aseguró con dulzura.

—Ha sido por culpa de este estúpido apagón ¿Qué está pasando? — Laurie cambió de tema para evitar más preguntas sobre su extraña «caída».

El agente tardó en contestar.

—No es solo aquí. Toda la ciudad se ha quedado a oscuras. Creo que pasa algo serio.

Laurie coincidió con él: pintaba muy mal. Sus pensamientos se fueron con Henry, Sandy y compañía.

—No será nada, hombre, no te pongas en lo peor —intentó suavizar su preocupación.

Scott recogió sus cosas y descubrió su bolso aplastado, con una visible marca de neumático cruzándolo por completo. Miró a Laurie exigiendo algo más que la confesión de una torpe y desafortunada caída.

—Tendrás que aclararme esto. Pero ahora hay cosas más urgentes que hacer —le dijo señalando su brazo.

Laurie volvió a lo del apagón, que era menos comprometido.

—No quiero ni imaginarme el caos que debe de reinar ahora mismo en la plaza, con toda esa gente reunida...

No hablaron más hasta entrar en la sala de urgencias, porque habían llegado a la misma preocupante conclusión: el Hombre Ilusorio atacaba de nuevo y el apagón era simplemente el preludeo.

\* \* \*

Kristen encendió la linterna que había encontrado en la mesilla de noche de la habitación de Jane. Dudaba mucho que ella contara con un generador de energía propio, por lo que tenía por delante una espera a oscuras hasta que se restableciera la corriente. Por suerte, aquello que había estado haciendo para entretenerse no requería electricidad. Comprobó que el pequeño seguía dormido y se volvió al salón, donde se tendió cómodamente en el sofá, agarró su tableta y siguió viendo *Twin Peaks*, una de esas joyas de la televisión que a sus diecinueve años había descubierto con suma intriga y asombro, y como valor añadido, si es que se podía considerar tal cosa, aquel pueblo ficticio no podía recordarle más a su Rockville, con sus muertos escondidos y sus sorprendentes secretos. Estaba totalmente absorta en esa trama tan enigmática que rozaba el surrealismo, que no notó como se resentían ruidosamente los muelles de la cama de Jeremy ni como se deslizaban sus pies descalzos por el suelo. Sus alarmas se activaron solo cuando el pomo de la puerta giró, y a punto estuvo de gritar a pleno pulmón. Logró contenerse esforzándose por buscar la coherencia: nada de surrealismos en su vida, al menos fuera de la pantalla o las páginas de un libro. Se volvió con la linterna encendida y le iluminó la cara a un adormilado Jeremy, que se tapó los ojos cegado y desorientado.

—¿Dónde está Jane? —preguntó el pequeño con la voz aún ronca por el sueño.

Kristen le apartó la luz de la cara al pobre chico, se levantó y despacio se acercó a él, enfocándose la cara para no asustarle.

—Hola, cielo, soy Kristen. ¿Te acuerdas de mí, verdad? Jane ha tenido que salir a hacer algo importante. Yo me quedaré contigo hasta que lo termine y vuelva.

Jeremy asintió varias veces a todo lo dicho por Kristen, que le tendió la mano; él se agarró a ella sin dudarlo. Lo llevó al sofá y una vez acomodados el uno junto al otro, echó una manta que los cubrió a ambos de cintura para abajo.

—No creo que Jane tarde mucho. Y hasta que eso pase, yo estaré aquí contigo. Pero es un fastidio este corte de luz: no sé qué habrá pasado... — Kristen hablaba en un tono animado para no preocuparle.

Jeremy se la quedó mirando muy serio y luego dibujó una sonrisa completa, de esas que no solo se forman con la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó ella extrañada sonriéndole también.

—Me gusta tu voz, y tu sonrisa. Por eso me he acordado de ti.

Kristen sintió un lazo emocional inesperado hacia aquel niño. Supuso que algo similar debía de sentirse al tener un hermano pequeño, alguien a quien proteger. Le revolvió el pelo.

—A mí también me gusta la tuya, y tu pelo. ¿Qué estilo llevas, algo así como cavernícola? Es muy guay.

Jeremy se echó a reír con ganas intentando domar su melena alborotada. Su madre era quien le solía cortar el pelo, dos o tres veces al año. El resultado siempre era impredecible, visualmente chocante.

—No me gusta tener el pelo tan largo: se me enreda —se explicó él.

—¿De verdad no te gusta? Ahora los chicos llevan el pelo así, incluso más largo. Y el flequillo de esta forma. —Y Kristen le echó hacia delante el pelo, que le cubría por completo los ojos— Es lo más de moda.

Jeremy volvió a reír, en parte por las cosquillas que le hacían los mechones en las mejillas.

—¿Te quieres quedar conmigo hasta que vuelva Jane...? O la luz, que no tengo claro cuál de las dos volverá antes.

Jeremy asintió afianzándose en su sitio. Encogió las piernas y se acomodó la manta.

—Bien, veo que ya estás dejando la huella de tu culete en ese sitio. Lo respetaré. Yo me quedaré con este lado —dijo ella imitando sus movimientos.

—Vale. La manta la podemos compartir: ¡es muy grande!

—Ah, qué generoso. Bueno..., ¿quieres que te enseñe un juego muy divertido? Está dentro de mi teléfono. ¿Habías visto alguno antes?

Jeremy casi se le echó encima cuando ella sacó su móvil del bolsillo.

—Mi madre tenía uno. Era distinto y tenía muchos botones y se abría y cerraba —dijo gesticulando, como si los estuviera pulsando todos—. Pero no lo usábamos, porque decía que era algo que valía mucho y que teníamos que guardarlo.

Kristen no entendió como podía ser valioso para alguien como Jeremy un simple teléfono. Pasó a ofrecerle el móvil, pues no era asunto suyo juzgar a la madre de Jeremy ni sus prioridades.

—Este puedes usarlo cuanto quieras. Bueno, hasta que se acabe la pila. Mira, te enseñaré cómo se juega. Atiende: tienes que conseguir que esa bolita metálica... ¿la ves?... sí, esa. Debes llevarla hasta ese agujero sin chocar con las cosas. Toma, inténtalo.

Jeremy alucinó cuando comprobó que al mover el teléfono la bolita de la pantalla giraba por las esquinas. Kristen se lo puso en las manos. Él no se

atreví a moverse, seguro que por el miedo a que la bola desapareciera. Y aun así no las tenía todas consigo, porque preguntó casi asustado:

—¿La bola se puede perder?

Kristen no pudo evitar echarse a reír. Un ataque de risa en toda regla, al que se unió Jeremy, totalmente entusiasmado con aquel juego y ya más suelto. Poco a poco fue haciendo los movimientos para comprobar que la bola no iba a salirse de ahí dentro.

—No te preocupes, es un juego. ¡Eh, mira!, ya le has pillado el truco. Genial, ahora te saldrá un nuevo nivel.

Jeremy progresó ensimismado unos cuantos niveles más sin apenas pestañear, cada vez más ágil en sus movimientos para controlar la bolita. Pasado un rato, ambos oyeron como Coco salía corriendo del porche, ladrando a la oscuridad. Jeremy miró sorprendido a Kristen. Ella trató con la mirada de quitarle importancia mientras se levantaba para echar un vistazo.

—No te preocupes —insistió ella—. Coco es un perro y los perros ladran —dijo sonriente—. ¡Eh, cuidado, que la bola se va a caer por el borde!

—¡Oh, no, hay que salvarla!

Jeremy volvió a concentrarse y ella pudo alejarse sin ser observada hasta la ventana del salón. Era la única de toda la casa que daba a la entrada. Apartó la cortina y escudriñó en la oscuridad. Era difícil incluso localizar a la perra, pues ni siquiera la luna se dejaba ver en un cielo cubierto de nubes. Se guió por los ladridos y le pareció verla en la distancia. Parecía estar apoyada de manos en la verja. Su ladrido era ciertamente agresivo. Kristen se volvió y comprobó que el pequeño seguía centrado en el juego. Dio una vuelta por toda la casa, comprobando ventanas. Cerró todas las puertas de las habitaciones y por último se aseguró de que la alarma continuaba en funcionamiento. No tendrían corriente, pero al menos, si algo ocurriera, el aviso se recibiría en la central por la línea telefónica. Además era un alivio saber que el móvil seguía a su disposición, por si acaso.

—¿Bueno, qué te parece si buscamos algo de comer? Creo que sé dónde guarda Jane las galletas... —sugirió.

Jeremy levantó la vista del teléfono y abrió mucho los ojos.

—¿De verdad...? ¿Podemos comer ahora?

Kristen le sonrió y por segunda vez en la noche le tendió la mano, que Jeremy corrió a estrechar expectante y dando saltitos jubilosos. Juntos fueron a la cocina y miraron en varios muebles y armarios en busca de algo succulento para pasar el rato. Entre las bromas, las risas y el abrir y cerrar de puertas y

cajones, ninguno de los dos fue consciente de en qué momento, y de forma súbita, había dejado de ladrar Coco.

Estaba en el suelo, junto a su bolso, rebuscando como loca dentro, a su alrededor, aunque convencida de que sería en vano. Bosley acababa de desaparecer, llevándose consigo la única y valiosa prueba que podría incriminarle. Agarró el móvil y se puso en pie, colgándose de nuevo el bolso. Fuera todo era un caos: la gente gritaba, asustados o buscando a los más pequeños. Los coches empezaban a moverse, pero la ausencia de luz, de semáforos, dificultaba en exceso el tráfico...; mención aparte merecía el aluvión de peatones que se paseaba por la carretera como si nada increpando a los agentes de policía para que explicaran qué estaba sucediendo. Jane se alejó de las ventanas, tenía que salir de allí. Intentar llegar al coche y volver a casa. No serviría de nada marearse buscando a Bosley para reclamar lo suyo. Lo había perdido para siempre y con ello sintió que perdía lo poco que quedaba de su hermano. Se recompuso y marcó el número de Sandy, pues estaba preocupada. En Rockville había aprendido que un «simple apagón» en mitad de una fiesta no podía tener nada de simple. Quizás él supiera lo que estaba ocurriendo. Necesitaba escuchar su voz. Le sorprendió la rapidez con la que había marcado su número, y también lo pronto que descolgó él.

—Jane, ¿te encuentras bien? ¿Dónde estás? —a Sandy, que casi gritaba, se le notaba tenso.

—Sí, tranquilo. Estoy en el ayuntamiento. Sola. Todo está a oscuras, Sandy, y la gente está atemorizada. ¿Qué está pasando?

—Sal de ahí, Jane. Sal como sea. No pinta nada bien... Pero ¿qué estás haciendo ahí?

Jane supo antes de comenzar que no conseguiría explicarse por teléfono: no podía contarle todo en ese momento.

—Había algo que no podía esperar. Ya te lo explicaré. Bosley no es de fiar, Sandy, esconde algo sobre la muerte de Jeremy..., estoy segura —respondió, sustituyendo en el último momento un «puedo demostrarlo».

—Va a pasar algo, Jane: quiero que vuelvas a casa enseguida y no salgas ni abras la puerta.

—¿No oyes a la gente? No conseguiré llegar al coche y mucho menos ponerme en carretera, al menos hasta que esto se despeje.

—¡Joder!... Jane, entonces no te muevas. Espérame en la esquina del Daniella's; estaré allí en menos de diez minutos. Procura no llamar la atención.

Jane pensó que, dadas las circunstancias, esto último no supondría problema alguno.

—Vale. Ten cuidado, Sandy.

—Si ocurre algo, corre... y aléjate todo lo que puedas del centro.

Aquello la asustó. Sandy colgó enseguida y probablemente ya estaría corriendo escaleras abajo. La misma urgencia valía para ella y salió del despacho sin perder un minuto; le temblaban las piernas. Fue directa a las escaleras de emergencia y comenzó a bajar con cuidado para no resbalar, pero apremiando a sus piernas a cada paso. No encontró ni rastro de Bosley: debía de tener una agilidad tremenda y disimulada, o quizás se hubiese escondido por algún rincón del edificio; daba igual, no lo comprobaría. En el vestíbulo cayó en la cuenta de que ya no había ni rastro de los guardas de seguridad. Se apresuró a llegar a la puerta y en el instante en que empujaba con los brazos extendidos, el follón de la plaza le invadió los oídos, sintiendo cada grito de desconcierto en el pecho. La poca iluminación presente la aportaban los coches parados alrededor de la plaza. Constató que el guardaespaldas de Bosley también había desaparecido, señal de que quizás el alcalde sí que había llegado a salir. La gente seguía llamando a gritos a sus conocidos, utilizaban los teléfonos para guiarse en la oscuridad, los coches hacían sonar las bocinas sin parar y era imposible oír algo: toda voz quedaba ahogada por completo. Era como estar en la sala de visitas de una clínica de salud mental, mezclándose risas con llantos, gritos de quejas con otros menos reivindicativos, más instintivos y enardecidos. Nadie parecía saber lo que hacer ni lo que sucedía, pero la inmensa mayoría buscaba remedio a la situación intentando poner tierra de por medio. Había tal atasco que ni un solo coche era capaz de avanzar unos metros, e incluso vio un coche en marcha con las puertas abiertas, vacío. Era evidente que nadie quería correr riesgos y apenas nadie se creía lo de «un simple apagón inoportuno», pero los había, y seguían sentados, paralizados a la espera de alguien con autoridad que pusiera un poco de orden. Jane empezó a hiperventilar al verse engullida por aquella marabunta. Sandy no vivía lejos y de una carrera llegaría en un santiamén: solo había un camino que seguir, uno directo, por el cual sabía que él iría. ¿No

era entonces una idea mejor salir a su encuentro, ampliar la distancia entre la plaza y ella? No se lo pensó dos veces y comenzó a correr entre la gente con el teléfono bien agarrado en el puño. Alguien llegó desde otro ángulo, en otro sentido, y la colisión fue inevitable. Jane sufrió un placaje que la desequilibró y cayó de costado en el duro suelo adoquinado. Justo al otro lado, el chico que lo había causado ya se levantaba raudo, buscando con la mirada a la víctima de su descuido. Era un chico joven, tan asustado como ella, lo cual le quedó claro tras ver la expresión de la cara cuando se acercó y entre apresuradas disculpas la levantó de un tirón sujetándola de la mano y arrastrándola en sentido contrario al que ella se dirigía antes del fortuito topetazo.

—Hay que salir de aquí, ¡vamos! —gritó abriéndose paso entre sillas de plástico volcadas.

Jane le decía inútilmente y asimismo a gritos que parara, pero no la escuchaba. Y se dejó llevar.

Fue en ese momento cuando estalló el primer coche. Tuvo lugar a pocos metros de donde estaban ellos. Una bola de fuego se alzó en el cielo nocturno. Los gritos se multiplicaron por doquier y los cláxones de los coches cesaron por completo. La ola de calor les alcanzó por unos instantes. La reacción general fue inmediata y llegó el descontrol absoluto. La muchedumbre comenzó a abandonar los vehículos y salía corriendo despavorida por las calles. En cuestión de segundos, los que aún quedaban en la plaza se dispersaron en todas las direcciones posibles, colisionando y provocando peligrosas mareas de gente que empujaba y pisoteaba para ponerse a salvo. Ya nadie podía permitirse esquivar o ayudar; todo era correr o morir. Jane notó que de nuevo tiraban de ella y no opuso resistencia alguna.

El segundo coche hizo explosión al otro lado de la plaza. De nuevo se elevó en el aire la masa de fuego que envolvía todo lo que estaba a su alrededor, arrojando cuerpos envueltos en llamas a su alrededor; los gritos de dolor helaban la sangre. El chico le gritó que se diera prisa y no parecía dispuesto a soltar su mano. Jane se aferró a la de él. No lo conocía, pero eran compañeros unidos por esa horrorosa circunstancia y no podían dejarse atrás. Tras la segunda explosión, la masa de gente corrió aterrorizada en sentido contrario al anterior, confusa, asustada y desorientada, temiendo estar dirigiéndose hacia otra asoladora explosión. Jane y su ayudante cruzaban la plaza, alejándose de las llamas y la destrucción y siguiendo por inercia a la multitud que intentaba huir de allí. Las piernas, los brazos..., el cuerpo entero funcionaba de forma autónoma y ella no era capaz de saber qué estaba

haciendo. Allá donde mirara encontraba terror y desesperación en las caras, el fuego consumiendo cuerpos aún vivos en medio de estertores, retorciéndose de dolor sin que nadie se detuviera a socorrerles. Y un insoportable olor a combustión y carne humana chamuscada. Había chillidos y llantos de niños a su alrededor. Era una pesadilla dantesca. Jane se soltó de un tirón del chico. A su lado, un niño de apenas unos cinco años lloraba a pleno pulmón, escondido bajo un banco. El chico se dio la vuelta para descubrir qué pasaba; Jane le miró y le señaló al pequeño. Ella ignoró su gesto aterrado y se acercó al niño. Se agachó y acuclilló ante él y le tendió la mano. El pequeño elevó la mirada hasta unirse a la de ella.

—Vamos, pequeño, ven conmigo —le animó con ternura.

Volvió la vista atrás y comprobó que el muchacho aún seguía allí de pie observándola, ansioso por reemprender la carrera. Jane se dio de nuevo la vuelta para encarar al niño al notar la manita entre la suya, pero todavía una nueva explosión atronó la plaza, esta vez, liberando un gran nube de polvo de escombros. Jane la sintió muy cerca. No pudo distinguir el fuego y en su lugar se enfrentó a una lluvia de pesados cascos y piedras a la velocidad de proyectiles letales. Ella misma fue golpeada por un trozo informe que la arrastró lejos del banco, propulsada por una onda invisible en expansión. Los desgarradores gritos desesperados se incrementaron. Había estallado y volado en mil pedazos la fuente bajo la que tantas veces había almorzado. Ya no existía y se había llevado por delante muchas vidas. Fue la imagen previa del niño bajo el banco, llorando a moco tendido, la que consiguió que el ruido de la desesperación y el denso humo volvieran a ella. Jane abrió los ojos y se incorporó tosiendo y cegada por el polvo. Le dolía cada hueso y cada articulación. Tenía una herida bastante fea en el muslo derecho, pero pudo ponerse en pie sin demasiado esfuerzo. Asustada, miró hacia el banco. Descubrió con horror que nada de lo que recordaba seguía en su sitio. Finalmente, lo localizó, volcado y retorcido varios metros más atrás, sobre unos matorrales. No había ni rastro del pequeño. Jane comenzó a dar vueltas sobre sí misma, llenando sus pupilas de imágenes desgarradoras que jamás podría borrar. En la vida olvidaría esa noche, las incontables extremidades que sobresalían bajo los escombros, los charcos de sangre cubriendo el suelo. A su izquierda, reconoció con dolor la camisa de cuadros del muchacho que momentos antes había tirado de ella. Ya no volvería a ponerse en pie. Otra explosión más arrancó más alaridos en algún punto a su alrededor. Comenzó a caminar por inercia. No reaccionó hasta notar que el teléfono vibraba, aún

aferrado en su puño cerrado. Quizás también sonaba, pero le era imposible percibirlo. Jane comprobó que todavía funcionaba, pero la pantalla estaba totalmente fragmentada, como un espejo que ya no devolvería más miradas.

No fue necesario contestar, ya que quien llamaba también lo hacía a gritos. Su cuerpo cobró vida y sus emociones revivieron al oír la voz. Jane echó a correr hacia donde se suponía que encontraría la cafetería de su amiga Daniella. La figura de Sandy se perfiló entre el humo, del que emergió corriendo hacia ella. Jane confirmó por su expresión lo grave que era todo en derredor. Cuando ya se encontraba a un par de metros de alcanzarla, la plaza, el ayuntamiento y todos los edificios del entorno se iluminaron por completo. Delante de todos ellos, el cartel luminoso conmemorativo cobró vida y una fila de cohetes artificiales salió proyectada hacia el cielo plomizo, como una broma macabra del destino. El cielo se tiñó de vivos colores y brillantes matices, de silbidos de los cohetes. La vuelta de la luz solo supuso más horror, real y perverso: todo quedaba claramente a la vista, todo lo que había provocado el Hombre Ilusorio, que de humano solo tenía el nombre.

Sandy la agarró y, tras comprobar que se encontraba sana y salva, aunque no ilesa, tiró de ella y juntos se alejaron del macabro trajín de la plaza. Como si fuera ya costumbre, ella se dejó llevar. Sandy la condujo hasta una calle menor, sin tráfico ni movimiento. Al llegar junto a la pared. Sandy la acercó a él. Le sostuvo la cara con las manos y la inspeccionó con más calma de arriba abajo, frotando con las mangas de su chaqueta las manchas de sangre y suciedad. Cuando terminó, suspiró y la abrazó con fuerza, respirando aceleradamente en su oído.

—Oh, Dios, estás bien..., estás bien.

Jane sintió que le ardían los ojos, acaso por haberse evaporado sus lágrimas. Tras haber presenciado tal masacre, las lágrimas simplemente no acudían a sus ojos. Se agarró a él, aspirando su olor, aferrándose a su seguridad. Daba gracias por volver a abrazarle.

—Es horrible. Es inhumano, Sandy. Los he visto arder, había... —Sandy la hizo callar separándose al mismo tiempo.

—No sigas. No te atormentes. Te llevaré al hospital. Tienen que mirarte esa herida de la pierna.

Volvió a tomarla de la mano, pero notó que Jane se zafaba y se separaba de él. Sandy, sorprendido por su actitud, la miró sin comprender. Las ambulancias y los bomberos al fin entraban en escena o lo harían muy pronto, según la multiplicación del ulular de sirenas.

—Estoy bien, Sandy. Ya ha pasado, pero mira —le dijo dándose la vuelta. La plaza estaba casi despejada y solo quedaban aquellos que intentaban ayudar a los heridos, esparcidos por el suelo, en cada esquina—. Esto no ha terminado. No puedo irme. El hospital estará colapsado en cuestión de minutos y no precisamente por heridas como la mía, necesitarán ayuda aquí... Yo quiero ayudar.

—No, Jane, es peligroso, no puedo dejarte aquí —dijo rotundo, volviendo a cogerla de la mano.

Jane estaba dispuesta a insistir lo que hiciera falta, pero el teléfono de Sandy comenzó a sonar retrasando el momento de poder hacerlo. Miró la pantalla y, al ver que se trataba de Garretti, contestó precipitadamente, soltando la mano de Jane.

—... Sí, estoy en el centro, he encontrado a Jane... Los dos estamos bien... Ya ha pasado todo.

Jane retrocedía poco a poco, sin darle la espalda. Él comprendió lo que se proponía.

—¿Cómo...? ¿Un nombre...?

Jane volvió a acercarse a él y le dio un beso, dulce, breve: una despedida.

—Tengo que hacer esto. Y tú tienes que atraparlo —le susurró comenzando a alejarse.

Unos metros más allá las amplias zancadas se transformaron en abierta carrera hacia el centro. Sandy la observó hablar con un tipo que llevaba un botiquín en las manos, luego ambos se arrodillaron junto a una mujer que estaba tendida en el suelo, y vio cómo Jane le improvisaba un torniquete, firme y sin que el pulso le temblara.

—Sí —le confirmó a Garretti—, estaré allí enseguida. Iremos a por ese hijo de puta.

—¡Confirman una tercera explosión! —pregonó el agente Ramírez apartándose por un segundo del auricular del teléfono.

—¿Acaso no la has oído tú también? Lo único que dificulta oírlas son los gritos de esa pobre gente. No necesitamos un comentarista...

Matt Matheson pasó delante de Ramírez como un rayo, transportando rollos de cable y una regleta con varios enchufes. Iba directo al almacén del generador.

—Seguimos sin tener contacto con las dos unidades que se encuentran allí. ¿Eso te parece relevante? —saltó a la defensiva el primero.

La tensión estaba haciendo mella en cada uno de los agentes que aún permanecían en comisaría, intentando solventar los problemas técnicos causados por el apagón y comunicándose como podían con autoridades como la brigada antiterrorismo nacional, o más cercanos, como el parque de bomberos... Iban a necesitar toda la ayuda posible con la sucesión de catástrofes.

Garretti salió en ese momento de su despacho. Corría de una esquina a otra, con un ojo puesto en los avances de Hicks en la búsqueda de quien estaba detrás del horrible atentado y el otro en la propia masacre que aún continuaba, aumentando el caos desencadenado por el corte de luz. Llegó a la mesa de Hicks y comprobó que de nuevo su ordenador tenía corriente.

—Oh, gracias al cielo —le dio unas palmaditas de ánimo en los hombros—. Date toda la prisa que puedas, Hicks. Insiste. ¡¡Matt!! Buen trabajo, los ordenadores ya tienen corriente, pero continuamos sin luz ¡y la radio no funciona! —le gritó a este viendo desde su posición la puerta abierta del almacén en el que estaba el agente.

Matt salió arrastrando una caja de fusibles totalmente chamuscada.

—Me temo que no puedo hacer mucho más de momento. Creo que teníamos algún problemilla aquí dentro que el apagón ha terminado de joder. Tendremos que rezar para que el equipo técnico encuentre su avería en la central, y que yo consiga hacer un apaño. Por cierto, siguen por la línea dos, no lo olvidéis.

Garretti miró el teléfono de la centralita. Varias lucecillas parpadeaban como un árbol de Navidad, cada una a su ritmo. Sin nadie que pudiera ocuparse del teléfono, la línea debía de echar humo a esas alturas. Descolgó el auricular y pulsó el número correspondiente:

—Señor Cooper, ¿sigue ahí? ¿Alguna novedad?

Estaban a pocos kilómetros del centro de Rockville, las explosiones se habían oído claramente y desde el aparcamiento incluso se pudieron ver las llamas al elevarse. Pero justo en aquel instante hubo una cuarta que realmente se sintió en el suelo, en las paredes. Se trataba de algo sensiblemente más bestial.

Hicks, atónito, apartó la vista de la pantalla del ordenador, Ramírez se aferró al teléfono con el gesto totalmente desencajado. Los ojos preocupados de Matt buscaron raudos los de su jefa.

—Confirman que esa última no ha sido un coche bomba, sino que estaba situada en el centro de la plaza. Ha sido la más fuerte, como hemos comprobado. Hay muchos más heridos y las ambulancias y los servicios de emergencias aún no han llegado —prosiguió Ramírez informando al grupo ya sin levantar tanto la voz, ofuscado por lo que le comunicaba su amigo, escondido a pocas calles del lugar del atentado.

Garretti le miró frustrada, impotente. ¿Hasta cuándo iba a durar aquella horrible cadena? ¿Cómo es que nadie había visto nada sospechoso? No podía culpar al pobre Ramírez de hacer de simple emisario de la muerte, pues de momento, sin más información y sin electricidad, poca cosa estaba a su alcance. Tras unos segundos de simple estática al teléfono, la voz espesa y funesta del jefe de la central eléctrica respondió a sus plegarias y sus preguntas, en ese orden.

—¿Hola? ¿Me oye usted, inspectora?

—Sí, señor Cooper... Dígame algo bueno.

—Ya han detectado la avería. Hemos sufrido una intrusión y uno de nuestros guardas está herido de gravedad; hemos avisado al hospital, pero están colapsados y no quedan ambulancias disponibles. Tendré que encargarme yo mismo de trasladarlo. Perdone que le cuente todo esto, pero es para que comprenda que no tengo mucho tiempo para explicaciones. Ya hay un equipo trabajando en ello: con suerte, en poco más de diez minutos la ciudad volverá a la luz.

El señor Cooper colgó sin dejar tiempo a ninguna matización. Era comprensible dadas las circunstancias. Garretti soltó el teléfono y anunció las

relativas buenas nuevas. Luego se dirigió a Matt, que ya salía del almacén, sudando y en camiseta interior.

—Matt, Ramírez, id con vuestros compañeros. Ayudad en todo lo que podáis. Tenemos que recopilar información del atentado. Buscad testigos, cámaras de seguridad de la zona. Hay que moverse a toda leche.

—¡Inspectora! —la llamó el agente Hicks haciendo aspavientos. Tenía algo. Ella corrió a su lado. Volvió a posar las manos en los hombros de Hicks, el único agente capacitado para dar con el Hombre Ilusorio.

—Dime qué estoy viendo en pantalla —le pidió ella.

—Teniente Howard Price. Cincuenta y seis años. Un historial impecable, con varias medallas al mérito policial.

Garretti cruzó los brazos detrás del hábil informante.

—¿Por qué él?

Hicks alzó los hombros antes de procurar contestar a lo que le preguntaba su jefa.

—Durante más de cinco años compartió departamento con Joel Ackerman, de quien incluso fue supervisor directo una temporada. Fue jefe de una unidad anti crimen organizado en la época en la que asesinaron a Giselle Parrish.

—No es momento para agarrarse a un clavo ardiendo, así que dime lo que tengas de él.

Hicks retiró la vista de la pantalla, algo desconcertado por la expresión.

—Bueno, yo no creo que estemos probando al azar; más bien pondría la mano en el fuego. Este tío es nuestro Hombre Ilusorio. Lleva de permiso las cuatro últimas semanas. Y según los informes policiales, no consiguen localizarle.

—Necesito más, Hicks. No podemos ir a por él con esto. Hablamos de acusar a uno de los nuestros. Debemos estar bien seguros antes de alertar a las autoridades.

—Ya le he dicho, jefa, que yo pondría la mano en el fuego, así que creo que soy lo suficientemente explícito.

Hicks cambió la pestaña del buscador para mostrarle otro archivo que había cargado. Ella inmediatamente lo reconoció: un mapa de Rockville.

—Como puede ver, se trata de la cartografía del Aserradero, de la zona este, en la que tiempo atrás estuvo ubicado el mercado agrícola, entre otros puntos de venta y producción. La mayoría de los locales y edificios de esa calle han permanecido cerrados desde hace años. Es un área fantasma y...

Garretti carraspeó impaciente, abrumada como estaba ya de esa tendencia suya a divagar y divagar, dando rodeos que no podían permitirse entre atentados y asesinatos en serie. Por suerte, Hicks supo captar esos poco sutiles mensajes: estaba acostumbrado. Se disculpó con un tímido susurro y se centró en lo básico:

—¿Ve esa marca en el mapa? Se trata de un local que Howard Price adquirió a través de una agencia privada. A simple vista, su nombre no está vinculado a la compra, solo alguien que sepa buscar encontraría algo sospechoso, porque en efecto lo hay. He revisado llamadas de teléfono y fechas.

Garretti enmudeció, observando aquella marca en el plano justo encima de un rectángulo rojo, que debía de representar todo un edificio de ladrillo, probablemente de varias plantas. ¿Era ese teniente Howard Price el hombre que había matado a Joel? ¿Desde allí operaba? La mirada de Garretti se perdió en aquel rectángulo. Hicks giró la silla en que estaba sentado: esperaba algún tipo de reacción por parte de su jefa. Le acababa de servir en bandeja la guarida del lobo. Era el momento de mandar la partida de caza, pero desde aquella penumbra, Garretti no parecía entusiasmada ni decidida.

Como si las cosas quisieran encauzarse a su favor por sí solas, la comisaría entera retornó a la vida. La electricidad estaba de vuelta, lo que ayudó a que Garretti reaccionara, explorando todos los rincones con nuevos ojos. Hicks dio un par de palmadas victorioso, aliviado.

—Ya le tenemos, Joel... —murmuró ella cerrando los ojos con firmeza —. Muy bien, Hicks, necesito saber que estás conmigo.

El agente repitió el movimiento giratorio de la silla, de nuevo confuso y buscando la mirada de Garretti. Esta comprobó si ya estaban completamente solos antes de empezar a hablar.

—Estamos en mitad de la noche más complicada a la que se ha enfrentado esta comisaría. Toda la atención debe estar en la plaza, en los heridos..., en atrapar a quienes han perpetrado esta barbarie.

—No comprendo...

Garretti entornó los ojos.

—Olvida esta conversación. Olvida a Howard Price, al menos durante una hora, concédeme esa ventaja, por favor... Lo considero un asunto mío. Quiero que todos os centréis en poner orden en la plaza. Estás al mando.

Hicks se levantó de la silla para encararla; le temblaba el pulso.

—No, Garretti, no puedes presentarte allí tú sola..., no es así como...

Garretti le hizo señas para que lo dejara estar. Le sonrió como pudo poniéndole una mano en el hombro para ganar su complicidad.

—No te preocupes, no iré sola..., pero esto acaba aquí.

Se echó la mano al cinturón y arrojó su placa sobre la mesa. Hicks le devolvió la mirada atónito. Garretti se dispuso a marcharse, pero de nuevo él la detuvo.

—Ya ha muerto demasiada gente esta noche...

Ella respondió sin volverse:

—Las cosas nunca suceden como deberían, Hicks. Solo a veces se nos presenta la oportunidad de tomar partido. Y no siempre por el camino correcto... Este es el que yo elijo.

Siguió avanzando decidida. Entró en un despacho que ya no le pertenecía, en el que había dejado su móvil, ese que solo podía ser atendido por una persona, la única a la que necesitaba esa noche. A quien le debía la ansiada oportunidad de saldar cuentas con el Hombre Ilusorio.

Había un goteo. Un incesante, molesto e irritante goteo que se repetía cada cinco o seis segundos. Henry llevaba oyéndolo horas a pesar de haber recurrido a todas las técnicas que conocía para no escucharlo. Sabía que ese grifo estaba en la pared del fondo. Ignoraba en aquella penumbra si se trataba de un fregadero o si simplemente era un grifo con desagüe al suelo. Lo que sí sabía es que era potable, o al menos eso prefería pensar, porque del agua que malgastaba había bebido ya en tres ocasiones desde su confinamiento. De la última hacía demasiado tiempo. El último gilipollas que había estado allí con él, el esmirriado con su incesante moqueo, no había cerrado bien el grifo tras llenarle una mugrienta taza cuyo contenido acabó más derramado en el suelo que en su boca. Aquel chiflado le dio tantos detalles absurdos de lo que «el pirado de su jefe» les tenía preparado a los listillos de la ciudad... Ese mismo capullo le preparó, siguiendo las estrictas órdenes del Hombre Ilusorio, la pista que con suerte salvaría una o varias vidas. Para acceder a ella, solo debía esperar a que la cuenta atrás tocara a cero, cuando se abriría la jodida trampilla. Luego llegaba la parte fea, la complicada, esa que de momento prefería dejar fuera de sus pensamientos para no agarrotar más los músculos, todo el cuerpo. Irónicamente, el persistente goteo era lo que le mantenía cuerdo, ocupado, y sacándole de sus casillas al mismo tiempo. El yonqui se despidió con un salivazo asqueroso que Henry no pudo esquivar. Eso le provocó tal ataque de risa al muy cerdo, que casi se muere allí mismo entre toses de fumador empedernido. Henry habría disfrutado si aquello hubiese ocurrido ante sus ojos, aunque más tarde quizás se odiaría por ello, pues no era humano sentirse así. Pero cuando alguien te suelta que cientos de personas están a punto de morir y lo único que lamenta es tener que estar haciendo de niñera y perderselo, se deshumaniza y, por tanto, no merece conmiseración. Henry lo tenía claro y, durante el tiempo que no pasó nada, con la ayuda del goteo visualizó mentalmente la muerte súbita del yonqui terrorista y cómo él simplemente lo contemplaba.

Henry sabía que, a esas alturas, la promesa se habría cumplido y cientos de personas estarían sufriendo..., pero de algo serviría lo que habían vuelto a

dejar al alcance de su mano. Alzó la vista y comprobó que el teléfono aún aguantaba con los últimos coletazos que le quedaban de batería. Se lo colocó pegado al cuerpo, necesitaba sentir su peso para mantener la esperanza de vivir y no sucumbir al abandono. La cuenta atrás había finalizado. Entonces el goteo sí desapareció de escena, pues solo era capaz de escuchar su propio corazón, que le martilleaba en las sienes sin orden ni concierto, latiendo desbocado, aterrado. Una vez más, era el turno del dolor. Aún resonaban en su cabeza las insidiosas palabras del Hombre Ilusorio: «¿Cuál es el precio de una vida inocente para ti?».

\* \* \*

La noche más oscura se había citado en los bajos fondos de Rockville, ante quienes estaban decididos a perder lo que hiciera falta para ganar la última batalla. La calma que presentaban todos aquellos decadentes edificios de ladrillo rojo pesaba en el pecho como una losa. Un hombre deambulaba entre las sombras que quedaban a salvo de la luz de una única farola, que, parpadeando, le daba a la escena un aire de cine *noir* de los años cuarenta del siglo XX. ¿Cómo podía permanecer Rockville tan impasible en aquel rincón de la ciudad ante tanta miseria y sufrimiento imperando a pocos kilómetros?, se preguntaba. Era como estar en otro mundo. Sandy Strunk, el caminante nocturno, se sentía perdido tras haber hallado lo que durante tanto tiempo había ansiado encontrar. Se dejó arrastrar por aquel submundo sosegado, ignorante, mientras su compañera se preparaba para entrar en esa vieja fábrica de productos cárnicos. Esos Miller e Hijos que protagonizaban el manido cartel sobre la puerta, con el obligado fondo de pastos verdes y montañas nevadas, también pertenecían a otro mundo ya.

Sandy acudió a su lado cuando ella cerraba de golpe el capó. Una reflexión creció ante sus ojos al verlo emerger de entre las sombras y acercarse: no había miedo en su mirada. Ahora eran iguales, alejados del peso formal de la ley. Jugarían, por una noche, al cazador cazado, ignorando aún el reparto de roles, quién sería qué.

—Henry podría estar ahí dentro. Debemos tener cuidado —previno ella.

Sandy la vio coger una radio de policía y colgársela en el cinturón, todavía apagada.

—Cuando me llamaste y me dijiste que ya lo teníamos, me di cuenta de que no puedo confiar en mí mismo. Llegado el momento, no seré esa persona que crees conocer..., así que no esperes de mí más de lo que puedo ofrecerte en este momento.

Sofía Garretti agarró su arma y la amartilló. Debía servirle como respuesta: inarticulada pero elocuente.

—Solo estamos tú y yo, no nos engañemos. Ambos sabemos lo que eso significa.

Sandy miró al cielo estrellado. No creía que desde allí arriba les estuvieran observando quienes les habían empujado, por su mera ausencia, a tomar esas decisiones. Quizás fuera un hipócrita, pero le reconfortaba pensar que era por ellos, que era justo, que sus recuerdos descansarían, que ellos mismos, allá donde estuvieran, lo harían también por fin. La luz de la farola terminó por dejarlos completamente a oscuras, presagiando un desenlace inevitable.

—Todo termina, Sandy. Este es nuestro final, el que hemos elegido.

Sandy se estaba colocando bien su pistola cuando ocurrió. El teléfono de Henry. Garretti se dio la vuelta y lo miró apremiante. Sandy activó la comunicación y los agudos gritos de Henry percutieron en sus oídos; eran unos insoportables alaridos acompañados de llanto y preñados de desesperación. Quiso cortar, alejarse del dolor que reflejaban los crueles lamentos de su compañero, y sin la posibilidad de hacer nada.

—¡Sandy! No puedo..., no he podido hacerlo... y va a morir. Alguien va a morir... Se ha... acabado el tiempo y no he sido capaz. Tienes que salvarle tú, recuerda lo que te dije de...

De repente, el teléfono se apagó, dejando totalmente desamparado a Henry. Sandy gritó recuperando el habla. Con dedos temblorosos, pulsó enfebrecido cada maldito botón del aparato, pero todo intento por resucitarlo fue en vano. Garretti lo abordó para calmarlo, sujetándole las muñecas. Con rabia, Sandy arrojó al suelo el teléfono, que rebotó un par de veces hasta encontrar el descanso eterno de las máquinas en una rejilla del alcantarillado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Garretti.

Sandy no escuchaba. Necesitaba entenderlo primero: Henry le había prometido una nueva pista y estaba seguro de que cuando volviera a llamar la tendría. Sin embargo, algo había salido mal. Henry se había maldecido, estaba sufriendo. ¿Qué le estaba diciendo cuando se había cortado de forma abrupta? Que recordara algo importante. ¡Claro...! Pero ¿sobre qué? «Algo sobre las

pistas. Sí. No había podido acceder a la pista, luego tampoco saber a quién debía salvar..., eso, es por ahí. ¿Qué me dijo la primera vez Henry al respecto?», repasó mentalmente.

—Que todo es por mí, que su objetivo es dañarme... a través de mis seres queridos —musitó de forma apenas audible. —Y entonces lo comprendió. Era el final, estaban en la noche señalada. La conclusión del juego, con todas las cartas sobre la mesa—. Jane... —susurró de tal forma que ni Garretti pudo oírle.

Sandy se volvió apartándose de ella para coger aire, evitando enfrentarse a la mirada perpleja de su cómplice.

Sandy agarró su teléfono como quien sujeta un objeto de salvación. Cerró los ojos concentrándose en el número de teléfono. Era ese, el único que tiempo atrás logró memorizar y tener siempre al alcance, disponible. Se llevó expectante el aparato a la oreja. Un tono, dos... y

—¿Sandy? Perdona, ahora no puedo hablar...

—¡Jane! ¿Dónde estás? —tardó en articular palabra un tiempo que a Sandy se le hizo eterno, suficiente para volver a intervenir—. ¿Jane?

—Eh... estoy en el hospital, apenas te oigo, Sandy. He venido en ambulancia, para ayudar aquí con los heridos. Somos muchos voluntarios. Yo...

—¡Podrías estar en peligro! —exclamó interrumpiéndola y su silencio fue inmediato—. ¿Me has oído?

—Sandy, estoy en un hospital, de un lado para otro, rodeada de cientos de personas en todo momento. ¿Quién iba a poder hacerme algo? ¿Quién podría siquiera saber dónde estoy? —A Sandy se le disparó la inquietud al oír eso, la misma por lo demás que reconoció en el repentino tono dubitativo de Jane. Ambos lo habían entendido—. ¡No...! ¡Dios mío! ¡Kristen está cuidando de Jeremy en casa!

Jane colgó al instante. Sandy insistió varias veces, pero ya no hubo contestación. Sofia, obligada a ser testigo mudo y más bien confundido, lo miraba dispuesta a ayudar en lo que hiciera falta.

—Creo que va a ir a casa de Jane. El pequeño está allí con Kristen —le dijo por fin Sandy.

Sofia sacudió la cabeza como alejando las dudas, acaso los remordimientos. Tras unos segundos alzó la vista y le puso en la mano un cuchillo. Se dio la vuelta y subió decidida de nuevo al coche. Sandy se

dispuso a montarse a su lado, pero ella le detuvo echando el seguro justo cuando él tiraba de la manilla. Entonces bajó la ventanilla.

—¿Qué haces? —exclamó extrañado Sandy.

—Me encargaré de que estén a salvo. Es el momento de entrar ahí y sé que encontrarás lo que buscas. —Hizo una pausa en la que cerró los ojos como reflexionando—. Júrame que si lo encuentras ahí dentro, lo matarás. Hazlo sin que tenga tiempo para vérselo venir. Hazlo por ellos.

Arrancó impulsivamente, dio media vuelta derrapando y aceleró, cruzando la calle en la oscuridad hasta perderse. Sandy, asumiendo aún los acontecimientos, se miró la mano. En ella no solo había dejado el cuchillo, sí, sino también la radio. Se guardó el primero en el zapato y la segunda en el cinturón. Miró de nuevo al cielo, más estrellado que antes, o eso le pareció a él en su completa soledad. Allí dentro, según Sofia, encontraría lo que buscaba.

—Espero que tengas razón y sepas mejor que yo lo que es...

El caminante nocturno volvió a desaparecer entre las sombras, acercándose poco a poco al decadente edificio de ladrillo rojo que albergaba su destino.

Jeremy retiró las manos con gran agilidad, justo a tiempo para librarse de un feroz manotazo de su contrincante. El pequeño rio victorioso, señalando a la perdedora con un dedo acusador.

—¿Otra vez? Malditos seáis tú y tus veloces manos. No soy rival para ti, pero hay otros frentes de batalla... —se defendió ella lanzando un ataque de cosquillas.

El timbre del microondas salvó a Jeremy de morir de la risa, con lagrimones que le corrían por la cara. Kristen lo liberó de su abrazo mortal alejándose con precaución, previniendo una venganza.

—Salvado por la campana, pequeño Jeremy. Nuestras palomitas nos esperan: ¿una tregua? —exclamó entrecerrando los ojos.

Jeremy, sin tener muy claro lo que eso significaba, la siguió igualmente, dando saltitos como un pajarillo. Expectante, la observó sacar la bolsa del microondas. Kristen echó sal al interior, removió bien el paquete procurando tapar la abertura, y por fin lo volcó todo en un enorme bol de cristal morado. La sonrisa de Jeremy apenas cabía en su rostro, y eso sin haberlas probado aún.

—Jo, estar en la cocina es mucho más divertido cuando hay luz —le confesó el chico alucinando sin duda de que unos simples granos de maíz se hubiesen convertido en esas nubecillas que tan bien olían.

Minutos antes, Kristen le había explicado que sin electricidad no podrían prepararse gran cosa para comer y justo cuando estaban decididos a conformarse con unos insulsos sándwiches fríos, toda la casa se iluminó llevando una alegría extra a sus rostros. Jeremy estaba tan contento que hasta se inventó un baile para la ocasión, que repetía dedicándoselo a las palomitas.

—Venga, vamos al sofá. Pero ten cuidado y no toques nada con los dedos, que las palomitas tienen mucha pringue. Jane me mata si manchamos algo.

Dejó que él hiciera los honores y transportara el bol hasta su destino. Jeremy no era un chico paciente, eso quedó bastante claro cuando empezó a devorar las palomitas a puñados, incluso sin que ella se hubiese sentado aún a su lado.

—Oh, je, je..., se me quedan entre los dientes. Es muy raro, pero ¡están muy ricas! —proclamó a los cuatro vientos alzando los brazos. Enseguida siguió atacando el recipiente; su objetivo, se temió Kristen, era acabar con todas las palomitas.

—Disfrútalas, so glotón. Son todas para ti —le concedió ella, extrañamente distraída de pronto.

Kristen había caído en la cuenta de que fuera las cosas estaban muy tranquilas, demasiado tranquilas, una vez que lo pensó. No fue hasta ese momento cuando notó el silencio sepulcral del exterior. Hizo memoria y no consiguió recordar desde cuándo estaba Coco tan callada. Con cuidado para no alarmar al crío, se acercó a la ventana, como si simplemente quisiera echar las cortinas. Se detuvo el tiempo necesario para poder echar un ojo clarificador. Ahora las luces iluminaban gran parte de la entrada. Descubrió preocupada que la perra no estaba ni en su cesta del porche ni en su caseta de madera junto a la valla. ¿Dónde se había metido?

—Kristen —la llamó Jeremy con la boca llena—. ¿Puedes ponerme otra vez esa serie?

La chica ocultó su creciente inquietud tras una perfecta sonrisa, de esas que le había enseñado a fingir su madre, una consumada maestra de las apariencias.

—Claro, pero no toques la pantalla de la tableta con esas manos tan cochinas, ¿eh?

El niño asintió con un gesto exagerado, como si fuera el colmo de la obviedad que algo así no ocurriría sin necesidad de que ella se lo tuviese que advertir.

—Sabía que te gustaría. Mi primo a tu edad estaba como loco con *Bola de dragón* —trasteó en el menú, abriendo aplicaciones y buscando archivos, y en cuanto empezó la sintonía de la famosa serie japonesa, le colocó la tableta en las rodillas, sobre un cojín para que pudiera verlo sin tener que inclinarse, o que tocarlo después de todo..., pese a la sobreactuación previa.

Sin haberlo buscado particularmente, se encontró con el niño bien entretenido. Así que saldría de dudas con la cuestión del animal. Lo dejó a lo suyo y regresó a la ventana.

—Jeremy, no te muevas de aquí, ¿vale? Voy a salir a ver a Coco.

El niño apenas le prestó atención. Mejor así, pensó ella. Cogió las llaves y abrió despacio el portón, como si realmente fuera necesario no hacer ruido.

Sintió el frío de la noche en plena cara, un saludo de bienvenida que la despejó por completo, tensándole los músculos del rostro.

—¿Coco? Vamos, ven, bonita... ¿Dónde estás?

No hubo respuesta ni movimiento alguno. Quería pensar que el ruido que hacían los árboles al ser golpeados por el viento dificultaba su mensaje, o que Coco estaba dormida por algún rincón de la finca, ajena a todo. Eso sí que era agarrarse a un clavo ardiendo. Sabía por Jane que esa perra no desaparecía así como así, que siempre estaba alerta. Se volvió para controlar a Jeremy, que ajeno a todo reía a carcajadas los chistes y las locuras del protagonista de su, por el momento, serie favorita. Cogió la linterna y salió fuera, dejando la puerta entreabierta.

Proyectó la luz en sus pies y comenzó a caminar sobre la hierba. Necesitaba la linterna para alumbrar las zonas a las que no llegaban los focos del porche. Volvió a llamar varias veces, primero en susurros, temerosa sin una razón concreta, de que la oyeran más allá del perímetro de la finca. Luego fue ganando intensidad, para terminar dejándose la garganta repitiendo el nombre del animal, al tiempo que aumentaba también su angustia y empezaba a lamentar haber salido. Como último recurso decidió acercarse a la cancela en penumbra, lugar al que Coco había estado ladrando con insistencia un rato antes. El haz de la linterna temblaba en el suelo a medida que iba avanzando hacia la zona más alejada y oscura. Frenó en seco cuando encontró algo que desde la ventana no había logrado distinguir: una caja, había una caja perfectamente cuadrada, con un envoltorio rojo, justo delante de la cancela. Estaba por dentro, de modo que quien la hubiese dejado, aún podría seguir allí. Al recordar la agresividad con la que Coco había intentado avisar de que algo no iba bien, la invadió el pánico. Tenía que volver con Jeremy. Dio un giro de ciento ochenta grados, escrutando cada recoveco, y concluyó aliviada que ninguna silueta surgía de la nada. La puerta de la casa se mantenía en la misma posición en la que ella la había dejado. Inspiró profundamente y pensó que quizás estuviera exagerando, vencida por el temor generalizado que los últimos acontecimientos estaban causando en la ciudad. Definitivamente, estaba paranoica: era una simple caja, solo eso. No tenía más que cogerla y trasladarla al porche, pues al fin y al cabo no le correspondía a ella abrirla. Resuelta a hacer lo pensado, y sin rendirse a la tentación de reconsiderarlo, avanzó, se acuclilló y cogió rápidamente la caja. Todo en orden. Pesaba, pero no era difícil de transportar. Con ella en las manos, desanduvo el camino hasta el porche. Iba bien, todo controlado, falsa alarma..., con ello se animaba. Sin

embargo, percibió algo por el rabillo del ojo que no debía estar allí: una mancha oscura sobre la hierba. Kristen se quedó petrificada: no lo apreciaba con nitidez porque aguantaba la linterna pegada a uno de los laterales de la caja, así que tuvo que volverse un poco para iluminar la zona en cuestión. Entonces descubrió con horror de qué se trataba: era Coco, tendida de costado, con las patas rígidas. Kristen lanzó un grito que partió el cielo en dos deteniendo el tiempo. Retrocedió, trastabilló y estuvo a punto de caer al suelo, pero haciendo un esfuerzo sobrehumano logró equilibrarse a duras penas sin perder por completo los nervios. Lo que no pudo evitar fue soltar la caja a sus pies. Cayó a plomo quedando milagrosamente boca arriba, tal como la había encontrado. Nada pareció cambiar. Pero tras el accidentado hallazgo, empezó a sonar algo dentro. Kristen escuchó con atención, inclinándose incluso. No le cupo ninguna duda de que venía del interior de la caja. Era un ruido similar al de esos muñecos que andan al darles cuerda gracias a un sencillo mecanismo de liberación. Ignoraba lo que estaba pasando a ciencia cierta, pero barruntó que debía alejarse y eso hizo, sorprendida de la rapidez de sus movimientos, de sus reflejos. Corrió tanto como pudo y volvió a gritar cuando la caja estalló a su espalda, pero no fue una explosión, sino más bien un súbito desencadenamiento de presión. Sonó cual botella al descorcharse y luego nada. Cuando se atrevió a alzar la vista, se encontró con Jeremy en el porche, sosteniendo su móvil entre las manos. Al verla él agachada en el suelo empezó a llorar lastimeramente, como intuyendo alguna tragedia, como si sintiera lo mismo que ella.

—Tu teléfono no deja de temblar y se ha caído de la mesa —le explicó reprimiendo como podía las lágrimas.

Una llamada. Kristen pensó enseguida en Jane. Tenía que ser ella. Necesitaba que fuera ella.

—Está bien, no te muevas de ahí, cielo, que todo va bien —le dijo para procurar calmarle.

Kristen se levantó y miró hacia atrás. La caja estaba allí, pero sin lo que podría haber sido la tapa, completamente abierta. Kristen iluminó con la linterna la densa oscuridad de su interior. Si hubiese tenido que echar a correr, esta vez no habría podido, pues la impresión de ver todo el suelo a su alrededor regado de flores la bloqueó sin más, extrañamente desconcertada. Reconoció los rododendros que salían en las noticias, los que estaban en boca de todos, y allí no habría menos de cincuenta. Significaba que algo iba mal, rematadamente mal. Tuvo que armarse de valor, por Jeremy. Se obligó a

acercarse con cautela a los restos de la caja y, cuando pudo mirar dentro, lo único que halló en el fondo, una fotografía, la tranquilizó relativamente, ya que permitía suponer que lo peor había pasado. Pero ¿qué significaba todo eso? Se agachó y la sacó de la caja. Para ello hubo de tirar porque estaba pegada al fondo con cinta adhesiva. Tirado fuera de la caja encontró una especie de mecanismo casero, lo que habría hecho que la tapa volara, arrojando las flores al exterior. Kristen contuvo el aliento. No conocía a la chica que aparecía en el centro de la imagen. Eso sí, era una belleza, preciosa, del tipo de mujer que todos admiran al pasar a su lado, al margen de la identidad sexual. Le dio la vuelta y encontró una cita escrita en tinta roja:

Dulce Giselle. La chica que paraba el tiempo a su paso.

No tenía ni idea de quién era. Pero estaba segura de que Jane comprendería mucho más que ella lo que estaba pasando. Los ojos de esa Giselle la sobrecogieron, le congelaron el corazón. Había en ellos tristeza, miedo. Kristen no sabía explicar por qué, pero en ese instante supo que esa chica estaba muerta.

La tensión, como la luna, tiene dos caras. La oculta, en ambos casos, es la que se nos antoja peligrosa, impredecible, la que entraña misterio. Sandy no era capaz de controlar la tensión, pues no era consciente de llevarla en las entrañas, en cada músculo. La suya era una tensión de las peligrosas, que podía dejar de esconderse en el peor momento y desconcertar todo su cuerpo. Él estaba más que preparado para abrirse camino, a patadas si hacía falta; así lo sentía. Pero su cuerpo se agarrotaba en el momento preciso de dar el paso. ¿Tenía miedo? La cerradura de la entrada ya había sido reventada, mucho tiempo atrás quizás. Era libre de acceder al edificio todo el que quisiera. Empujó la violentada puerta y nada más poner el primer pie en el interior le embargó una sensación familiar, como si ya hubiese estado allí antes. Sería sin duda la ya conocida sensación de estar en el lugar adecuado, donde acabaría todo. Se encontró en una estancia que había debido servir de recepción, punto de multitud de idas y venidas: casi pudo imaginar gente cruzando por aquel pasillo, bajo los grandes arcos..., mientras otros, en cambio, accedían al piso superior por las escaleras de la izquierda. Todo rincón se ocultaba a sus ojos, como si las esquinas no existieran realmente allí. Había una tenue filtración de luz del exterior que ayudaba a no caminar completamente a ciegas. Como broma del destino, la farola volvió de repente a la vida. Ahora era capaz de distinguir nuevos límites en aquella estancia. Notaba en los poros de la piel la humedad en el ambiente, que se sentía tanto como un extraño olor, denso, químico, que le mermaba el sentido del olfato. Por el contrario, los oídos se le aguzaron, patentizando que, para bien o para mal, no se oía un alma. No obstante, por previsión sacó ya su pequeña pistola de uno de los bolsillos del pantalón. Estaba dentro, tenía las sensaciones y la determinación, así que solo le faltaba una pequeña guía para no ir dando arriesgados palos de ciego.

Si hubiese tenido un estupendo sentido del humor, ahora se habría reído de semejante ironía, pues sin previo aviso presenció como se encendía una luz en el piso superior. Se dejaba notar de forma tenue, como si se tratara de una habitación en la distancia, pero contrastó radicalmente con la entera oscuridad del piso en el que se encontraba. Nadie habría podido vaticinar un trabajo tan

sencillo, ya tenía un objetivo. Un pie tras otro, fue dejando aquella estancia principal. La escalera era más firme y silenciosa de lo que podría haber esperado. Todo estaba resultando de lo más conveniente, peligroso al mismo tiempo aunque no se engañaba, la calma siempre precede a la tormenta, como un círculo vicioso, al menos así era todo lo relacionado con su vida. De lo que podía estar seguro era de que no estaba solo allí dentro. En el segundo piso se encontró en una sala de enormes dimensiones, abarrotada de grandes mesas de acero, a las que solo les sobraba una capa de mugre y les faltaba un cadáver para parecer salidas de la morgue. La imagen mental que se le presentó no era precisamente la de una fábrica de envasado de carne. La pared que daba a la calle estaba compuesta por enormes ventanales, gracias a los cuales entraba algo de luz, de la ya memorable farola. De la pared contraria colgaba toda clase de utensilios herrumbrosos, tales como garfios y serruchos de un aspecto grotesco. Al fondo, ignorando cualquier detalle escabroso que añadir a la lista, halló lo que buscaba. Llegaba a ver desde allí una rendija de luz bajo una puerta que momentos atrás debió de estar abierta, pues de lo contrario no le habría llegado el reflejo de su luz de forma tan clara. Su bolsillo vibró como si tuviera un pajarillo asustado allí encerrado. Intentó sacarlo con movimientos precisos; su única ventaja momentánea era el factor sorpresa: aún era invisible, o eso quería pensar. Sonaba ese teléfono al que solo podía llamar ella, Sofia.

—¿Diga? —contestó deseando escuchar una voz que lo calmara, que le brindara buenas noticias.

Pero la llamada se había cortado. Había percibido algún tipo de interferencia, pero nada más; no le llegó voz alguna. Miró la pantalla y descubrió que no tenía señal. Quiso dar la vuelta y salir de allí, esperar a que volviera a tener cobertura; ¿y si algo había salido mal? ¿Estaba él en el lugar equivocado después de todo? De nuevo la cara oculta de la tensión se dejó notar marcando la diferencia, obligándole a no abandonar su posición, no tan cerca de esa luz, que representaba su única esperanza de hallar respuestas. Allí quieto, medio agazapado, encontró una nueva, poderosa e inesperada razón para no abandonar. Un incentivo embaucador y lleno de nostalgia. El olor a grosellas. Un intenso aroma que destacaba, idéntico al que ya se había encontrado a lo largo de la semana, y que sin ninguna duda provenía de aquella habitación. Prestó atención a los detalles. Su respiración, la Glock en las manos, la oscuridad... Él sería el elemento desencadenante al entrar en la habitación: tenía en sus manos dar el paso, adelantarse al fin. Avanzaba por el

pasillo central, sorteando viejas sillas y propagandas varias que amenazaban con crujir bajo sus pies. La luz bajo la puerta seguía constante, real. El olor también persistía, se acentuaba a medida que llegaba a su objetivo.

Jane, Garretti, Joel, Henry..., todos pasaban por su mente en ese preciso instante, en el que ponía la mano en el frío pomo, sintiéndoles tan presentes que casi dolía. Entonces, del interior de aquella habitación llegó la confirmación: una presencia. Una tos grave, tosca, peligrosamente reiterada. Sandy se sintió como cuando siendo niño descubrió a su padre colocando regalos bajo el precioso árbol de Navidad. Su padre no era quien debía estar allí. La persona que tosía de aquella forma no podía ser quien él esperaba: era un anciano a todas luces. Su confusión duró lo mismo que el acceso de tos. No dejó que se le nublara la razón y de golpe abrió la puerta alzando la pistola, en busca de cualquier figura, amenazante o no. Su mirada se paseó frenética de un lado a otro por entre aquellas librerías despobladas. Encontró a su Santa Claus, encorvado en una esquina, sobre un cochambroso nido de viejas mantas enrolladas. A Sandy le pareció que aquel anciano debía de rondar los ochenta, observando su piel cuarteada y ennegrecida por la vida en la calle. El hombre asomaba entre las varias capas de ropa deshilachada que se esmeraba por conservar a pesar de ser poco eficientes contra el frío. Desde aquel rincón, el viejo le devolvió una mirada de pajarillo extraviado, salvaje en otro tiempo. Con unos ojos azules, claros como el cielo en primavera, nítidos. En ellos halló un espíritu mucho más joven que el cascarón que lo sustentaba. Mascaba algo sin cesar, pues lo había sorprendido sujetando un pañuelo que habría usado para retener los esputos al toser. Sandy le seguía apuntando pasados unos instantes en los que ninguno de los dos parecía terminar de asimilar la presencia del otro.

—¿Quién es usted? —fue su única reacción lógica.

El anciano se relajó visiblemente al oír su voz, como si le resultara familiar y supiera que no corría peligro.

—Huele... tan bien aquí —murmuró con una voz clara, pausada y ligeramente aflautada. Lo hizo sin llegar a dejar claro si le hablaba a él o no.

Alzar la voz le reportó otro ataque de tos. Con movimientos torpes se dejó caer en su colchón mirando al techo, y tosió sobre su pañuelo entre temblores.

Sandy repitió la pregunta, intrigado por aquel señor y sus ojos atentos, vivos a pesar de su comportamiento esquivo.

—Le he hecho una pregunta. ¿Me ha oído usted?

Más de lo mismo. Sandy cerró la puerta por dentro y se permitió bajar el arma: allí estaban solos y el viejo no representaba peligro alguno. Analizó cada centímetro de la habitación, en busca de algo que le ayudara a entender que no se había equivocado de lugar. La luz del techo era intensa, generada por una de esas bombillas de bajo consumo que ganan fuerza a medida que pasa el tiempo, una luz blanca muy clara. ¿Por qué había electricidad en esa habitación? No la había en el resto del edificio, ¿o era algo que simplemente había dado por hecho de forma prematura?

Las pertenencias del vagabundo se limitaban a su improvisada cama y un par de mochilas de mano, atadas a carritos de los que se suelen llevar a la compra tirando de ellos. No había nada que le indicara si ese hombre llevaba mucho tiempo allí, y lo mismo podría haberse instalado unas horas antes. Su presencia podría no tener la menor relevancia. Sandy se acercó al hombre, que ahora permanecía recostado en el colchón, respirando con dificultad, pero en calma. Se arrodilló frente a él y le posó una mano sobre el hombro. El anciano dio un respingo al sentir el contacto. Se volvió sorprendido y lo contempló como quien reconoce a un viejo amigo en una calle atestada de gente. Sus ojos cristalinos se abrieron todo lo que les fue posible, conmovidos. Frunció y tensó los labios, como luchando por sacar un cúmulo de palabras atascadas que no llegaban. Sandy tenía la respiración del anciano a escasos centímetros del rostro. El mal aliento y la visión de una precaria dentadura ennegrecida le echaron hacia atrás involuntariamente. Soportaba mucho mejor el pestazo a orina del colchón. Recobrándose de tal aturdimiento, se le acercó de nuevo y le preguntó:

—¿Se encuentra bien? —lo dijo esta vez con más dulzura.

De nuevo consiguió toda su atención.

—Yo, estoy... —empezó—. Me gusta mucho ese olor, a bosque... — terminó desilusionando a Sandy una vez más, entre murmullos ininteligibles.

—¡Joder...! —Sandy se levantó cada vez más inquieto y se paseó frente a él meditabundo—. Oiga, ¿ha visto usted a alguien más por aquí?

Nada. No merecía la pena insistir. Se dio la vuelta y echó un vistazo a lo que había en aquella habitación. Exceptuando las montañas de libros por los suelos y en las estanterías de las paredes, el colchón y los carritos era lo único que se podía inspeccionar allí. No iba a meter mano al colchón, de nada serviría más que para pillar alguna infección o algo peor. «Si al menos lograra hacerle reaccionar de alguna forma...», se dijo exasperado. No pensaba salir sin una respuesta; tenía una fe ciega en aquella habitación y ese viejo sabía

algo, no podía ser de otro modo. Tomó una decisión, se acercó con violencia al carrito más cercano y abrió la tapa de la mochila tirando con exagerada fuerza hacia atrás. El viejo lo observaba como quien disfruta de un paisaje vivo, extenso y tranquilo. Su pasividad jugó en contra de Sandy, que, dejándose llevar por la frustración, volcó la mochila de una patada, echándola sobre el colchón, sorprendiendo al fin al indigente, que se abrazó a ella lloriqueando. Sandy se pasó molesto las manos por el pelo. No le gustó lo que había conseguido, no era ese el camino. Se agachó y la devolvió a su lugar, liberándola de sus brazos temblorosos.

—Ya está, todo en su sitio. No pasa nada... Lo siento mucho.

Y ahí lo consiguió. Sandy se había dado la vuelta para colocar la mochila junto a la otra, dándole la espalda al anciano, y este le agarró una de las manos y lo atrajo hacia sí. Sandy se volvió obligado por la inercia. El anciano le sostenía la mano entre las suyas, con firmeza, con una mirada apremiante. Sus ojos azules, llenos aún de lágrimas cristalinas, taladraron la mente de Sandy, que no supo reaccionar. El pobre hombre tiró más de él, acercándolo de nuevo, hasta que Sandy pudo percibir su respiración en la frente. El anciano asintió con seriedad y susurró:

—Rododendro... —Sandy abrió los ojos de par en par. Ahora era él quien se aferraba a las manos del viejo—. Sí, rododendro —insistió el viejo con convicción. Como si esperara algo concreto de él.

Sandy asintió a su vez, instando al viejo a no dejar de hablar, centrado.

—Sí, estoy aquí por eso. Rododendro. Siga —le incitó entusiasmado.

Se soltó de él, intentando incorporarse. Sandy se apresuró a prestarle ayuda para ponerle en pie. El viejo se sacudió tranquilamente la ropa y luego echó a caminar. Sandy se apartó de su trayectoria para observar sus movimientos. El viejo se pegó a la pared y fue tanteando, apoyándose en las baldas de las librerías para ir avanzando. Caminó despacio, con pasos cortitos y seguros, un par de metros, y se detuvo en la segunda librería.

—Eeeeh —murmuró seguidamente entre susurros. Un sonido gutural, ronco. Sandy no se atrevió a molestarle con más preguntas. Era evidente que por primera vez desde que había entrado allí, el viejo sabía lo que se hacía. Le observó toquetear las maderas del fondo, en busca de algo. Con esfuerzo, retiró una pila de libros, tirándolos al suelo, alejándolos lo más posible de él. Luego empezó a golpear las tablas del lateral, con toques rítmicos. Algo le hizo detenerse en una concreta, algo que Sandy no llegó a percibir. Vio sorprendido como la retiraba y metía la mano dentro del pequeño hueco que

quedaba entre esa librería y la siguiente. Se oyó un ligero clic y la librería avanzó unos centímetros, respondiendo a un resorte, por el lado en el que se encontraba el viejo. Este retrocedió tambaleante debido al avance de la librería, sujetándose a una de las baldas para no caer de espaldas en su marcha atrás. Sandy se descubrió pistola en mano avanzando hacia él. El viejo se retiró dejando libre el hueco para que Sandy pudiera inspeccionar a su antojo. El detective miró al viejo agradecido, pero lleno de preguntas que esa mente ida seguramente no podría responder. Fue durante un instante, pero Sandy se vio venir lo que ocurriría. Se abalanzó sobre el viejo y lo sostuvo entre los brazos, justo cuando las piernas empezaban a doblarse y caía. Paró la caída. El anciano abrió los ojos un instante después, como un bebé al despertar de la siesta; parecía no comprender dónde estaba, pero al dar con el rostro de Sandy, sonrió agradecido. Este le vio llevarse una mano a un bolsillo y sacar algo pequeño, que depositó en la palma de la mano de Sandy. Este lo recibió cerrando el puño para evitar perderlo. Le ayudó y a duras penas logró arrastrarlo hasta el colchón, donde lo tumbó tal y como estaba al irrumpir él. El hombre empezó a temblar, quizás debido al esfuerzo que le había supuesto tanto movimiento. Sandy le echó una manta por encima y le acercó una botella de agua que tenía en la mochila que él había volcado momentos antes. Pero el anciano no volvió a moverse; respiraba tranquilamente y poco a poco fue cerrando los ojos hasta que pareció quedarse dormido. Alarmado, Sandy comprobó sus constantes vitales en la muñeca: todo parecía normal. Fue entonces cuando se permitió abrir de nuevo la mano. Al ver aquel anillo el aire de sus pulmones se bloqueó, algo por un instante dejó de funcionar en su interior, algo se rompió al reconocer su alianza de bodas. Con dedos temblorosos comprobó la inscripción grabada en el interior. Leyó su nombre y el de Giselle y el ardor tras sus ojos le impidió seguir contemplándolo. Se lo guardó en el bolsillo con la mirada fija en aquel hombre que descansaba exhausto tras haberle llenado la cabeza de tantos enigmas. ¿Quién era? ¿Un simple indigente al que le habían encargado darle aquello para confundirlo un poco más? No estaba en buenas condiciones mentales. Quizás por ello el Hombre Ilusorio le hubiera permitido hacer las veces de espantapájaros, pues cualquiera que entrara y lo viera abandonaría la habitación sin sospechar lo que ocultaban las paredes. El viejo le habría visto hacer aquello con las estanterías, reteniendo el procedimiento. No tenía ninguna teoría sobre el anillo y prefería no pensar en ello en ese momento. Solo podía creer que las

coincidencias a veces ocurren, y quizás hubiese alguna explicación para que el anciano lo tuviera en su poder.

Sandy miró a su espalda desde aquella posición. La librería había dejado una pequeña abertura de separación y se filtraba por allí una fuerte luz blanca. Una habitación secreta, era obvio. Tiró de la librería para seguir abriendo el hueco hasta notar que era suficiente para pasar por él. De nuevo le hervía la sangre por la tensión que circulaba por sus arterias. Agarró bien la pistola, comprobando por enésima vez el seguro, y abandonó la habitación y a su huésped para acceder a una sala de idénticas medidas: ahí acababan las similitudes. Era como pasar de un decorado a otro en un estudio de cine, de una escena en la biblioteca a otra en un laboratorio. Una luz fluorescente, potente y blanca lo iluminaba todo. El olor de las grosellas se hacía más fuerte allí dentro, mezclándose con componentes químicos y tierra mojada. Había varias mesas, iguales a las de la sala de fuera, pero estas habían sido pulidas, limpiadas hasta hacer relucir el barniz bajo la luz. En una de ellas reposaban maceteros con rododendros, todos del mismo color rosado, con un sistema de goteo incluido y su propia atmósfera protegida por plásticos. Un invernadero casero para disponer de rododendros durante una buena temporada. Desde la otra habitación, el anciano se quejó en sueños, alargando vocales entre murmullos. Sandy siguió adelante, paseando con cautela por entre las mesas, impresionado y sobrecogido. Era escalofriante el grado de control y precisión con que todo estaba ordenado, ideado. En otra mesa, situada al fondo, había gran cantidad de probetas y botellas con líquidos de diferentes colores. Se tocó instintivamente la frente, apartando el sudor aparecido tras descubrir semejante escondrijo, el lugar donde el Hombre Ilusorio había elaborado, entre otras cosas, el veneno que le hubo de provocar a él mismo el malestar y las alucinaciones. Empezaba a encontrarse mareado. Sandy retrocedió unos pasos y chocó con una de las mesas, volcando un frasco de cristal que rodó por la superficie hasta estamparse contra el suelo, liberando un olor fuerte, como a desinfectante. La luz de la habitación empezaba a dañarle la vista y se obligó a mirar al suelo; y gracias a ello descubrió, en el fondo de la habitación, unas marcas de haberse arrastrado algo ante un armario metálico. Fue directo a él, que tenía ruedas. Tiró del mueble siguiendo la marca en el suelo. Las ruedas, algo obstruidas, rechinaron con el desplazamiento, pero no fue difícil. Detrás había una puerta, de material aislante y muy robusta. No tenía cerradura, solo un pomo, que asió con decisión. Pero no pudo llegar a girarlo. Las blancas luces del techo se apagaron de repente al tiempo que se

oyó el claro tintineo de unas cadenas. Sandy no tuvo tiempo a volverse cuando notó que, por la espalda, algo se le clavaba en el hombro y tiraba de él, arrojándolo al suelo, y se clavaba más y más en la carne sobre los huesos.

## Primera parte

Lo arrastraron por la habitación como un saco de harina. Una cadena tiraba del artilugio que llevaba clavado en el hombro. La pistola le desapareció de las manos tras un golpe que no vio venir. Todo era oscuridad, forcejeos ciegos y golpes al aire. Durante unos instantes todo se detuvo, pero no consiguió ponerse en pie a tiempo. Reconoció el crujido de una puerta al abrirse y al instante volvió a verse arrastrado, cruzando bajo el marco de la puerta, al que casi logró aferrarse. Bajó un par de escalones, golpeándose en la cabeza con el último de ellos, lo cual le provocó un hiriente pitido en el oído. Ahora fue una mano la que tiró de él sujetándolo por la camisa para incorporarlo. Sandy reaccionó y forcejeó entre las sombras con su agresor. Buscaba puntos vulnerables, pero sus manos se toparon con algo duro y frío cuando agarró la cabeza de quien le sujetaba con violencia. Aquello le desconcertó, lo suficiente para que su contrincante tomara de nuevo ventaja sobre él. Se apartó lo justo para que los brazos de su atacante no le alcanzaran, y lo siguiente que notó Sandy fue un dolor extremo, lacerante, en el hombro herido. Su enemigo aplicaba presión en el garfio, que se clavó más en la carne, hasta alojarse entre los huesos y tirar de ellos. Sandy flaqueó al instante, entre gritos de dolor. Desde aquella posición, a su espalda, lo volvió a agarrar del cuello con el fin de colocarle algo ceñido que le dificultaba tragar. Sandy le oyó maniobrar con la cadena y supo que intentaba pasarla por alguna especie de tubería del techo, lo cual vio confirmado cuando al tirar de nuevo le elevó del suelo, dolorosa operación que le provocó un incremento de los gritos. Se vio obligado a permanecer casi de puntillas para evitar que todo el peso de su cuerpo recayera en el garfio incrustado. Estiró los brazos para defenderse, buscando al culpable, pero no halló más que aire y oscuridad. Todo quedó en silencio a excepción de dos respiraciones agitadas. Luego le oyó caminar por la habitación y al poco se hizo la luz. Sandy se tapó instintivamente los ojos. Lentamente se fue acostumbrando a la iluminación, tanto como para reconocer una figura junto a la pared derecha, que quedaba apartada del foco de luz central. Le vio quitarse un artilugio de la cara, que era

lo que había palpado momentos antes. Se trataba de gafas de visión nocturna. Las arrojó sin miramientos al suelo. Luego aquel tipo empezó a aplaudir. Sandy desvió su atención al centro de la habitación sin poder remediarlo: no estaban solos allí.

—¡Henry! —exclamó sorprendido y abrumado por la presencia de su amigo.

Estaba allí, encadenado a una extraña maquinaria, salida de la peor de las pesadillas de un sádico perturbado. Era una especie de círculo metálico, una simple estructura, sobre cuatro patas altas. En cada una de ellas había afiladas varas de acero, apuntando al centro, a Henry, a escasos centímetros de él. Estaba herido, había sangre en el suelo y en su ropa. Temblaba entre convulsiones, agazapado de rodillas, pues unas cadenas lo mantenían prácticamente sin opción de movimiento. Sandy comprendió en qué consistía esa trampa mortal y unos segundos más tarde entendió el uso de aquellas varas afiladas. Había cubículos sobre cada una de las patas, justo donde empezaban las barras, huecos perfectos para depositar objetos. «Para dejarle pistas a su alcance, pero a qué precio...», pensó horrorizado.

—Henry, mírame, amigo, soy yo. No te rindas aún; ¡despierta! —gritó a pleno pulmón, sufriendo la presión del collar metálico que aquel cabrón le había colocado.

El Hombre Ilusorio apareció bajo la luz, loco de excitación, disfrutando de aquel reencuentro entre compañeros. Portaba un cubo lleno de agua, que volcó sobre el moribundo. Una cascada de agua lo bañó por completo, despertándolo de forma abrupta. Henry tosió y alzó la cabeza, recuperando un resto de vitalidad. Al levantar la mirada, comprendió que todo acabaría pronto, pues su captor había cazado al fin a su presa. En los ojos inusualmente apagados de Henry hubo una súplica reconocible: pedía perdón. Le dio a Sandy una razón para sentirse despreciable. No era su culpa y aun así, Henry se disculpaba ante él, por lo ocurrido, por no haber podido ayudar momentos antes con la última pista. Ahora comprendía lo que significaba para Henry cada pista. Dolor y sangre, sangre que abandonaba su cuerpo lentamente, por dos heridas profundas, en el costado y cerca del hombro izquierdo. La primera en una zona preocupante. Sandy se negó a seguir mirándole y con gusto se habría cambiado por él, para sufrir en sus propias carnes la dura decisión de salvar a otros a cambio.

—No, Henry, no me mires así, no tienes nada de lo que arrepentirte. Saldrás de esta, amigo.

El Hombre Ilusorio permanecía cerca de la luz, más próximo a Henry que a su nueva captura.

—Desde que nos cruzamos con este polluelo en mitad de aquel maizal, he estado imaginando este momento... Maestro y pupilo, compañeros de fatigas juntos hasta el final... —Sonreía a Sandy con una malicia digna del señor de los infiernos. Tenía los dientes de la fila inferior torcidos y los labios muy finos, casi inexistentes cuando se alzaba en ese rostro blanquecino una sonrisa.

—¿Quién fue...? —intentó preguntar Henry, pero las fuerzas apenas le permitían alzar la voz sin que sus pulmones se resintieran. Era muy posible que tuviera algún desgarramiento interno causado por la herida del costado.

—Henry, Henry... Guarda esas últimas energías para lo que viene después. Y permíteme que termine de formular tu pregunta, y de paso la respuesta —dijo adelantándose a él.

Empezó a pasearse alrededor de la maquinaria que mantenía encadenado a Henry en el centro de la habitación. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos. Sandy podía confirmar que ese hombre era el mismo con el que había hablado por teléfono primero, y en persona después. El asesino de Giselle. Al fin lo miraba a los ojos y no sentía nada diferente: el odio no había cambiado en su interior en todos aquellos años.

—Si les has hecho algo a Jane o al niño... —le amenazó Sandy.

El Hombre Ilusorio no hizo el menor caso, más allá de devolverle una mirada frívola, antes de continuar el discurso:

—Esa Jane nunca ha tenido un papel importante en esta historia. Nuestra historia. Esa sufrida hermanita jamás podría hacerle sombra a Giselle —la mencionó esperando una reacción lógica por parte de Sandy—. No, Jane debe de estar tan fresca como una lechuga. Si todo ha salido según lo previsto, se habrá llevado un buen susto, eso sí. Habré llenado su cabecita de preocupaciones y dudas sobre esa caja que ha recibido, pero poco más.

Henry tosió tras un nuevo intento de incorporarse. Tras conseguir controlarlo, logró hablar con aspereza.

—¿Entonces no habría... servido... de nada? —los ojos se abrieron incrédulos.

—Pues de poco, ciertamente. Ahí dentro habrías encontrado un enigma, eso sí, muy elaborado, todo un reto que ya nadie tendrá el privilegio de desentrañar. Pero habrías sabido tarde o temprano que ella no corría peligro. Tú —se digirió a Sandy de nuevo— habrías comprendido entonces que ella no formaba parte de esto. Los caminos del Señor son inescrutables, ¿no suelen

decir eso? No creo en el altísimo, pero todo ha salido de maravilla. Mi intención era que uno de mis... amigos te capturara en aquella casa de campo; tu tendrías que haber ido y hacer las veces de un «Henry tras el enemigo», y aquí estaríamos ahora. Pero me encontrasteis, cosa que esperaba, solo que no tan pronto. Y tú estás aquí y eso significa que el último acto puede comenzar por el motivo que sea, ¿no?

De pronto sus movimientos se aceleraron. Sin previo aviso, corrió hasta Sandy con gesto violento y amenazador.

—¡Esto es lo que querías! —le gritó el captor a la cara a Sandy—. Tú y yo, el uno contra el otro..., por fin podremos aclarar cuál de los dos es más digno de adorar su recuerdo, de amarla hasta el fin —dijo con una extraña aflicción.

—¿Este es tu juego? ¿Qué sentido tiene un enfrentamiento para ti, si yo estoy atado y herido? ¿Qué esperas conseguir? —Sandy se encendió con su proximidad.

La cara, la voz, esos lunares en el cuello...: al fin tenía delante al fantasma de su pasado. Su vida se resumía en esos momentos que él le arrebató. No tenía miedo a morir y no se amedrentaría ante él. Se sentía extraño, todo estaba envuelto por una neblina irreal que le restaba peso a lo que estaba ocurriendo, a lo que había en juego.

—Pronto lo entenderás. Esto es justicia, ya lo verás. Porque quiero acabar contigo, pero no me sirve simplemente matarte, torturarte o arrebatarte el amor; eso ya lo hice. No repetiré la jugada. La vida es mucho más que eso; una persona se compone de tantas cosas...

Pasó detrás de él y le tiró del pelo, obligándole a echar la cabeza hacia atrás. Uno de sus pies resbaló y por un instante Sandy quedó suspendido en el aire, sujeto solo por el garfio incrustado bajo su omóplato. Gritó y se retorció de dolor hasta recuperar el equilibrio. El Hombre Ilusorio rompía en carcajadas con cada alarido.

—¿Sabes? —Se le acercó al oído, esta vez desde atrás, donde no podía verle—. Me llevó años planearlo todo, darme cuenta de lo que nosotros merecíamos. Tú empezaste este duelo cuando me la robaste, empezasteis a compartir una vida que me pertenecía, desde mucho antes de que tú la conocieras. Pero no..., no la conocías como yo. No habrías llegado a hacerlo nunca. Yo la entendía, la sentía...

Le soltó la cabeza con un golpe hacia delante y volvió a aparecer por la parte derecha, con su caminar tranquilo. De nuevo controlando cada paso,

cada gesto.

—¿Por qué ahora? —preguntó Sandy recuperando el aliento.

Se miró a los pies, uno en concreto, el que guardaba bajo el calcetín una afilada navaja, detalle de la previsora Garretti.

—¿Qué más da? Te encontré, te vi en las noticias. El héroe resurgido. Todo el mundo admirando al salvador, al poli bueno... Tan querido entre sus nuevos compañeros, su nuevo hogar. Me hervía la sangre. ¿Por qué no rendir cuentas ya? Descubrí poco después de lo ocurrido que no habías muerto en aquella casa, en la que te dejé. Pero me juré que me tomaría mi tiempo, que encontraría el momento tras perfeccionar mi plan. Y ese fue el momento. La sola idea de saberte aquí, reiniciando tu vida...; ¿cómo podías? Quería quitarte lo que te quedara. Y eso haría. ¿Por dónde empezar? Primero por dejarte un camino que seguir, para que supieras que estaba aquí, yo y solo yo podía hacerte esto, tenías que saberlo. Me asocié con gente muy capaz y maté por necesidad: toda partida de ajedrez comienza con la muerte de los peones. ¿Y luego?: entran en juego los peces gordos. ¿Tocaba ya quitarte a tus camaradas?, me pregunté. Ellos, siempre dispuestos a todo y más por salvar una vida. Perfectos para nuestro juego ilusorio. Como nuestro pobre Henry. Que no dudó un instante en anteponer la vida de cualquier inocente a la suya, sufriendo esto que ves —señaló las afiladas barras de acero cubiertas de sangre oscura—. Henry es el auténtico poli bueno de esta historia y tú incluso llegaste a sospechar de él, ¿verdad? Tú has dejado que esto le ocurra. ¡Míralo! —El asesino entró en el círculo, esquivando cadenas y barras. Se agachó casi sentándose a horcajadas sobre el herido y tiró de su flequillo para alzarle la cabeza—. ¡Mira esto! ¿Te parece esta una cara poco fiable? —gritó fuera de sí lanzando esputos al aire.

Ese arrebatado descontrolado creaba una extraña contraposición con los paseos previos, calmados y medidos. Un completo desequilibrado.

—Déjale ir. Ya me tienes aquí. A mí, la razón de todo esto. ¿Por qué no me matas? ¡Tortúrame, haz lo que quieras! ¡Aquí estoy! Ven y acaba lo que empezaste —gritó a su vez Sandy lleno de ira, con el rostro henchido de rabia.

El Hombre Ilusorio se pasó la manga por la boca para limpiarse. Sonreía, extasiado. Empezaba a sudar. Disfrutaba viéndolo así; era algo difícil de ocultar. Alzó la mano de nuevo y le hizo con el dedo un gesto negativo reiterado.

—No, esto no será tan fácil. No para ti. Tú vas a descubrir lo que es el dolor de verdad, el miedo. Y podrás decidir o pagar las consecuencias de tus

actos. Porque él es tu prueba final. Tu fiel amigo, tu aprendiz, ese que nunca te ha mirado con desprecio ni decepción, que siempre te ha apoyado y respetado. ¿Qué va a pasar ahora? —preguntó al cielo alzando los brazos teatralmente, aún dentro del perímetro de la trampa de Henry—. Que voy a jugar a ser Dios.

Volvió a agacharse y tiró de Henry con violencia, haciendo que las cadenas se tensaran. Le soltó dos bofetadas para terminar de espabilarlo. Los ojos del torturado se abrieron como si recibiera un chute de adrenalina pura.

—Mejor así —murmuró soltándolo de nuevo.

Y de nuevo también le dedicó a Sandy una mirada llena de significado, ensayada durante años.

—Bueno, Henry, has actuado bien. Tal y como esperaba en todo momento. No vamos a ponernos quisquillosos con ese pequeño fallo del último intento: perdiste mucha sangre y es normal que no te diera tiempo a llegar a la pista. Pero ahora es diferente, no habrá cuenta atrás. Estás en una buena posición; es tu salvación la que pondremos en juego. Mira, Henry —le agarró la cara por los carrillos para forzarle a mirar a un punto concreto—. Dos nuevas posibilidades. ¿Ves estos dos dispositivos? —dijo alzando dos pequeños interruptores, los cuales colocó uno en el casillero al final de una de las barras de acero y el otro en la del lado opuesto, que no se había usado en las pruebas anteriores a las que le había sometido—. Ánimo, Henry, un último esfuerzo. El dolor es la puerta a la salvación. Este dispositivo te liberará, soltará tus cadenas, podrás levantarte sin más y marcharte. Fíjate, además, en lo corta que es la barra. Se insertará en tu cuerpo apenas cinco centímetros y tu brazo podrá llegar al dispositivo sin sufrir mucho.

Henry alzó la vista y la dirigió al casillero, con desconfianza, temblando de los pies a la cabeza. Un hilillo de saliva se le derramaba por una de las comisuras de los labios.

—¿Y... qué pasará con él? —le preguntó leyendo sus intenciones.

El Hombre Ilusorio sonrió de oreja a oreja.

—Si tú te liberas, él morirá. El dispositivo te liberará de ese collar, pero el que lleva Sandy se activará, haciendo saltar unas mortíferas cuchillas que le seccionarán las arterias. Morirá desangrado en cuestión de segundos.

—No, no..., no —repitió. Henry negó con la cabeza, abatido.

—Está bien. Entonces escoge este otro dispositivo. Tendrás que clavarte esa barra para avanzar, pero el sacrificio será doble y hasta puede que ni lo consigas, que mueras antes, porque tendrás que ensartarte en ella. Si lo logras, conseguirás librar a Sandy de su trampa, el soporte de la cadena también se

soltará y será libre. Puedes elegir. Aunque lamento decirte que tu decisión no influye en mi destino. Eso le corresponde a otro —concluyó misterioso.

—No te lo pienses, Henry. No tienes por qué hacer nada.

—Bueno. Eso no es cierto. —El Hombre Ilusorio salió del círculo y se reunió con Sandy—. Básicamente, porque en diez minutos, si ninguno de vosotros ha tomado una decisión, la tomaré yo. Vuestros collares se activarán sin vuelta atrás. Todo este sótano quedará perdido de sangre.

Henry tragó sonoramente saliva, palpándose el collar angustiado. Intentó tirar de él, aun a sabiendas de que no serviría de nada.

—Pero he dicho que tú también podrías elegir. Porque quizás Henry no se vea capaz de tomar una decisión, o puede que tome una con la que no estés de acuerdo... —dejó en el aire.

—Hijo de puta... Puedes hacer aquí abajo lo que quieras con nosotros, pero no saldrás de Rockville con vida. Puedes contar con ello.

El Hombre Ilusorio rompió en aplausos, sorprendiendo al propio Henry, que empezaba a sentir de nuevo un cansancio atroz.

Sandy le observó atentamente mientras desaparecía de su campo de visión por el fondo de la habitación. Lo oyó abrir un armario y trastear. Cuando volvió junto a él, le sostuvo la mano libre, pues Sandy, con la otra, sujetaba la cadena para aliviar un poco el peso de su cuerpo. Le colocó en la palma una pistola, colocándole los dedos en el gatillo.

—Hoy todos podemos elegir... —le susurró—. Acaba con tu ira, aquí me tienes. Apúntame a la cabeza y dispara. Solo tienes una bala. Así que no hagas tonterías.

Sandy estaba desconcertado. Miraba de hito en hito la pistola y a él, con los ojos bien abiertos. Le temblaba el pulso.

Fue alzando la pistola hacia él. Se puso las manos en la nuca, arrodillándose en el suelo frente a Sandy.

—Aprieta el gatillo. ¡Dispara...!

Sandy, dejándose llevar por la rabia, le apuntó a la cabeza, con la mirada fría, haciendo presión con el dedo en el gatillo.

—Hazlo y en cuanto el corazón me deje de latir, quedarás libre —sonrió de forma oscura—. Pero tu amigo tendrá una muerte horrible y serás testigo de ello... ¿Qué va a ser entonces, Sandy?

\* \* \*

## Segunda parte

—Hazlo, Sandy. Acaba con esto... —le suplicó Henry luchando por contener el dolor tras su mirada.

—¡No! —gritó bajando de nuevo el arma—. No..., así no. No voy a darle esa satisfacción. Henry, no vas a morir aquí abajo.

El Hombre Ilusorio seguía arrodillado, retándole con la mirada, aguardando el desenlace que llevaba esperando tanto tiempo.

—Si no decides tú, o Henry, lo hará el paso del tiempo..., ya os he explicado lo que ocurrirá con vuestros collares. Venga, aquí me tienes, Sandy, ¿a qué esperas? Pon fin a esto. ¿No es eso lo que siempre has querido?

—No dejes que salga de aquí... —insistió Henry abatido.

Sandy cerró los ojos. El peso del arma se había duplicado en su mano, más incluso que el de su propio cuerpo casi suspendido en el aire por aquel garfio del que colgaba. No podía hacerlo, no volvería a pasar por ello. ¿Cómo podría sobrevivir si firmaba la sentencia de muerte de Henry? Una nueva culpa que sobrellevar, un nuevo fantasma...

—Henry, no puedo —balbuceó.

Henry le miró, comprensivo. Intentó sonreírle, pero un hilillo de saliva rosada se le escapó de entre los dientes, oscureciendo su semblante.

—No pasa nada, Sandy. Todo está bien —le aseguró perdiendo la voz.

Sandy lo observó agitarse. Un irrefrenable temor se instaló en él.

Mientras, frente a él, su sádico enemigo clamaba por su atención cada pocos segundos alzando las manos. Arrodillado, le provocaba nombrando a Giselle, a Jane. Ese ser salido del infierno disfrutaba con la idea de morir si así conseguía que Sandy cargara con la muerte de Henry a sus espaldas. Estaba dispuesto a morir, quería que ocurriera, y todo por hacerle sufrir para el resto de su vida.

—¿No vas a hacerlo? Sandy... Siempre fuiste violento, visceral y valiente. Pero has perdido lo único que te hacía digno de admirar, ya no eres nada..., un amasijo de recuerdos del pasado, y rencor hacia ti mismo, y...

Un grito desgarrador le hizo callar. Un grito lleno de sufrimiento, de desesperación, pero también de coraje y determinación. Henry se había alzado sobre la vara de hierro que le perforaba ya el abdomen irremediabilmente. Gritó y dejó escapar lágrimas reservadas, mientras intentaba con todas las

débiles fuerzas que le quedaban estirar el brazo y llegar al dispositivo que liberaría a Sandy.

—¡Henry, no! —gritó este incapaz de presenciar cómo se quitaba la vida. El Hombre Ilusorio, asombrado, comenzó a sonreír abiertamente, admirando el coraje del fiel amigo.

—¿Lo ves, Sandy? Solo los valientes toman decisiones difíciles y necesarias. Se te ha adelantado. Dejarás que él te salve; ¿vale más tu vida que la suya? Si él te salva, no me quedaré aquí.

—¡Cállate! —gritó perdiendo los estribos.

Entonces sucedió, sin previo aviso. Sandy apretó el gatillo. Él mismo se sorprendió. La bala alcanzó en el muslo a su adversario, que, sin poder creerlo, se tiró al suelo, agarrándose la pierna. No gritó ni se quejó. Estaba rojo por la contención de sus emociones y los ojos le brillaban en la penumbra. Pero de nuevo rompió a reír histéricamente.

—¡La hostia, Sandy! Menudo cabrón. Muy hábil. Tengo que admitirlo. ¿Ya te has desquitado? Has apretado el gatillo y el corazón me sigue latiendo, nadie ha muerto. Eso no cambia nada.

—Tendrás que parar la hemorragia si no quieres morir. Y no creo que te quede mucho tiempo. Nunca fallo. Morirás si no haces nada. Ahora eres tú el que debe decidir. Márchate ahora y déjanos.

—¿Marcharme? ¿Crees que mi prioridad es salir de aquí con vida? ¿No has entendido el juego? No me importa morir esta noche si haces que merezca la pena.

Henry, grotescamente ensartado en la barra, había frenado su avance, perdía demasiada sangre y al tiempo todo rastro de color en el rostro. Estiraba el brazo a duras penas, pero sus dedos aún quedaban lejos del dispositivo que salvaría a Sandy segando fatalmente su vida.

—Sandy, no puedo seguir..., no me hagas esto, por favor...: ¡acaba con él! —le gritó sacando el empuje necesario para alzar la voz.

Sandy se encerró en sí mismo. No podía seguir escuchando impotente más gritos de dolor, verlo morir de esa cruel manera.

—Por suerte para ti, esto no ha terminado, porque eran dos las balas que metí en esa recámara. Adelante con tu segunda oportunidad —rio entre jadeos.

«¿Por qué tengo que entrar en su juego? No, no quería hacerlo y no lo haré. Hasta el laberinto más complicado tiene una salida...», se dijo el detective, intentando alejar su mente de allí. Volvió a mirar a su compañero,

encorvado sobre aquella lanza mortal, como un maniquí sin vida. Tenía los ojos anegados en lágrimas, en un llanto mudo, sin fuerzas.

Sandy se dio cuenta entonces de que no había vuelta atrás. Las cartas estaban sobre la mesa y era su turno. Tomó su decisión, encontrando la salida con la que su enemigo quizás no contaba. Alzó el brazo, volviendo a apuntarle a la cabeza. Por aquellos ojos negros que le observaban pasó durante una fracción de segundo la certeza de la muerte, el anhelo incluso, y logró ver al auténtico Hombre Ilusorio, enfermo y despreciable, un muerto en vida, vacío. El juego acabaría porque él lo decidía. Sandy siguió subiendo el brazo, flexionando ligeramente el codo. Entonces, aquellos ojos se tiñeron con un leve resquicio de temor, por algo que no había entrado en sus planes. Sandy sintió el frío extremo de la pistola en la sien izquierda. Ya no le temblaba el pulso. Era el único final que no le causaba temor alguno.

—¿Qué estás haciendo? ¿Esta es tu respuesta? ¿La cobarde decisión de no tomar ninguna? No te gusta la película, así que no vas a verla hasta el final. Vas a abandonar a tu amigo y tu muerte no va a salvarle...: no le haces ningún favor. Te lo haces a ti mismo, quitándote el peso de su muerte.

—Basta. Cállate. Tú no vas a obligarme a hacer nada.

El Hombre Ilusorio se levantó del suelo, con un gesto asqueado, tambaleándose, mientras se apretaba el muslo herido por la bala.

—Tú morirás, yo me iré y él acabará muriendo aquí de todos modos, solo y sin ningún consuelo. El juego habrá terminado para ti, pero no para mí. Ni para los que dejarás atrás. Que pese sobre tu conciencia, antes de irte al otro mundo, la culpa de todas las vidas que me llevaré por delante —le amenazó.

Sandy abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada más. Porque había entendido su error, a través de esas palabras. En ese último instante, comprendió la amenaza que suponía para cualquiera que ese monstruo saliera de aquel sótano por su propio pie, y hasta dónde se debía llegar para impedirlo. Una vida no podía compararse con la de muchos. Su error había estado en olvidar quién era realmente. Desde que todo había empezado, su juicio se había torcido, olvidando al policía que fue, esa mente racional y consecuente que necesitaba ahora. El Hombre Ilusorio no había tenido intención de dejar con vida a Henry, esa era la única muerte invariable, porque sabía que el chico no elegiría la salvación de sí mismo.

Aquel malnacido se volvió dándoles la espalda. ¿Se marchaba? Sandy tomó su decisión definitiva. Dejaría de ser él para poder hacer aquello. Saldría de su cuerpo, del dolor. No podría hacerle eso a Henry de otra forma.

Empezó a contar mentalmente hasta cinco. Borrando cualquier rastro de razonamiento. El acto de apretar el gatillo contra una persona es visceral, primitivo. No necesita una mente detrás, solo un espíritu animal, un ser enfurecido.

«1...»

Con la cuenta mental empezó a separar realmente la pistola de la cabeza, cambiando de objetivo. Henry se convulsionaba, retrocediendo para librarse de la barra que le perforaba, incapaz de seguir adelante. Vencido y acabado.

«2...»

Henry alzó la vista y le miró esperanzado. Ya no había miedo, ni rabia ni temor. No había nada en aquel rostro que le recordara al viejo Henry. Había comprendido hacía mucho que no saldría de allí con vida. Era Sandy quien había necesitado tiempo para darse cuenta de ello.

«3...»

El Hombre Ilusorio comenzó a silbar una alegre melodía, como si lo que ocurría a su alrededor no fuera nada para él. Caminaba a trompicones, despacio, confiado.

«4...»

La pistola apuntó a su objetivo. Henry comprendió lo que estaba pasando. Aceptaba la decisión de Sandy sin reproches. Quiso que en su rostro quedara claro su agradecimiento.

«5... No importa si yo muero, no importa si muere Henry, él debe encontrar su final entre estas paredes...», se dijo.

Sujetó el arma con firmeza, el dedo empezó a hacer presión en el gatillo. Le entró el pánico en el último segundo. Se estaba alejando, ¡debía hacerlo ya!

—No puedo... no...

El sonido del disparo apagó todo lo demás. Incluso el goteo incesante terminó tras horas y horas de agonía. Se hizo el más absoluto silencio cuando aquel cuerpo renqueante se desplomó, fulminado por un certero balazo en la cabeza. Sandy dejó caer la pistola, incapaz de comprender lo ocurrido, de asimilar lo que iba a pasar. Él no había sido capaz de apretar el gatillo. Instintivamente, miró hacia atrás buscando respuestas. Sofia Garretti mantenía su arma en alto, con la respiración acelerada y el rostro ensombrecido. La escena debía parecerle macabra y tétrica, pero no podía ni imaginar hasta qué punto era así. Sandy, al contrario, era consciente de ello. Gritó el nombre de su amigo devolviendo la mirada hacia él. Henry sonrió y fue la última vez que sus ojos expresaron un sentimiento: perdón. El artefacto que le aprisionaba el

cuello emitió una serie de pitidos alarmantes y acto seguido unas cuchillas, hendiéndole certeramente la garganta, dejaron paso a una cascada de sangre que abandonaba a borbotones a su poseedor. Garretti, impresionada y ahogando un grito, se dio la vuelta para no verlo.

—¡Nooo...!

Sandy forcejeó con la cadena luchando por soltarse. El garfio le desgarró la carne por el frenético movimiento. El cuerpo de Henry se convulsionó, emitiendo extraños sonidos guturales que acompañaron sus últimos instantes de vida. Garretti echó a correr hacia él. Entró en el círculo y se quitó la chaqueta para rodearle el cuello entre lágrimas, inútilmente. Sandy continuó resistiéndose hasta que la cadena cedió, al igual que el collar. Se desplomó, incapaz de mantenerse en pie tras semejante esfuerzo. Las piernas se le doblaron irremediabilmente. Henry había muerto. Arrodillado en el suelo, alargó un brazo hacia su amigo. Ya había abandonado aquel sótano inmundo, en el que había estado prisionero en soledad tantos horribles días.

—¿Qué he hecho? —se dijo Garretti martirizándose por no haber llegado a tiempo, sin comprender en qué había fallado.

Sandy se levantó para mirarla.

—No..., tú me has salvado. Yo he sido el que ha fallado...; él estaba decidido a terminar con esto, y tú... le has liberado. Yo no...

Garretti dejó con sumo cuidado el cadáver de Henry en el suelo. Las cadenas se habían soltado tras su muerte. Al fin descansaba para siempre. La policía se arrastró hasta Sandy. Se abrazaron rodeados del dolor que ambos sentían. Él echó un vistazo al cuerpo del Hombre Ilusorio, que yacía a pocos metros.

—Sácame esto de la espalda. —Se señaló el hombro.

Garretti abrió los ojos, incrédula.

—No puedo hacerlo, podría hacerte daño. Está muy profundo y la hemorragia te debilitará más todavía.

—Oh, por todos los diablos, hazlo de una vez —insistió sin alzar la voz—. Sé que podrás y yo lo aguantaré.

Garretti dudó unos instantes, pero resolvió ayudarle. Se colocó a su espalda, agarrando el garfio con delicadeza, como si fuera parte de su cuerpo. Cuando estuvo lista, tiró de él con fuerza, lenta pero firmemente, trazando el arco que había debido de realizar al incrustarse. Sandy no lanzó queja alguna hasta que el artefacto salió de su cuerpo. La sangre empezó a correr espalda abajo. Enseguida Garretti se arrancó la manga de la camisa y presionó la

herida. A pesar del apreciable agujero causado por el gancho, consiguió afirmar el vendaje anudando por encima la camisa de Sandy. Tendría que bastar hasta que se presentara la ayuda.

—Salgamos de aquí —le suplicó ella.

Pero Sandy no la escuchó. Agarró el garfio y lo observó con la mirada perdida, pasando los dedos por la punta afilada y manchada con su sangre. Los dedos se le humedecieron. Pasado un rato, se irguió tambaleante, hasta que logró coordinarse con las piernas. Miró sombrío a Garretti. Comenzó a caminar hacia el cadáver de su némesis. La bala, certera, lo había matado en el acto. Apenas habría sido capaz de comprender qué había pasado, si finalmente Sandy le había disparado o no.

—Ya está muerto, Sandy —le dijo Garretti a su espalda.

Sandy sostenía el garfio, cerrando la mano sobre él. Veía a Giselle cuando miraba a ese hijo de puta. Extrañamente, también a Joseph y a Henry y a Joel. Todos ellos necesitaban algo más de ese cuerpo. El propio Sandy lanzó un grito salvaje. Elevó el garfio lo más alto que pudo y luego bajó el brazo con todas sus fuerzas y se lo clavó limpiamente en el pecho. Cerca del corazón. Lo dejó allí incrustado entre las costillas y se alejó unos pasos. La respiración se le había acelerado, sudaba y la pérdida de sangre le empezaba a marear. Notó una mano en el hombro que apretaba de nuevo la herida. Garretti le miró y le dijo con total convicción:

—A mí también me ha parecido que se movía.

Una sola lágrima derramó entonces Sandy. Que ya jamás se vería capaz de llorar. Su vida había acabado después de tanto tiempo. Él tampoco saldría de aquel sótano: así se sentía.

—Vamos —insistió ella, esta vez sujetándole del brazo.

Pasaron junto al cuerpo de Henry, acurrucado en posición fetal, con la chaqueta de Garretti tapándole la cabeza. Sandy se detuvo un momento. Recordó algo que llevaba en el bolsillo. Y que ahora le quemaba, extraño. No era suyo, ya no le pertenecía. Metió una mano dentro y sacó la alianza de oro. Se agachó sobre el cuerpo de Henry y lo puso en la palma de su mano. Quizás así pudiera reunirse con Giselle. Sin duda, cada noche, pensaría que así iba a ser, que estaban juntos. Con suerte, eso sería lo único que le volvería a la memoria cuando pensara en ellos.

## **Dos semanas después**

### **Sofia Garrett**

De pequeña, todas sus amigas soñaban con casarse con maravillosos príncipes azules, rojos, amarillos...; para ella eso no eran más que colores, detalles sin importancia. Fantaseaban con lujos y montones de ropa bonita y Sofia se limitaba a sonreírles, cuestionándose si eso era lo que ella quería también. En la adolescencia ya se imaginaban casadas con los chicos que les gustaban. Planeaban sus bodas, sus embarazos, cómo se llamarían sus hijos... Sofia no podía ni imaginarse lo que debía de ser llevar dentro una vida... y jamás pensó que eso le ocurriría a ella. Se sabía distinta a sus amigas y no le preocupaba. Ellas soñaban con vestidos de graduación. Ella ya pensaba en el uniforme de la academia, en su color, en todo el equipamiento. En lo que implicaba llevarlo, en lo que significaría en su vida. Porque no iba a ser ninguna princesa: para eso ya estaban sus amigas; Sofia Garrett sería quien protegería al resto de las personas de lo que había fuera, en las sombras.

Siempre lo tuvo claro: su vida giraría en torno a su profesión. Hubo chicos, no muchos, pero los suficientes para darse cuenta de lo que ellos aportaban a su vida. Y ninguno aguantó mucho más de dos o tres meses. Era una chica fuerte, decidida... Nunca pensó en bodas, en aniversarios, no sentía esa necesidad. Tampoco se sentía incompleta o vacía, pues tenía lo que quería, lo que estaba ganándose a pulso día a día. Pero si hay algo que la vida te va a enseñar es que no importa lo claras que tengas las cosas. Todo, absolutamente todo, puede cambiar de la noche a la mañana. Incluso las personas. Y ella encontró a alguien que la hacía sentir una princesa. Hubo sueños, promesas, momentos en los que lo veía todo patas arriba y al mismo tiempo, perfecto. Y lo perdió. No habría boda ni aniversarios, pero la vida le daba una oportunidad, porque después de todo había una vida creciendo dentro de ella. Una vida a la que no temía, a la que amaba de todo corazón, que amó desde el momento en que supo que llegaría al mundo. Ahora, Garrett llevaba un vestido y era el uniforme de policía el que no le despertaba ningún anhelo, ningún sueño. Dos semanas atrás, habían muerto más de cincuenta personas. Madres, hijos...; fueron casi un centenar de heridos. Atraparon, gracias a la

estupenda labor de sus compañeros, a los tres causantes de las explosiones de la plaza. Sus seguidores pagarían el resto de sus vidas por los actos cometidos y el Hombre Ilusorio pagó con su vida esos actos. Garretti dejó en aquel sótano una parte de sí, se desprendió de ella como una obligación. Lo mismo ocurrió en el cementerio, cuando despidieron a Joel, y luego a Henry. Pasados los días, descubrió que había perdido tanto de sí, que ya no era la misma persona. Ya no tenía por delante la vida que pensó, ya no sería posible. A veces, corresponde tirarlo todo, empezar de cero, usando las experiencias vividas para formar otro camino o simplemente ser alguien distinto...

La mañana lucía tranquila, el turno de la calma. La última vez que pasó por comisaría, había encontrado un nuevo orden estatal. El todopoderoso FBI intervino en el caso del Hombre Ilusorio, justo cuando ya no se les precisaba, pero tomarían el control e incluso estaban dispuestos a reestructurar la pequeña comisaría de Rockville, recomendando nuevo personal, nuevos inspectores, gente al mando. Solo el viejo Sam lloró al descubrir su marcha, su repentino adiós. «¿De verdad vas a coger esa maleta y subirte al primer autobús que salga de aquí en dirección a su puta madre de lejos?», le preguntó con el corazón encogido. Nadie en el mundo había presenciado algo parecido en él y Sofia se sintió afortunada. Ese era su plan, algo crecía dentro de ella, alguien especial, y ese alguien la ayudaría a encontrar su nuevo hogar, estaba segura, tenía pocos meses para finalizar con éxito dicha tarea. En los brazos de Sam comprendió que Joel Ackerman le ocupaba un hueco demasiado extenso en el corazón y, a pesar de no estar ya junto a ella, ese hueco no había quedado libre...; quizás nunca más lo estuviera.

Pasaban autobuses cada diez minutos a diferentes destinos. Garretti no había decidido cuál sería el suyo, pero contaba con descubrirlo llegado el momento. Solo restaba una despedida, la única que quería retener en el recuerdo. Cuando pensara en Rockville, quería pensar en él, en Sandy Strunk. Un amigo. Sandy nunca fue un hombre de muchas palabras, menos en los últimos años, y aún lo sería menos tras el sótano. Así que Sofia entró en la pequeña tienda de la estación y curioseó los estantes. Compró un par de cosas y salió de nuevo a esperar, encargándose de algunos asuntos de última hora. Minutos más tarde, lo vio llegar y ya tenía listas sus palabras, pero no saldrían de su boca. Ella le sonrió, él la reconoció en la distancia y, al mismo tiempo, la encontró extraña, diferente.

El uno frente al otro se miraron expectantes. Entre ellos existía un tipo de mirada que no precisaba de lenguaje verbal para resultar completo. Era una

despedida, y en ellas, cuantas menos palabras, mejor son recordadas con el tiempo.

—¿Volverás? —fue la pregunta obligada.

Sofía se lo pensó antes de responder:

—No necesito estar aquí para tenerte en mis pensamientos. Pero no sé la respuesta.

La supiera o no, la que le dio a él le supo a suficiente.

—Cuídate... cuidaos —se corrigió bajando la mirada hacia la pequeña barriga, aún sin dar todavía muestras de lo que crecía en ella: él lo sabía más allá de las apariencias.

Garretti se alzó de puntillas y le plantó un beso en la mejilla, fresco, duradero. Le puso contra el pecho una postal, que no soltó hasta que él la sostuvo en el mismo punto. Nada más, ese era su adiós. Simplemente se alejó con su vestido azul, herencia de su madre, acariciado por una suave brisa. Nunca llegó a usarlo y ahora era la única prenda con la que se sentía cómoda, que sentía suya. Como si todo formara parte de un guion de película, a medida que avanzaba arrastrando su maleta un autobús llegó a la parada y abrió sus puertas ante ella. La ayudaron a guardar sus cosas y luego, sin volver la vista, subió y dejó atrás lo único conocido en su vida, porque Sofía empezaba de nuevo... Y no estaría sola.

## Laurie River

El problema de alguien que ha perdido el rumbo y descubre, gracias a una serie de catastróficas desdichas, cuánto necesitaba un cambio es que sufre por haber necesitado esas circunstancias para darse cuenta, y hasta se sienten culpables. Laurie descubrió aquella noche, en el parquin subterráneo del hospital, que no se sentía orgullosa de quién era, de lo que hacía ni de lo que haría si seguía ignorando las señales. Tardó días en verse capaz de llorar por cómo se sentía, por haberse alejado de lo poco bueno que tenía, por esconderse. Tras las dos últimas semanas fue capaz de mirarse a sí misma y reconocer lo que aún quedaba de esa muchacha valiente, soñadora y capaz que recordaba. Puso nuevas metas a su vida y, una vez más, se sintió con ganas de avanzar, de pasar página. Encontró indispensable buscar nuevos rincones a los que considerar su hogar.

Tardó esas dos semanas en volver a ver a Jane, a esa amiga a la que jamás dejaría de querer, de sentir como parte de su esencia. Y a pesar de poner de nuevo distancia entre ellas, su amistad nunca desaparecería. Era persona de cambios, de rachas, y en ese nuevo día correspondía volver a salir corriendo, a enfrentarse a lo desconocido, porque correr no es sinónimo puro de huir. Pero ¿quién podía saber si regresaría algún día para quedarse? No tardaría mucho en presentarse de visita, eso lo sabía, y el abrazo final entre esas dos amigas se renovarían. Cada pocos meses, cada año..., el tiempo lo diría.

En su nuevo camino no habría baches imposibles de superar, solo distintas formas de ponerse a prueba, pues ya no arrojaría la toalla. Su sueño ahora tenía nombre propio: Nueva York, y era el momento para perderse en sus calles. Jane brilló de felicidad al enterarse de la noticia: una buena editorial de la gran ciudad estaba interesada en su libro, ese que había escrito en secreto y que llevaba tanto de ellas, de su historia. Ya estaba deseando leerlo y, conteniendo las lágrimas, le dijo: «Ojalá encuentres eso que siempre has buscado. No sientas que me dejas atrás. Tenemos alas, Laurie, y aunque nos lleven a sitios distintos, el pasado siempre nos mantendrá unidas. Que pase el tiempo que tenga que pasar, cuando volvamos a vernos, nada habrá cambiado». Se abrazaron durante minutos que parecieron horas, o quizás fuera a la inversa. Después Laurie subió al coche y lloró. Sus lágrimas eran dulces y no se avergonzó de que, al llegar al aeropuerto, aún siguieran escapando de entre sus pestañas. Todo estaba bien.

Sabía que transcurriría mucho tiempo antes de que volviera a reír junto a alguien, pero eso formaba parte del reto: confiar en gente nueva. Cumplió todo el proceso de documentación, facturación y demás con ese nudo en el estómago, ese vértigo hacia lo desconocido. A la espera de su vuelo, se derrumbó en el primer asiento libre que vio, con los nervios bajo control, pero presentes en cada gesto y cada movimiento. Ella, mujer que siempre se consideró de mundo, jamás había viajado en avión en un trayecto tan largo, tan importante.

Se colocó los auriculares y encendió el mp3 que la acompañaba desde hacía años con las mismas canciones, esas de las cuales uno nunca puede cansarse y que son de las pocas cosas que nunca cambian.

Sonaba *Dancing in the Moonlight* de Toploader cuando sintió que alguien llamaba su atención. Un ligero toque en el hombro desde la fila de asientos a su espalda. Antes de darse la vuelta se sacó uno de los auriculares.

Se le vino encima una repentina preocupación por si resultaba que en vez de haber escuchado tres canciones habían sido diez y su vuelo estaba a punto de despegar. Pero no se trataba de nada parecido y no encontró a su espalda a un dispuesto compañero de viaje que la salvaría de su despiste ni a una azafata atenta, sino una cara conocida, una que había llegado a su vida hacía no mucho, en un mal momento. Ahora se presentaba en el proceso de transición para desconcertarla.

—¿Johnson? —se sorprendió al darse de bruces con aquellos atrapantes ojos de un azul intenso clavados en los suyos.

Él negó en rotundo sonriéndole a pesar de intentar aparentar cierto enfado.

—Nada de Johnson. Scott, a secas. Solo un muchacho que cambia de vida.

Laurie bajó la mirada y distinguió en las manos del joven un billete de avión.

—Así que también te vas...

—Mi tiempo aquí ha terminado, así lo siento, de modo que me voy... y a un buen destino.

Era la primera vez que lo veía sin el uniforme puesto y parecía otra persona, lejos del chico estricto que compartió con ella esos angustiosos días en el hospital. Vestía vaqueros y un simple jersey tipo pescador verde.

—Así que Nueva York...

Scott se levantó, rodeó la fila de bancos y ocupó el sitio contiguo al de Laurie.

—¿Hay algún motivo para que dejes en el aire cada frase? Pero sí, tenía ya suficientes ahorros y me decidí. Este es el momento. No sé lo que me espera allí, pero —bajó también la mirada, echando un vistazo al billete de Laurie— sé que estaremos bien.

Laurie se precipitó a responder azorada: no quería empezar con tensiones innecesarias.

—Scott..., no sé si haces esto porque...

Él, lejos de arredrarse, siguió sonriéndole. La hizo callar con un dedo en los labios. Su peligrosa mirada ahora le resultaba serena, relajante. De una forma que jamás lograría explicar.

—Y de nuevo dejando las frases a medias... No necesito promesas para subir a ese avión contigo. Solo te pido tiempo, que me dejes estar en tu vida.

Silencio.

Una chica anunció por megafonía que el vuelo con destino a Nueva York tenía ya las puertas abiertas para embarcar. Sonaba entonces en su mp3 *Ain't no Mountain High Enough*, su clásico favorito. Laurie tiró del auricular que aún tenía en el oído y apagó el reproductor casi molesta por aquel mensaje subliminal del destino. Era el momento. Scott le tendió la mochila adelantándose a sus movimientos.

—¿Lista?

Laurie no pudo hacer más que soltar una risa de forma espontánea, con una de esas sonrisas en cuyo proceso no hay parte del rostro que no aporte lo suyo, de las que no mienten ni se pueden fingir.

## Jane

El frescor del otoño, al que ya le restaba poco para dejar paso al invierno, no impedía que el pequeño Jeremy disfrutara del terreno de la finca el tiempo que le era posible. Tenía metros y metros de césped, perfecto para patear el balón o jugar a los Jedis con improvisadas espadas láser, persiguiendo a Coco, supuesta hija secreta del mismísimo Darth Vader. Desde que Jane le puso la película, no hablaba de otra cosa. *La guerra de las galaxias* era ya su película favorita, algo que de momento decía bien poco, pues aún podía contar con los dedos de las manos cuántas había visto de verdad.

Aprovechando que el niño estaba con el asistente social, Jane recogía los juguetes esparcidos por la hierba, para evitar que Coco pudiera agenciarse alguno para su colección privada, formada en su mayoría por pequeñas ramas y pelotas de goma. A pesar del esfuerzo que suponía atender durante las veinticuatro horas del día al pequeño terremoto, sonreía y disfrutaba de cada minuto con él. Pronto dejarían atrás los malos momentos y podrían empezar esa vida juntos. Estaba deseando que regresaran sus padres, que ya debían de estar de camino, para que le conocieran.

Se agachó para recoger un par de ramas largas, o mejor dicho, «espadas láser», y distinguió entre la brisa a alguien caminar por la hierba. No tuvo tiempo de volverse, pues tras haberse puesto en pie notó en la espalda un objeto punzante en la rebeca. Jane aguardó a que la voz le dijera lo que pretendía.

—No te muevas. Si me escuchas sin hacer ninguna tontería, me iré sin hacerte daño y no quiero hacértelo.

Jane alzó las manos, intentando tranquilizar a la mujer.

—No lo haré —le aseguró tajante—. Pero dime qué le has hecho a mi perra.

—Está bien, no tengas cuidado. Encerrada dentro de la casa. Entretenida con un trozo de carne. Los animales no son ningún misterio para mí y mucho menos si llevo conmigo algo de comida.

Jane, tras el incidente de la caja misteriosa en el que envenenaron a la pobre Coco, no le quitaba ojo. Pese al tiempo transcurrido, todavía no era la que solía ser.

—Eres Jo, ¿verdad? La madre de Jeremy.

Jo no contestó, lo cual Jane tomó como una confirmación.

—Él está bien. Le gusta esto. Aquí es feliz —se precipitó Jane, temiendo que el motivo de su visita tuviera algo que ver con el pequeño.

Jo hizo un ruido extraño, como una queja lastimera.

—No, no, no... No he venido por eso. Sé que jamás he sido buena para él. Una vez acabe, no sabrás nada más de mí.

Jane respiró visiblemente aliviada. El hecho de tener una navaja en el costado apenas la alteraba la mitad de lo que lo había hecho la idea de perder a Jeremy.

—Yo... tengo que darte las gracias. Por enviarme el diario de mi hermano. No pude utilizarlo contra quien mató a Jeremy. Sé que es eso lo que intentabas.

—Y por eso estoy aquí. En ese momento no me atreví a hacer más. Pero ahora ya... Quiero que se sepa la verdad. Que los que le hicieron eso a tu hermano lo paguen. Es lo que debió pasar hace años.

—¿Qué ocurrió? Fueron a la casa, a por él, ¿verdad?

El viento la despeinaba, cruzando mechones de pelo ante sus ojos. Jane los mantenía cerrados. Solo necesitaba los oídos.

—Yo... siempre he sido una cobarde y una miserable. Un despojo. Cuando me di cuenta de mi error ya era tarde. Me aseguraron que Jeremy era un mal tipo, que me hacían un favor alejándolo de mí. Yo no lo creía del todo, pero hubo promesas y al final bastó con drogas: esa soy yo, la puta yonqui que vendería a su propio bebé por un chute. Me callaron con cosas caras —bufó recordando algo que le hizo gracia, sin que la tuviera realmente—. Una de esas veces me dieron un teléfono móvil, lo más moderno del mercado, y ¿para

qué iba yo a necesitarlo? Aquel día les conté dónde estábamos y vinieron. Nos introdujeron en un coche, a empujones; pensé que simplemente era parte del plan, que luego me sacarían de allí. Nos condujeron a un descampado. Allí sí, me sacaron del coche y me alejaron del lugar casi a rastras... Me dieron una paliza, se rieron de mí y me amenazaron con que si no desaparecía enseguida me matarían. No pude pedirle perdón a Jeremy por ser tan despreciable, por haberle hecho eso.

—Ellos lo mataron —le dijo Jane categórica.

—No necesito tu compasión, pues sé la parte de culpa que tengo y viviré con ella siempre. Yo... corrí todo lo que pude, alejándome, tapándome los oídos, porque no habría soportado escuchar cómo le golpeaban hasta matarlo. Corrí todo lo que mi cuerpo dolorido y pesado me permitió. Me faltó el aliento pronto y caí de rodillas. Lloré abrazándome. Pensaba que ese bebé que nacería pronto habría estado mil veces mejor solo con él que conmigo. Entonces lo encontré en mi bolsillo.

El relato se detuvo. Jane esperó que se debiera a un momento difícil de recordar, pero entonces oyó como Jo rebuscaba algo en una bolsa de plástico, algo que le echó a los pies, en la hierba. Jane bajó la mirada.

—Es el móvil que me dieron. Al cabo de las horas se le acabó la batería y desde entonces lo he guardado, ¿sabes? Estúpida de mí, pensé que algún día yo misma haría justicia, que daría la cara. Que mejoraría, por él... —Jo sacudió la cabeza como alejando sus demonios—. Pero esto es todo lo que puedo hacer. Cógelo.

Era una orden y en su tono Jane comprendió la inmediatez. Con movimientos lentos y definidos se agachó y cogió la pequeña bolsa de plástico que lo contenía. Era un aparato bastante obsoleto, de esos primeros modelos con cámaras medianamente decentes. Ahora parecía un simple juguete.

—Estoy segura de que encontrarás la manera de sacar lo que hay dentro: fotos —aclaró—. Fotos de ese gordo asqueroso, del coche, del que lo conducía, que fue quien golpeó a tu hermano, y...

El filo de la navaja perdió fuerza en el costado y ya apenas la rozaba. Jane escuchó como se entrecortaba la respiración de la chica.

—Me gustaría hacer algo por ti.

—No, no puedes. No quieres ni yo tampoco.

En ese momento dejó de sentir el arma en el cuerpo. Reinó el silencio, pero sabía que Jo seguía estando allí de pie.

—Voy a criarlo como una madre. Sé que mi hermano lo habría dado todo por él, que estaba dispuesto a hacerlo, a cambiar, a verlo crecer. Le quería sin haberlo visto, lo sentía suyo, pero...

—Él lo supo desde el principio. No le oculté mis líos con otros, y ver que no le importaba, que se preocupaba por el bebé más que por mí...; he hecho muchas tonterías, pero esto es lo mejor que he hecho en mi vida. Quiero... quiero que te quedes así, tal cual, hasta que yo me haya ido. Luego te tocará hacer lo correcto con lo que te he entregado.

—No me moveré —respondió escueta Jane.

—Yo... no he querido a nadie en mi vida, jamás. Pero nunca he estado tan cerca de hacerlo como lo estuve de tu hermano.

Las pisadas se sucedieron, primero acompasadas y lentas, luego más aprisa, ligeras, aunque nunca llegaron a la carrera. Jane estaba completamente bloqueada, aferrando la bolsa con el móvil pegado al pecho. Las pisadas se perdieron con el viento que empezaba a arreciar. Jane, con los ojos cerrados, se dejó caer en la hierba. Pruebas, tenía pruebas; con suerte nada se habría perdido si Josie había conservado ese teléfono con el celo que le suponía. Jane se había permitido derramar lágrimas sueltas en los últimos meses, siempre controlando ese impulso natural del cuerpo. Su fuerza de voluntad había sido inconmensurable. Pero allí, amarrando el teléfono, lloró con la vista fija en el cielo y la mente lista para hacer justicia.

## Sandy

No eran rododendros, no habría dejado que aquel hecho creara algún tipo de chiste de humor negro. Lo que llevaba en el regazo eran azaleas. Un pequeño ramo, para depositar junto a un amigo. Allí, frente a Joel Ackerman, decidió no volver a beber, puesto que lo de fumar lo tenía controlado ya. Quizás lo sustituyera por chicles de fresa sin azúcar, como los auténticos tipos duros, como Joel. Sandy flexionó las rodillas y descendió a la altura de la piedra con el nombre de Joel en letras doradas. Posó una mano en ella y con la otra depositó el ramillete de azaleas.

—Tranquilo, no sería capaz de dejarte rododendros aquí. Aunque tendría su gracia y a ti te encantaban este tipo de bromas. Estoy seguro de que, si pudieras ver las letras de tu lápida, te removerías durante décadas. Odiabas el dorado —reflexionó repasando el nombre con las yemas de los dedos.

Siempre pensó que no era de esas personas que se atreverían a darles charlas a las lápidas. Pero la voz le salía clara, con naturalidad. Se sentía a gusto allí y, por extraño que pudiera resultarle incluso a él, no se sentía en absoluto solo.

—Recuerdo estar aquí contigo, no hace mucho. A mí me parece que fue ayer. No dejabas de preguntarme si podría seguir con mi vida, sabiendo que le ocultaba cosas a la gente que me importaba... —Sandy se dejó caer en el suelo, colocando los codos sobre las rodillas—. Ya no tengo nada que ocultar, pero resulta que no sé si puedo seguir adelante con mi vida, tal y como está ahora.

La familia de Henry había decidido en última instancia incinerar el cuerpo y esparcir sus cenizas en la montaña en la que veraneaban cuando era pequeño. No podría hablarle como a Joel, pero estando en su apartamento le sentía cerca, en cada detalle. Le dolió muchísimo que los padres de Henry se negaran a conocerle, a recibir el pésame. Lo entendía, por otro lado.

—Los padres de Henry ya se han marchado. Con él —intentó reír—. Me habría gustado tenerle por aquí cerca pero, según tengo entendido, Henry no se va a limitar a descansar en un único lugar..., y Garretti también se ha largado. Estaba preciosa cuando subió al autobús y se fue sin mirar atrás: lleva consigo todo lo que necesita. Sé que encontrará su sitio en el mundo y ese bebé, vuestro bebé, crecerá feliz con ella. Espero por su bien que no herede tu temperamento, Joel, amigo. Me da que Sofia no va a ser una madre permisiva —bromeó mientras abstraído arrancaba briznas de hierba.

Se palpó el bolsillo, temiendo no encontrar dentro aquello que Sofia le había dejado como despedida. Sacó entonces la postal, en la que se apreciaba una bonita zona del bosque que rodea Rockville, en la parte más occidental, donde crecen los troncos más altos y esbeltos. Las razones que circulaban por la ciudad en torno a este hecho no eran más que leyendas antiguas sobre el alma de una joven que protegía ese rincón, esperando a su amor, fallecido en una guerra, una de tantas. No se le escapaba que Sofia era concedora de esa leyenda y su elección no era cosa de una simple casualidad. Volteó la postal y leyó su mensaje de despedida:

Nos han abandonado, obligados a ello, y han roto nuestro corazón. Nos sentimos solos, pero no lo estamos, Sandy. Yo llevo ese amor que necesito en mi vientre, tú en el corazón, y lo tienes muy cerca. No dejes que tu vida siga adelante sin ti. No estaré presente cuando lo hagas, pero quiero tu promesa de que vivirás, que no permitirás que

se te escape. Porque nos han abandonado, pero seguimos aquí. Haz que merezca la pena.

Sandy se restregó con ahínco los ojos: ¿quizás una nueva forma de evitar hacer lo que cualquiera en su situación habría hecho con total libertad? Desprovisto de la congestión que le había inundado momentos antes, ahora sí, se levantó para marcharse, con las piernas adormecidas tras la larga pausa sobre la hierba.

—Os echo de menos... —La voz se le quebró un nanosegundo, casi imperceptible. Palabras que tenían demasiados destinatarios, perdidos entre la brisa, poblándola.

Dejó la postal junto a las flores y se alejó respirando con fuerza. Subió al coche y acarició el volante, esperando que este le diera una respuesta. Empezó a conducir. Dio algunas vueltas alrededor de la plaza, que estaba en plena reconstrucción tras la devastación de los atentados. Giró de nuevo cambiando el rumbo y condujo, simplemente, con la mente en silencio y el corazón en paz. El día le abandonó en aquel trayecto, dejando el cielo con los restos del azul y el dorado del sol en el horizonte. Condujo directo hacia la salida de la ciudad, tomando un desvío. La noche se cerró en el instante en que él bajó del coche, ya sin una sola luz a la que aferrarse. El viento cogió fuerza al esconderse el sol, aunque resultaba agradable a pesar del frío. Estaba donde quería estar. Comenzó a ladrar un perro, un animal bien adiestrado y preparado para alertar de cualquier presencia en las cercanías. Sus ladridos hicieron que se encendiera la luz en un porche y con ella, vida tras una puerta. Una puerta que se abría para él. Al fin, después de mucho tiempo buscándose, quería comprender, dejar de luchar. Vivir. Sin duda estaba donde quería estar. Para siempre.

## Epílogo

El viento soplaba rumoroso propagando un dulce olor a tarta de nata y fresa. A velas de cumpleaños y esa inequívoca emoción inocente e infantil. Ella estiraba las esquinas de un mantel que pronto sustentaría todo un manjar, una merienda perfecta. Los ecos de la risa de un niño y los ladridos de un animal juguetero le regalaban una sonrisa tras otra, el sentimiento de que todo estaba bien. Pronto llegarían las pocas personas que componían sus vidas, amigos y familia.

Recordó entonces un detalle, uno indispensable. «Las velas.» Una tarta precisa de velas para que se convierta en *la* tarta de cumpleaños. Entró por la parte de atrás, por la cocina, pero no estaban allí. Recordaba haberlas dejado a la vista, listas para cuando las necesitara. En el comedor. Allí las encontró, en la mesa, junto a las llaves de casa, las del coche, la mochila del colegio de Jeremy..., y fue entonces cuando oyó aquel golpetazo. Se repetía encadenando un toque tras otro, influenciado por el viento que se levantaba ahora ya a ráfagas. La puerta principal estaba abierta por completo. Se acercó y agarró el pomo, tirando de la puerta para separarla de la pared y que dejara de batir. ¿Quién la habría dejado abierta de esa forma? Perdió la noción del tiempo ensimismada con el viento, que mecía suavemente las copas de los pinos alrededor de la finca, siguiendo una línea invisible. Quizás por ello no lo sintiera llegar, a su espalda. Le pilló por sorpresa un beso en la nuca, una suave caricia en el brazo, un escalofrío electrizante en el cuerpo. No se volvió. Porque, tal y como él parecía transmitirle con cada caricia, todo estaba bien. Ellos estaban bien. El viento amainó y cada árbol descansó de nuevo en su habitual quietud aquella tarde de verano. Aún se aferraba al pomo de la puerta, con los nudillos blanquecinos por la ligera tensión. Entonces, él tomó la mano de ella y tiró tiernamente para alejarla y guiarla hasta la cocina. El primer impulso de ella fue resistirse, esperar, fijar su atención en la entrada, la puerta, la alarma..., pero las cosas no eran así, ya no. Cerró los ojos y cedió sumisa, se dejó llevar. Dejó la puerta abierta y sus pensamientos en paz. Ya no había linterna en su mesita de noche, ni un arma escondida en el

segundo cajón ni dobles cerraduras en cada puerta. Se acabaron las pesadillas en mitad de la noche. Todo estaba bien. Sí: todo estaba bien.

## Agradecimientos

Llegamos a esta parte del trabajo que tanto me gusta, y es que eso de dar las gracias me parece de lo mejor que se puede hacer para dar por finalizado un proyecto como este. Para mí, la «tarea» se divide en tres bloques. El primero va dedicado a esas personas que han trabajado en esta historia para que el resultado fuera el que tú has podido disfrutar (eso con suerte: cruzo los dedos). Estas personas son los correctores (el mío se llama Raúl Martín), maquetadores, diseñadores de portada, sinopsis..., profesionales en los que merece la pena confiar. El bloque acaba con mi editora, Ade, a la que tengo que agradecerle que aún me tome en serio (a pesar de presentarle algunas ideas un tanto precipitadas) y por la cordialidad con la que siempre me trata.

El segundo bloque son las amistades que a lo largo del desarrollo de esta historia han aportado su granito de arena, animándome durante las largas jornadas de escritura, como Ruth «a secas», que siempre estaba ahí para regalarme unas risas y evadirme de tanto asesino en serie, o Isa, Evey y David. Luego, María Peña, dueña y señora (si ella aún lo quiere) del chico de la sudadera verde, que ha confiado en mí desde que esto comenzó hace unos años. Y también se merece su huequito cierta vecina del quinto que me demuestra que con pocas palabras se puede alegrar un día oscuro.

El tercer y último bloque tiene nombres fijos, pues no pueden faltar aquí ni mis padres, Susana y Guillermo, ni mi hermana Mónica. Ellos son los que hacen que, cuando escribo, desee que las palabras encuentren un orden (mínimamente) lógico, y que cada historia llegue al corazón, con la esperanza de compensar así todo el cariño y afecto que me regalan cada día.

Estarás pensando en tacharme de sentimental y hasta de blando, ¿no? Recuerda ese último capítulo antes de los epílogos... «¡No tengo corazón!». Pero antes de que te vayas, te agradezco a ti también haber pasado unas horas de tu vida conmigo (indirectamente, que no te estaba observando mientras leías, palabra): ¡menudo regalo me has hecho! Y espero que este no sea el último de nuestros encuentros.

Rubén Aído Cherbuy



**Rubén Aído Cherbuy** nació en Cádiz, en 1990. Su vida profesional comenzó encauzándose hacia el Comercio y la Administración, pero encontró su camino una noche cualquiera de 2010, en la que, sin saberlo, empezó el borrador de su primera novela, sin mayores pretensiones que ponerse a prueba. Aquello absorbió todo su tiempo, hasta que logró darle forma y terminar, conociéndose a sí mismo durante ese proceso. Desde entonces no ha parado de aumentar su cartilla de proyectos y nuevas historias que desarrollar, generalmente en su género favorito: el *thriller* o suspense policial. *Recuerda* marcó su debut editorial, pero Rubén, inquieto y emprendedor, empezó su andadura autopublicando en la plataforma de Amazon, que le brindó grandes experiencias y abrió muchas puertas. Es muy activo en las redes sociales y administra un blog literario.

Se declara totalmente casero y familiar. Actualmente vive en una casa de campo, alejado de ciudades y del bullicio, con piscina, perros y tranquilidad. El paisaje perfecto para sus creaciones.

#### **Twitter**

<https://twitter.com/ACRubn>

#### **Facebook**

<https://www.facebook.com/autor.Ruben.A.C.23?ref=hl>

#### **Web**

<http://ruben-ac.wix.com/autor-cherbuy>

**Blog literario**

<http://takeshelterbook.blogspot.com.es/>

*Rododendro. Crónicas de Rockville*

Rubén Aído Cherbuy

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Rubén Aído Cherbuy, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

ISBN: 978-84-08-16046-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

### Otros títulos de Click Ediciones:

[El fotógrafo de paisajes](#)  
*Mercedes Pinto Maldonado*

[La extranjera](#)  
*Asrid Nielsen*

[La caricia del verdugo](#)  
*Alejandro Feito Cuesta*

[La ciudad de las tormentas](#)  
*Jesús Miguel Martínez*

[El sanatorio de la provenza](#)  
*Rosa Blasco*

[El viaje](#)  
*Miguel Siso-Fernández*

[Todo lo que nunca hiciste por mi](#)  
*Rafael Avendaño/Juan Gallardo*

[En busca de la tierra hueca](#)

*Nelson Poblete*

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## NOVELA **NEGRA**

---



¡Síguenos en redes sociales!

